
Los
QUINTILLIZOS
de la Mafia
UN ROMANCE DE LA MAFIA
BELLA KING

LOS QUINTILLIZOS DE LA MAFIA

UN ROMANCE DE LA MAFIA

BELLA KING

Traducido por
NOVEL NECTAR

Derechos de autor © 2025 de Bella King

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluyendo sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito de la autora, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

Este libro ha sido traducido con la ayuda de ScribeShadow.

ÍNDICE

Sinopsis

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29

Epílogo

SINOPSIS

Ojos fríos. Poder silencioso. Una presencia que hizo que toda la sala se detuviera.

Dijo que se llamaba Maxim.

Esa fue la primera mentira.

Me invitó a una copa. Bailó conmigo.

Me besó como si ya fuera suya.

Y se lo permití.

Pensé que terminaría ahí, como una noche imprudente con un desconocido.

Hasta que apareció de nuevo.

No como un misterio de una noche,

Sino como un brutal jefe de la Bratva con un imperio de miles de millones.

Me dije a mí misma que nunca volvería a caer por él.

Entonces descubrí que estaba embarazada.

No de un bebé.

Ni siquiera gemelos.

...o trillizos.

...o cuatrillizos.

Sino de *cinco* de sus bebés.

¡Quintillizos!

Y sigue completamente obsesionado conmigo.

1

Mak

—La familia Kazanov se está volviendo demasiado atrevida, y creo que deberías saberlo —dice Fedor, deslizando una carpeta sobre mi escritorio—. Han colocado a tres traficantes en nuestro territorio en la zona oeste.

No alcanzo la carpeta de inmediato. En lugar de eso, contemplo el horizonte de Manhattan a través de las ventanas de suelo a techo de mi oficina. A cuarenta pisos de altura, la ciudad parece tan pacífica, solo ordenadas cuadrículas de luz y sombra, con alguna que otra mancha verde.

—¿Me has oído, Mak? —Fedor se inclina hacia delante, sus espesas cejas juntándose como si tuvieran cuerdas atadas—. Es la segunda vez este mes. Es grave.

—Te he oído —gruño, tomando finalmente la carpeta y abriéndola. Dentro hay fotos de vigilancia de jóvenes en las esquinas de las calles. Son chavales, en realidad, intentando parecer duros con sus

imitaciones de marca y sus patéticas cadenas de oro. Peones prescindibles enviados para probar mis límites.

Dejo escapar un suspiro—. Que Leonid se ocupe. El mensaje habitual.

Fedor se ríe, un sonido desprovisto de verdadero humor—. ¿Dedos rotos o rótulas rotas?

—Los dedos primero. Somos civilizados, después de todo —cierro la carpeta y la aparto, ya aburrido con la conversación. Estas disputas territoriales solían acelerarme el pulso. El complejo juego de poder, respeto y terror. Ahora, son solo tediosos detalles administrativos, problemas con soluciones obvias que no merecen mi atención personal.

Yo he madurado, pero el mundo de la mafia sigue en su infancia.

—La adquisición de Eclipse sigue adelante. La venta será definitiva tan pronto como firmes el papeleo, y solo entonces los Kazanov se enterarán de que es un hecho consumado —continúa Fedor, sin dejarse disuadir por mi desinterés—. Una vez que controlemos ese club nocturno, habremos asegurado todo el Distrito Meatpacking. Eso es perfecto para expandir nuestra red de distribución y operaciones de blanqueo —sus ojos brillan con un entusiasmo que no puedo dejar de envidiar. Qué emocionante debe ser todo esto para él.

—El papeleo está encima del montón —señalo la pila de documentos que esperan mi firma—. Lo revisaré esta noche.

Me estudia con ojos entrecerrados. Compartimos la misma sangre Vorobev, primos que crecieron más como hermanos en este despiadado negocio, pero últimamente, percibo que está cada vez más frustrado conmigo. Se frota la barbilla, estudiándome como si fuera tan fácil de leer—. Pareces distraído últimamente. ¿Hay algo que te preocupe?

Hay algo. Bueno... todo, en realidad.

Todo me preocupa, aunque no puedo articular exactamente por qué. He conseguido todo lo que mi padre dijo que importaba. Territorio, respeto, poder y riqueza. El nombre Vorobev hace temblar a los hombres en los cinco distritos, y sin embargo no siento nada más que un vacío creciente, una sensación de que solo estoy siguiendo mociones establecidas por hombres muertos hace tiempo.

¿Es esto todo lo que hay?

—Estoy bien —suelto, girando mi silla para mirar por la ventana de nuevo, desestimando las preocupaciones de Fedor.

Fedor suspira, pero capta el mensaje y no insiste más en el tema—. Los capitanes están esperando instrucciones sobre el envío colombiano. ¿Debería decirles que te unirás a la reunión, o me encargo yo?

—Encárgate tú —agito la mano sin darme la vuelta—. Utiliza las rutas habituales con mayor seguridad en los muelles. Nada llamativo.

Le escucho caminar hacia la puerta, pero no se va. Se queda allí, su respiración pesada delata su presencia—. Sabes, Mak, tu padre nunca habría delegado algo tan importante.

Me vuelvo lentamente, fijándole con la mirada que ha hecho que criminales endurecidos confiesen sus pecados sin que se los pida—. Mi padre está muerto. Yo no. Tú decides quién toma mejores decisiones.

La mandíbula de Fedor se tensa. Asiente una vez y se va, cerrando la puerta tras él con una suavidad deliberada que de alguna manera comunica su desaprobación más eficazmente de lo que lo habría hecho un portazo.

Solo de nuevo, aflojo la corbata de seda que de repente siento como si intentara ahorcarme.

Mi padre gobernó a través de la brutalidad, cada acto de violencia calibrado con precisión para maximizar el terror. Aprendí bien sus lecciones. Quizás demasiado bien. Ahora, a los treinta y seis años, gobierno un imperio construido sobre sangre y miedo, y me estoy asfixiando dentro de él.

Miro mi reloj, y son casi las siete. Zina estará esperándome.

Me levanto, poniéndome la chaqueta a medida y ajustando mis gemelos, que son de platino con el escudo de la familia Vorobev grabado. Fueron un regalo de mi padre en mi decimosexto cumpleaños, el mismo día que me entregó una pistola y me ordenó matar por primera vez.

Aparto el recuerdo. Se sintió más como una iniciación en una banda que como el prestigioso evento que él pretendía que fuera.

Al salir, encuentro el pasillo vacío y silencioso. Mi personal sabe que es mejor no quedarse después de las horas de trabajo a menos que se les indique explícitamente. Dos guardias se colocan detrás de mí mientras me acerco al ascensor, manteniendo una distancia respetuosa.

El ascensor privado desciende directamente al garaje subterráneo donde mi chófer, Pavel, está firme junto a un Maybach negro. Abre la puerta sin decir una palabra, con el rostro cuidadosamente inexpresivo. Me deslizo en el interior de cuero, inhalando el aroma del poder y el aislamiento.

—A casa —le indico a Pavel—. Cena con Zina esta noche.

—Sí, señor Vorobev —Pavel se incorpora suavemente al tráfico de Manhattan, con nuestro vehículo de seguridad siguiéndonos de cerca.

Observo la acera a través de las gruesas ventanas blindadas, viendo a personas que viven vidas ordinarias, parejas riendo mientras se cogen de la mano, amigos reuniéndose en restaurantes, y familias dirigiéndose a casa después del trabajo. Su mundo y el mío existen

en paralelo, nunca se cruzan realmente. Para ellos, solo soy otro hombre de negocios adinerado en un coche caro. No ven la sangre en mis manos ni saben que sus barrios funcionan bajo mi control invisible.

Mi teléfono vibra con un mensaje de Zina, apartando mi atención del mundo exterior.

Cena a las 8. No llegues tarde, hermano. Estoy haciendo esa pasta que te gusta.

Sonrío, la primera sonrisa genuina del día. Zina, mi hermana pequeña, es la única cosa pura que queda en mi vida. Veintitrés años y brillantemente inteligente, representa todo lo que he sacrificado para proteger. Nuestra madre murió cuando Zina era solo una bebé, oficialmente por complicaciones después del parto, aunque los rumores sugerían la participación de una familia rival. Esos rumores cesaron cuando cada persona que los repetía desapareció. Mi padre nunca volvió a casarse, canalizando en cambio su dolor en la expansión despiadada de nuestro territorio. Me crió para ser su arma, pero me permitió proteger a Zina de lo peor de nuestro mundo.

Le respondo.

Voy de camino. Guárdame algo de vino.

El coche gira hacia el camino privado que conduce a nuestra finca familiar en las afueras de la ciudad. A diferencia de las ostentosas mansiones de los criminales "nuevos ricos", nuestro hogar es discreto en su lujo. Una casa solariega de piedra del siglo XIX ubicada muy adentro desde la carretera, rodeada de árboles centenarios y medidas de seguridad discretas. Cuatro generaciones de Vorobevs han vivido y muerto aquí, sus retratos observando desde las paredes, juzgando la valía de cada sucesor para llevar el apellido.

Pavel se detiene en la entrada principal. —¿Necesitará el coche de nuevo esta noche, señor?

—No. Quedas libre hasta mañana —salgo, asintiendo con la cabeza al equipo de seguridad que patrulla los terrenos. Responden ante Leonid, el único hombre cuya lealtad confío implícitamente. No por miedo, sino porque me conoce desde la infancia, antes de que la brutalidad fuera golpeada en mí.

En el momento en que cruzo el umbral, siento cómo la presión se desvanece de mi cuerpo. Aquí, con Zina, casi puedo recordar la persona que era antes de la mafia.

—Has llegado temprano —me llama desde la cocina.

Sigo su voz y la encuentro con un delantal lleno de harina, su pelo oscuro recogido en un moño despeinado mientras remueve algo en la enorme cocina profesional. La señora Petrova, nuestra ama de llaves desde antes de que yo naciera, revolotea nerviosamente cerca.

—La señorita Zina insistió en cocinar ella misma, señor Makari —dice disculpándose—. Le dije que yo podía encargarme.

—Está bien, señora Petrova —descarto sus preocupaciones con un gesto—. Mi hermana es obstinada como nuestra madre.

Zina se ilumina con la comparación, aunque ninguno de nosotros tiene más que fotografías para saber si es cierto. —Quería intentar preparar tu plato favorito de pasta con la receta de ese libro de cocina italiana que me trajiste —dice—. Tu personal puede poner la mesa, pero yo preparo la comida.

Me aflojo la corbata y me arremango las mangas, acercándome para echar un vistazo a la olla. —Huele bien. Mejor que el desastre con la salsa francesa del mes pasado.

Me da un golpecito con una cuchara de madera. —Eso fue sabotaje. Alguien subió el fuego cuando no estaba mirando.

Me río, un sonido extraño para mis propios oídos. En esta cocina, con harina en la nariz de Zina y el aroma a ajo y albahaca llenando el aire, puedo fingir que somos normales, que nuestro negocio familiar consiste en importar aceite de oliva en lugar de armas y drogas, y que los hombres apostados alrededor de nuestra propiedad son seguridad ordinaria en lugar de asesinos que han jurado sus vidas al apellido Vorobev.

—Ve a cambiarte —dice Zina, agitando su cuchara hacia mí de nuevo —. La cena es en veinte minutos en el comedor pequeño.

Accedo y me dirijo a mi suite en el piso superior. El dormitorio está impecable como siempre, con todo en su lugar preciso. Juro que lo limpian varias veces al día, pero nunca estoy aquí para comprobarlo.

Me quito el traje arrugado y me meto en la ducha, limpiándome el día con agua lo suficientemente caliente como para quemar mi piel. A veces, me quedo en la ducha durante más de una hora con los ojos cerrados. Sin pensamientos. Solo... paz.

Limpio y vestido con ropa informal que pocos fuera de esta casa me verían usar jamás, vuelvo abajo. El comedor "pequeño" aún tiene capacidad para doce personas cómodamente, pero es el espacio más íntimo en este mausoleo de casa. Zina ha puesto dos lugares en un extremo de la mesa, con velas y flores frescas entre ellos.

—Muy elegante —digo mientras trae una fuente humeante de pasta —. ¿Cuál es la ocasión?

—¿Acaso no puedo querer una cena agradable con mi hermano? — Vierte vino tinto en copas de cristal que pertenecían a nuestra abuela—. Además, tengo noticias.

Me tenso instintivamente. Sabía que algo ocurría.

Nota mi reacción y pone los ojos en blanco. —Relájate, Mak. No se trata de... todo eso —hace un gesto desdeñoso con la mano hacia el imperio que financia su cómoda existencia pero que permanece en

gran parte sin reconocimiento entre nosotros—. Me han aceptado en el programa de doctorado en Columbia para Literatura Comparada.

Mi corazón salta a mi garganta. —Zina, eso es excelente. Siempre has querido...

Mi teléfono vibra, interrumpiéndome. El nombre de Fedor parpadea en la pantalla, pero lo silencio sin contestar.

—¿Importante? —pregunta ella, su sonrisa desvaneciéndose ligeramente.

—Nada que no pueda esperar —levanto mi copa—. Por la doctora Vorobev, la futura reina de la academia.

Choca su copa contra la mía pero vacila antes de beber. —Estaba pensando... Quizás no debería usar nuestro apellido.

El aire queda inmóvil entre nosotros. El apellido Vorobev abre ciertas puertas pero cierra permanentemente muchas otras, especialmente para Zina, que merece un futuro libre de nuestra sangrienta herencia. —Podrías usar el apellido de soltera de madre —sugiero con cuidado—. Petrov es bastante común.

El alivio inunda su rostro. —Eso es lo que estaba pensando. No es que me avergüence, Mak, pero...

La interrumpo suavemente. —No tienes que explicarlo. Lo entiendo mejor que nadie.

Comemos en un silencio agradable durante unos minutos; la pasta está realmente buena a pesar del enfoque despreocupado de Zina para cocinar. Estoy a punto de felicitarla cuando mi teléfono vibra de nuevo. No es Fedor esta vez, sino Leonid.

Frunzo el ceño. Leonid nunca interrumpiría a menos que fuera importante.

—Contesta —dice ella con un suspiro de resignación—. Está bien.

Salgo al pasillo, manteniendo la voz baja. —¿Qué ocurre? —pregunto, molesto por tener que abandonar la cena con Zina.

—Los Kazanov han respondido a nuestro mensaje —dice Leonid, con la voz tensa en la garganta—. Están oponiéndose a la adquisición de Eclipse. Quieren una reunión.

Exhalo lentamente. No es inesperado, pero irritante. El club nocturno Eclipse se encuentra en el borde del territorio en disputa. —¿Cuándo? —le pregunto.

—Sugieren este viernes por la noche en el propio Eclipse. Una situación en terreno neutral, antes de que se finalice el papeleo.

Considero esto. Una reunión es mejor que una escalada. —Diles que estaré allí. Protocolos de seguridad estándar, pero nada excesivo. No necesitamos una demostración de fuerza para una simple conversación.

—Sí, señor —Leonid hace una pausa—. ¿Debo informar a Fedor?

—Yo me ocuparé de Fedor. Solo confirma la reunión —finalizo la llamada y regreso al comedor.

Zina me observa, ya olvidada su pasta. —¿Todo bien? —pregunta, estudiando mi rostro.

—Solo negocios. Nada serio —vuelvo a sentarme y tomo un bocado de mi comida—. Esto está realmente muy bueno. Has estado practicando.

Sonríe, pero sus ojos siguen preocupados. —¿No tienes que irte?

—No esta noche —alcanzo mi copa de vino—. Esta noche, simplemente vamos a disfrutar de la cena.

Una sonrisa se dibuja en su rostro, y sus hombros descienden unos centímetros.

Terminamos la cena intercambiando historias y planes para su programa de doctorado. Cuando llegamos al postre, un tiramisú

comprado que Zina finge haber hecho ella misma, casi he conseguido apartar de mi mente los pensamientos sobre los Kazánov.

Casi.

Después de cenar, al enterarme de que planea pasar unos días en la ciudad, insisto en que Pavel lleve a Zina a su apartamento antes de llevarme a casa. Ella mantiene su propio piso cerca de Columbia, una concesión que hice cuando empezó sus estudios de posgrado, aunque la seguridad del edificio rivaliza con la de algunas instalaciones gubernamentales. Entre sus vecinos hay diplomáticos, una estrella del cine y tres banqueros de inversión, así que me siento casi tranquilo con ella allí. Su equipo de seguridad la estará vigilando como siempre, para su fastidio.

—No tienes que acompañarme arriba —dice mientras Pavel se detiene frente a su edificio—. Ya soy mayorcita.

—Compláceme. —La sigo al interior, saludando con un gesto al portero, que se endereza visiblemente ante mi presencia, mientras veo pasar el SUV que lleva a sus guardaespaldas, claramente dirigiéndose al garaje para aparcar. Subimos a su apartamento, donde realizo mi habitual comprobación de seguridad mientras ella finge no darse cuenta.

—Todo despejado —anuncio, solo medio en broma—. Intenta no meterte en líos hasta el viernes. Tengo una reunión de negocios esa noche, pero quizás podamos cenar este fin de semana.

—Me gustaría. —Me abraza con fuerza—. Ten cuidado, Mak, y recuerda quién eres bajo todo... eso. —Hace un gesto vago hacia lo que ella llama mi "personalidad de negocios".

Ese es el problema. Ya no estoy seguro de que quede alguien bajo el monstruo en que me he convertido. He interpretado este papel durante tanto tiempo que los límites se han difuminado más allá del

reconocimiento, pero me limito a asentir y besarle la frente antes de marcharme.

Pavel está esperando con el coche. —¿A casa, señor?

—Sí. —Me deslizo en el asiento trasero, repentinamente exhausto. Mientras atravesamos la ciudad nocturna, observo las luces y sombras que pasan, sintiendo el peso de dos vidas diferentes tirando de mí: el hermano que celebró el logro de su hermana esta noche y el jefe de la *Bratva* que se enfrentará a los Kazánov el viernes.

El vacío regresa, más fuerte que antes. En esto se ha convertido mi existencia. Ciclos interminables de negociaciones y disputas territoriales, poder mantenido mediante la intimidación, y relaciones reducidas a activos o pasivos estratégicos. Incluso en este momento de relativa paz, reconozco el vacío en el centro de todo.

Mi teléfono vibra con un mensaje de Fedor.

Necesitamos hablar de los detalles de la reunión con los Kazánov. ¿Leonid dijo el viernes?

No respondo inmediatamente, en su lugar observo las luces de la ciudad desdibujarse por la ventana. Mañana, planificaré y me prepararé, abrazando el papel que mi padre creó para mí, pero esta noche, solo por estos breves momentos en la tranquila oscuridad del coche, me permito preguntarme si todavía queda algo humano en mí más allá del monstruo en que me he convertido.

Mañana, el ciclo continuará, interminable e inmutable a menos que algo rompa el patrón, o alguien me rompa a mí.

2

Wil

Mis pies se arrastran mientras cruzo las puertas del hospital al final de un agotador turno de dieciséis horas. Me duele cada músculo, especialmente la parte baja de la espalda por haberme inclinado sobre las incubadoras toda la noche. Las luces fluorescentes de la UCIN del New York Presbyterian han dejado una huella tras mis párpados que parpadea con cada paso cansado.

Saco el móvil del bolsillo de mi uniforme, haciendo una mueca por el brillo antes de ajustarlo. Cuatro llamadas perdidas de Gisele. Seguidas de un mensaje.

¡CONTESTA EL TELÉFONO, WILLEMINA! ¡Es MI CUMPLEAÑOS, ¿recuerdas?

La culpa me invade. He estado tan absorta en el trabajo que lo olvidé por completo. Gisele ha sido mi compañera de piso desde el primer año de universidad, lo más parecido a una familia que he tenido desde que murió mamá. Merece algo mejor que una amiga que olvida su cumpleaños.

Escribo una respuesta rápida.

Acabo de salir del turno. Lo siento mucho. Compraré algo especial de camino a casa.

La respuesta es inmediata.

No te molestes. Tengo planes PARA NOSOTRAS esta noche. Estate lista a las 9. Sin excusas.

Gimo, anticipando con horror cualquier "plan" que Gisele haya tramado. Su idea de celebración suele incluir clubs abarrotados, cócteles caros y salir hasta el amanecer. Todo lo que evito en mi vida cuidadosamente estructurada, pero es su cumpleaños y, después de olvidarlo, le debo al menos esto.

El trayecto en metro hasta nuestro apartamento de Brooklyn parece interminable. Cierro los ojos, dejando que el movimiento oscilante casi me adormezca. Mi mente divaga hacia la pequeña Emma, el milagro de medio kilo que he estado monitorizando toda la semana. Después de un aterrador episodio de bradicardia ayer, esta noche se estabilizó maravillosamente, sus diminutos dedos agarrando mi meñique enguantado con sorprendente fuerza. Estos son los momentos que hacen que el agotamiento valga la pena.

El aire fresco golpea mi cara mientras subo las escaleras del metro, devolviéndome a la realidad. Nuestro apartamento está a seis manzanas, y cada paso requiere un esfuerzo consciente. Me detengo en la pastelería de la esquina y compro los croissants de chocolate favoritos de Gisele como ofrenda de paz, luego continúo arrastrándome hacia casa.

Dentro del apartamento, me recibe un bendito silencio. Gisele debe haber salido ya para el trabajo. Ella es camarera durante los turnos de comida y cena, y a veces atiende la barra durante el turno de noche en uno de esos bares clandestinos de moda en Manhattan, donde los cócteles cuestan más que mi salario por hora. Me quito las

zapatillas, dejando mi bolsa y la caja de la pastelería en la encimera, y me dirijo directamente a la ducha.

El agua caliente cae en cascada sobre mis hombros tensos, lavando el olor antiséptico del hospital. Cierro los ojos, imaginando que el estrés se va por el desagüe. Quince minutos después, envuelta en mi albornoz más viejo y suave, me siento casi humana de nuevo.

Me acerco a la ventana de la cocina donde mi colección de plantas se baña en la luz de la tarde. Este pequeño jardín es mi santuario, mi conexión con la madre que me enseñó a cuidar de las cosas que crecen. Compruebo cada maceta metódicamente. La albahaca necesita agua, los suculentos están bien y el lirio de la paz tiene un nuevo capullo formándose. En el centro está mi posesión más preciada, un rosal cultivado a partir de un esqueje del jardín de mamá, sus flores de un rojo carmesí intenso como un vívido recuerdo de sus manos guiando las mías en la tierra suave.

—Hoy tienes buen aspecto —susurro, tocando un pétalo aterciopelado. Mamá siempre decía que hablar con las plantas les ayuda a crecer, aunque mi formación en enfermería sugiere que se debe más al dióxido de carbono de la respiración que a las palabras en sí. Aun así, el ritual me reconforta.

El sueño tira de mi consciencia, una gravedad irresistible después de tantas horas despierta. Es poco más de las once, y programo la alarma para dentro de siete horas. Es suficiente para funcionar pero aún tener tiempo de prepararme para los misteriosos planes nocturnos de Gisele. Me desplomo en la cama, quedándome dormida antes de que mi cabeza se acomode completamente en la almohada.

Antes de darme cuenta, la alarma suena estridentemente, arrancándome de un sueño profundo. Por un momento, estoy desorientada, sin saber si es mañana o tarde, pero el reloj marca las 18:30. He dormido siete horas seguidas pero siento que necesito siete más.

La puerta de mi dormitorio se abre de golpe sin previo aviso. Gisele entra dando saltitos con un vestido plateado de lentejuelas que captura la luz con cada movimiento, su pelo rojo peinado en ondas sueltas que enmarcan su rostro en forma de corazón.

—¡Feliz cumpleaños a mí! —Gira sobre sí misma, el vestido brillando como si hubiera capturado trozos del cielo nocturno—. Oh, bien, estás despierta. Tenemos exactamente dos horas y media para transformarte de enfermera zombi a mujer despampanante.

Me incorporo, frotándome el sueño de los ojos. —Despampanante parece ambicioso. ¿Adónde vamos exactamente que requiere este nivel de... —Hago un gesto vago hacia su atuendo.

—Eclipse —sonríe Gisele con emoción—. Jake nos ha puesto en la lista. ¿Sabes lo imposible que es eso? ¡La gente espera meses para entrar!

Se me cae el alma a los pies. Eclipse. El famoso club nocturno frecuentado por celebridades, pijos de las finanzas y, si los rumores son ciertos, figuras del crimen organizado que quieren alardear de su riqueza. Exactamente el tipo de lugar que evito. —Gisele... —empiezo con cuidado—. No creo que sea lo mío. Quizás deberías llevar a alguien que lo apreciaría más. Podría prepararnos la cena aquí en su lugar.

—No —cruza los brazos, desapareciendo toda su alegría—. Wil, te quiero, pero no has salido de este apartamento para nada más que trabajo o compras en meses. Es como si te estuvieras escondiendo de la vida misma.

—No me estoy escondiendo —protesto débilmente—. Solo estoy... centrada en mi carrera.

—Tienes veintisiete años, no setenta. Una noche fuera no te matará —se sienta a mi lado en la cama, suavizando su expresión—. Mira, sé que el trabajo en el hospital es importante para ti. Sé que esos

bebés te necesitan, pero a veces me preocupa que lo uses como excusa para evitar vivir.

Sus palabras dan incómodamente en el clavo. Desde que murió mamá, he construido muros a mi alrededor, creando una vida de rutinas predecibles, donde nada puede sorprenderme ni herirme.

Trabajo, casa y plantas, luego dormir.

Repetible. Seguro. Controlado.

—¿Recuerdas cuando nos conocimos en la universidad? —continúa Gisele—. Eras tímida pero aún así aventurera. Probabas cualquier cosa al menos una vez. ¿Qué pasó con esa chica?

—Creció —murmuro—. La responsabilidad es lo que pasó.

—Tonterías. El duelo ocurrió, y te he dado espacio para eso, pero han pasado diez años, Wil —me toma las manos entre las suyas—. Este es mi único deseo de cumpleaños. Que mi mejor amiga venga a bailar conmigo al club más de moda de Manhattan y recuerde lo que se siente ser joven y despreocupada por una noche.

Puesto así, ¿cómo puedo negarme? Además, todavía me siento culpable por haber olvidado su cumpleaños. —Vale. Una noche, pero no voy a ponerme nada ridículo.

Ella muestra una sonrisa victoriosa. —Eso ya lo veremos. —Salta de la cama y desaparece, regresando momentos después con un montón de ropa—. He estado preparándome para esta negociación. Opciones.

Las siguientes dos horas son un torbellino de atuendos rechazados, aplicación de maquillaje y comentarios constantes de Gisele sobre mi potencial "criminalmente desaprovechado". Finalmente acepto un vestido negro que revela más de lo que yo elegiría normalmente, pero que no está completamente fuera de mi zona de confort. La tela se abraza a curvas que normalmente oculto bajo uniformes sin

forma, deteniéndose a medio muslo de una manera que me hace querer constantemente tirar de él hacia abajo.

—Deja de toquetearlo —Gisele aparta mi mano del dobladillo—. ¡Estás espectacular! Esas piernas necesitan ver la luz del día de vez en cuando. O la luz de discoteca, lo que sea.

Me giro con escepticismo hacia el espejo. La desconocida que me devuelve la mirada es innegablemente más elegante de lo habitual. Gisele ha conseguido domar mis rebeldes ondas castañas en algo liso e intencionado. El maquillaje mínimo resalta mis ojos verdes, haciéndolos parecer más grandes y dramáticos.

—Siento como si estuviera jugando a disfrazarme —digo, tambaleándome ligeramente sobre los tacones prestados.

—Ese es el objetivo de salir —Gisele se aplica otra capa de algo brillante en los labios—. Podemos ser quienes queramos por una noche. Sin responsabilidades y sin expectativas.

El concepto me resulta extraño. He pasado tanto tiempo siendo exactamente quien se espera que sea —la confiable Willemina, enfermera dedicada y adulta responsable— que no estoy segura de recordar cómo ser alguien más.

Cogemos un coche compartido a Manhattan, Gisele parlotea emocionada sobre las celebridades que frecuentan Eclipse mientras yo asiento e intento ignorar la creciente ansiedad en mi pecho. El coche nos deja en el Meatpacking District, donde una fila de personas imposiblemente guapas se extiende a lo largo de la manzana frente a una puerta sin señalizar.

—Vamos a estar esperando durante horas —murmuro, soñando ya con mi cama.

—No, no lo haremos. —Me coge de la mano, saltándonos la fila por completo y acercándonos a una montaña humana con auricular y tablilla—. Gisele Nelson y Willemina Lamb. Invitadas de Jake McAllister.

El portero revisa su lista, con expresión impasible. Después de un momento angustioso, asiente una vez y desengancha la cuerda de terciopelo. —Bienvenidas a Eclipse. Disfrutad de vuestra velada.

Dentro, inmediatamente me asalta una sobrecarga sensorial. La música pulsa tan fuerte que la siento en el pecho, compitiendo con los rápidos latidos de mi corazón. Arañas de cristal cuelgan de techos abovedados, proyectando luz prismática a través del espacio abarrotado. Gente hermosa se mueve como criaturas exóticas a través de la niebla artificial, con copas en mano, riendo por chistes que no puedo oír.

—¿No es increíble? —grita por encima de la música, con el rostro iluminado de emoción.

Asiento automáticamente, aunque "increíble" no es la palabra que yo elegiría. "Abrumador" me parece más exacto. El aire está cargado de perfumes y colonias caras, dificultando la respiración. Cada superficie parece diseñada para Instagram más que para la comodidad real, con cuerdas de terciopelo, mesas con bordes dorados y torres de champán que me hacen sentir ordinaria.

—Vamos a por bebidas —Gisele me arrastra hacia la barra abarrotada, navegando expertamente a través del gentío con la confianza de alguien que pertenece a este mundo de excesos.

Mientras ella pide algo complicado y sin duda carísimo, escaneo la sala, sintiéndome cada vez más como una impostora. En una esquina, una sección acordonada alberga lo que parece ser una celebridad menor y su séquito. En otra, tipos de finanzas con trajes caros derrochan dinero con despreocupación casual, pidiendo botellas con bengalas que los camareros exhiben entre la multitud.

—Toma —Gisele me pone una copa de cristal en la mano—. Se llama "Pecado de Medianoche". Apropiado, ¿no?

Doy un sorbo cauteloso, sorprendida por el agradable equilibrio entre dulce y amargo. —Está bueno.

—Claro que lo está. Cuesta veintiocho dólares —Choca su copa contra la mía—. Por mi cumpleaños y tu reintroducción a la vida nocturna.

Consigo esbozar una sonrisa, decidida al menos a aparentar que me estoy divirtiendo por ella. El alcohol ayuda, extendiendo calidez por mis extremidades y suavizando los bordes afilados de mi ansiedad. Encontramos una pequeña mesa alta para reclamar como base de operaciones, observando cómo la multitud aumenta a medida que avanza la noche.

—¿Jake? —de repente Gisele chilla, saludando frenéticamente a un hombre alto con blazer azul que se dirige hacia nosotras—. ¡Lo has conseguido!

El misterioso Jake resulta ser su última conquista. Es guapo de esa manera genérica de Wall Street, con dientes perfectos y un reloj caro que es sutilmente ostentoso. Besa la mejilla de Gisele, luego la mía, su colonia abrumadora a corta distancia.

—Cumpleañera —Le entrega a Gisele una pequeña caja de regalo envuelta en papel plateado—. Siento llegar tarde. La cena con el cliente se alargó.

—Ahora ya estás aquí —dice ella, ya desgarrando el paquete. Dentro hay una delicada pulsera por la que inmediatamente se deshace en halagos, permitiendo que Jake se la abroche en la muñeca con obvia satisfacción.

Sorbo mi bebida, sintiéndome cada vez más como un estorbo mientras caen en una conversación llena de bromas privadas y toques prolongados. Después de terminar un segundo cóctel carísimo, toco el brazo de Gisele. —Voy a buscar el baño. Ahora vuelvo.

Ella asiente, apenas apartando la mirada de Jake. —Tómate tu tiempo.

El baño resulta ser tan pretencioso como el resto del club, con asistentes ofreciendo perfume y toallas de mano, flores frescas sobre encimeras de mármol, y cabinas con puertas reales que llegan hasta el suelo. Me tomo más tiempo del necesario, retocándome el pintalabios y ajustándome el vestido, retrasando mi regreso a la incómoda posición de estorbo.

Cuando finalmente salgo, el club se ha vuelto aún más concurrido. La pista de baile está ahora llena de cuerpos contorsionándose al ritmo de una vibrante música electrónica. Busco nuestra mesa, pero Gisele y Jake no están por ningún lado. Genial. Me ha abandonado en su propio cumpleaños.

Miro mi teléfono, pero no hay mensajes, por supuesto. Típico de Gisele, atrapada en el momento sin considerar a los demás. Dudo si enviarle un mensaje, pero decido no hacerlo. Ella merece disfrutar de su cumpleaños y, de todos modos, solo la arrastraría con mi incomodidad.

Sin saber qué hacer a continuación, me dirijo de nuevo a la barra, con la intención de tomar una última copa antes de dar la noche por terminada. La multitud parece abrirse y reformarse a mi alrededor como el agua, mientras todos los demás se mueven con facilidad y yo destaco claramente como un pulgar dolorido. Un grupo de hombres con trajes caros me observa al pasar, uno dando un codazo a otro y asintiendo en mi dirección. Acelero el paso, con la mirada fija en el suelo, y rezando para que no se acerquen.

En mi prisa por escapar de su atención, no veo al hombre que se interpone en mi camino hasta que es demasiado tarde. Choco contra un sólido muro de pecho, mi pequeño bolso de mano cae al suelo mientras tropiezo hacia atrás, con disculpas ya formándose en mis labios. —Lo siento mucho, no estaba mirando.

Las palabras mueren cuando miro hacia arriba —y más arriba— a los ojos más intensos que jamás he visto. Marrón oscuro con motas ámbar, me estudian con una concentración inquietante bajo cejas rectas. El hombre se alza sobre mí incluso con mis tacones, su

presencia imponente de una manera que no tiene nada que ver con su altura y todo que ver con el aura de autoridad que desprende.

Es mayor que los chicos de finanzas —quizás treinta y tantos— y viste un traje perfectamente a medida que grita dinero antiguo en lugar de nueva riqueza. Sus rasgos son impactantes más que convencionalmente guapos, con una mandíbula fuerte, nariz prominente y labios carnosos apretados en una línea neutral. No es un rostro que sonría a menudo, pienso automáticamente.

Me doy cuenta de que estoy mirando fijamente y cierro la boca de golpe, con la vergüenza calentando mis mejillas. El desconocido se inclina para recoger mi bolso, el movimiento elegante a pesar de su tamaño. Cuando se endereza, hay algo en su expresión que no logro identificar. ¿Curiosidad, quizás?

—¿Está herida? —pregunta, con voz profunda y ligeramente acentuada. ¿Ruso, tal vez?

—No, estoy bien. Solo avergonzada —tomo el bolso de su mano extendida, con cuidado de no tocar sus dedos—. Hay mucha gente, y realmente no... —hago un gesto vago hacia nuestro entorno, incapaz de articular que no pertenezco aquí, que este mundo de gente hermosa y bebidas caras me resulta tan extraño como Marte.

Pero de alguna manera, parece entenderlo. Su expresión cambia sutilmente, el interés reemplaza la cortés preocupación. —¿Primera vez en Eclipse?

Asiento, preguntándome por qué este intimidante desconocido se molesta en conversar. Los hombres que se ven como él normalmente no se fijan en mujeres como yo, especialmente en lugares como este, donde las modelos y socialités abundan.

—Es el cumpleaños de mi compañera de piso —digo, sin saber por qué estoy compartiendo esta información—. Me arrastró hasta aquí, y luego desapareció prontamente con algún tipo de chaqueta azul.

Una breve sonrisa transforma sus severos rasgos, revelando dientes perfectos y arrugas inesperadas alrededor de sus ojos. —¿No te gustan las discotecas?

—¿Tan obvio es? —tiro nerviosamente del vestido prestado.

—Pareces estar planeando una ruta de escape —su mirada es penetrante pero no dura—. La mayoría de la gente aquí intenta ser vista. Tú intentas ser invisible.

La precisión de su evaluación es desconcertante. Me muevo incómoda, lista para dar mis excusas y retirarme, cuando él hace un gesto hacia la barra.

—Déjeme invitarla a una copa —ofrece—. Para disculparme por interponerme en su camino.

—No necesita disculparse. Yo choqué contra usted.

—Entonces déjeme invitarla a una copa porque parece que la necesita más que cualquier otra persona en este lugar —otra casi sonrisa, esta alcanzando sus ojos y transformándolos de intimidantes a casi cálidos.

En contra de todo mi buen juicio, me encuentro asintiendo. —De acuerdo. Una copa.

Me guía hacia la barra, sin tocarme pero de alguna manera despejando un camino a través de la multitud con su sola presencia. La gente se aparta automáticamente, algunos con destellos de reconocimiento o cautela en sus ojos, y me pregunto brevemente quién es. Alguien importante, claramente.

—Soy Maxim —dice cuando llegamos a la barra, extendiendo una mano.

La tomo, notando la fuerza en su agarre, y los callos que sugieren que hace más que manejar papeles a pesar del costoso traje. —Willemina, pero todos me llaman Wil.

—Willemina —repite, ignorando mi corrección, mi nombre completo sonando extrañamente formal e íntimo en su voz acentuada—. ¿Qué está bebiendo?

Echo un vistazo al elaborado menú de cócteles y me siento inmediatamente abrumada. —Solo un gin tonic, por favor.

Él hace una señal al camarero, que aparece al instante a pesar de la multitud de personas intentando pedir. —Gin tonic para la señorita. Stolichnaya, solo, para mí.

Las bebidas llegan con notable rapidez. Doy un sorbo, agradecida por el sabor simple y familiar después de las mezclas demasiado dulces que Gisele pidió antes.

—Entonces, Willemina... —Maxim se apoya en la barra, prestándome toda su atención de una manera que es a la vez halagadora y ligeramente inquietante—. ¿A qué se dedica cuando no la arrastran a discotecas por cumpleaños de compañeras?

—Soy enfermera en la UCIN del New York Presbyterian.

Algo cambia en su expresión. ¿Sorpresa, o tal vez respeto? —¿Bebés prematuros?

Asiento, animándome con el tema. —Los más pequeños, los más enfermos. Es desafiante pero gratificante. Cada día es diferente —me detengo, dándome cuenta de que estoy a punto de lanzarme a hablar de enfermería—. Lo siento, no es exactamente una conversación emocionante para una discoteca.

—Al contrario —dice, su intensa mirada sin abandonar mi rostro—. Es lo más interesante que he escuchado en toda la noche. Usted salva vidas mientras el resto de nosotros... —hace un gesto hacia el exceso que nos rodea—. Las desperdiciamos.

La declaración lleva un peso que parece personal, casi confesional. Lo estudio por encima del borde de mi vaso, sintiendo profundidades

bajo el traje caro y la presencia imponente. —¿Y usted? —pregunto —. ¿A qué se dedica?

Una sombra pasa por sus rasgos, presente y desaparecida tan rápidamente que podría haberla imaginado. —Me dedico a los negocios. Importación-exportación, principalmente. Nada tan significativo como su trabajo.

Hay algo ensayado en la respuesta, pero antes de que pueda considerarlo más, la música cambia, el ritmo volviéndose más insistente. Maxim deja su vaso vacío.

—¿Le gustaría bailar? —pregunta, sorprendiéndome.

Hace años que no bailo como es debido, y la pista abarrotada de gente guapa resulta intimidante, pero algo de esta noche —el alcohol, las extrañas circunstancias y la inesperada atención de este hombre enigmático— me vuelve imprudente. —¿Por qué no? — apuro mi bebida de un solo trago, sintiendo el gin quemar agradablemente en mi garganta—. Aunque le advierto que soy terrible bailando.

Los labios de Maxim se curvan en otra de esas sonrisas que transforman sus rasgos severos. —Entonces seremos terribles juntos.

Me guía hasta la pista de baile y le sigo, pensando que esta es o bien la noche más interesante que he tenido en años, o el comienzo de una historia aleccionadora que Gisele contará en mi funeral. Sea como sea, por primera vez en más tiempo del que puedo recordar, me siento plena y aterradoramente viva.

3

Mak

Salgo del Maybach negro, indicando a Pavel con un gesto que espere. Esta noche es de negocios, no de placer, aunque mi primo parece empeñado en difuminar esas líneas. La adquisición de Eclipse es una expansión estratégica necesaria. El club nocturno ofrece un territorio privilegiado y un excelente potencial para el blanqueo de dinero, pero la insistencia de Fedor en "celebrar" nuestra nueva empresa después de la reunión con los Kazanov me parece innecesaria.

—Te gustará Eclipse —me prometió antes—. El club más exclusivo de Manhattan. Solo viene la élite. Es perfecto para cimentar nuevas relaciones.

Lo que Fedor realmente quiere decir es que es perfecto para hacer alarde de riqueza, exhibir poder y recordarle a todos quién controla esta ciudad desde las sombras. A veces, me pregunto si recuerda que el objetivo del poder no es presumirlo sino ejercerlo con eficacia.

Dos guardias de seguridad caminan a mi lado mientras me acerco a la entrada sin distintivos. Leonid va delante, escaneando constantemente como si esperara un ataque. Estamos usando la entrada VIP, así que no hay largas colas ni cordones de terciopelo. Solo nosotros, lo que facilita detectar cualquier peligro.

Entramos sin problemas y me golpea una ola de música y energía. Eclipse ocupa una catedral reformada, cuya arquitectura gótica ahora sirve a dioses diferentes.

Dinero. Estatus. Vanidad.

Vidrieras retroiluminadas con luces LED azules y púrpuras proyectan patrones psicodélicos sobre la pista de baile, donde gente hermosa realiza sus rituales de cortejo. Arañas de cristal cuelgan de los techos abovedados, mientras reservados privados rodean el perímetro como confesionarios para que los ricos susurren sus secretos.

Es otro gran patio de recreo para privilegiados, donde nada real ocurre, aunque esta noche podría ser la excepción. La única razón por la que acepté venir fue para reunirme con Kazanov.

—Señor Vorobev —aparece el gerente del club, prácticamente inclinándose—. Su mesa está lista. Los representantes del señor Kazanov llegaron hace diez minutos.

Asiento una vez y lo sigo entre la multitud. La gente se aparta instintivamente, sintiendo el peligro sin identificar su origen. Algunos miran demasiado tiempo, atraídos por un poder que pueden sentir pero no nombrar. Otros desvían la mirada, el instinto animal reconociendo a un depredador. Me he acostumbrado a ambas reacciones.

Fedor espera en nuestra sección VIP reservada, ya entreteniendo a tres hombres con trajes ostentosos, que solo pueden ser la delegación Kazanov. Sus joyas excesivas y risas demasiado entusiastas los delatan como nuevo dinero intentando aparentar. A

su lado, mi primo parece positivamente comedido, aunque el decantador de cristal con vodka sobre la mesa sugiere que han empezado sin mí.

—Mak —Fedor se levanta, abrazándome con teatral calidez para nuestra audiencia. Su aliento huele a licor caro—. Por fin. Les estaba contando a nuestros amigos sobre las oportunidades de expansión.

Me libero de su abrazo, saludando a los Kazanov con una cordialidad precisamente calibrada. Esta reunión es una cortesía, no una negociación. La compra de Eclipse sigue adelante independientemente de sus sentimientos, pero mantener la paz sirve a los intereses de todos.

Por ahora.

El representante mayor de los Kazanov, Demyan, según el informe de inteligencia de Leonid, extiende su mano.

—Señor Vorobev, es un honor conocerle finalmente.

Estrecho su mano con firmeza, notando la presión excesiva que aplica. Los hombres pequeños siempre aprietan demasiado.

—El placer es mío —me siento, desabrochando suavemente la chaqueta. Un camarero aparece inmediatamente con mi vodka preferido, servido sin instrucciones. Supongo que Fedor debe haberles informado, ya que no he estado aquí antes.

Finjo una sonrisa.

—Confío en que mi primo os haya estado entreteniendo adecuadamente.

—Mucho, la verdad —Demyan sonríe, revelando un diente de oro que confirma todos los estereotipos—. Nos cuenta que la adquisición de Eclipse está casi completa. Una adición significativa a su cartera.

La pregunta subyacente queda sin pronunciar. ¿Cómo afectará esto al delicado equilibrio territorial que hemos mantenido? El club

nocturno está situado en el borde de nuestros límites acordados, técnicamente terreno neutral hasta ahora.

—Una decisión de negocios —digo con suavidad—. La propiedad quedó disponible a un precio atractivo. No es nada más complicado que una buena estrategia de inversión.

La sonrisa de Demyan no llega a sus ojos.

—Por supuesto. Los negocios son negocios. Aun así, un local tan prestigioso naturalmente atrae... cierta clientela. Podrían surgir cuestiones de acceso y servicio.

Traducción: ¿Seguirán siendo bienvenidos los Kazanov una vez que la organización Vorobev controle la propiedad? ¿Continuará sin interrupciones su distribución de drogas a través del personal del club?

Fedor interviene antes de que pueda responder.

—Eclipse operará como territorio neutral para socios selectos. Los acuerdos existentes continuarán bajo la nueva dirección, con los ajustes apropiados para reflejar el cambio de propiedad.

Resisto el impulso de silenciarlo con una mirada. Mi primo habla con demasiada libertad y entusiasmo. Es por eso que lo mantengo alejado de las operaciones más delicadas a pesar de nuestro vínculo de sangre.

La conversación continúa en esta línea, con referencias veladas al territorio y la cuota de mercado envueltas en terminología empresarial, mientras todos fingimos que estamos discutiendo una empresa legítima en lugar de la corrupción sistemática de una ciudad entera. Participo mínimamente, dejando que Fedor maneje los detalles mientras observo las reacciones de los Kazanov, catalogando información útil sobre sus prioridades y puntos de presión.

Después de una hora de esta tediosa danza, no he aprendido nada nuevo y mi paciencia se agota. El club se vuelve más concurrido, la música más fuerte y el aire más espeso con perfume y desesperación. Le hago una señal a Leonid de que concluiremos pronto, pero Fedor malinterpreta mi gesto.

—Bebidas —anuncia, señalando a un camarero—. La noche es joven, y estamos celebrando nuevas asociaciones.

Demyan y sus asociados vitorean esta sugerencia, ya demasiado ebrios. Oculto mi irritación tras una expresión neutral, escaneando la sala mientras los otros discuten qué botella obscenamente cara pedir a continuación.

Es entonces cuando la veo.

De pie, con cierta incomodidad cerca de la barra, destaca inmediatamente como fuera de lugar en este ambiente artificial, pero no por su apariencia. El vestido negro que lleva realza una figura esbelta, y su rostro sería considerado clásicamente hermoso por cualquier estándar, pero a diferencia de todas las demás mujeres en Eclipse esta noche, ella no está interpretando ningún papel.

Se ve incómoda, tirando con cierta vergüenza del borde de su vestido mientras finge revisar su teléfono, que claramente está utilizando como un escudo transparente contra atenciones no deseadas. Cuando levanta la mirada, examinando la multitud con unos claros ojos verdes, vislumbro algo poco común en este ambiente. Autenticidad.

—¿Mak? —la voz de Fedor me devuelve a la conversación—. ¿Tu opinión sobre el champán?

—Lo que tú prefieras. —No aparto la mirada de la mujer, observando cómo navega entre la multitud con evidente incomodidad. Un grupo de tipos de finanzas también se fija en ella, dándose codazos y señalándola con la cabeza como lobos que avistan un ciervo herido.

Decisión tomada, me levanto abruptamente. —Disculpadme, caballeros. Hay un asunto que requiere mi atención.

Fedor parece sorprendido. —¿Ahora? Estamos en medio de...

—Continuad sin mí. —Mi tono no admite discusión—. Volveré en breve. —No tengo intención de hacerlo si puedo evitarlo.

Me muevo entre la multitud con determinación, y Leonid automáticamente se coloca detrás de mí. Cuando miro hacia atrás con una señal sutil con la mano, comprende inmediatamente y se mantiene atrás, dándome espacio mientras permanece vigilante.

La mujer se mueve ahora más rápido, claramente intentando escapar de la atención de los lobos financieros. Su mirada está fija hacia abajo, por lo que no me ve hasta que es demasiado tarde. Choca con mi pecho, dejando caer un pequeño bolso de mano mientras tropieza hacia atrás, con disculpas ya formándose en sus labios. —Lo siento mucho, no estaba mirando...

Sus palabras se desvanecen mientras me mira, con los ojos ligeramente abiertos. Estoy acostumbrado a cierta reacción de temor, pero la suya es diferente. Una simple sorpresa cruza su expresión, seguida de vergüenza mientras sus mejillas se colorean de una manera que parece genuina en lugar de estratégica.

No sabe quién soy.

Me inclino para recoger su bolso, aprovechando el momento para estudiarla más de cerca. No hay reconocimiento en sus ojos, ni coqueteo en su postura. Solo es una mujer hermosa claramente fuera de su elemento, incómoda en el revelador vestido que parece prestado más que propio.

—¿Está usted herida? —pregunto, devolviéndole el bolso.

—No, estoy bien. Solo avergonzada. —Lo toma con cuidado, evitando tocar mis dedos como si el contacto pudiera quemarla—. Hay mucha gente, y yo no soy realmente... —Hace un gesto vago a

nuestro alrededor, incapaz de articular lo que es obvio. No pertenece a este lugar.

Algo de su incomodidad resuena inesperadamente en mí. Paso mi vida en lugares donde no pertenezco realmente, interpretando papeles necesarios por nacimiento y circunstancias más que por elección. —¿Primera vez en Eclipse? —pregunto, aunque la respuesta es obvia.

Asiente, todavía cautelosa pero menos tensa. —Es el cumpleaños de mi compañera de piso —explica, las palabras surgiendo más rápido ahora—. Me arrastró hasta aquí, y luego desapareció rápidamente con un tipo con blazer azul.

Sonrío a pesar de mí mismo. Su franqueza es refrescante después de los intercambios con los Kazanov. —¿No le gustan las discotecas?

—¿Tan obvio es? —Tira de nuevo de su vestido con cierta vergüenza.

—Parece que está planeando una ruta de escape. —La estudio abiertamente ahora, intrigado por lo que veo—. La mayoría de la gente aquí intenta ser vista. Usted intenta ser invisible.

Mi observación claramente la inquieta. Se mueve incómoda, preparándose para retirarse. Actuando por un impulso que rara vez me permito, señalo hacia la barra. —Déjeme invitarle a una copa para disculparme por interponerme en su camino.

—No necesita disculparse. Yo me choqué con usted.

—Entonces déjeme invitarle a una copa porque parece necesitarla más que cualquier otra persona en este lugar. —Me permito otra sonrisa, sorprendiéndome incluso a mí mismo con la genuina diversión que siento.

Duda, claramente sopesando las advertencias sobre los peligros de los desconocidos frente a algún cálculo interno que no puedo descifrar. Finalmente, asiente. —De acuerdo. Una copa.

La guío hacia la barra, sin tocarla pero consciente de cómo la gente instintivamente me abre paso. Algunos rostros muestran reconocimiento, mientras que otros simplemente responden a la autoridad que proyecto sin esfuerzo consciente. La mujer también lo nota, lanzando miradas curiosas a quienes se apartan.

En la barra, me doy cuenta de que debería ofrecer un nombre, pero no el mío real. Eso acabaría con esta conversación antes de empezar si ella tuviera alguna pista de quién soy. —Soy Maxim —digo, extendiendo una mano.

—Willemina —dice ella, su apretón firme a pesar de su evidente nerviosismo—. Todos me llaman Wil.

—Willemina —repito, usando deliberadamente su nombre completo porque le queda bien, siendo elegante, algo anticuado y con una fuerza oculta en sus sílabas.

El camarero aparece al instante, saltándose a otros clientes en espera a pesar de que yo no había estado aquí antes. Los pequeños privilegios del poder están tan arraigados que apenas los noto ya, aunque Willemina claramente sí lo hace, alzando ligeramente las cejas ante el trato preferencial.

—¿Qué va a tomar? —pregunto.

Ella mira la elaborada carta de cócteles con evidente abrumación. —Solo un gin tonic, por favor.

Hago una señal al camarero. —Un gin tonic para la señorita. Stolichnaya, solo, para mí.

Nuestras bebidas llegan rápidamente. Observo cómo ella toma un sorbo cuidadoso, sus hombros relajándose gradualmente mientras el alcohol hace su efecto.

—Así que, Willemina. —Me apoyo en la barra, prestándole toda mi atención de una manera que raramente ofrezco a nadie fuera de los

negocios o la familia—. ¿A qué se dedica cuando no la arrastran a discotecas por cumpleaños de compañeras de piso?

—Soy enfermera. UCIN en el New York Presbyterian.

La respuesta me sorprende. Esperaba algo convencional. Marketing, quizás, o asistente financiera. No alguien que trabaja diariamente con la fragilidad de la vida. —¿Bebés prematuros? —aclaro, genuinamente interesado.

Ella asiente, y su expresión, por primera vez, se anima. —Los más pequeños, los más enfermos. Es difícil pero gratificante. Cada día es diferente —se detiene abruptamente, pareciendo avergonzada por su entusiasmo—. Perdón, no es exactamente una conversación emocionante para un club nocturno.

—Al contrario —digo con sinceridad—. Es lo más interesante que he escuchado en toda la noche. Tú salvas vidas mientras el resto de nosotros... —hago un gesto señalando el exceso que nos rodea—. Las desperdiciamos.

Las palabras surgen con más honestidad de la pretendida, transmitiendo un peso que no tenía intención de revelar. Willemina me estudia con renovada curiosidad, sus ojos verdes más perspicaces de lo que inicialmente le había atribuido.

—¿Y tú? —pregunta—. ¿A qué te dedicas?

Ahí está la pregunta que siempre temo en las conversaciones con civiles. Ofrezco mi historia de cobertura estándar, desarrollada hace tiempo para este tipo de situaciones. —Estoy en el negocio de la importación. Nada tan significativo como tu trabajo.

Parece que va a insistir cuando la música cambia, el ritmo se vuelve más insistente. Se presenta una oportunidad para cambiar de tema, y la aprovecho. —¿Te gustaría bailar? —pregunto, sorprendiéndome tanto a mí mismo como a ella. Hace años que no bailo apropiadamente. No por placer, al menos. Los eventos formales requieren ciertos movimientos rutinarios con parejas apropiadas,

pero eso es actuación, no disfrute. Este impulso es diferente, desconectado de estrategias u obligaciones.

Willemina parece sobresaltada por la invitación, luego pensativa. Finalmente, termina su bebida de un solo trago que sugiere profundidades ocultas bajo su aparente corrección. —¿Por qué no? —dice con una decisión inesperada—. Aunque te advierto. Soy terrible bailando.

Mis labios se curvan en otra sonrisa genuina, la segunda en minutos después de semanas sin una. —Entonces seremos terribles juntos.

Abro camino hacia la pista de baile, consciente de que Leonid observa desde el perímetro, de que Fedor mira desde la sección VIP con evidente curiosidad, y de los innumerables hilos invisibles de obligación y peligro que definen mi existencia. Por una vez, los ignoro todos.

Esta noche, lo único que quiero es disfrutar mi tiempo con esta encantadora mujer.

No durará. Nada real dura en mi mundo, pero durante estos pocos minutos en una pista de baile abarrotada, quizás la realidad pueda suspenderse. Mañana traerá violencia, estrategia y el juego interminable del poder, pero esta noche, solo hay música, movimiento y unos ojos verdes que ven a un hombre en lugar de a un monstruo.

Coloco mis manos respetuosamente en la cintura de Willemina mientras comenzamos a movernos juntos, sintiendo cómo la tensión en su cuerpo se libera gradualmente a medida que se siente más cómoda con mi proximidad. El aroma de su perfume corta a través de la atmósfera artificial del club. Por primera vez en más tiempo del que puedo recordar, siento algo sospechosamente cercano a la paz.

4

Wil

Intento calmar mis nervios mientras él me guía hacia la pista de baile, y yo le sigo, con el corazón acelerado por la ansiedad y una inesperada emoción. Cuando encontramos un hueco entre la multitud, la música cambia a algo más lento, con una línea de bajo pulsante que vibra a través del suelo. Maxim coloca sus manos respetuosamente en mi cintura, manteniendo una distancia apropiada entre nosotros.

Apoyo mis manos tímidamente sobre sus hombros, sintiendo músculos firmes bajo la tela cara. Tan cerca, noto detalles que antes pasé por alto, como una pequeña cicatriz cerca de su ceja derecha, el corte preciso de su pelo oscuro y el sutil aroma de su colonia mezclado con algo más que no puedo identificar pero que encuentro extrañamente reconfortante.

Nos movemos juntos torpemente al principio, encontrando nuestro ritmo. Soy extremadamente consciente de sus manos en mi cintura, cálidas a través de la fina tela de mi vestido. Cuando finalmente reúno el valor para mirarle directamente a los ojos, la intensidad que

encuentro me deja sin aliento. Me observa con un interés sin disimulo, como si estuviera memorizando cada rasgo.

—Así que —digo, desesperada por romper el silencio cargado entre nosotros—, ¿vienes mucho por aquí? —Inmediatamente me avergüenzo de la frase tan tópica.

Los labios de Maxim se contraen con diversión. —Es mi primera vez, pero he estado en lugares como este, principalmente por negocios.

Arqueo una ceja. —¿El negocio de importación se hace en discotecas?

—El networking ocurre en todas partes. —Su tono sigue siendo ligero, pero algo en su expresión se cierra ligeramente—. No todo el mundo realiza negocios en entornos convencionales.

Asiento, percibiendo un límite que no debería traspasar. —Lo siento. No quería entrometerme.

—No lo haces. —Sus manos se tensan ligeramente en mi cintura mientras me guía a través de un giro—. Es refrescante, en realidad. La mayoría de las personas que conozco o ya saben quién soy o fingen saberlo.

La afirmación queda suspendida entre nosotros, cargada de implicaciones que no puedo descifrar completamente. Antes de que pueda responder, la música cambia de nuevo, esta vez a algo más rápido con un ritmo palpitante que hace imposible la conversación. Maxim levanta una ceja gruesa en señal de interrogación. ¿Continuar o escapar?

Me sorprendo a mí misma acercándome más, dejando que la música guíe mis movimientos. Para ser un hombre tan controlado, baila con una gracia inesperada, su gran cuerpo de alguna manera logrando hacerme sentir grácil por asociación. A medida que la multitud nos presiona, la distancia entre nosotros disminuye naturalmente hasta que siento el calor que irradia de su cuerpo.

El tiempo se convierte en una idea, medido en canciones en lugar de minutos. Un baile se convierte en dos, luego en tres. Me olvido de sentirme cohibida, atrapada en la extraña burbuja que hemos creado en medio del caos. Cuando su mano se desliza de mi cintura a la parte baja de mi espalda durante un momento particularmente concurrido, acercándome ligeramente para protegerme de un grupo de bailarines alborotadores, mi ritmo cardíaco se dispara de una manera que no tiene nada que ver con el esfuerzo.

Después de lo que debe ser nuestra quinta o sexta canción, estoy acalorada y ligeramente mareada por la combinación de baile, alcohol y la proximidad de Maxim. Hago un gesto hacia el borde de la pista de baile, y él comprende inmediatamente, guiándome entre la multitud con esa misma autoridad sin esfuerzo que noté antes.

Encontramos un rincón relativamente tranquilo cerca de una de las altas vidrieras. Las luces de colores que se filtran a través de ellas proyectan patrones de arcoíris sobre el rostro de Maxim, suavizando sus rasgos severos. Me apoyo contra la fría pared de piedra, agradecida por su sólido soporte.

—Gracias por los bailes —digo, repentinamente tímida de nuevo ahora que estamos cara a cara sin la excusa de la música para llenar el silencio.

—El placer ha sido mío. —Su voz es más baja ahora, más íntima en nuestro relativo aislamiento de la multitud—. Bailas hermosamente.

Me río, genuinamente divertida. —Ahora sé que estás siendo educado. No he bailado en años.

—Entonces quizás deberíamos hacerlo más a menudo. —La sugerencia queda suspendida en el aire entre nosotros, cargada de posibilidades.

Le estudio, tratando de entender qué ve en mí un hombre como Maxim, claramente rico, poderoso y acostumbrado a conseguir lo que quiere. No soy lo bastante ingenua como para pensar que esto

es solo por conversación, pero hay algo en su mirada que parece más complejo que una simple atracción.

—Debería buscar a mi compañera de piso —digo, aunque no hago ningún movimiento para irme—. Asegurarme de que está bien.

—Por supuesto. —Él asiente, pero sus ojos no abandonan los míos —. A menos que...

—¿A menos que?

—A menos que prefieras no terminar la noche todavía. —Da un paso cuidadoso más cerca, manteniendo aún una distancia respetuosa—. Tengo acceso a una suite privada arriba. Podríamos continuar nuestra conversación en un lugar más tranquilo.

Mi corazón late con fuerza contra mis costillas. Este es el momento en que la sensata Willemina Lamb debería declinar educadamente, encontrar a Gisele y volver a la seguridad de la rutina y la previsibilidad, pero por una vez, no quiero ser sensata. —¿Solo conversación? —pregunto, aunque ambos sabemos que la pregunta es meramente formal.

La comisura de su boca se levanta en esa casi sonrisa. —Si eso es lo que prefieres.

Respiro profundamente, tomando una decisión que se siente simultáneamente imprudente e inevitable. —Guía el camino.

Mientras sigo a Maxim hacia un discreto ascensor custodiado por personal de seguridad, que inmediatamente se apartan a su paso, siento como si estuviera abandonando un camino familiar para adentrarme en un territorio inexplorado. No tengo idea de lo que sucederá a continuación, y la incertidumbre es aterradora y estimulante.

Esta noche, no soy la predecible y responsable Willemina Lamb, enfermera de UCIN con una vida cuidadosamente controlada. Esta

noche, soy alguien que sigue a un misterioso desconocido hacia lo desconocido, guiada por impulsos que había olvidado que poseía.

Mañana volveré a la rutina y la responsabilidad, pero esta noche pertenece a este momento, a este hombre y a lo que sea que espere detrás de las puertas del ascensor que ahora se cierran tras nosotros. Una vez que estamos solos en la cabina, me vuelvo hacia él y le pregunto: —Si nunca has estado aquí antes, ¿por qué tienes una suite arriba?

Su boca se curva ligeramente hacia arriba en el lado izquierdo. —Es una de las ventajas del propietario, y desde esta tarde, yo soy el dueño de Eclipse.

Quiero preguntar más, pero su expresión cerrada sugiere que el tema está fuera de límites. Una parte de mí siente curiosidad, pero no tanta como para arriesgarme a arruinar el momento y esta oportunidad inesperada de olvidar quién soy realmente por una sola noche y disfrutar del tiempo que tengamos juntos. Acepto sus palabras con un gesto de cabeza y le sigo fuera del ascensor cuando se detiene en el piso correspondiente.

5

Mak

Las puertas del ascensor se abren para revelar una suite que me deja sin aliento, lo que ya es decir cuando estoy acostumbrado a lo mejor. El espacio está elegantemente equipado con muebles modernos y estilizados en tonos neutros, adornado con obras de arte sutiles que hablan de riqueza sin ostentación. Un enorme sofá seccional se orienta tanto hacia las vistas como hacia una chimenea revestida con lo que parece ser raro mármol italiano. A un lado, una puerta revela el borde de lo que debe ser un dormitorio.

Ya lo veremos a su debido tiempo...

Willemina entra en la habitación con curiosidad cautelosa, abriendo los ojos mientras absorbe el entorno. —Así que esto es lo que significa ser dueño de un club nocturno. Menudo privilegio.

—Uno de los pocos que merecen la pena. —La sigo al interior del espacio, observándola cuidadosamente mientras evalúo su reacción ante este atisbo de riqueza y privilegio. A diferencia de la mayoría de quienes entran en mi órbita, parece más interesada que

impresionada, estudiando el arte en las paredes con genuino aprecio en lugar de calcular su valor.

Se acerca a un gran lienzo abstracto, inclinando ligeramente la cabeza mientras lo contempla. —Esto es impresionante. ¿Rothko?

Su reconocimiento me sorprende. Ni siquiera sabía que el cuadro estaba aquí, por lo que me desconcierta un poco que reconozca al artista. —Sí. ¿Conoces su obra?

—Hice un minor en historia del arte antes de dedicarme a la enfermería. —Sus dedos flotan cerca del lienzo sin tocarlo—. Solo he visto sus obras en museos, nunca en la colección privada de alguien. ¿Es auténtico?

—Debería serlo —respondo—. A mi padre le gustaba Rothko. —La admisión me sorprende, porque normalmente evito mencionar a mi padre si puedo evitarlo. Me aclaro la garganta y añado—: Tengo uno de sus cuadros en mi apartamento.

—Parece que tienes otro aquí también. —Me mira por encima del hombro, percibiendo el peso detrás de la declaración pero respetuosamente sin indagar—. Tu padre tenía un gusto excelente.

—En algunas cosas. —Dejo que la ambigüedad se mantenga entre nosotros—. ¿Puedo ofrecerte algo de beber? Estoy seguro de que hay un bar completo. —No necesito haber visto este lugar antes para intuir que tiene todas las comodidades esperadas.

—Solo agua por ahora, gracias. —Deambula hacia las ventanas, atraída por la vista—. Creo que he alcanzado mi límite de alcohol por esta noche.

Me dirijo al bar ubicado en la esquina, seleccionando un vaso de cristal para su agua. —¿Con gas o sin gas?

—Con gas, por favor. —Presiona su palma contra el cristal, inclinándose más para mirar la calle de abajo—. Esta vista es increíble.

Sirvo San Pellegrino para ella y un vodka solo para mí, antes de unirme a ella junto a las ventanas. La ciudad se extiende debajo de nosotros. Desde esta altura, el caos parece ordenado y el peligro distante. Permanecemos uno al lado del otro, sin tocarnos del todo, pero con la electricidad entre nosotros casi física.

—Es precioso. —Su voz se suaviza—. He vivido en Nueva York toda mi vida, pero nunca me canso de esta vista.

—¿De qué parte de la ciudad? —Le entrego el agua.

—Queens originalmente. Astoria. —Da un sorbo, sin apartar la mirada del panorama—. Ahora comparto un apartamento en Washington Heights con mi compañera, la que me arrastró aquí esta noche. El alquiler es brutal, pero la ubicación funciona bien para nuestros trabajos. —Señala la extensión ante nosotros—. Nada como esto, por supuesto.

—¿Y tu compañera tiene la costumbre de abandonarte en clubes nocturnos? —Hay un ligero tono cortante en mi voz, pero ella parece no notar mi desaprobación.

Ella se ríe. —¿Gisele? Absolutamente. Es la mariposa social frente a mi ermitaña casera. La quiero, pero nuestras ideas de diversión rara vez coinciden.

—Entonces, ¿cuál es tu idea de diversión, Willemina? —La estudio—. Si no son clubes nocturnos y bailar con desconocidos, me refiero.

Considera la pregunta mientras da otro sorbo a su agua. —Cosas tranquilas, principalmente. Leer en mi escalera de incendios con una taza de té. Descubrir restaurantes escondidos con comida increíble. Caminar por el Met cuando acaba de abrir, antes de que lleguen las multitudes. —Me mira, con un atisbo de timidez cruzando su expresión—. Aburrido, lo sé.

Me encojo de hombros. —No es aburrido. Es auténtico. Placeres genuinos en lugar de experiencias manufacturadas.

—Esa es una interpretación generosa. —Una pequeña sonrisa juega en las comisuras de su boca—. ¿Y tú? Cuando no estás adquiriendo clubes nocturnos y rescatando enfermeras fuera de lugar, ¿qué disfrutas?

La pregunta me sorprende. Pocas personas preguntan por mis preferencias personales. La mayoría asume que comparto los gustos estereotípicos de los hombres ricos o no les importa la persona detrás del poder. Considero mi respuesta cuidadosamente, queriendo ofrecer algo real a pesar de mi habitual cautela. —Navego —digo finalmente tras un momento de reflexión—. Hay una claridad en el agua que no encuentro en ningún otro lugar. Todo lo innecesario desaparece.

—Nunca he navegado. —Se gira de la ventana para mirarme directamente—. No estoy segura de si tendría piernas marineras para ello.

—Podría llevarte alguna vez. —La oferta se me escapa antes de considerar las implicaciones. La sugerencia de un futuro más allá de esta noche es territorio peligroso.

Ella arquea una ceja, con una sonrisa juguetona curvando sus labios. —Muy atrevido por tu parte, Maxim, asumir que querré verte de nuevo después de esta noche.

—Esperanzado, quizás. —Disfruto del sutil coqueteo—. O simplemente confiado en mis habilidades para asegurarme de que tengas una velada memorable.

—¿Confiado o arrogante? —Su tono sigue siendo ligero a pesar del desafío.

—Hay una línea muy fina. —Me acerco hasta que apenas nos separan unos centímetros—. En qué lado caigo depende enteramente de si puedo cumplir mis promesas.

Su respiración cambia sutilmente, acelerándose cuando entro en su espacio personal. —¿Y qué estás prometiendo exactamente?

—Eso depende de lo que tú quieras. —Mantengo el contacto visual, dejándole ver un deseo normalmente oculto—. ¿Conversación? ¿Compañía? ¿Algo más?

Ella rompe el contacto visual primero, alejándose de la intensidad del momento para instalarse en uno de los sofás bajos. La distancia es deliberada, una recalibración más que un rechazo. La sigo, sentándome lo suficientemente cerca para mantener la conexión sin invadir su retirada.

—Empecemos con una conversación —cruza las piernas bajo ella en una postura casual que contrasta con la elegancia de su vestido—. Cuéntame algo sobre ti que no esté relacionado con los negocios o las discotecas. Algo más profundo.

Considero evadirla, recurrir al encanto y los detalles superficiales, pero hay algo en su franqueza que merece honestidad recíproca. —Tengo una hermana menor. Es todo lo bueno que queda en mi vida.

Su expresión se suaviza, percibiendo la importancia sin presionar por detalles que no voy a proporcionar. —¿Es como tú?

—Para nada —un calor genuino entra en mi voz—. Es brillante y actualmente está trabajando en su doctorado en literatura. Ella ve belleza donde yo veo estrategia y posibilidades donde yo veo riesgos.

—Suena maravillosa —su rostro se anima con un interés genuino en lugar de una conversación cortés—. Debes estar orgulloso de ella.

—Más de lo que puedo expresar. Es la única cosa pura que he logrado no contaminar.

Algo en mi forma de expresarlo capta su atención, inclinando ligeramente la cabeza mientras me estudia con renovada intensidad. —Es una manera interesante de expresarlo. ¿Con qué crees que la contaminarías?

Me doy cuenta de mi error inmediatamente. Hablar de Zina ha bajado mi guardia, permitiendo vislumbrar verdades que normalmente oculto. Tomo un pequeño sorbo de vodka, usando ese momento para recalibrar. —Son solo políticas familiares. Complicaciones que vienen con ciertos apellidos e historias. Ella merece un futuro sin la carga de todo eso, y lo está logrando admirablemente.

—Entiendo eso —su respuesta me sorprende—. Los apellidos pueden pesar mucho, incluso cuando no podemos elegirlos.

—Parece que hablas por experiencia propia —respondo, agradecido por el giro que aleja la conversación de mis propias revelaciones. Me inclino ligeramente hacia delante. Es una excusa para acercarme más a ella.

Suspira, trazando distraídamente el borde de su copa con un dedo. —Mi padre era un cirujano muy respetado, brillante según todos, que murió cuando yo era pequeña. Su reputación creó ciertas expectativas. La excelencia no es opcional cuando eres la hija del Dr. Graham Lamb.

—¿Es por eso que te hiciste enfermera? ¿Siguiendo sus pasos médicos?

—En parte —sus hombros se alzan en un pequeño encogimiento—. Por lo que recuerdo de él, creo que habría preferido que me convirtiera en cirujana como él. La enfermería no era lo suficientemente prestigiosa según su visión del mundo.

—Pero te convenía más a ti —reconozco el ligero desafío bajo sus palabras.

—Así es. Quería atención directa al paciente, no la distancia quirúrgica —su expresión se ilumina mientras habla de su trabajo—. En la UCI neonatal, formo relaciones reales con las familias durante sus momentos más vulnerables. Es íntimo de una manera que la cirugía rara vez permite. No es que haya nada malo en ninguna

profesión médica, pero tengo derecho a opinar sobre lo que acabo haciendo.

Me encuentro fascinado por su pasión, la forma en que todo su comportamiento se transforma cuando habla de su vocación. A diferencia de la ambición enloquecida que encuentro en mi mundo, su impulso proviene de una compasión genuina, una cualidad que he aprendido a mirar con sospecha pero que encuentro innegablemente cautivadora en ella.

—Te encanta —digo suavemente, y es una afirmación más que una pregunta—. Tu trabajo te satisface.

—Así es —me mira directamente—. ¿El tuyo no?

La pregunta me llega más hondo de lo que ella podría imaginar. ¿Me satisface mover drogas y armas, cobrar pagos mediante el miedo y la violencia, y matar cuando es necesario para mantener el poder? Quizás en otro tiempo, cuando aún creía en la necesidad de mi papel y la protección que proporcionaba a quienes estaban bajo mi cuidado.

¿Pero ahora?

—Cumplió su propósito —digo con una sonrisa tenue. Eso es más honestidad de la que he ofrecido a cualquiera fuera de mi familia en años—. Últimamente, me encuentro cuestionando su valor.

—Entonces, ¿por qué continuar? —Su pregunta es tan simple y a la vez imposiblemente compleja.

Me río, aunque el sonido carece de verdadero humor. —Algunos caminos, una vez elegidos, no permiten salidas fáciles. Los puentes se queman, pero a veces es la única forma de avanzar.

Me estudia con una percepción inesperada, como si viera más allá del cuadro cuidadosamente construido que presento al mundo. —Eso suena como una racionalización pobre.

—Quizás lo sea —su franqueza es sorprendente, pero tal vez sea porque no sabe quién soy realmente. Otras personas son más cautelosas con sus palabras.

Inclino la cabeza hacia un lado, mirando sus bonitos ojos verdes. —Pero esta noche no se trata de mis dilemas profesionales —digo, con voz más profunda.

—¿De qué se trata, entonces? —Coloca su copa vacía en la mesa de café, con una suave curiosidad en sus ojos.

Me inclino hacia delante, lo suficientemente cerca para captar el dulce aroma floral de su perfume. Es como chicle y flores. —Esta noche se trata de la conexión inesperada entre dos desconocidos. De lo que sucede cuando dejamos a un lado nuestros roles habituales y simplemente... existimos juntos.

Sus ojos se oscurecen ligeramente, las pupilas dilatándose en respuesta a mi proximidad. —Eso suena sospechosamente a una frase hecha, Maxim.

—No es una frase hecha. Es una observación —mi voz se vuelve más baja—. Tú también lo sientes, esta corriente entre nosotros. Algo más allá de la atracción habitual. Algo que encaja.

No lo niega mientras baja brevemente la mirada hacia mis labios antes de volver a encontrarse con mis ojos. —Normalmente no hago esto. Nada de esto.

—Yo tampoco —esa es la absoluta verdad. A pesar de innumerables mujeres a lo largo de los años, rara vez permito una conexión genuina. Satisfacción física, sí. Relaciones estratégicas, por supuesto, pero ¿esta vulnerabilidad? Nunca.

—De alguna manera, lo dudo —un atisbo de escepticismo juguetón cruza su rostro—. Me imagino que las mujeres son bastante susceptibles a tu particular tipo de intensidad.

Sonrío ante su percepción. —Estás evadiendo.

—Tú también —iguala mi franqueza.

El desafío queda suspendido entre nosotros, reconocimiento de atracción mutua y vacilación compartida. Por razones diferentes, quizás, pero igualmente reales. Extiendo la mano lentamente, dándole tiempo para retirarse, y aparto un mechón de pelo de su cara. El gesto es suave, casi tentativo, un territorio desconocido para un hombre acostumbrado a tomar lo que quiere sin cuestionarlo.

—Hace mucho más tiempo del que puedo recordar que no disfrutaba de una conversación genuina como esta —mis dedos se demoraron en su mejilla—. La mayoría de la gente quiere algo de mí. Posición, protección o poder por asociación. Sus palabras son premeditadas, y su interés es fingido.

—¿Y crees que el mío no lo es? —Se inclina sutilmente hacia mi caricia.

—Sé que no lo es —la certeza llena mi voz—. No tienes ni idea de quién soy realmente, o qué controlo. Tu interés está en el hombre que tienes delante, no en el nombre o los recursos.

Ella atrapa ligeramente mi muñeca, no apartándome sino manteniéndome allí, su piel cálida contra la mía. —¿Y si lo supiera? ¿Cambiaría eso las cosas?

—Inevitablemente —esa sinceridad nos sorprende a ambos—. El conocimiento trae complicaciones, expectativas, y a veces incluso miedo.

—¿Tienes miedo de ser conocido, Maxim? —La pregunta llega al corazón de algo que raramente examino.

—Tal vez —giro mi mano para atrapar la suya, entrelazando nuestros dedos—. O tal vez tengo miedo de lo que conocerme podría hacerle a alguien como tú.

La confesión permanece entre nosotros como el humo de las velas. En sus ojos, veo el amanecer de la comprensión, no de los detalles

específicos, sino de la verdad esencial. Sea lo que sea, quien sea yo, lleva el peligro a su paso.

—Soy más fuerte de lo que parezco —su voz se suaviza mientras su pulgar traza patrones en mi palma.

—No lo dudo —llevo nuestras manos unidas a mis labios, presionando un beso contra sus nudillos—. Esta noche no se trata de fuerza o debilidad. Se trata de elección y presencia. Se trata de permanecer en este momento sin que el pasado o el futuro lo compliquen.

—Solo ahora —ella extiende la mano para acariciar la línea de mi mandíbula, su tacto exploratorio y tentativo.

—Solo ahora —me inclino hacia su caricia—. ¿Y qué quieres en este momento, Willemina?

Su respiración se detiene por un segundo, y sus ojos se oscurecen mientras toma su decisión. —Ahora mismo, quiero que me beses.

Con el permiso esencial concedido, cierro la distancia restante entre nosotros. Nuestros labios se encuentran suavemente al principio, más una pregunta que una exigencia. Ella responde con una sorprendente avidez, moviendo su mano hacia la parte posterior de mi cuello, sus dedos entrelazándose en mi cabello. El beso se profundiza naturalmente, el hambre crece mientras el mundo a nuestro alrededor se desvanece.

Ella sabe ligeramente a alcohol, pero no de manera abrumadora. Sus labios son suaves y dóciles bajo los míos.

Acuno su rostro con una mano mientras coloco la otra en su cintura, acercando su cuerpo curvilíneo. Necesito saber más sobre esas curvas, sobre ella. No solo lo que hay en el exterior, sino lo que hay dentro...

Y lo bien que se siente.

Lo que comienza como exploración rápidamente se transforma en algo más urgente cuando ella se presiona contra mí, sus curvas encajando perfectamente contra mis músculos rígidos.

Dejo un rastro de besos a lo largo de su mandíbula hasta el punto sensible detrás de su oreja, sintiéndola estremecerse en respuesta. Sus manos exploran la amplitud de mis hombros y el músculo bajo la tela cara, aprendiendo mi cuerpo mientras yo aprendo el suyo. Cuando encuentro con mis labios el punto de pulso en su garganta, ella emite un suave sonido de placer que envía calor a través de mí como fuego.

Me aparto por un momento para mirar su rostro nuevamente. Sus labios están ligeramente hinchados por nuestros besos, sus mejillas sonrojadas, ojos luminosos de deseo. Nunca ha lucido más hermosa que en este momento de deseo sin disimulo.

—Willemina —mi voz es áspera y cruda—. Creo que la cama sería más cómoda para lo que estoy a punto de hacerte.

En sus ojos, veo el deseo luchando contra la cautela, la espontaneidad desafiando a la responsabilidad. Nos balanceamos al borde de algo que ninguno de los dos anticipó cuando comenzó la noche, algo que podría cambiarnos a ambos de maneras que no podemos predecir.

6

Wil

—Vamos —las palabras salen de mis labios con sorprendente certeza, mi voz más firme de lo que me siento por dentro—. Pero más te vale que no sean solo palabras.

Sus ojos se oscurecen ante mi respuesta, sus pupilas dilatándose de deseo. La energía entre nosotros cambia al instante, el aire cargándose como una tormenta eléctrica. Maxim toma mi mano, entrelazando sus dedos con los míos mientras me guía hacia la puerta del dormitorio. Mi corazón late con fuerza contra mis costillas, una mezcla de nerviosismo y exaltación inunda mi sistema.

No me he sentido así desde...

Maldita sea, creo que *nunca* me he sentido así.

El dormitorio continúa con la estética de lujo de la suite. Una enorme cama king-size domina el espacio, y la seda blanca intacta brilla suavemente bajo la tenue iluminación. Otra pared de ventanales ofrece la misma impresionante vista de Manhattan, pero

estamos lo suficientemente alto como para que nadie pueda ver lo que estamos a punto de hacer.

Me detengo en el umbral, invadida por una repentina incertidumbre. Esta no soy yo. No sigo a desconocidos a suites encima de discotecas, no sucumbo a los impulsos y no abandono el control. Siempre soy la responsable, la predecible, la que sopesa las consecuencias antes de actuar.

Maxim suelta mi mano inmediatamente, creando espacio entre nosotros. —¿Te lo estás pensando mejor? —Su expresión se vuelve cuidadosamente neutral, aunque la tensión permanece en la postura de sus hombros.

—No exactamente —intento articular la confusión que gira dentro de mí—. Es solo que... yo no hago esto. Nunca. Siempre soy la responsable y predecible —lo miro, la vulnerabilidad hace que mi voz se entrecorte ligeramente—. No quiero que pienses...

—No pienso nada excepto que eres extraordinaria —me interrumpe con suavidad, su acento más pronunciado por la emoción—. Y que te deseo, pero solo si estás segura.

Su sinceridad disipa mis dudas, devolviéndome al momento presente. Esta es mi elección. No un error, no un lapso de juicio, sino una decisión deliberada de reclamar un placer que me he negado durante años. —Estoy segura —alcanzo los botones restantes de su camisa, una nueva audacia guía mis dedos—. Sorprendentemente segura.

Libero cada botón con cuidado deliberado, revelando más de su piel bronceada con cada uno. Cuando su camisa se abre completamente, me sorprende descubrir varias cicatrices marcando su torso, una línea irregular a través de su hombro derecho, otra en sus costillas, y marcas más pequeñas dispersas como un mapa de violencia pasada. Es impactante, pero a estas alturas sé que su pasado, o quizás incluso su presente, encierra más peligro de lo que dejó entrever.

—¿Qué te pasó? —pregunto, la curiosidad eclipsando temporalmente mi deseo sexual.

Él captura mi mano, llevándosela a los labios. —Un desacuerdo de negocios. Nada que merezca ser discutido esta noche.

La evasiva es obvia, pero no insisto. En cambio, dejo que redirija mi atención mientras sus manos vuelven a la cremallera de mi vestido, que todavía cuelga parcialmente abierta desde nuestro encuentro anterior. Con deliberada lentitud, la baja, su mirada nunca abandona la mía mientras la tela se desliza por mi cuerpo. Sus dedos recorren mi piel recién expuesta, encendiendo nervios que no sabía que podían ser tan sensibles.

El vestido continúa su descenso más allá de mis pechos y sobre mi cintura antes de finalmente acumularse a mis pies en un charco de tela negra. Me encuentro ante él en ropa interior de algodón negro simple, más práctica que seductora, elegida sin expectativas de ser vista. La inseguridad parpadea brevemente antes de que la cruda apreciación en su expresión la extinga.

—Preciosa —murmura, su mirada recorriéndome con una intensidad que hace que mi piel se ruborice de calor.

—Tu turno —tiro de su camisa parcialmente desabotonada, repentinamente ansiosa por igualar nuestra exposición.

Él obedece, quitándose la camisa. La revelación completa de su torso me roba el aliento mientras observo los anchos hombros que se estrechan hacia una cintura delgada, los músculos definidos que hablan de una fuerza disciplinada más que de vanidad, y esas misteriosas cicatrices que insinúan una vida mucho más complicada que simples negocios.

Sus pantalones le siguen, revelando muslos poderosos y una impresionante erección tensando sus bóxers negros. Cuando estos también se descartan, contemplo su forma completamente desnuda, hipnotizada. Está magníficamente proporcionado, con su miembro

más grande de lo que anticipaba y ya goteando como una bestia hambrienta.

El calor se acumula en mi vientre ante la visión. Es tan... masculino. A su lado, me siento más mujer de lo que jamás me he sentido.

Cuando vuelvo a encontrarme con sus ojos, está observando mi reacción con ese mismo enfoque intenso que ha caracterizado todo nuestro encuentro, como si estuviera memorizando cada microexpresión y catalogando cada respuesta que tengo hacia él.

Maxim da un paso adelante, cerrando la distancia entre nosotros. Acuna mi rostro con inesperada gentileza mientras me besa de nuevo, más profundamente ahora, su hambre apenas contenida. El calor de su piel contra la mía envía electricidad crepitando por mis venas.

Mueve una mano al broche de mi sujetador, deteniéndose allí en una pregunta silenciosa. Asiento contra sus labios, y lo desabrocha con facilidad. Mientras los tirantes se deslizan por mis brazos, su mirada de aprecio me hace sentir hermosa en lugar de expuesta. Acuna mis pechos con reverencia, sus pulgares circulando mis pezones que se endurecen instantáneamente con su contacto.

—Perfectos —susurra contra mi oído antes de bajar su cabeza para tomar uno de los picos en su boca.

Jadeo ante la sensación, mis manos encontrando apoyo en su pelo mientras prodiga atención primero a un pecho, luego al otro. Su lengua y dientes trabajan en conjunto, creando un equilibrio perfecto de placer y dolor sutil que me hace arquearme contra él. Una de sus manos se desliza por mi estómago hasta la cinturilla de mis bragas, metiendo sus dedos justo debajo del elástico.

—¿Puedo? —pregunta, su voz bordeando lo arrogante.

—Por favor —susurro, más allá de preocuparme por lo necesitada que sueno.

Se arrodilla ante mí, bajando lentamente mis bragas por mis piernas. Salgo del algodón negro, ahora completamente desnuda bajo su mirada. Sus manos acarician mis pantorrillas, mis rodillas, mis muslos, abriéndose camino hacia arriba con deliberada paciencia. Cuando presiona un beso en mi cadera, mis piernas casi se doblan.

—La cama —logro susurrar, mi voz apenas reconocible.

Maxim se levanta, alzándome con sorprendente suavidad y depositándome en el centro de la enorme cama. Las frescas sábanas de seda contra mi piel acalorada me envían un escalofrío mientras él me sigue, cerniéndose sobre mí con su peso sostenido por sus musculosos brazos.

Lo atraigo hacia mí para otro beso, abriendo mis piernas para acomodarlo entre ellas. Se acomoda contra mí, y la dura longitud de su miembro presiona insistentemente contra mi vulva. El peso de él se siente correcto de alguna manera, anclándome a la realidad de esta extraordinaria noche.

—Preservativo —susurro contra sus labios, mi pragmatismo de enfermera imponiéndose incluso ahora.

Extiende la mano hacia la mesilla de noche y saca la protección sin hacer comentarios. Lo observo mientras se lo coloca rápidamente, momentáneamente agradecida por su experiencia aunque me pregunto sobre sus orígenes.

Cuando regresa a mí, su enfoque cambia. Ahora es más lento y deliberado. Me besa profundamente, y luego comienza un recorrido hacia abajo, deslizando sus labios por mi cuello, clavícula y entre mis pechos. Sus manos exploran con minuciosa meticulosidad, aprendiendo qué hace que mi respiración se entrecorte y qué provoca los suaves sonidos de placer que intento reprimir.

—No te contengas —murmura contra mi piel—. Quiero oírte.

Su boca encuentra de nuevo mi pezón, rozándolo con los dientes lo justo para enviar chispas de sensación directamente a mi sexo. Mi

espalda se arquea involuntariamente, y un gemido escapa antes de que pueda contenerlo. Su complacido murmullo vibra contra mi piel mientras continúa su exploración, descendiendo con una paciencia tortuosa.

Cuando se acomoda entre mis muslos, mirándome con hambre sin disimular, me siento nuevamente cohibida por un momento. —No tienes que...

—Quiero hacerlo. —Su aliento calienta mi sexo—. Quiero saborearte. ¿Puedo?

La formalidad de su petición, contrastada con el deseo crudo en sus ojos, me deshace por completo. Asiento, más allá de las palabras mientras su boca desciende. La primera caricia de su lengua arranca un grito de sorpresa de mis labios. Es hábil, devastadoramente hábil, alternando amplias caricias con atención concentrada en mi clítoris que me hace aferrarme a las sábanas.

Agarra mis muslos, manteniéndome abierta a sus atenciones mientras me trabaja con una precisión implacable. Su lengua avanza por todas partes, explorando desde la más superficial hendidura hasta el espacio más profundo. Cuando un dedo se desliza dentro de mí, luego dos, curvándose hacia arriba para encontrar el punto que hace que estrellas exploten tras mis párpados, casi me deshago. Su ritmo aumenta, su lengua circulando mi clítoris mientras sus dedos trabajan más profundamente, estirándome en preparación para lo que está por venir.

Mi orgasmo se construye con sorprendente rapidez mientras la tensión se enrosca en la base de mi columna. —Maxim, estoy cerca... —levanto mis caderas para encontrarme con su boca, sin importarme ya lo lasciva que pueda parecer.

Redobla sus esfuerzos, y la doble estimulación de su lengua y dedos me empuja rápidamente al abismo. El clímax me atraviesa en oleadas, haciéndome gritar. Mis paredes internas se contraen alrededor de sus dedos mientras el placer me inunda. Me acompaña

durante todo el proceso, cediendo solo cuando tiro débilmente de su pelo, hipersensible y sin aliento.

Antes de que me haya recuperado completamente, sube por mi cuerpo, posicionándose en mi entrada. Separa mis muslos, y nuestras miradas se encuentran mientras avanza lentamente, dándome tiempo para adaptarme a su considerable tamaño. La sensación de plenitud es exquisita, rozando el límite de lo excesivo, pero de alguna manera exactamente lo correcto.

Exhalo entrecortadamente, agarrando sus hombros mientras se acomoda completamente dentro de mí. —Se siente...

—Dime —me insta, manteniéndose perfectamente quieto a pesar de la tensión evidente en cada línea de su cuerpo.

—Increíble. —Envuelvo mis piernas alrededor de su cintura, atrayéndolo imposiblemente más profundo—. Perfecto.

Comienza a moverse entonces, estableciendo un ritmo que empieza con una lentitud dolorosa. Cada embestida me hunde más en el colchón, el contrapunto perfecto de dar y tomar. Su mirada nunca abandona la mía, creando una intimidad más profunda que la unión física de nuestros cuerpos.

Me pierdo en el placer creciente, en el peso de él sobre mí, y en la inesperada conexión forjada entre desconocidos. Cuando cambia ligeramente el ángulo, golpeando un punto dentro que envía chispas por mi columna, clavo involuntariamente mis uñas en su espalda.

—¿Ahí? —Una sonrisa conocedora cruza su rostro mientras repite el movimiento con abrumadora precisión.

—Sí. —Jadeo, mis músculos internos apretándose a su alrededor mientras un segundo orgasmo se aproxima con asombrosa rapidez —. No pares.

Su ritmo aumenta mientras su control se desmorona visiblemente cuando su propio placer crece. Desliza una mano entre nosotros,

encontrando mi clítoris con infalible precisión y circulando al ritmo de sus embestidas. La doble estimulación me empuja rápidamente hacia el límite por tercera vez.

—Por favor, córrete para mí —dice con voz ronca, su acento espesándose con la excitación—. Déjame sentirte.

La combinación de sus palabras, su tacto y la presión implacable en mi interior desencadena otro clímax, lo cual me sorprende. Me deshago bajo él, mis paredes internas pulsando alrededor de su miembro mientras el placer me atraviesa en oleadas. Nunca antes había conseguido correrme más de dos veces. Él me sigue momentos después, su ritmo vacilando mientras embiste profundamente una última vez, tensándose sobre mí al alcanzar su propia culminación.

Nuestra respiración gradualmente se sincroniza en la tranquila secuela. Cuando finalmente se mueve, es con reluctancia para deshacerse del preservativo antes de volver para atraerme de nuevo hacia él.

Apoyo mi cabeza en su pecho, escuchando cómo su corazón reduce su ritmo hasta un paso pausado. Envuelve un brazo alrededor de mi cintura, manteniéndome cerca, como si temiera que pudiera desaparecer. No tengo planes de irme.

—¿Siempre estás tan callado después? —rompo el cómodo silencio eventualmente.

—¿Siempre eres tan habladora? —Su pecho retumba con una risa silenciosa.

Me apoyo sobre un codo para mirarlo adecuadamente. Sus rasgos parecen más suaves tras el placer, y se muestra más accesible. —Estoy procesando. Esto no es exactamente un viernes típico para mí.

—Ni para mí. —Su mano se acerca para colocar un mechón de pelo detrás de mi oreja con una ternura inesperada.

—¿En serio? —No puedo evitar que el escepticismo se note en mi voz—. ¿Un hombre con acceso a una suite privada sobre el club más exclusivo de Manhattan no recibe compañía regularmente aquí?

—La suite viene con ciertos acuerdos de negocios. —Su expresión se cierra ligeramente—. Como dije, nunca había estado aquí antes.

—Entonces, ¿soy un asunto personal? —Mantengo mi tono ligero, aunque la pregunta tiene peso.

Considera cuidadosamente su respuesta. —Ciertamente no eres un negocio.

Acepto esta no-respuesta con una pequeña sonrisa, acomodándome de nuevo contra su pecho. —Bien.

Permanecemos así durante algún tiempo, la íntima quietud casi más desconocida que el acto físico que la precedió. Sus dedos trazan patrones abstractos a lo largo de mi columna, provocando agradables escalofríos a su paso. Me encuentro estudiando las cicatrices en su pecho, preguntándome sobre las historias detrás de ellas pero intuyendo que pertenecen a una realidad en la que no debería indagar.

Mis párpados se vuelven pesados por la combinación de esfuerzo físico, intensidad emocional y el alcohol consumido anteriormente. Lucho brevemente contra ello, no queriendo desperdiciar estas preciosas horas durmiendo, pero finalmente me rindo al reconfortante ritmo de la respiración de Maxim bajo mi mejilla.

Mi último pensamiento coherente antes de quedarme dormida es que mañana, volveré a ser la Willemina responsable y predecible. Esta noche, en esta burbuja de lujo suspendida sobre la ciudad, he descubierto una versión de mí que nunca supe que existía, una mujer capaz de pasión, impulso y conexión con un desconocido misterioso, que ve en mí algo que merece desear.

Si ese descubrimiento resulta liberador o peligroso está aún por verse.

7

Mak

Despierto antes del amanecer, mi cuerpo acondicionado tras años de vigilancia para no dormir nunca demasiado profundamente ni demasiado tiempo. Lo primero que registro es el calor presionado contra mi costado y el peso poco familiar de otra persona compartiendo mi espacio. Willemina duerme tranquilamente, su cabello oscuro derramándose sobre mi pecho, una mano descansando suavemente sobre mi corazón.

Estudio su rostro en reposo, memorizando detalles que pasé por alto en el calor del encuentro de anoche. Hay una pequeña cicatriz cerca de su nacimiento del pelo que apenas es visible, lo que me hace sentir curiosidad sobre cómo se la hizo. Luego noto el arco perfecto de sus cejas y la ligera separación de sus labios mientras respira. Parece más joven cuando duerme, liberada de la responsabilidad que lleva como una armadura durante las horas de vigilia.

Algo se tensa en mi pecho. Es una sensación poco familiar que me toma un momento identificar como ternura. Ha pasado tanto tiempo desde que sentí algo parecido a la gentileza por alguien que no fuera

Zina que la emoción se siente casi extranjera, como un idioma que alguna vez conocí pero que hace mucho olvidé cómo hablar.

Mi teléfono vibra silenciosamente en la mesita de noche. Con cuidado, me libero del abrazo de Willemina, apoyando suavemente su cabeza en la almohada sin despertarla. Hace un pequeño sonido de protesta antes de sumirse más profundamente en el sueño. La observo un momento más antes de coger mi teléfono.

Encuentro tres mensajes de Leonid:

Fedor te busca. Le dije que te fuiste con el equipo de seguridad.

Los Kazanov haciendo preguntas sobre la reunión de anoche. Esperan seguimiento.

Envío llegará temprano. Necesita autorización antes de las 11 a.m.

La realidad se entromete como un invitado no deseado. Miro la hora y veo que son solo las 5:43 a.m. El breve respiro está terminando mientras mi mundo real me reclama con sus interminables exigencias y peligros.

Con un pequeño suspiro de derrota, me dirijo al baño, cerrando la puerta silenciosamente antes de llamar a Leonid. Contesta al primer tono, con voz alerta a pesar de la hora.

—¿Estado? —mantengo mi voz baja.

—Todo contenido —dice eficientemente—. Fedor no ha insistido más allá de las consultas iniciales, y los Kazanov regresaron a su territorio anoche sin incidentes. Hay documentación del envío que requiere tu firma digital.

—Ven a mi oficina a las diez. —Hago una pausa, considerando cuidadosamente mis siguientes palabras—. La mujer. Organiza un transporte discreto cuando despierte. Sin detalles y sin seguimiento. Consigue una empresa de transporte que no sepa nada sobre mí y que no hayamos utilizado antes.

—Entendido. —El tono de Leonid no revela nada—. ¿Y usted?

—Regresaré por separado. Que Pavel traiga el coche a la entrada VIP a las 6 a.m., o tan cerca de esa hora como sea posible.

La llamada termina tan eficientemente como comenzó. Me salpico agua fría en la cara, el impacto ayuda a cristalizar mis pensamientos. Anoche fue una escapada inesperada y momentánea del peso de ser Makari Vorobev, pero la luz del día trae claridad y con ella, la comprensión de que algunas indulgencias no pueden mantenerse.

Me visto en silencio, recogiendo la ropa dispersa por toda la suite. Mis movimientos son los de siempre. Estoy siguiendo la rutina de un hombre acostumbrado a marcharse antes del amanecer, a cortar conexiones antes de que se formen.

Sin embargo, esta vez algo se siente diferente.

Algo se resiste a la ruptura limpia que mi estilo de vida exige.

De vuelta en el dormitorio, observo a Willemina dormir por otro largo momento. La sábana se ha deslizado, revelando un hombro y la suave curva de su pecho. Ajusto la cobertura, un gesto extrañamente protector que me sorprende incluso mientras lo realizo.

Sería fácil despertarla, pasar otra hora explorando la conexión que surgió tan inesperadamente entre nosotros. Podría retrasar mi regreso, alejar la realidad por unos preciosos momentos más en este santuario temporal que hemos creado. Podría fingir ser solo Maxim, un empresario sin sangre en las manos, sin enemigos tramando su caída y sin un imperio construido sobre el sufrimiento, un poco más de tiempo.

Eso sería egoísta, quizás incluso peligroso. Cuanto más continúe esta fantasía, más complicado se vuelve el inevitable final. Es mejor cortar limpiamente ahora, antes de que se formen vínculos más profundos. Mejor para ella, sin duda. Quizás para mí también,

aunque el sentimiento dolorosamente hueco en mi pecho sugiere lo contrario.

Tomo una rosa del arreglo centrado en la mesa del comedor, colocándola suavemente en la almohada junto a ella. Colocar la rosa se siente como una despedida, el gesto simultáneamente significativo e inadecuado. Es simplemente un reconocimiento simbólico de algo que merece más de lo que puedo dar con seguridad.

Solo espero que no me odie después de esto.

Llamo al club para organizar que alguien venga temprano y tenga el desayuno listo para ella a las nueve, recordando cómo mencionó que siempre estaba hambrienta después de los turnos nocturnos. Pequeñas cortesías que son insignificantes en el alcance de mis recursos, pero importantes de maneras que no puedo articular completamente.

Mi dedo se cierne sobre una bandeja de papelería. Estoy tentado a dejar una nota, o quizás mi número privado, pero ¿qué lograría con eso? ¿Un engaño prolongado? ¿Un final inevitablemente complicado cuando la verdad salga a la superficie? ¿O peor aún, ponerla en peligro simplemente por su asociación conmigo?

En mi mundo, puede haber un precio que otros pagan por su conexión con Makari Vorobev. No añadiré a Willemina a la lista de objetivos potenciales en la guerra interminable que libro. Su vida —salvando a los más pequeños y vulnerables— importa demasiado para ser comprometida por mi oscuridad.

Decisión tomada, me alejo del escritorio sin escribir una palabra. Mejor una ruptura limpia y una sola noche de recuerdo no contaminado por complicaciones o peligros. Mejor que piense que soy un empresario insensible que tomó lo que se ofreció y luego desapareció. Ese guion, al menos, no conlleva ningún riesgo para ella.

Miro mi reloj y descubro que son las seis y cinco minutos. Pavel estará llegando pronto o ya está esperando. Echo un último vistazo a Willemina, memorizando la curva perfecta de sus labios y la forma en que su mano se curva bajo su mejilla.

Tomando un lento respiro, salgo silenciosamente de la suite, cerrando la puerta tras de mí.

Una vez en el ascensor, recuerdo un fragmento de la conversación de anoche, cuando mencionó que le encantaban las plantas y odiaba las flores, porque ya estaban muertas. Por impulso, envío un mensaje a mi técnico informático instruyéndole que localice la dirección de Willemina y que ordene la entrega de un rosal vivo anónimo. Se siente más significativo que la flor muerta que dejé, y cierro la aplicación de mensajería, decidido a cerrar esta experiencia con ella de la misma manera.

Ahora, se acabó.

El ascensor privado desciende suavemente, cada planta llevándome más lejos del breve santuario de arriba, arrastrándome de vuelta a la realidad que he construido para mí mismo. Cuando las puertas se abren en la entrada lateral discreta del Eclipse, ya he encerrado al hombre que sostuvo a Willemina durante la noche. Mis hombros se enderezan, la mandíbula se tensa y fuerzo mi expresión a su habitual indiferencia.

Pavel espera con el coche, abriendo la puerta sin comentarios cuando me acerco. Su discreción es absoluta y es una de las muchas razones por las que permanece a mi servicio mientras que otros han sido despedidos por fallos menores.

—A la residencia —digo cuando la puerta se cierra, sellándome en un aislamiento con olor a cuero.

La ciudad pasa al otro lado de las ventanas tintadas, pero las calles empiezan a llenarse de actividad. Camiones de reparto, trabajadores madrugadores y empleados del turno de noche que vuelven a casa.

Es el ritmo humilde y ordinario de vidas no cargadas por el peso que yo llevo.

Mi teléfono vibra de nuevo con otro mensaje de Fedor: *¿Dónde estás? Situación urgente desarrollándose con los colombianos.*

Lo ignoro, centrándome en su lugar en los documentos encriptados que Leonid ha enviado sobre el cargamento entrante. La distracción del negocio es bienvenida, alejando mi mente de ojos verdes, piel suave y conversaciones que se sintieron genuinas de formas en que mis interacciones diarias nunca lo hacen.

Cuando llegamos a la finca, el personal de seguridad se pone firme mientras las puertas se abren. Nada parece fuera de lugar, pero escaneo el perímetro automáticamente, evaluando posibles amenazas con el instinto de un depredador en territorio disputado. Solo cuando estoy seguro de que todo está en orden salgo del vehículo.

—¿Necesitará el coche de nuevo hoy, señor? —pregunta Pavel, con expresión cuidadosamente neutral.

—No. Tómate la mañana libre. Regresa al mediodía. —Una pequeña amabilidad para equilibrar los acontecimientos de la noche, quizás.

Dentro, la casa está en silencio salvo por sonidos lejanos de la cocina. La señora Petrova prepara el desayuno, sin saber que su empleador acaba de regresar. Me muevo silenciosamente por los pasillos de mármol hacia mi suite privada, con la intención de ducharme para eliminar el persistente aroma del perfume de Willemina antes de reunirme con Fedor.

La puerta del ala de Zina se abre cuando paso, indicando que ha regresado al menos para el fin de semana. Mi hermana emerge en pijama de seda, con el pelo revuelto por el sueño. Se detiene en seco al verme, la sorpresa rápidamente da paso a la diversión. Cruza los brazos, sonriendo con suficiencia. —¿La marcha de la vergüenza? Te ves... arrugado.

Mantengo la compostura, aunque pocas personas pueden desarmarme como Zina. —Buenos días a ti también.

—Debe haber sido toda una reunión de negocios. —Sus ojos bailan con picardía—. ¿Las negociaciones de importación-exportación se alargaron?

—¿No tienes clase hoy? —desvío la conversación, continuando hacia mis habitaciones.

Ella camina a mi lado, imperturbable. —Es sábado, así que no. Tengo mucho tiempo para escuchar sobre tu misteriosa desaparición. Fedor estaba bastante molesto cuando lo abandonaste con los Kazánov.

Me detengo, girándome para encararla. —Fedor me reporta a mí, no al revés, y mi paradero no es de su incumbencia, ni de la tuya.

Las palabras salen más duras de lo previsto. La sonrisa de Zina se desvanece, reemplazada por genuina curiosidad.

—Esto es diferente —dice en voz baja, estudiando mi rostro con la penetrante intuición que la hace tan difícil de engañar—. Esto no fue negocio en absoluto, ¿verdad?

Retomo la marcha, sin querer tener esta conversación en el pasillo, donde el personal podría escuchar. Zina me sigue hasta mi suite, posándose en el brazo de un sillón de cuero mientras me quito el reloj y los gemelos.

—Debe ser especial —observa Zina—. Nunca rompes la rutina.

—Fue una noche —digo, manteniendo un tono neutral—. Nada más.

—Si tú lo dices. —Inclina la cabeza, poco convencida—. Aunque no recuerdo la última vez que parecías tan... conflictivo por "nada".

Me doy la vuelta, sin querer reconocer la precisión de su evaluación. —¿No tienes que estudiar?

—Vale, guárdate tus secretos. —Se levanta con gracia, moviéndose hacia la puerta—. ¿Mak? —Espera hasta que encuentro su mirada—. No sería lo peor, ¿sabes? Encontrar algo... alguien... fuera de todo esto. —Hace un gesto vago, abarcando la mansión, el imperio, la vida en la que nacimos.

Sus palabras dan más en el clavo de lo que ella se da cuenta. Ofrezco un murmullo no comprometido en respuesta, sin querer examinar la posibilidad que sugiere. Zina se demora un momento más antes de marcharse con una sonrisa conocedora que la hace parecer inquietantemente a nuestra madre en las pocas fotografías que tenemos.

Solo de nuevo, me quito la ropa de ayer y entro en la ducha, ajustando la temperatura casi al punto de ebullición. El agua caliente golpea contra músculos tensos mientras presiono las palmas contra los azulejos fríos, con la cabeza inclinada bajo el chorro.

Imágenes de anoche surgen sin ser invitadas. Recuerdo la brusca inhalación de Willemina cuando entré en ella por primera vez, la forma en que su espalda se arqueó cuando el placer la invadió, y la confianza vulnerable en sus ojos después. Alejo los recuerdos, centrándome en cambio en el día que tengo por delante.

Para cuando salgo, con la piel enrojecida por el calor, he compartimentado con éxito los acontecimientos de la noche. Willemina Lamb pertenece a otra vida, otra versión de mí mismo que solo existe en breves momentos robados. Maxim puede permitirse esa indulgencia, pero Makari Vorobev tiene responsabilidades que no pueden ser desatendidas, un imperio que exige vigilancia constante, y una hermana que requiere protección.

Me visto con precisión militar en un traje gris marengo, una camisa blanca impecable y gemelos de platino con el escudo familiar antes de añadir la pistolera de hombro que sostiene la Glock personalizada que se siente como una extensión de mi brazo. Cada elemento del uniforme refuerza quién soy y quién debo ser.

Cuando salgo de mis aposentos treinta minutos después, estoy completamente blindado contra la vulnerabilidad y contra el eco persistente de conexión que amenaza con distraerme. Leonid espera en mi despacho con el informe de seguridad del día. Fedor llegará en breve, esperando explicaciones que no tengo intención de proporcionar.

El juego continúa, las piezas se mueven, y yo retomo mi posición en el centro del tablero. El rey, protegido por muchos, verdaderamente conocido por ninguno.

Sin embargo, mientras reviso evaluaciones de amenazas e informes territoriales, una parte de mí permanece en aquella suite de hotel, observando la luz matinal jugar sobre las facciones dormidas, preguntándome cuán diferente sería la vida si fuera realmente el hombre con quien Willemina pasó la noche, en lugar de la sombra que pretendo ser.

8

Wil

Despierto lentamente, la consciencia vuelve en suaves oleadas. La luz del sol se filtra por las ventanas, revelando la habitación desconocida. Por un momento, me invade la desorientación. La cama es demasiado grande, las sábanas demasiado suaves y el techo demasiado alto para ser mi apartamento de Brooklyn.

Entonces los recuerdos vuelven de golpe: Eclipse, el baile y Maxim, seguidos por la suite privada, sus manos en mi cuerpo y la inesperada pasión entre desconocidos. El calor sube a mis mejillas mientras fragmentos de la noche anterior se reproducen con vívido detalle. Extiendo la mano a través de la inmensa cama, esperando encontrar piel cálida y músculo firme, pero mis dedos solo encuentran sábanas frías.

Me incorporo, sujetando la ropa de cama contra mi pecho.

—¿Maxim?

No hay respuesta. La suite está en completo silencio. Examino la habitación buscando señales de su presencia, pero no encuentro

nada. La única evidencia de que no soñé todo el encuentro es una rosa roja descansando sobre la almohada junto a mí, sus pétalos perfectamente acunados por la seda blanca.

Emociones complejas se arremolinan en mi interior, incluyendo decepción, vergüenza y un extraño alivio que me ahorra la incómoda conversación de la mañana siguiente con un virtual desconocido. Levanto la rosa, respirando su sutil fragancia mientras paso el dedo por el tallo donde todas las espinas han sido cuidadosamente eliminadas. Normalmente no me gustan las flores cortadas porque ya están muertas, pero me siento obligada a acariciar esta suavemente por un segundo.

Me deslizo fuera de la cama, envolviéndome en la sábana como una improvisada toga mientras exploro la suite. El salón permanece inmaculado, a excepción de dos copas de champán vacías sobre la mesa de centro. En el baño, encuentro mi vestido prestado colgado pulcramente en un gancho, mi ropa interior doblada junto a él. La consideración en este pequeño gesto contrasta marcadamente con su ausencia.

Un golpe en la puerta me sobresalta. Agarrando la sábana con más fuerza, me acerco con cautela.

—¿Quién es?

—El desayuno, señorita Lamb.

Entreabro la puerta, revelando a un joven con una bandeja cubierta. Lleva el uniforme del club de abajo pero parece despierto y alerta.

—No he pedido nada.

—Cortesía del señor Vorobev, señora. Ha dispuesto el desayuno para las nueve.

Vorobev. El apellido me resulta desconocido, pero Maxim nunca compartió su apellido anoche. Me hago a un lado, permitiendo que el camarero entre con la bandeja. Dispone eficientemente los platos

sobre la mesa del comedor. Hay fruta fresca, bollería, salmón ahumado, café y zumo de naranja.

Se vuelve hacia mí cuando ha terminado y sonríe.

—Se ha preparado un coche para cuando esté lista para marcharse. Simplemente llame al siete-uno-dos en el teléfono interno para contactar con la oficina de abajo.

Se retira discretamente, dejándome a solas con el elaborado desayuno y crecientes preguntas. Lentamente me doy cuenta de que Maxim no dejó número de teléfono ni promesa de llamar. La finalidad se asienta pesadamente en mi estómago, amortiguando mi apetito a pesar del tentador despliegue ante mí.

¿Qué esperaba? ¿Una declaración de sentimientos después de una noche? ¿Una proposición de matrimonio porque está completamente obsesionado conmigo?

Me obligo a comer, aunque la comida me sabe insípida a pesar de su obvia calidad. La enfermera práctica que hay en mí sabe que mi cuerpo necesita combustible, especialmente después de los... esfuerzos de anoche. Mientras sorbo un excelente café, examino mis sentimientos con desapego clínico.

Decepción. Sí, pero ¿por qué? Específicamente le dije que quería solo una noche, sin ataduras. Simplemente está respetando los límites que establecí.

Vergüenza. Injustificada pero persistente. Me comporté de una manera impropia de mí, rindiéndome al impulso en lugar de a la consideración cuidadosa.

Alivio. Tanto legítimo como preocupante. No conozco a este hombre, este "señor Vorobev", cuya riqueza e influencia parecen conocidas por todos los demás.

Hay algo más que me resisto a nombrar. Un dolor hueco que sugiere que anoche importó más de lo que anticipé. La conexión no fue

puramente física. Algo en nuestras conversaciones, en la forma en que me miraba y en cómo me tocaba cuidadosamente, sugería un reconocimiento más allá de la mera atracción.

Sacudo la cabeza, disipando pensamientos fantasiosos. Una noche no constituye una relación, y los misteriosos hombres de negocios que desaparecen antes del amanecer no son material confiable para una pareja. Además, tengo responsabilidades, una carrera y una vida cuidadosamente construida que no admite complicaciones como Maxim Vorobev.

Después del desayuno, me ducho en el ridículamente opulento baño. El agua caliente elimina la evidencia física de la noche pero no hace nada por los recuerdos grabados en mi piel. Todavía puedo sentir sus manos, su boca y su peso sobre mí.

Me seco con una toalla mullida, vislumbrándome en el espejo de cuerpo entero. Una marca púrpura decora mi muslo interno, y hay otra en la curva donde el cuello se encuentra con el hombro. Tengo souvenirs físicos que necesitaré ocultar bajo los uniformes y camisas de cuello alto. Me veo diferente de alguna manera. No dramáticamente transformada, pero ligeramente alterada, como si la noche anterior hubiera reordenado algo fundamental dentro de mí.

El vestido prestado se siente aún más inapropiado a la luz del día, pero no tengo alternativas. Me lo pongo, recogiendo mis pocas pertenencias —bolso de mano, teléfono y dignidad— preparándome para abandonar esta lujosa fantasía y volver a la realidad.

Antes de partir, tomo la rosa, envolviendo cuidadosamente su tallo en una servilleta húmeda para preservarla durante el viaje a casa. Es un recuerdo de una noche que nunca repetiré pero que no deseo olvidar.

El conserje dispone un coche con una sola llamada telefónica. En cuestión de minutos, me llevan por una salida privada, evitando la entrada principal donde los juerguistas de anoche han sido

reemplazados por personal de limpieza que se prepara para otra noche de excesos.

El coche, un elegante sedán negro con ventanillas tintadas, se siente como una extensión final del mundo de Maxim, aunque el logo es de una empresa de transporte comercial. El conductor no pregunta nada más allá de mi dirección, manteniendo un silencio profesional mientras atravesamos Manhattan hacia Brooklyn. Observo el paisaje urbano desdibujarse, personas ordinarias viviendo vidas ordinarias, completamente ajenas al universo paralelo de privilegios que brevemente habité.

Mi edificio de apartamentos parece sorprendentemente descuidado después de la opulencia de la suite del hotel. Agradezco al conductor, rechazando su oferta de escoltarme al interior. El viaje de regreso a la vida normal es algo que debo hacer sola.

Dentro, el apartamento está misericordiosamente vacío. Gisele debe seguir fuera, posiblemente continuando las celebraciones de su cumpleaños o más probablemente en casa de Jake. Agradezco su ausencia, necesitando tiempo para procesar todo antes de enfrentarme a sus inevitables preguntas.

Me cambio inmediatamente, colgando el vestido prestado en mi armario, donde probablemente permanecerá sin ser usado de nuevo. Unas mallas cómodas y una camiseta holgada se sienten como una armadura contra la persistente sensación de seda y algodón caro contra mi piel.

En la cocina, lleno un pequeño jarrón de cristal —de mi madre, y una de las pocas cosas valiosas que poseo— con agua, colocando cuidadosamente la rosa dentro. Los pétalos de color rojo intenso parecen brillar contra el fondo ordinario de mi apartamento, un toque extraordinario en medio de lo mundano.

La rutina familiar de cuidar mis plantas me resulta reconfortante ahora. Recorro mi colección, comprobando la humedad de la tierra, quitando hojas muertas y rotando las macetas para una exposición

óptima a la luz. El lirio de la paz necesita agua, las suculentas están prosperando y las hierbas requieren una poda. La monotonía de todo ello disipa la cualidad onírica de las últimas veinticuatro horas.

Es mucho más normal que el mundo salvaje en el que me he visto envuelta.

Cuando llego a mi preciado rosal, me detengo, repentinamente impactada por el paralelismo entre la flor cortada que Maxim dejó y esta planta viva que he cultivado desde la muerte de mi madre. Una hermosa pero temporal, la otra requiere atención constante pero es capaz de florecer repetidamente.

Mi teléfono suena con un mensaje de Gisele.

¡¡DIOS MÍO, CHICA, ¿DÓNDE ESTÁS?? ¿Te fuiste a casa con alguien?? ¡¡NECESITO DETALLES!!

La realidad regresa por completo. Tendré que contarle algo a Gisele. No aceptará evasivas vagas o cambios de tema, pero ¿cómo explicar una noche que ya parece un sueño? ¿Cómo describo a Maxim? ¿Intenso, controlado y sorprendentemente vulnerable en momentos desprevenidos?

No debería decir demasiado.

Ya estoy en casa. Larga historia. Hablamos luego.

Su respuesta es inmediata.

¡¡LO HICISTE!! ¡Totalmente ligaste! Necesito CADA detalle. ¡En casa en 20!

Dejo el teléfono a un lado, sin estar preparada para el entusiasta interrogatorio de Gisele. Veinte minutos no son suficientes para construir la versión cuidadosamente editada de los acontecimientos que compartiré. Emoción y aventura sin los confusos matices emocionales.

Me sobresalto cuando suena el timbre y me acerco, mirando primero por la mirilla antes de desbloquear las tres cerraduras al ver a una repartidora sosteniendo una planta. —¿Sí?

—Tengo una entrega para la señorita Willemina Lamb.

Frunzo el ceño. —Soy yo, pero quién... —me interrumpo cuando me entrega un pequeño rosal con algunos capullos rojos firmemente cerrados—. No hay tarjeta —lo digo más como una afirmación que como una pregunta.

Ella mira su dispositivo electrónico. —El remitente es anónimo.

—Gracias —busco en mi bolso una propina y cierro la puerta tras ella, mirando fijamente el rosal vivo. No necesito una tarjeta para saber que es de Maxim. Claramente recordó mis comentarios sobre preferir plantas vivas a flores muertas. Es una despedida más considerada, pero claramente eso es lo que es.

Con vacilación, me dirijo hacia las plantas que he coleccionado y coloco el pequeño arbusto junto al rosal más completo y vibrante de mi madre. La flor solitaria que dejó sobre la almohada parece aún más triste ahora, e impulsivamente vacío el jarrón y lo tiro. Se siente como cortar la conexión, o al menos, un débil intento de hacerlo.

Para eliminar completamente la noche, debería tirar también el arbusto vivo, pero no puedo hacerlo. Es frágil pero está vivo, esperando estallar en flor. Me recuerda a las apasionadas horas que pasé con Maxim anoche, floreciendo en algo nuevo e inesperado. Esa parte de mí se ha marchitado de nuevo, cuidadosamente guardada, pero todavía no puedo obligarme a tirar el rosal. Se siente demasiado definitivo de alguna manera, como cerrar de golpe una puerta en el momento en que estoy tentada de dejarla entreabierta.

En lugar de asesinar el rosal, me retiro al baño, examinando las marcas en mi piel. La del cuello puede cubrirse con maquillaje o un pañuelo. Las otras permanecerán como recordatorios privados, ocultos bajo la ropa y el profesionalismo.

En el espejo, busco evidencias visibles de transformación, algún signo externo del cambio interno que siento, pero mi reflejo parece sin cambios. Los mismos ojos verdes, el mismo pelo oscuro y la misma boca que jadeó el nombre de Maxim hace apenas unas horas. Lo que se alteró dentro de mí permanece invisible, un secreto entre mi cuerpo y mi memoria.

La llave de Gisele gira en la cerradura quince minutos después. Antes de lo prometido, típico de su impaciencia. Irrumpe en el apartamento como un huracán pelirrojo, todavía vistiendo el vestido plateado de anoche, con el maquillaje ligeramente corrido pero los ojos brillantes de emoción y curiosidad.

—Desapareciste —exclama, dejando caer su bolso y quitándose los tacones simultáneamente—. ¡Un minuto ibas al baño, y lo siguiente que sé es que te habías ido! ¡Te envié como un millón de mensajes!

Reviso mi teléfono, encontrando múltiples mensajes perdidos que no había notado en mi distracción. —Lo siento. Debería haberte avisado que me iba.

—Olvida las disculpas —hace un gesto desdeñoso, dejándose caer en el sofá a mi lado—. Cuéntamelo TODO. ¿Quién era? ¿Adónde fuisteis? ¿Fue increíble? Tuvo que ser increíble para que abandonaras a tu mejor amiga en su cumpleaños.

—Parecías bastante ocupada con Jake —desvío, ganando tiempo—. No quería interrumpir.

—Buen intento. Suéltalo —me pincha el brazo con insistencia—. Nunca haces esto. Nunca. Así que quienquiera que fuese tuvo que ser espectacular.

Suspiro, aceptando lo inevitable. —Se llamaba Maxim. Bailamos, hablamos y sí, subimos a su apartamento encima del club.

—¿Maxim? —prácticamente chilla—. Eso es sexy. ¿Extranjero? ¿Rico? Detalles, Wil.

—Ruso, creo, y sí, definitivamente adinerado —ofrezco los datos básicos, esperando que la satisfagan—. Tenía acceso a una suite privada sobre el club porque acababa de comprar el club.

Los ojos de Gisele se abren cómicamente. —¿Los áticos? ¡Esos son imposibles de conseguir! Incluso Jake estaba impresionado por ellos, y él conoce a todo el mundo —se inclina hacia delante ansiosamente —. ¿Entonces? ¿Cómo fue?

—Fue... —busco palabras que no revelen demasiado—. Inesperado. Bueno. Diferente.

—¿Diferente cómo? —estudia mi cara con repentina seriedad—. Espera, no fue raro ni insistente, ¿verdad? Porque lo perseguiré si...

—No, nada de eso —le aseguro rápidamente—. Fue... considerado. Intenso, pero de buena manera —la descripción resulta tristemente inadecuada para lo que ocurrió entre nosotros, pero satisface la preocupación de Gisele, cuya expresión se relaja para dar paso a una renovada curiosidad.

—¿Entonces cuándo le volverás a ver? ¿Conseguiste su número? Por favor dime que conseguiste su número.

Niego lentamente con la cabeza. —Solo fue una noche. Se había ido cuando me desperté —señalo hacia el rosal—. Organizó el desayuno y un coche para traerme a casa, y eso fue entregado hace un rato, pero no había información de contacto.

—Ese cabrón —la protección de Gisele se enciende al instante—. Clásico polvo y fuga.

—No, no fue así —lo defiendo instintivamente, sorprendiéndome a mí misma—. Yo le dije que solo quería una noche, sin expectativas. Él respetó eso.

Me mira con escepticismo. —¿Y estás bien con eso? ¿De verdad?

¿Lo estoy? La pregunta atraviesa mi cuidadosa compartimentación mental. Le dije que una noche era todo lo que quería, pero

despertar sola me dejó un vacío que no había anticipado.

—Es lo mejor —digo finalmente—. Vivimos en mundos completamente diferentes. Fue una fantasía, no la realidad.

Gisele suspira dramáticamente. —A veces, vale la pena perseguir la fantasía, ¿sabes? No todo tiene que ser práctico y sensato como tus preciadas rotaciones de enfermería.

Sus palabras duelen más de lo que deberían. —Mi trabajo importa, Gisele.

—Vivir también importa, Wil —su tono se suaviza—. No estoy diciendo que abandones tu carrera por un tío rico. Estoy diciendo que te mereces ambas cosas. Propósito y pasión. ¿Cuándo fue la última vez que te permitiste desear algo solo para ti?

La pregunta queda suspendida entre nosotras, incómodamente acertada. ¿Cuándo fue la última vez que perseguí algo únicamente por satisfacción personal y no por necesidad práctica? Quizás antes de que muriera mi madre, cuando el futuro parecía lleno de posibilidades en lugar de responsabilidades.

—No importa —digo finalmente—. Se ha ido, no dejó su número y claramente quería lo mismo que yo dije que quería. Una noche, sin complicaciones.

Gisele me estudia con una perspicacia poco característica. —¿Pero y si te equivocabas sobre lo que quieres?

Me doy la vuelta, sin querer explorar esa posibilidad. —Tengo turno esta noche, así que debería descansar —. En realidad, todavía me siento descansada después de dormir en sus brazos, pero necesitaré una siesta antes de afrontar un turno de doce horas más tarde.

Reconociendo mi retirada, Gisele se levanta con un suspiro resignado. —Vale, evita la pregunta, pero esta conversación no ha terminado. Solo está aplazada —me aprieta el hombro suavemente

—. Por lo que vale, estoy orgullosa de ti por hacer algo espontáneo, aunque estés decidida a archivarlo como una experiencia única.

Después de que desaparece en su habitación, me quedo sola con pensamientos que he estado evitando. ¿Y si tiene razón? ¿Y si una noche con Maxim reveló algo que he estado negando? Que mi vida cuidadosamente construida, con todo su propósito y estructura, carece de algo esencial.

Camino hacia las plantas y toco suavemente uno de los capullos, su textura aterciopelada como un recuerdo táctil de un hombre que nunca volveré a ver. Volveré a la UCIN, a los pequeños pacientes que necesitan mis habilidades y concentración. Retomaré mis rutinas, mis responsabilidades y mi existencia predecible. La noche con Maxim se desvanecerá gradualmente en la memoria, una anomalía en lugar de un punto de inflexión. ¿Verdad?

Sin embargo, mientras me preparo para acostarme, poniendo la alarma, no puedo quitarme la sensación de que algo fundamental ha cambiado dentro de mí. Una puerta se abrió que no puede cerrarse del todo, revelando posibilidades que hace tiempo me he negado. El sueño llega lentamente, mi cuerpo recordando el peso y el calor de otro incluso mientras mi mente insiste en olvidar.

9

Mak

Firmo el último documento con un floreo, deslizando el montón a través de mi escritorio hacia Fedor. —Los detalles del envío están finalizados. Que Mikhail supervise personalmente la transferencia en el muelle.

Fedor recoge los papeles, examinando las modificaciones que he hecho a su plan original. Su desaprobación es evidente en la tensión de su mandíbula, aunque sabe que es mejor no expresarla directamente. —Has reducido la cantidad en un treinta por ciento.

—Los colombianos sobrestiman su capacidad de distribución —digo, manteniendo un tono neutral—. Es mejor suministrar lo que realmente pueden mover que crear reservas que atraen la atención.

—No les va a gustar.

—No necesitan que les guste. Necesitan pagarlo y distribuirlo eficientemente. —Me recuesto en mi silla, señalando el fin de la discusión—. ¿Algo más?

Duda, claramente sopesando sus palabras. —Los Kazanov se sintieron decepcionados por tu partida temprana anoche. Sintieron que mostraba... falta de respeto.

La acusación flota en el aire entre nosotros. En nuestro mundo, la percepción de falta de respeto suele ser el preludio de un conflicto. En circunstancias normales, nunca habría abandonado una reunión estratégica por intereses personales. Fue un error de juicio que demuestra lo profundamente que Willemina alteró mis cálculos habituales.

—La adquisición de Eclipse es un hecho consumado, independientemente de sus sentimientos. Ya firmamos los papeles y recibimos las llaves. La noticia les llegará pronto —digo con desdén —. Envía una caja de su vodka preferido con mis saludos. Eso debería aplacar cualquier susceptibilidad herida.

Fedor se queda, estudiándome con curiosidad apenas disimulada. —La mujer... ¿Mereció la pena potencialmente comprometer un acuerdo territorial?

Mi expresión se endurece automáticamente, la temperatura en la habitación bajando varios grados con mi cambio de actitud. —Te estás excediendo, primo.

—Como tu segundo al mando, es mi responsabilidad identificar vulnerabilidades. —Pronuncia la declaración de manera neutral, aunque detecto el sutil desafío que subyace—. Las distracciones pueden ser peligrosas en nuestra posición.

—Tomo nota de tus preocupaciones. —Vuelvo mi atención a la pantalla del ordenador frente a mí, un claro gesto de despedida—. Cierra la puerta al salir.

Una vez solo, permito que mi postura rígida se relaje un poco. Fedor no se equivoca. Los enredos personales crean vulnerabilidades que nuestros enemigos pueden explotar. Es precisamente por eso que

dejé el ático antes del amanecer, y por lo que no proporcioné ningún medio de contacto a pesar de la inesperada tentación de hacerlo.

Sin embargo, no consigo compartimentar completamente la noche con Willemina como he hecho con innumerables otros encuentros. Algo de ella persiste. Su risa genuina, sus preguntas directas, la forma en que me miró como si viera al hombre en lugar del poder que ejerce permanecen en mi mente.

Abro mi portátil, navegando hasta una carpeta segura antes de introducir una contraseña compleja. La información que Rachel, mi persona de TI, recopiló sobre Willemina Lamb aparece en pantalla, junto con la confirmación de la entrega del rosal. Reviso los detalles con un hambre de conocimiento que me alarma, pero no puedo apartar la mirada de la pantalla.

Nació en Astoria, Queens, como dijo. Su madre murió hace diez años de cáncer, y su padre es desconocido/ausente en los registros de nacimiento. Tiene un título universitario de NYU (enfermería, graduada con honores), ha estado empleada en el New York Presbyterian durante cinco años, especializándose en cuidados intensivos neonatales. Su apartamento en Brooklyn lo comparte con una compañera de piso, Gisele Nelson. No tiene antecedentes penales, excelente puntuación crediticia a pesar de ingresos modestos, y préstamos estudiantiles sustanciales. Sin afiliaciones políticas listadas, y tiene mínima presencia en redes sociales. Es todo lo que afirmó ser.

Llevaba una vida ordinaria, notable solo en su cuidadosa construcción y evidente propósito. Ella salva a los más vulnerables mientras yo me beneficio de las vulnerabilidades ajenas. Es un contraste que debería repeler en lugar de atraer, sin embargo produjo una conexión que no puedo descartar como meramente física.

Un suave golpe interrumpe mis pensamientos. —Adelante.

Leonid aparece, cerrando la puerta silenciosamente tras él. Su presencia normalmente significa información sensible inadecuada para canales regulares. —El servicio de transporte llevó a la Srta. Lamb y nos envió el vídeo de su trayecto como solicitó. La vigilancia del vehículo captó esto.

Coloca una tableta en mi escritorio, poniendo en cola un vídeo de la cámara interior del sedán. Willemina aparece en pantalla, sosteniendo cuidadosamente la rosa que dejé para ella, con su tallo envuelto en una servilleta humedecida para preservarla. El gesto es pequeño pero revelador. Sentimental de una manera que sugiere que la noche tuvo un significado más allá de la liberación física. Desearía tener un vídeo de ella recibiendo la planta viva, sospechando que tendrá aún más significado para ella.

La observo mirar por la ventana, con expresión pensativa, sus dedos tocando ocasionalmente los pétalos de la flor como si confirmara su realidad. Parece más pequeña a la luz del día y más vulnerable de lo que recuerdo de nuestro intenso encuentro. Cuando el coche llega a su barrio de Brooklyn, endereza su postura visiblemente, como si se preparara para ponerse la armadura de su identidad cotidiana.

—¿La vigilancia está en su lugar? —pregunto, devolviendo la tableta a Leonid.

—Dos hombres rotando turnos, manteniendo una discreta distancia según lo indicado. Sus movimientos serán monitorizados sin interferencia.

Asiento, satisfecho con el arreglo. La vigilancia no se trata de buscar un contacto adicional. Todo lo contrario. Se trata de garantizar su seguridad, protegerla de posibles amenazas que puedan surgir simplemente por su breve asociación conmigo. Los Kazanov han demostrado ser vengativos antes, y me vieron con ella anoche. Simplemente quiero asegurarme de que esté a salvo antes de seguir adelante. O eso es lo que me digo a mí mismo.

—Algo más —continúa Leonid—. La verificación de antecedentes reveló un detalle interesante sobre los gastos funerarios de su madre. Fueron cubiertos por una donación anónima al hospital donde recibió tratamiento.

Levanto una ceja, genuinamente sorprendido. —Alguien las estaba cuidando.

—Quizás. O saldando una deuda. —Leonid permanece inexpresivo, aunque detecto curiosidad en su tono—. El momento coincide con el aumento de la actividad de la *Bratva* en el condado de Westchester.

El benefactor anónimo podría tener conexiones con nuestro mundo. —Investiga más a fondo. Con discreción.

Asiente una vez, entendiendo que la directiva requiere discreción incluso con otros en nuestra organización. —¿Necesitará algo más respecto a la Srta. Lamb?

Dudo, un gesto poco característico que no escapa a la atención de Leonid. —No. Simplemente mantened la vigilancia a distancia hasta que podamos estar seguros de que no va a ser objetivo de los Kazanov. Sin contacto.

Después de que se marcha, permanezco en mi escritorio, mirando fijamente el archivo cerrado en mi pantalla. El curso racional está claro. Olvidar a Willemina Lamb, centrarme en los negocios y mantener la separación necesaria tanto para su seguridad como para mi eficacia como líder de la Bratva. Sin embargo, me encuentro revisando nuevamente su información, deteniéndome en detalles que ya he memorizado.

Mi teléfono suena con un mensaje de Zina: *¿Cenamos esta noche? ¿Solo nosotros?*

Respondo inmediatamente.

Por supuesto. ¿A las 7?

Su respuesta llega rápidamente.

Perfecto, y ponte algo informal. Estoy harta de verte con trajes.

Sonrío, dándome cuenta de que es la primera vez desde que dejé a Willemina esta mañana. Zina sigue siendo mi única conexión genuina, la única persona que ve a Makari en lugar de a Vorobev, al hombre en lugar de al cargo. Quizás por eso las respuestas sinceras de Willemina me afectaron tan profundamente. Ofrecían una rara visión de cómo podría sentirse la interacción sin la carga del miedo y el cálculo que suele definir mis relaciones.

Cierro el portátil con demasiada fuerza, dirigiendo mi atención a asuntos más urgentes. Cuando el sol comienza su descenso, he resuelto la mayoría de los asuntos urgentes y delegado el resto a mis lugartenientes correspondientes.

Aparece una hora libre inusual en mi agenda. Es un tiempo que normalmente dedico a leer o revisar números. En cambio, me siento atraído hacia el garaje, seleccionando las llaves del Aston Martin negro mate en lugar de llamar a Pavel y a la habitual comitiva motorizada.

—¿Señor? —El jefe del equipo de seguridad aparece instantáneamente, preocupado por mi movimiento no programado.

—Asunto personal —digo, sin ofrecer más explicaciones—. Conduciré yo mismo.

Su incomodidad es evidente. —El protocolo sugiere...

—Conozco el protocolo —mi tono pone fin a cualquier discusión—. Llevaré un arma. Sin seguimiento.

Minutos después, estoy navegando por el tráfico del mediodía de Manhattan, disfrutando de la rara libertad de movimiento sin detalles de seguridad ni observación. El vehículo responde con precisión a mis órdenes, potente y controlado. Es una extensión adecuada de mi persona pública cuidadosamente calibrada.

No tengo un destino consciente hasta que me encuentro acercándome al New York Presbyterian, reduciendo la velocidad al pasar por el imponente complejo médico donde Willemina pasa sus días salvando vidas demasiado nuevas para haber acumulado las manchas de este mundo. No espero verla.

El impulso de pasar por allí es irracional, no sirve a ningún propósito estratégico. Sin embargo, algo me obliga a confirmar la realidad física de su lugar de trabajo, a visualizarla moviéndose por esos pasillos con uniforme quirúrgico en lugar del vestido negro prestado, y ver manos competentes que trazaron mis cicatrices ahora atendiendo a los miembros más vulnerables de la sociedad.

Un mensaje de Fedor interrumpe esta línea de pensamiento improductiva.

Solicitud de reunión del contacto colombiano. Se necesita respuesta urgente.

El mundo real se entromete, como siempre debe hacerlo. Envío un breve acuse de recibo antes de dirigir el coche hacia Vorobev Holdings, la fachada empresarial legítima que ocupa las plantas superiores de un rascacielos de Midtown. De vuelta a las negociaciones, la gestión del territorio y el cálculo interminable de riesgos y ventajas que define mi existencia.

Mientras navego de vuelta por el tráfico que atraviesa la ciudad, mis pensamientos siguen volviendo a Willemina. No meramente a nuestros encuentros físicos, aunque esos recuerdos siguen siendo vívidos, sino a nuestras conversaciones. Su franqueza, su evidente pasión por su trabajo y la forma en que parecía reconocer algo en mí más allá de la fachada cuidadosamente construida que presento al mundo son difíciles de olvidar.

Obligo mi atención a la carretera, a los negocios que esperan mi regreso y a las responsabilidades que definen mi identidad de manera mucho más concreta que las conexiones fugaces con alguien de otro mundo. Makari Vorobev no tiene el lujo de enredos

personales o indulgencias emocionales. La organización, el legado familiar y la seguridad de Zina son las prioridades que deben gobernar cada decisión.

Para cuando regreso a la oficina, he compartimentado con éxito los pensamientos sobre Willemina, relegándola a un recuerdo agradable en lugar de una distracción continua. El representante colombiano espera mi llegada, con energía nerviosa evidente en su sonrisa demasiado brillante y gestos excesivos. Me deslizo en el papel familiar de autoridad intimidante con facilidad, mi expresión no revela nada de la sentimentalidad poco característica de la mañana.

Siguen tres horas de negociaciones, amenazas veladas y eventual compromiso. Al final de la tarde, los acuerdos revisados están redactados, los límites territoriales aclarados y las expectativas de beneficio se han ajustado a niveles realistas. Mantengo una concentración perfecta durante todo el proceso, corrigiendo firmemente el momentáneo lapso de distracción.

Solo después de que los colombianos se marchen, Leonid se acerca con otra tableta, su expresión cuidadosamente neutral. —El informe de vigilancia de la residencia de la señorita Lamb.

Lo acepto sin comentarios, escaneando el contenido eficientemente. Willemina regresó a salvo, pasó tiempo cuidando sus plantas y recibió a su compañera de piso aproximadamente cuarenta minutos después. Sin visitantes inusuales, sin actividad sospechosa cerca del edificio y sin indicios de amenazas o interés externo en sus movimientos.

El alivio se asienta en mi pecho. Es injustificado dada la baja probabilidad de peligro inmediato, pero presente, no obstante. Devuelvo la tableta a Leonid. —Mantén la vigilancia durante setenta y dos horas, luego reevaluaremos.

Asiente con la cabeza, dudando brevemente antes de añadir: —Colocó el rosal junto a otro en su casa que parece ser el centro de

su colección. —Rachel debe haber mencionado el rosal cuando transmitió información crítica de fondo a Leonid.

El detalle no debería importar. No cambia nada de nuestra situación y no ofrece ninguna ventaja estratégica o inteligencia relevante, pero guardo esta información cuidadosamente, una pequeña confirmación de que la noche anterior tuvo un significado más allá de lo físico para ambos participantes. —Gracias, Leonid. —Lo despido con un ligero asentimiento, volviéndome hacia la ventana que da a la ciudad mientras se acerca la noche.

Mi teléfono vibra con otro mensaje de Zina.

¿Sigue en pie la cena? He reservado en ese italiano que finges no gustarte pero que en realidad adoras.

Sonrío a pesar de mí mismo.

Estaré allí. Estoy terminando ahora.

La noche que se avecina ofrece un breve escape en forma de cena con mi hermana, que aceptaré siempre que pueda. Sinceramente, este negocio es más una carga que un regalo a veces.

Mientras recojo mis cosas para irme, de repente me pregunto si Willemina está trabajando esta noche, y si pequeñas vidas dependen de sus manos firmes y su cuidado compasivo. El pensamiento me acompaña hasta el ascensor, una breve distracción de las preocupaciones comerciales que normalmente ocupan tales transiciones.

Este momentáneo lapso de sentimentalismo es poco característico pero contenible. Por la mañana, los pensamientos sobre Willemina Lamb se desvanecerán aún más, relegados a un recuerdo ocasional en lugar de una distracción activa. La vigilancia confirmará su seguridad, eximiéndome de la responsabilidad por las posibles repercusiones de nuestra breve conexión. La vida continuará como debe, en caminos divergentes y separados que nunca estuvieron

diseñados para cruzarse más allá de una única noche de reconocimiento inesperado.

Esta es la conclusión lógica y el resultado necesario para bien de ambos. Sin embargo, mientras salgo del edificio hacia el fresco aire nocturno, me sorprendo mirando hacia Brooklyn, hacia un modesto apartamento donde un rosal vive en la estantería de plantas de una mujer que nunca debería estar en mi mundo. La planta es un puente pequeño pero permanente entre mundos que nunca debieron conectarse.

10

Wil

Me agarro al borde del puesto de enfermería, una oleada de mareo me invade tan repentinamente que la pantalla del ordenador frente a mí se desdibuja en formas sin sentido. Las luces fluorescentes sobre mi cabeza parecen pulsar, intensificando las náuseas que trepan por mi garganta.

—¿Wil? ¿Está bien? —Sharon, una de las enfermeras veteranas, coloca una mano preocupada en mi hombro—. Se ha puesto blanca como el papel.

—Estoy bien —miento automáticamente, tragando con fuerza para contener la bilis que sube—. Solo me he levantado demasiado rápido.

Los experimentados ojos de Sharon se entrecierran con evaluación profesional. —Patrañas. Ha estado rara durante todo el turno. Esta es la tercera vez que la veo a punto de desmayarse. —Baja la voz, manteniendo nuestra conversación privada lejos de médicos que

pasan y padres ansiosos—. ¿Cuándo fue la última vez que comió algo?

La idea de la comida envía otra oleada de náuseas arrasándome. —El desayuno. Una tostada. —Incluso eso había sido una lucha, apenas se quedó en mi estómago durante el trayecto al trabajo.

—Váyase a casa, Wil. Lo que sea que tenga, no necesitamos que se extienda por la UCIN. —Su tono cambia de colega preocupada a enfermera jefe autoritaria—. Yo me ocuparé de sus pacientes el resto del turno.

—No puedo simplemente irme. —Señalo hacia la fila de incubadoras, donde pequeñas vidas dependen de una monitorización constante—. La sonda de alimentación de Emma necesita un ajuste, y los gemelos Ramírez...

—Estarán perfectamente bajo mi atenta vigilancia —dice Sharon con firmeza—. No sirve de nada a estos bebés si está enferma. Váyase a casa, descanse y vuelva cuando esté bien.

A pesar de mis protestas, tiene razón. Mi ética profesional no me permite poner en riesgo la salud de estos vulnerables bebés por orgullo obstinado. Veinte minutos después, ya me he cambiado a ropa de calle y me dirijo hacia el metro, cada paso requiere un esfuerzo consciente mientras el mundo ocasionalmente se inclina a mi alrededor.

El trayecto en metro es una tortura con el movimiento oscilante, el aire viciado y la presión de cuerpos que irradian calor en el vagón abarrotado. Cierro los ojos, me concentro en mi respiración y cuento las paradas hasta que pueda escapar al aire fresco y la relativa tranquilidad de mi barrio.

En mi apartamento, me recibe un bendito silencio. Gisele está trabajando turno doble en el bar, dejándome sola con mi malestar. Me desplomo en el sofá, demasiado agotada para llegar hasta la

habitación. Las náuseas disminuyen ligeramente en la quietud, aunque un persistente dolor de cabeza late tras mis ojos.

Un virus, probablemente. Algo cogido en el hospital a pesar del riguroso lavado de manos y las precauciones. Debería beber líquidos, tomar Tylenol y dormir—todos los consejos estándar que le daría a un paciente.

Algo me molesta en los bordes de mi conciencia, una posibilidad que he estado evitando deliberadamente durante días. Con reacia precisión, cuento hacia atrás. Ha pasado más de un mes desde mi último período. Seis semanas, en realidad. Nunca me retraso, mi ciclo funciona con regularidad cronométrica incluso durante las rotaciones más estresantes y los períodos sin dormir.

—No —susurro al apartamento vacío—. Es solo estrés. O un virus.

La enfermera en mí, la profesional práctica y guiada por la ciencia, sabe mejor. El momento coincide demasiado perfectamente con aquella noche con Maxim. Usamos protección, pero nada es efectivo al cien por cien. Los síntomas encajan demasiado bien: náuseas matutinas que no se limitan a las mañanas, fatiga y mareos, y ese extraño sabor metálico en mi boca que he estado atribuyendo al café del hospital.

Me obligo a levantarme del sofá, dirigiéndome al baño con piernas inestables. La farmacia de la esquina vende tests de embarazo. Podría saberlo con certeza y reemplazar la ansiedad con hechos, de una manera u otra.

Quince minutos después, me siento en la tapa cerrada del inodoro, mirando el indicador de plástico en mi mano como si pudiera cambiar su veredicto por pura fuerza de voluntad. Dos líneas rosas. Inconfundibles. Según el envase del test, más del noventa y nueve por ciento de precisión.

Estoy embarazada.

La habitación gira de nuevo, aunque esta vez no por síntomas físicos sino por el cambio sísmico en mi realidad. Un bebé. El bebé de Maxim. Un hijo concebido durante un encuentro de una noche con un hombre cuyo apellido solo conocí gracias a un empleado del hotel, que desapareció antes del amanecer, sin dejar nada más que una rosa y un transporte organizado. Pienso en el rosal de mi cocina y ahogo una risa amarga. Parece que no es lo único vivo que me dio, después de todo.

Hago un segundo test, necesitando confirmación a pesar de la claridad del primero. El resultado aparece más rápido esta vez, igualmente definitivo. Mis manos tiemblan mientras lo coloco junto al primero, creando un pequeño panel de jueces de plástico que acaban de sentenciarme a consecuencias que cambiarán mi vida.

Mi mente repasa opciones con desapego clínico, como un mecanismo de defensa contra la marea emocional que se construye detrás de una cuidadosa compartimentación. Podría interrumpirlo. Es lo suficientemente temprano como para que el procedimiento sea relativamente simple. Probablemente solo algunas píldoras y una visita de seguimiento para asegurarme de que todo pasa de forma segura. Mis beneficios médicos lo cubrirían, y nadie tendría que saberlo.

Incluso mientras considero esta vía, mi mano se mueve inconscientemente hacia mi vientre aún plano. En mi trabajo, lucho diariamente por vidas que comienzan contra probabilidades abrumadoras, vertiendo cada onza de habilidad y compasión para darles una oportunidad. ¿Podría elegir de manera diferente para mi propio hijo?

Mi hijo. La frase resuena en mi mente, extraña pero cada vez más real con cada momento que pasa. El sonido de las llaves en la puerta me sobresalta sacándome de mi espiral. Rápidamente envuelvo los tests en papel higiénico, enterrándolos en la basura del baño antes de salpicarme la cara con agua fría.

—¿Wil? ¿Estás en casa temprano? —La voz de Gisele llega desde la entrada, seguida del golpe de su bolso al caer sobre la encimera—. El bar estaba muerto así que me dejaron... Joder, tienes un aspecto terrible.

Está de pie en la puerta del baño, la preocupación reemplaza su habitual expresión animada. —¿Qué pasa? ¿Estás enferma?

La pregunta rompe algo en mí. Las lágrimas que he estado conteniendo se derraman, desmoronando mi cuidadosa compostura bajo el peso de la realidad y el inesperado alivio de no enfrentarla sola.

—Oh, dios, ¿qué ocurre? —Gisele se apresura hacia adelante, sus brazos rodeándome mientras los sollozos sacuden mi cuerpo—. ¿Qué ha pasado?

—Estoy embarazada —logro decir entre respiraciones entrecortadas —. La prueba... dos pruebas... positivas.

Su cuerpo se tensa momentáneamente por la sorpresa antes de que sus brazos me estrechen de nuevo. —Oh, Wil. ¿Estás segura?

Asiento contra su hombro, incapaz de formar más palabras mientras mi cuidadoso control se disuelve en un llanto desordenado e indigno.

—Es del misterioso ruso, ¿verdad? ¿Maxim? —Cuando asiento de nuevo, me guía suavemente hasta mi dormitorio, sentándose a mi lado en el borde del colchón—. Vale. Vale. Podemos resolver esto.

Su calma práctica me sirve de ancla, frenando lentamente el torrente de lágrimas. Me limpio la cara con manos temblorosas. —No sé qué hacer, Gisele.

—Primero, respira —me demuestra de manera exagerada, arrancándome una sonrisa acuosa a pesar de todo—. Segundo, concertamos una cita con el médico para confirmarlo. Esas pruebas de farmacia son buenas, pero necesitas atención prenatal adecuada independientemente de lo que decidas.

La simple lógica de estos próximos pasos ayuda a restaurar algo de equilibrio. —Tienes razón.

—Por supuesto que la tengo —me aprieta la mano—. Y tercero, sabes que estoy contigo sin importar lo que elijas, ¿verdad? Sea cual sea tu decisión, estoy de tu lado.

Nuevas lágrimas amenazan ante su apoyo. —Ni siquiera sé cómo contactarle. No dejó ninguna información de contacto.

La expresión de Gisele se endurece ligeramente. —Podríamos intentar encontrarlo. Jake conoce a gente que va a Eclipse habitualmente. Quizás alguien reconozca el nombre. ¿O tal vez la floristería tendría un registro de él encargando el rosal?

Niego con la cabeza. —Puede que Maxim ni siquiera sea su nombre real, ¿y qué le diría? "¿Recuerdas nuestra aventura de una noche? ¡Sorpresa!"

—Si él ayudó a crear esta situación, debería ayudar a resolverla —insiste, con ira protectora brillando en sus ojos.

—Le dije que quería solo una noche, sin compromisos —la ironía de mis propias palabras no se me escapa—. Estaba respetando mis límites.

Suspira, su justa indignación desinflándose un poco. —Bueno, las cosas han cambiado. Podrías sentirte diferente cuando pase el shock, y eso está bien.

Nos sentamos en silencio durante varios momentos, mientras la enormidad de la situación va calando. Finalmente, se levanta, práctica como siempre. —Te voy a preparar té y tostadas, luego llamaremos para conseguir la cita médica más temprana posible.

Al quedarme sola, cojo mi teléfono y abro la aplicación del calendario para contar con más precisión. Basándome en mi último periodo y esa única noche con Maxim, estaría aproximadamente de

ocho semanas. Aún muy temprano, así que todavía hay tiempo para todas las opciones y decisiones.

La puerta del dormitorio se abre cuando Gisele regresa con té y tostadas secas en una bandeja. —Come. Primero el médico, después las decisiones.

Consigo dar unos bocados, la comida simple sorprendentemente sienta bien a mi estómago. —Gracias por todo.

—Eso es lo que hace la familia —dice simplemente, la palabra me llega profundamente. Desde que perdí a mi madre, Gisele ha sido lo más parecido a una familia que tengo. Ahora, potencialmente, habrá alguien más. Un vínculo de sangre, un hijo propio. El pensamiento me aterroriza y me maravilla a la vez.



Dos días después, estoy sentada en una sala de exploración en una clínica para mujeres al otro lado de la ciudad, eligiendo deliberadamente un centro no afiliado a mi lugar de trabajo para mantener la privacidad. Gisele espera en la sala de recepción, habiendo insistido en acompañarme a pesar de mis protestas de que podía arreglármelas sola, pero le pedí que esperara fuera. La quería aquí, pero también sentía que tenía que hacer esto sola. Tantos pensamientos contradictorios llenan mi cabeza ahora mismo.

La doctora, una mujer de unos cincuenta años con ojos amables llamada Dra. Garson, revisa mis formularios. —¿Así que se hizo dos pruebas de embarazo caseras, ambas positivas?

Asiento, con las manos firmemente entrelazadas en mi regazo. —Sí. Han pasado seis semanas desde mi último periodo... así que estaría de ocho semanas según la FUM.

Toma notas en su tablet. —¿Y es enfermera de la UCIN? Así que ya entiende el proceso general.

—En teoría —confirmo—. Aunque es diferente cuando se trata de tu propio cuerpo.

La Dra. Garson sonríe cálidamente. —Eso siempre es cierto. Empecemos con un análisis de sangre para confirmar el embarazo y comprobar algunos niveles básicos, luego haremos una ecografía transvaginal para obtener una datación más precisa.

Me someto a la extracción de sangre con distanciamiento profesional, viendo cómo mi propia vida carmesí llena pequeños viales etiquetados con códigos que reconozco por mi formación médica. La enfermera promete resultados en una hora, dejándome para que me cambie y me ponga una bata de papel para la ecografía.

Tumbada en la mesa de exploración, con los pies en los estribos, miro fijamente las baldosas del techo e intento calmar mis pensamientos acelerados. La Dra. Garson regresa con una técnica de ecografía, explicando cada paso mientras preparan el equipo. —Esto resultará un poco incómodo —advierte mientras coloca la sonda.

Cierro los ojos, concentrándome en mi respiración a través de la extraña presión. Un sonido rítmico de chapoteo llena la habitación cuando activa el audio.

—Eso es inusual —murmura la técnica, ajustando algo en la máquina.

Mis párpados se abren de golpe, las alarmas profesionales sonando en mi interior. —¿Qué es inusual?

La Dra. Garson estudia la pantalla con intensa concentración, moviendo ligeramente la sonda. —Estoy detectando múltiples latidos.

—¿Múltiples? —Mi voz suena distante a mis propios oídos—. ¿Como en gemelos?

Niega lentamente con la cabeza, los ojos aún fijos en el monitor. —Estoy contando... cinco latidos distintos.

—¿Cinco? —La palabra emerge apenas como un susurro—. Eso no es posible.

—Extremadamente raro, pero no imposible —gira la pantalla para que pueda ver la imagen granulada en blanco y negro—. ¿Ve estas áreas aquí? Cada una contiene un saco gestacional con actividad cardíaca.

Miro fijamente la pantalla, mi formación médica luchando contra la incredulidad. Los quintillizos ocurren aproximadamente en uno de cada sesenta millones de embarazos de forma natural. La improbabilidad estadística es asombrosa.

—Debe haber un error —digo débilmente, aunque puedo ver claramente lo que está indicando. Cinco sacos distintos, parpadeando con pulsos de vida, donde yo esperaba cero y me había preparado para uno.

—No hay error —dice ella con suavidad—. Está usted gestando quintillizos, señorita Lamb. Esto será considerado un embarazo de riesgo extremadamente alto que requerirá atención especializada.

La habitación parece contraerse a mi alrededor, y el aire disponible de repente es insuficiente. Cinco bebés. No una sorpresa a la que adaptarme, sino cinco. Las implicaciones físicas, emocionales y económicas se precipitan por mi mente en oleadas abrumadoras.

—Entiendo que esta es una noticia impactante —continúa la Dra. Garson, con voz suave pero profesional—. Hay especialistas a los que deberíamos consultar inmediatamente. Las gestaciones múltiples de este orden presentan riesgos significativos tanto para usted como para los fetos.

Asiento automáticamente, mi modo enfermera activándose como defensa contra la sobrecarga emocional. —Mayor riesgo de parto prematuro, restricción del crecimiento, preeclampsia y diabetes

gestacional... —La lista continúa en mi cabeza, cada complicación más grave que la anterior.

—Sí, exactamente. Necesitará monitorización frecuente y posiblemente hospitalización en los últimos trimestres. —Retira la sonda de ultrasonido, permitiéndome incorporarme—. Me gustaría discutir sus opciones de manera exhaustiva, incluida la reducción selectiva.

El término clínico se registra a través de mi conmoción. Reducir el número de fetos para mejorar las posibilidades de los restantes y disminuir los riesgos maternos. Una intervención médica práctica con profundas implicaciones éticas, especialmente para alguien que pasa sus días luchando por las vidas más pequeñas. —Necesito tiempo — logro decir, con voz más firme de lo que me siento—. Para procesarlo.

—Por supuesto. —La Dra. Garson me entrega impresiones del ultrasonido—. Estas son para usted. Le daré privacidad para vestirse, luego deberíamos hablar de los siguientes pasos independientemente de lo que decida.

Sola de nuevo, miro fijamente las imágenes granuladas en mi mano. Cinco pequeños seres, cada uno más pequeño que una frambuesa, pero ya con polos fetales latientes que más tarde se convertirán en corazones completamente funcionales si no detengo el proceso. Cinco vidas que nunca planeé, concebidas en una sola noche de conexión inesperada.

Coloco mi mano sobre mi abdomen, aún plano a pesar de la multitud improbable que ya se está reuniendo dentro. ¿Cómo lo manejaré? Financiera, logística y emocionalmente? Una madre soltera con quintillizos, sin más apoyo familiar que Gisele, y sin pareja para compartir la responsabilidad abrumadora. Es imposible.

El rostro de Maxim aparece en mi memoria. ¿Querría saberlo? ¿Tiene derecho a saberlo? Las preguntas se acumulan, sin respuesta en este momento de puro shock.

Me visto lentamente, con movimientos mecánicos mientras mi mente se precipita hacia futuros imposibles. Cuando salgo de la sala de examen, Gisele se levanta de un salto de su silla en la sala de espera, ansiosa por noticias. Su expresión decae al ver mi apariencia conmocionada. —¿Wil? ¿Qué pasa? ¿Qué va mal?

Le entrego las impresiones del ultrasonido sin decir palabra, observando cómo su confusión se transforma en incredulidad mientras cuenta.

—¿A, B, C, D y E? —Levanta la mirada, con ojos abiertos por la conmoción—. ¿Como... cinco bebés?

—Quintillizos. —La palabra todavía se siente extraña en mi lengua.

—Joder. —Se deja caer pesadamente en la silla más cercana—. ¿Cómo es eso siquiera posible?

—Extremadamente raro pero no imposible. —Me aferro a los hechos médicos como un salvavidas en medio de la turbulencia emocional—. Aproximadamente uno de cada sesenta millones de embarazos naturales.

—Deja que seas tú quien gane a las probabilidades de la manera más dramática posible. —El intento de humor de Gisele cae en saco roto, la preocupación abruma su habitual frivolidad—. ¿Qué pasa ahora?

La pregunta práctica me centra un poco. —Me reúno con la Dra. Garson para discutir opciones y atención especializada. Luego... —Me detengo, el futuro de repente demasiado vasto e incierto para contemplar.

—Luego lo resolveremos —dice con firmeza, levantándose para rodear mis hombros con un brazo—. Sea lo que sea que resulte ser.

Me apoyo en su soporte, momentáneamente abrumada por la gratitud por su presencia. —Cinco bebés, Gisele. ¿Cómo podría posiblemente...?

—Paso a paso —me interrumpe, sorprendiéndome con su practicidad poco característica—. Ahora mismo, el paso es hablar con la doctora. Los problemas de mañana son para mañana.

Asiento. La enormidad de cinco vidas simultáneas creciendo dentro de mí es demasiado abrumadora para procesarla de una vez. Necesito dividir esto en piezas manejables y abordarlo con el mismo cuidado metódico que doy a mis pequeños pacientes.

De alguna manera, contra probabilidades astronómicas, una sola noche con Maxim ha resultado no en una nueva vida, sino en cinco. Cualquier conexión que surgió entre nosotros esa noche se ha multiplicado más allá de toda probabilidad estadística, uniéndonos de maneras que ninguno de los dos podría haber anticipado.

Cinco bebés. Mis bebés. Sus bebés. Nuestros bebés.

La realidad se asienta sobre mí como un peso y una maravilla simultáneamente mientras me preparo para enfrentar la primera de innumerables decisiones que tengo por delante.

11

Mak

Me siento solo en mi despacho, con la carpeta manila abierta ante mí. Su contenido se ha convertido en un ritual nocturno que no parezco poder romper, y una obsesión que me niego a nombrar. Willemina Anne Lamb, veintisiete años, enfermera de UCIN en el New York Presbyterian con un expediente ejemplar. Quedó huérfana a los diecisiete cuando el cáncer se llevó a su madre y no tiene más familia.

Los hechos son clínicos, pero me detengo en los detalles que la humanizan, como que dona mensualmente a una organización benéfica contra el cáncer infantil, que lleva galletas caseras a sus compañeros de trabajo en sus cumpleaños, y cómo riega sus plantas todos los martes y viernes por la tarde con la dedicación de alguien que realmente comprende el valor de nutrir la vida. Incluso me he aprendido su horario de memoria. Trabaja de noche, cuatro días seguidos y tres libres.

—Esto se está volviendo problemático —murmuro para mí mismo, cerrando la carpeta con más fuerza de la necesaria.

El despacho se siente opresivamente silencioso esta noche. Debería estar revisando las cifras mensuales de nuestras operaciones de envío o planificando nuestra respuesta al reciente avance territorial de los italianos en Queens. En cambio, me pregunto qué estará haciendo Wil en este preciso momento. ¿Estará cuidando sus plantas? ¿Leyendo alguna revista médica? ¿Durmiendo tranquilamente?

Con un sonido de frustración, me aparto de mi escritorio y cruzo hacia el mueble bar oculto tras un panel falso en la pared. La decantadora de cristal capta la tenue luz mientras sirvo vodka en un vaso. Normalmente no bebo mientras trabajo, pero esta noche se siente diferente. Más pesada de alguna manera. El alcohol quema un camino limpio bajando por mi garganta, distrayéndome momentáneamente de la confusión que me ha estado atormentando durante semanas.

Dos veces esta semana he redactado mensajes para ella, simples textos que borré antes de enviar. ¿Qué le diría? *Hola, soy el hombre que mintió sobre su identidad antes de acostarse contigo. He tenido a mis hombres vigilando tus movimientos. ¿Un café alguna vez?*

Lo absurdo casi me hace reír. No existe universo donde alguien como Willemina Lamb pertenezca a mi mundo. Su bondad y su naturaleza genuina se marchitarían en las sombras que proyecto y, sin embargo, no puedo dejar de pensar en la forma en que sonreía sin cálculo, en cómo hablaba de sus pequeños pacientes con tal feroz protección, y en cómo me miraba como si fuera simplemente un hombre, no algo que temer o usar.

Apuro el vaso y lo dejo con un golpe seco contra la encimera de mármol. Esta fijación es impropia de mí. Es incluso peligrosa. Nunca he permitido que una mujer ocupe mis pensamientos así, ni siquiera cuando era joven y lo bastante ingenuo para creer que podía tener conexiones normales. El apellido Vorobev no permite tales lujos. Aprendí esa lección a través de la sangre, de la misma manera que he aprendido cada lección importante en mi vida.

Volviendo a mi escritorio, reviso las imágenes de vigilancia de hoy obtenidas desde una cámara discreta situada cerca del edificio de apartamentos de Wil, que capturó su regreso del trabajo. La imagen granulada la muestra caminando con los hombros caídos, moviéndose más lentamente de lo habitual. Parece cansada, o posiblemente enferma. El impulso de enviar a alguien para que compruebe su estado de salud me invade, pero lo reprimo. Eso cruzaría otra línea más en una situación ya plagada de compromisos éticos.

En su lugar, me centro en el trabajo, obligándome a revisar manifiestos de envío que requieren mi aprobación. Los números se vuelven borrosos ante mis ojos, sin conseguir captar mi atención como deberían. La distracción es debilidad. La distracción mata a hombres como yo. He amonestado a mis lugartenientes por menos, y sin embargo aquí estoy, incapaz de concentrarme porque una enfermera de ojos amables y tacto delicado ha logrado infiltrarse en mis pensamientos.

Un golpe interrumpe mi batalla interna. Tres toques secos, que es la firma de Leonid.

—Adelante —digo, enderezándome en la silla y deslizando la carpeta en el cajón de mi escritorio.

Leonid entra, cerrando la puerta tras él. Su rostro no revela nada, como de costumbre, pero algo en su postura me dice que no se trata de un informe rutinario. Su apariencia normalmente impecable muestra signos sutiles de prisa. Su corbata está ligeramente torcida, y hay una tensión alrededor de sus ojos que rara vez veo.

—Señor —se acerca a mi escritorio, con una carpeta manila apretada en su mano—. Ha habido novedades respecto a la señorita Lamb.

Mi ritmo cardíaco se acelera, aunque mantengo mi expresión neutral. —¿Qué tipo de novedades?

En lugar de responder, coloca la carpeta sobre mi escritorio y retrocede, con las manos entrelazadas tras él en una postura que de alguna manera comunica tanto deferencia como cautela. En quince años de servicio, Leonid nunca ha parecido inseguro sobre entregar información. Esta vacilación por sí sola activa las alarmas en mi mente.

Abro la carpeta lentamente, sin saber qué esperar. El primer elemento es una fotografía de Wil entrando en lo que parece ser una clínica médica, con su compañera de piso Gisele a su lado. Wil se ve pálida, su postura tensa con lo que reconozco inmediatamente como miedo. Sus ojos normalmente vibrantes están ensombrecidos por la preocupación, una mano aferrada al brazo de Gisele mientras la otra descansa protectoramente sobre su vientre. La marca de tiempo indica que la foto fue tomada ayer por la mañana.

—¿Qué es este lugar? —pregunto, aunque ya sospecho la respuesta.

—Women's Health Associates en Brooklyn —responde Leonid, con voz cuidadosamente neutral.

Un escalofrío me recorre la columna mientras paso al siguiente elemento, que son registros médicos con el nombre de Wil, obtenidos a través de métodos que deliberadamente elijo no cuestionar. Examino el documento, captando frases como "embarazo confirmado" y "fecha estimada de concepción" que coinciden perfectamente con nuestra noche juntos. El lenguaje clínico se siente surrealista mientras proceso lo que significa.

—¿Es esto exacto? —Mi voz suena distante a mis propios oídos.

—Sí, señor. La información proviene directamente de su sistema —cambia ligeramente su peso—. Me tomé la libertad de verificarla a través de una fuente secundaria. La información es correcta.

Continúo revisando los documentos hasta llegar a una imagen de ecografía etiquetada con el nombre de Wil y la fecha de hace tres días. La miro fijamente, momentáneamente incapaz de procesar lo

que estoy viendo: no una forma amorfa como esperaba, sino cinco formaciones distintas, cada una etiquetada alfabéticamente. Son pequeños grupos de células que se convertirán en personas. *Mis* personas.

—Cinco —susurro.

—Quintillizos —confirma Leonid, su comportamiento distante resbalando lo justo para revelar que él también encuentra esta información impactante—. Las notas del médico indican que es una concepción natural. Extremadamente rara.

Mi primer instinto es la sospecha. Esto debe ser una trampa, una manipulación, o quizás algún elaborado plan para extraer dinero o poder. La *Bratva* me ha enseñado a no confiar en nada, a cuestionar los motivos de todos, a asumir que la traición acecha detrás de cada desarrollo inesperado, pero mientras estudio la ecografía con más detenimiento, asimilando las anotaciones clínicas y considerando la improbabilidad estadística, la verdad se vuelve innegable. La imposibilidad médica de crear artificialmente tal embarazo, combinada con todo lo que sé sobre el carácter de Wil, solidifica la realidad en mi mente.

Son mis hijos. Míos y de Wil.

—Los registros médicos incluyen notas sobre los riesgos maternos —dice Leonid, con tono cauteloso—. Embarazos múltiples de esta magnitud conllevan importantes...

—Déjame —digo, con la voz más áspera de lo que pretendía.

Él duda, quizás percibiendo el cambio en mi comportamiento. —Señor, hay más información sobre los riesgos maternos asociados con...

—Fuera. —Esta vez, no hay confusión posible sobre mi orden.

Asiente una vez y se retira, cerrando la puerta silenciosamente tras él. La preocupación de Leonid no carece de fundamento. Sé lo

suficiente para entender que llevar cinco bebés presenta enormes desafíos físicos, pero ahora mismo, no puedo procesar nada más allá del hecho básico y asombroso de que Wil está embarazada de mis hijos.

En cuanto me quedo solo, me levanto de mi silla y cruzo hacia las ventanas, mi cuerpo moviéndose automáticamente mientras mi mente vuela. Entonces hago algo que no he hecho desde que murió mi padre: cierro con llave la puerta de mi despacho. El simple acto de girar la llave se siente como una confesión de debilidad que ningún líder de la *Bratva* debería permitirse, pero no puedo arriesgarme a que me interrumpan ahora.

Mi fachada controlada se desmorona en el momento en que la privacidad está asegurada. Presiono mi frente contra el frío cristal, el aliento creando vaho en la ventana mientras la emoción crece como una marea que no puedo detener. Cinco niños. Mis hijos. Un legado que nunca planeé y que no creo merecer.

Por primera vez en años, permito que el sentimiento puro me sobrepase. El terror inunda primero mi sistema al considerar el peligro que esto crea, y la vulnerabilidad que estos niños representan. Cada enemigo que he hecho vería a estos niños como una herramienta y a Wil como un camino para destruirme. El pensamiento enciende algo primario en mi pecho, una feroz protección que solo he sentido por Zina.

Pienso en mi hermana, y en cómo he pasado toda mi vida protegiéndola de lo peor de nuestro mundo. He matado hombres solo por mirarla mal, o por sugerir que podrían usarla para llegar a mí, y ahora, habrá cinco personas más cuya seguridad depende enteramente de mi capacidad para protegerlas de la vida violenta que he elegido.

Nadie puede tocarla. Nadie puede amenazarla. Nadie más criará a mis hijos.

Mi puño conecta con la pared antes de que me dé cuenta de que me he movido, el dolor apenas registrándose a través de la tormenta de emociones. Miro mis nudillos, observando con desapego cómo la sangre brota de la piel partida. El dolor físico no es nada comparado con la vorágine emocional que me atraviesa.

La posesividad, un antiguo impulso masculino de reclamar y proteger lo que es mío, se mezcla con el miedo. La idea de Wil llevando a mis hijos sola, tomando decisiones sobre su futuro sin mí, es insoportable, y bajo todo esto, algo peligrosamente cercano a la alegría parpadea, una luz que no me atrevo a examinar demasiado de cerca.

Nunca he considerado la paternidad. La vida en la *Bratva* no se presta a relaciones familiares estables más allá de la propia organización. Los niños son responsabilidades o vulnerabilidades que los enemigos pueden explotar. Lo he visto suceder demasiadas veces, cuando los jefes son puestos de rodillas por rivales que atacan a sus familias. Juré que nunca crearía tal debilidad en mí mismo.

Sin embargo, mirando la imagen de la ecografía de nuevo, no puedo suprimir una oleada de asombro. Cinco seres distintos, creados a partir de una sola noche de conexión con la única mujer que me ha hecho sentir humano en años. La improbabilidad estadística me deja atónito. Cinco nuevos Vorobev, cuando me había resignado a que Zina y yo fuéramos los últimos de nuestra línea, a menos que ella eligiera formar una familia algún día, una familia que yo mantendría bien alejada de los asuntos de la *Bratva*.

Saco el teléfono de mi bolsillo, casi llamando a Leonid para organizar protección inmediata para Wil, pero me detengo. Esto necesita una planificación cuidadosa. Un movimiento equivocado podría aterrorizarla o alejarla más de mí. Recorro la longitud de mi despacho, calculando opciones sin mi habitual desapego.

¿Planea quedárselos? La idea de que no lo haga me hace frenar en seco mi paseo. Es una mujer soltera con ingresos modestos, ahora

inesperadamente embarazada de quintillizos. ¿Consideraría la interrupción? ¿La adopción? La mera posibilidad hace que mi sangre hierva con una intensidad que me sorprende. No tengo derecho a dictar sus elecciones, particularmente cuando no le he dado nada más que un nombre falso y una sola noche, pero la idea de que mis hijos —mi sangre, mi legado— sean entregados a desconocidos hace que algo oscuro y primitivo surja dentro de mí.

Necesito más información. Inmediatamente. Desbloqueo la puerta de la oficina desde el panel de mi escritorio antes de presionar el intercomunicador. —Leonid, a mi despacho. Ahora.

Aparece en cuestión de segundos, tan compuesto como siempre. No me molesto con preliminares.

—Necesito todo. Su situación financiera, sus opciones médicas... Lo que le ha dicho a sus médicos sobre el padre, y lo que está planeando.

Leonid asiente, imperturbable ante mi intensidad. —Ya estamos reuniendo esa información. Los informes preliminares sugieren que está manteniendo el embarazo. Ha programado una cita de seguimiento con un especialista en embarazos de alto riesgo.

El alivio me golpea, aunque no disminuye la urgencia. —Necesito saber en el momento en que tome cualquier decisión. Mientras tanto, aumentad la vigilancia. Sed discretos pero exhaustivos.

—Señor, si me permite —dice con cuidado—, este nivel de monitorización roza lo...

—No me importa lo que roce. —Las palabras salen en un arrebato furioso—. Está llevando a los herederos Vorobev. Todo cambia ahora.

La solución obvia irrumpe en mis pensamientos con sorprendente claridad. Debo traerla aquí, a mi mundo, donde puedo protegerla adecuadamente. La logística es bastante simple. Tengo los recursos para proporcionarle todo lo que ella y los bebés podrían necesitar. La

mejor atención médica, seguridad completa y todas las comodidades imaginables, pero el elemento humano lo complica todo.

¿Cómo le digo a una mujer que solo me conoce como Maxim, un empresario con quien pasó una noche, que en realidad soy Makari Vorobev, jefe de una parte significativa de la *Bratva* rusa en Nueva York? Nuestros únicos rivales en la *Bratva*, los Petrov, controlan un territorio mucho más pequeño. ¿Cómo le digo a una mujer que salva bebés para ganarse la vida que el padre de sus hijos es un hombre cuyas manos están manchadas de sangre y cuyo nombre se susurra con miedo?

La verdad podría hacerla huir más lejos de lo que cualquier distancia podría medir y, sin embargo, las mentiras nunca han sido una opción con ella. Desde el momento en que nos conocimos, algo en Willemina Lamb ha exigido honestidad de mí. Incluso cuando le di un nombre falso, no fui capaz de inventar una historia elaborada, de engañarla realmente sobre quién soy en el fondo.

Le despido con un gesto de cabeza, pensando en los preparativos. En el pasillo, Fedor está esperando, su expresión oscila entre preocupación y cálculo mientras observa mi inusual estado.

—¿Está todo bien? —pregunta, poniéndose a mi lado.

Paso de largo sin responderle, ya concentrado en mi siguiente movimiento. Últimamente Fedor ha estado presionando para una expansión más agresiva, sugiriendo movimientos más arriesgados que he vetado sistemáticamente. El momento no es coincidencia. Ha sentido que algo está cambiando en mí, quizás viéndolo como una debilidad que explotar. Conozco a mi primo lo suficiente como para reconocer la ambición mal disfrazada de preocupación.

Ahora mismo, Fedor es un problema para otro día. En este momento, todo lo que importa es Wil y las cinco vidas imposibles que crecen dentro de ella. Necesita saber la verdad, por aterradora que sea. Necesita entender los peligros a los que nuestros hijos se enfrentan simplemente por existir, y yo necesito convencerla de que

a pesar de todo, a pesar de quién y qué soy, puedo mantenerlos a salvo.

Mañana, iré a verla. No como Maxim el empresario, sino como Makari Vorobev, ofreciéndole cualquier protección y apoyo que acepte de mí. Puede que me cierre la puerta en las narices. Puede que me odie por mi engaño y por el mundo que represento, pero le daré la verdad y la opción de elegir, aunque todos mis instintos me digan que simplemente tome lo que es mío.

Porque de alguna manera, en una noche, Willemina Lamb me enseñó algo que mi padre, la *Bratva* y quince años de poder nunca pudieron. Hay cosas que no se pueden reclamar por la fuerza y solo se pueden ganar a través de la verdad.

Reclamaré lo que es mío, cueste lo que cueste, pero por primera vez en mi vida, intentaré hacerlo de la manera correcta.

12

Wil

Doy un salto al escuchar un golpe inesperado en la puerta de mi apartamento. Es mi primer día libre en casi dos semanas, y no esperaba visitas. Quizás sea un paquete, o Gisele ha vuelto a olvidar sus llaves, algo que hace con una frecuencia alarmante a pesar de mis sugerencias sobre esconder una copia en algún sitio.

—Ya voy —digo, apartando el portátil donde he pasado la mañana investigando sobre embarazos múltiples de alto riesgo.

Las estadísticas y recomendaciones médicas se difuminan ante mis ojos, un borrón de posibilidades aterradoras y escasas probabilidades. Internet no endulza nada. Los quintillizos se enfrentan a riesgos significativos. El parto prematuro está prácticamente garantizado, así como el bajo peso al nacer, junto con posibles retrasos en el desarrollo y una serie de complicaciones potenciales, y eso sin tener en cuenta los riesgos maternos que incluyen preeclampsia, diabetes gestacional y problemas de placenta. La lista continúa, cada posibilidad más desalentadora que la anterior.

Tomo un sorbo reconfortante de té de jengibre, lo único que parece ayudar con las náuseas constantes, antes de dirigirme a la puerta. El olor a tostada del desayuno aún permanece en el apartamento, un recordatorio de los pocos alimentos que puedo tolerar actualmente.

Cuando abro la puerta, el mundo se tambalea.

Maxim está en mi pasillo, con un aspecto aún más atractivo de lo que recordaba. Está impecablemente vestido con un traje gris antracita que grita sastrería cara, recién afeitado, y completamente inesperado. Su presencia en mi modesto edificio de apartamentos se siente como una extraña colisión de universos que nunca debieron cruzarse.

—Wil —su voz es exactamente como la recordaba, profunda y ligeramente acentuada.

Me agarro firmemente al marco de la puerta—. ¿Cómo me has encontrado? —Pregunta estúpida. Debe tener mi dirección ya que me envió un rosal. Incluso sin firmar, sabía que tenía que venir de él. ¿Por qué no me preocupó más en su momento? Supongo que la planta me distrajo, y todavía estaba atrapada en una resaca postcoital.

En lugar de responder, avanza con una intensidad que me hace retroceder instintivamente. Me repliego hacia mi apartamento, y él me sigue sin ser invitado, cerrando la puerta tras de sí. Algo en sus movimientos fluidos me recuerda a un depredador, siendo a la vez elegante y peligroso.

Se ve extrañamente fuera de lugar entre mis muebles de segunda mano y mi colección de plantas. El hombre de la suite de lujo ahora está en mi pequeña sala de estar donde el ventilador del techo se tambalea cuando se pone a más de media potencia, y el sofá tiene una hendidura permanente por las maratones de películas de Gisele. Su caro reloj probablemente cuesta más que tres meses de mi alquiler.

—Necesito hablar contigo —dice, su mirada capturando cada detalle de mi espacio con una minuciosidad inquietante.

Cruzo los brazos sobre el pecho, de repente consciente de la camiseta holgada y los pantalones de yoga que llevo—. ¿Sobre qué?

—Primero, debería presentarme correctamente —se yergue, cuadrando los hombros—. Mi nombre no es Maxim. Es Makari Vorobev.

El nombre no significa nada para mí, pero algo en su manera de decirlo –esperando reconocimiento– me hace temblar—. ¿Mentiste sobre tu nombre? —Mi voz se eleva ligeramente. Difícilmente es lo peor sobre lo que podría mentir alguien en una aventura de una noche, pero aun así duele.

—Sí —no se inmuta ante la admisión—. Soy *pakhan*, el líder de la mayoría de la *Bratva* rusa en Nueva York.

Lo miro fijamente por un momento antes de que las palabras se registren completamente. La *Bratva* rusa. La Mafia. La comprensión me hace jadear. Me he acostado con un mafioso, y estoy llevando los hijos de un mafioso—. Eso no tiene gracia —digo, esperando desesperadamente que esto sea alguna broma extraña.

—No estoy intentando hacer humor —su expresión permanece seria —. Sé lo del embarazo, Wil. Sobre los quintillizos.

Mi mano se mueve protectoramente hacia mi vientre aún plano, un gesto reflejo que no puedo controlar. El miedo reemplaza al shock mientras los pensamientos giran en mi mente. ¿Cuánto tiempo lleva observándome? ¿Cómo accedió a mis registros médicos? ¿Qué quiere?

—¿Cómo sabes eso? —Mi voz suena estrangulada incluso para mis propios oídos.

—Tengo recursos —lo dice como si nada, como si invadir mi privacidad médica fuera perfectamente razonable—. No estás a

salvo, Wil. Nuestros hijos no estarán seguros una vez que se sepa.

Nuestros hijos. La afirmación casual envía una oleada de ira a través de mí, cortando el miedo. Este hombre, este extraño realmente, entra en mi casa y comienza a hablar de "nuestros" hijos como si tuviera algún derecho sobre ellos después de una noche juntos.

—¿A salvo de qué? —pregunto, aunque ya sé la respuesta. A salvo del mundo que él habita, el mundo de violencia y crimen que solo he visto en películas.

—De mis enemigos —da un paso hacia mí, y yo contrarresto con un paso atrás—. Otras familias os verían a ti y a los bebés como una forma de presionarme. Como debilidades que explotar.

—¿Así que solo somos responsabilidades para ti? —Las palabras salen afiladas, alimentadas por la indignación creciente.

—No —se pasa una mano por el pelo oscuro, un gesto que parece sorprendentemente humano de alguien que por lo demás se mantiene con un control tan rígido—. Llevas a mis hijos. Quiero protegeros. A todos vosotros. Tengo una finca fuera de la ciudad con seguridad, instalaciones médicas...

—Para —levanto la mano, incapaz de procesar todo lo que está diciendo—. ¿Esperas que simplemente... ¿Qué? ¿Me mude contigo? ¿Un completo extraño, que mintió sobre su identidad y que aparentemente me ha estado acosando y accediendo a mis registros médicos sin mi consentimiento?

Su mandíbula se tensa—. Entiendo que esto es abrumador.

—¿Abrumador? —Me río, el sonido amargo y ligeramente histérico—. Esto no es abrumador. Esto es una locura. Eres un criminal. Me estás pidiendo que críe hijos en un mundo de violencia y peligro.

—Puedo manteneros a salvo —insiste, su voz endureciéndose con convicción—. Mi casa es el lugar más seguro para ti y nuestros hijos.

—No son "nuestros" hijos —espeto, el miedo transformándose en furia—. Has contribuido con material genético durante una aventura de una noche. Eso no te convierte en padre.

Algo peligroso destella en sus ojos, pero estoy demasiado enfadada para que me importe. Hago un gesto amplio alrededor de mi apartamento, hacia la vida que he construido para mí misma.

—¿Crees que quiero ese tipo de vida para mis bebés? ¿Crecer rodeados de guardaespaldas y cristales blindados? ¿Aprendiendo que su padre resuelve problemas con violencia e intimidación? Eso no es una infancia. Es una condena a prisión.

—No entiendes el peligro...

—No, eres tú quien no entiende —le interrumpo, con las manos temblorosas por la emoción—. Soy enfermera de cuidados intensivos neonatales. Me paso los días luchando por las vidas más pequeñas y vulnerables. No traeré a mis hijos a un mundo donde la violencia es algo normal y donde los negocios de su padre ponen dianas en sus espaldas.

Pienso en mis diminutos pacientes, en los bebés prematuros que he cuidado a lo largo de los años. Sus luchas ya son enormes sin añadir las complicaciones de un entorno familiar peligroso. ¿Cuántas veces he visto a bebés nacidos de padres involucrados en drogas o violencia? ¿Cuántas veces he juzgado en silencio a esos padres por las decisiones que pusieron a sus hijos en riesgo incluso antes de que dieran su primer aliento?

—Wil, sé razonable —su voz permanece frustradamente calmada, lo que solo alimenta mi ira—. No puedes proteger a cinco bebés tú sola.

—No quiero nada de ti —digo, bajando la voz—. Ni dinero, ni protección. Nada excepto que me dejen en paz para criar a mis hijos lejos de cualquier negocio sangriento en el que estés metido.

Retrocedo hacia la puerta, buscando a tientas el pomo con la mano —. Quiero que te vayas. Ahora.

Él no se mueve—. Tenemos que hablar de esto racionalmente. Piensa en lo mejor para los bebés.

—Estoy pensando en lo mejor para ellos —mi voz se eleva a pesar de mi esfuerzo por controlarla—. Una vida libre de miedo y violencia es lo mejor para ellos. Una infancia normal es lo mejor para ellos.

—Ya no hay infancia normal posible —su acento se espesa ligeramente con la emoción—. En el momento en que te quedaste embarazada de mis hijos, lo normal dejó de ser una opción. Tengo derecho a conocer a mis propios hijos.

Algo en mí se rompe ante su presunción. ¿Quién es él para hablar de derechos cuando ha violado mi privacidad de manera tan absoluta? —¡Fuera! —abro la puerta de un tirón, señalando hacia el pasillo—. ¡Vete antes de que llame a la policía!

Durante un largo momento, me mira fijamente, y me pregunto si se negará. ¿Mostrará su verdadera naturaleza y se impondrá en mi vida como se impuso en mi apartamento? En lugar de eso, da un paso hacia la puerta, deteniéndose justo antes de cruzar el umbral.

—Esto no ha terminado, Willemina —su voz es baja, casi amable a pesar de la amenaza implícita—. Te daré tiempo para procesarlo, pero hablaremos de nuevo. La seguridad de nuestros hijos no es negociable para mí.

En cuanto pisa el pasillo, cierro la puerta de un golpe con suficiente fuerza como para hacer temblar los marcos de las paredes. El sonido resulta satisfactorio en su contundencia, una manifestación física del límite que acabo de establecer.

Mis piernas ceden cuando la adrenalina se desploma, y me deslizo hasta el suelo con la espalda contra la puerta. Las lágrimas que estaba conteniendo comienzan a caer, dejando rastros calientes en mis mejillas mientras el peso completo de la situación me abruma.

A través de la madera maciza, le oigo permanecer inmóvil durante varios largos momentos. Contengo la respiración, preguntándome si llamará de nuevo exigiendo volver a entrar. Finalmente, sus pasos se alejan por el pasillo, haciéndose más débiles hasta que ya no puedo oírlos.

Me abrazo el vientre, un gesto protector inútil. El padre de mis hijos es un jefe de la mafia. La realidad parece absurda, como algo de una mala película, pero el miedo que recorre mi cuerpo es dolorosamente real.

¿Qué hago ahora? ¿Cómo protejo a cinco bebés de un mundo del que no sé nada? ¿Cómo los mantengo a salvo de su propio padre y de los peligros que lo rodean?

Pienso en mi propia infancia, en crecer solo con mi madre en nuestra pequeña casa con el hermoso jardín. No era perfecta —luchamos económicamente después de que papá se fuera—, pero era pacífica. Segura. Llena de amor en lugar de miedo. Eso es lo que quiero para mis hijos, no ventanas a prueba de balas y personal de seguridad. No un padre cuyas manos podrían estar manchadas de sangre.

El recuerdo del jardín de mi madre trae una nueva oleada de dolor. Ella habría sabido qué hacer. Siempre lo supo. Cuando mi padre nos abandonó, recogió los pedazos y creó un hogar estable y lleno de amor. Cuando el dinero escaseaba, encontraba formas de llegar a fin de mes sin dejar que yo sintiera la tensión. Cuando el cáncer vino a por ella, lo afrontó con la misma determinación silenciosa con la que abordaba todo en la vida.

—¿Qué harías tú, mamá? —susurro al apartamento vacío—. ¿Cómo proteges a cinco bebés de algo así?

Me levanto del suelo con piernas temblorosas y me dirijo a la cocina. Mis manos tiemblan mientras lleno la tetera para más té, derramando agua sobre la encimera. Respiraciones profundas, me recuerdo. El estrés no es bueno para los bebés.

Los bebés ya dependen de mí para tomar las decisiones correctas. Las probabilidades ya estaban en nuestra contra: una madre soltera con ingresos modestos intentando criar quintillizos. Añade un padre jefe de la mafia, y la situación se vuelve verdaderamente imposible.

Me dejo caer en una silla de la cocina. ¿Debería mudarme? ¿Cambiar mi nombre? ¿Funcionaría eso contra alguien con los recursos de Makari Vorobev? Ya me encontró con bastante facilidad, accediendo a información que debería haber sido privada.

La tetera silba, sobresaltándome de mi espiral de pánico. Preparo el té automáticamente, la memoria muscular toma el control donde el pensamiento consciente falla. La rutina familiar me estabiliza un poco, dando a mis manos algo útil que hacer mientras mi mente trabaja a través de escenarios imposibles.

Llevo la taza humeante hasta la ventana donde mis plantas prosperan bajo la luz matutina. El rosal que he cuidado desde la muerte de mi madre se alza orgulloso entre ellas, una conexión viva con la mujer que me enseñó lo que significa nutrir. ¿Qué me aconsejaría en esta situación imposible?

Me diría que fuera práctica. Que tomara las cosas paso a paso. Que me centrara en lo que puedo controlar en lugar de en lo que no puedo.

Ahora mismo, puedo controlar mi salud y la de mis bebés. Puedo continuar con mi investigación, acudir a mis citas médicas y prepararme lo mejor posible para cinco nacimientos prematuros, que es lo que sugieren las estadísticas. Puedo controlar cómo respondo a la intrusión de Makari con límites firmes y protecciones legales si es necesario.

Doy un sorbo al té. Las náuseas retroceden temporalmente, dándome un momento de alivio físico, si no paz mental.

Mi teléfono vibra en la encimera, y me tenso hasta que veo el nombre de Gisele en la pantalla. El mensaje dice:

Voy a comer algo antes del trabajo. ¿Quieres algo? Seguramente ya tienes antojos raros.

La normalidad de esto casi me hace reír. Gisele no tiene idea de que mi mundo acaba de implosionar cuando el padre de mis bebés se reveló como alguien peligroso y poderoso, que no aceptará fácilmente mi rechazo.

Respondo al mensaje.

Nada raro aún. ¿Quizás algunas galletas saladas? Las náuseas están fuertes hoy.

No menciono la visita de Makari. Todavía no. Necesito tiempo para procesarlo yo misma antes de poder explicárselo a alguien más.

Acomodándome de nuevo en el sofá, vuelvo a coger mi portátil, pero en vez de investigar sobre el embarazo, escribo "Makari Vorobev" en la barra de búsqueda. Los resultados confirman mis peores temores. Artículos periodísticos detallan actividades criminales sospechosas, aunque nada que haya llevado a cargos formales. Fotografías lo muestran en eventos benéficos e inauguraciones de restaurantes de alto perfil, siempre impecablemente vestido, siempre rodeado de gente hermosa. Siempre pareciendo intocable.

Una foto en particular llama mi atención: Makari con una joven que se le parece mucho, quizás una hermana o prima. Su expresión en esta foto difiere de las otras. Hay algo tierno en la forma en que la mira, tanto protector como orgulloso.

Cierro el portátil, incapaz de reconciliar estas imágenes con el hombre que conocí en el club, y el hombre que acaba de estar en mi salón reclamando derechos sobre mis hijos. ¿Qué versión es la real? ¿El empresario encantador? ¿El criminal endurecido? ¿El hombre de familia protector? ¿Todas ellas? ¿Ninguna?

No importa, me digo firmemente. Cualquier combinación de personalidades que conforme a Makari Vorobev, pertenece a un

mundo del que no quiero formar parte. Un mundo en el que ningún niño debería criarse.

Mi mano vuelve a mi abdomen. —Os protegeré —susurro, con una promesa feroz y desesperada—. Cueste lo que cueste.

13

Mak

Permanezco inmóvil fuera del apartamento de Wil, con el sonido de la puerta cerrada de golpe aún reverberando por el pasillo. Aprieto los puños con tanta fuerza que mis uñas dejan marcas de medias lunas en las palmas. El impulso de derribar su puerta de una patada pulsa a través de mí con una intensidad aterradora. Un solo movimiento brusco sería suficiente. La frágil cerradura se astillaría instantáneamente bajo mis zapatos italianos.

Respiro profundamente, luchando por mantener el control. Esto no es una negociación empresarial fallida ni un rival presionando los límites. Es la madre de mis hijos rechazando no solo mi protección sino mi propia presencia en sus vidas.

A través de la delgada puerta, escucho sus sollozos silenciosos. Cada uno se siente como una acusación, cortando más profundo de lo que cualquier cuchillo podría alcanzar. Ella tiene miedo: de mí, de lo que represento y del peligro que he traído a su vida ordenada. Esta realización duele más de lo que esperaba.

He pasado quince años construyendo una reputación que hace temblar a hombres adultos. El miedo es una moneda con la que comercio a diario, pero oír llorar a Wil por mi causa se siente como un fracaso de una manera que nunca antes había experimentado.

Presiono la palma de mi mano contra la puerta, un sustituto patético del consuelo que quiero ofrecerle. Debería irme. Cada segundo que permanezco aquí solo refuerza su percepción de mí como una amenaza. Sin embargo, mis pies siguen arraigados en la desgastada alfombra del pasillo mientras me esfuerzo por escuchar sus movimientos al otro lado.

Ella merece algo mejor que esto, mejor que un hombre cuyo nombre se susurra con temor por todo el submundo de Nueva York. Mejor que un padre que pone a sus hijos en peligro simplemente al reconocerlos. Su rechazo es completamente racional. ¿Por qué, entonces, siento como si me hubiera arrancado algo vital del pecho?

Con un esfuerzo monumental, finalmente me doy la vuelta. Mis pasos suenan anormalmente fuertes mientras me dirijo hacia la escalera, cada uno cargado de reticencia. El hombre de seguridad que posicioné en el edificio anteriormente me hace un gesto respetuoso con la cabeza al pasar. Su presencia me recuerda que, independientemente de los deseos de Wil, ya he comenzado a infiltrarme en su vida. —Informa directamente a mí.

Orlov endereza ligeramente su postura. —Sí, señor.

—Ella no sabe que estás aquí. Mantenlo así.

Asiente nuevamente, volviendo a su posición junto al armario de mantenimiento, un punto de observación perfecto para el pasillo que conduce al apartamento de Wil. Lo seleccioné específicamente para esta tarea. Orlov tiene la rara habilidad de mezclarse con el entorno a pesar de su tamaño, volviéndose funcionalmente invisible a plena vista.

Desciendo las escaleras lentamente, cada paso es una batalla contra el instinto de volver a su puerta, de hacerle entender los peligros que enfrenta sin mi protección, pero forzar mi entrada en su vida solo confirmaría sus peores temores sobre mí. Algunas batallas no se pueden ganar mediante la intimidación o la fuerza bruta. Este es un territorio desconocido para un hombre que ha pasado su vida ordenando en lugar de persuadiendo.

Afuera, el sol primaveral parece incongruentemente brillante. El modesto barrio de Brooklyn bulle con vida ordinaria, pero todo parece imposiblemente distante de mi mundo de áticos de lujo y cruda violencia.

Me acerco al SUV en marcha, esperando encontrar solo a Leonid al volante. En cambio, cuando me deslizo en el asiento trasero, encuentro a mi primo Fedor ya esperando, su expresión una máscara cuidadosamente compuesta de preocupación. Leonid encuentra brevemente mi mirada en el espejo retrovisor; la ligera tensión alrededor de su boca me dice que esto no fue idea suya.

Fedor ajusta la manga de su traje perfectamente confeccionado. —Primo, pensé en acompañarte. Tu ausencia hoy ha dejado varios asuntos sin resolver —No necesita formular la pregunta implícita. ¿Por qué el *pakhan* de la *Bratva* Vorobev está haciendo visitas personales a un destartalado edificio de apartamentos en Brooklyn sin explicación o escolta de seguridad adecuada?

—De vuelta a la oficina —me aparto de Fedor, centrándome en el reflejo de Leonid en el espejo.

Fedor y yo hemos crecido juntos, primos de sangre pero criados más como hermanos después de que su padre, mi tío, fuera asesinado en las disputas territoriales de los años 90. Mientras yo heredé la posición de liderazgo por la línea directa de mi padre, Fedor siempre ha operado desde la posición secundaria, asesorando, apoyando y ocasionalmente desafiando mis decisiones. La dinámica entre nosotros se ha vuelto cada vez más compleja con el paso de los

años. Nunca me ha desafiado abiertamente, pero su ambición hierve justo debajo de la superficie de cada interacción.

Mientras el coche se aleja de la acera, miro fijamente las calles que pasamos, pensando en Wil en ese pequeño apartamento con sus plantas y muebles de segunda mano. Ha creado una vida de significado silencioso, salvando a los pacientes más pequeños y vulnerables bajo su cuidado. Ahora lleva a mis hijos, y he logrado aterrorizarla en lugar de tranquilizarla.

Fedor examina casualmente sus uñas perfectamente arregladas. —Pasé junto a dos de nuestros equipos de vigilancia de camino aquí. Has tenido este edificio vigilado durante algún tiempo. ¿Puedo preguntar por qué?

Su tono es conversacional, pero nada en Fedor es casual. Es obvio para mí que quiere obtener información a través de mis reacciones y respuestas.

Continúo mirando por la ventana, ignorando deliberadamente su pregunta. —No, no puedes.

Acepta el rechazo con elegancia, cambiando de táctica fluidamente. —Los Kazanov están presionando de nuevo en los muelles. Sus hombres abordaron a tres de nuestros funcionarios de aduanas esta mañana.

Su tono contiene una nota de satisfacción bajo la preocupación, como si estuviera complacido de tener asuntos urgentes que me devuelvan a la realidad. Fedor siempre ha sido hábil leyendo mis estados de ánimo, sabiendo precisamente cuándo afirmar su valor práctico para la organización.

—Ocúpate de ello. La advertencia habitual debería ser suficiente.

—Preferiría enviar un mensaje más contundente —Se inclina hacia adelante, apoyando los codos en las rodillas—. Un recordatorio de lo que sucede cuando invaden territorio Vorobev.

El viejo Mak —el Mak de antes de Wil— habría estado de acuerdo al instante. Quizás incluso habría sugerido algo particularmente memorable para dejar clara la idea. Ahora, el pensamiento de más violencia, más sangre en mis manos, me produce un cansancio que nunca antes había experimentado.

—Nada de cadáveres. Solo la advertencia. No quiero atraer la atención de la policía ahora mismo.

Fedor me estudia con incredulidad apenas disimulada. Sus ojos oscuros, tan similares a los míos, se estrechan ligeramente mientras procesa esta contención inusual en mí.

—Desde Eclipse, has estado... —golpea con el dedo contra el asiento de cuero—. Distraído. Menos involucrado en las operaciones diarias.

La coincidencia temporal no es casual. Todo cambió aquella noche, aunque no por las razones que él sospecha.

Fedor hace un gesto vago hacia el edificio que dejamos atrás. —¿Puedo preguntar qué está pasando aquí? Esto no parece un asunto típico del *pakhan*.

Sopeso la idea de mentir, pero Fedor acabará descubriendo la verdad. Es mejor que la oiga de mí que a través de susurros y especulaciones. Además, con la vigilancia que he ordenado y las precauciones que tendré que implementar, mantener en secreto la existencia de Wil ante mi círculo íntimo resulta poco práctico.

—La mujer de ese apartamento está embarazada de mis hijos —observo su reacción cuidadosamente—. De quintillizos, de hecho. Sé que es impactante. Casi me provoca un infarto.

La compostura de Fedor vacila momentáneamente, un destello de auténtica sorpresa cruza su rostro antes de que frunza el ceño.

—¿Quintillizos? Eso es... estadísticamente improbable.

—Y sin embargo, cierto sin la más mínima duda.

Absorbe esta información con una velocidad sorprendente, ya proyectándose mentalmente hacia el futuro. Lo hace constantemente, así que sé que está intentando calcular el riesgo que implica este nuevo desarrollo.

Tamborilea brevemente los dedos sobre su rodilla.

—¿Hasta qué punto estás seguro de la paternidad?

—Lo suficientemente seguro —no entro en detalles sobre la vigilancia o los historiales médicos que he obtenido. Algunos detalles siguen siendo solo míos.

—Ya veo —ajusta su posición, recalculando su enfoque—. ¿Y cuáles son exactamente tus intenciones respecto a esta mujer y estos... quintillizos?

—Se llama Willemina Lamb —mi tono se vuelve peligrosamente bajo —. Tengo la intención de protegerla a ella y a mis hijos, con o sin su cooperación.

Fedor asiente pensativo.

—Así que necesitarás vigilancia. Puedo organizarla de manera discreta pero efectiva. Orlov y Yakov serían adecuados.

—Ya me he ocupado —digo, con un deje de suficiencia en la voz. En realidad, había llegado a la misma conclusión sobre qué hombres asignar. La oferta es la manera de Fedor de insertarse en la situación y establecer su relevancia.

—Por supuesto —su mirada se desvía hacia el retrovisor, donde Leonid mantiene esmeradamente su atención en la carretera—. Lo has pensado todo.

El ligero énfasis sugiere lo contrario, pero sé que es porque aún está pensando en los problemas que podrían surgir de esto.

Se aclara la garganta tras un breve momento.

—¿Ella sabe quién eres? ¿Lo que eres?

Me giro desde la ventana para mirarlo directamente.

—Ahora lo sabe.

—Ah —esa única sílaba contiene volúmenes—. ¿Y deduzco por tu humor que ella fue... poco receptiva a esta revelación?

No dignifico la pregunta con una respuesta, pero mi silencio es suficiente contestación. Suspira, su expresión cambiando a una de preocupación fabricada mientras posa brevemente una mano sobre mi hombro.

—Primo, debo expresar mi preocupación. Esta mujer te está haciendo actuar de manera impropia de ti. Nuestros rivales están atentos a cualquier signo de debilidad. Una mujer y cinco bastardos serán el fin del imperio Vorobev.

La temperatura en el coche se desploma. Incluso Leonid se tensa, sus nudillos blanqueándose sobre el volante. La palabra "bastardos" resuena entre nosotros, deliberadamente provocadora. Fedor siempre ha sabido exactamente cómo pincharme y cómo encontrar las fisuras imperceptibles en mi compostura. Hoy ha calculado mal.

No elevo la voz. No me muevo, pero algo en mi expresión hace que se apriete contra el asiento de cuero.

—Elige tus próximas palabras con mucho cuidado —gruño mientras el calor sube a mi rostro.

Traga saliva, un gesto casi imperceptible que delata su repentina conciencia del peligro. Podemos ser familia, pero muchos hombres han muerto por mostrar menos falta de respeto de la que acaba de demostrar.

Alza las manos ligeramente, en gesto apaciguador.

—No pretendía faltar al respeto. Simplemente sugiero que las complicaciones personales complican los negocios. El momento no es el mejor.

—La vigilancia no es negociable —espeto mientras vuelvo a mirar por la ventana, dando por terminada efectivamente la discusión.

Fedor asiente, adecuadamente escarmentado, aunque no paso por alto el cálculo en sus ojos. Mi primo siempre ha sido ambicioso, siempre atento a las oportunidades para mejorar su posición dentro de nuestra organización. Esta vulnerabilidad inesperada, mi conexión con Wil y nuestros hijos nonatos, representa tanto una amenaza para sus aspiraciones como un potencial punto de influencia que ya está considerando cómo explotar.

—Como desees —su tono se vuelve apropiadamente deferente ahora —. Deberíamos hablar de los planes de expansión para la propiedad de Greenwich cuando volvamos a la oficina. La votación de la junta urbanística está programada para la semana que viene.

Su giro hacia asuntos comerciales legítimos es transparente, un recordatorio de que mientras yo me centro en preocupaciones personales, él sigue dedicado a la prosperidad organizativa. Es un movimiento sutil en nuestro continuo juego de posición e influencia.

Viajamos en tenso silencio durante varias manzanas, el paisaje urbano transformándose a nuestro alrededor mientras nos movemos desde las calles residenciales de Brooklyn hacia el puente que nos llevará a Manhattan. Noto que Fedor comprueba su reloj repetidamente, un hábito que emerge cuando está recalculando estrategias.

—¿Algo urgente?

Inmediatamente deja de juguetear con su reloj.

—Tengo una reunión con los representantes sindicales a las cuatro. Nada que no pueda reprogramarse si me necesitas.

La oferta es hueca. Ambos sabemos que no solicitaré su presencia continuada. Fedor está probando límites para ver cuánto ha afectado mi recién descubierta distracción a las operaciones normales.

—Mantén la cita. Que Yuri prepare documentos informativos sobre la situación de Kazanov. Evaluación completa de amenazas, posibles puntos de influencia y asociados conocidos. Lo quiero en mi escritorio mañana por la mañana.

—Por supuesto —asiente, tomando notas en su teléfono. Las rutinas familiares del negocio enmascaran temporalmente las corrientes subterráneas entre nosotros. Parece casi decepcionado de que vuelva a involucrarme en la conversación, pero necesita darse cuenta de que incluso distraído, sigo por delante de él.

El coche queda en silencio mientras cruzamos el puente de vuelta a Manhattan. Las brillantes torres del poder financiero se elevan ante nosotros, a un mundo de distancia del acogedor apartamento de Wil en Brooklyn. Siempre me he movido con facilidad entre estas realidades contrastantes de Nueva York: la riqueza legitimada de la élite de Manhattan y las economías en la sombra que alimentan gran parte de ella. Ahora, esos mundos parecen irreconciliables de maneras que nunca antes lo habían sido.

Por dentro, estoy experimentando una espiral de emociones que no me he permitido sentir en años: arrepentimiento por el camino que me ha traído hasta aquí, miedo por los hijos que heredarán mis enemigos, y un anhelo desesperado por una vida que vislumbré brevemente con Wil. Ya no quiero ser este hombre, el monstruo cuyo nombre se susurra con temor en todo el submundo de Nueva York.

Me pregunto si Wil me dará alguna vez la oportunidad de mostrar quién soy realmente bajo mi persona de Bratva, o si ya la he perdido a ella y a nuestros hijos nonatos antes de haberlos tenido realmente. Este pensamiento crea un dolor desconocido en mi pecho, algo peligrosamente cercano al duelo por posibilidades que quizás nunca se materialicen.

Leonid se aclara la garganta suavemente, captando mi atención en el espejo.

—Señor, ¿puedo hablar con franqueza?

Asiento con la cabeza, curioso a pesar de mi mal humor. Leonid raras veces ofrece opiniones no solicitadas, especialmente en presencia de Fedor. Su interrupción está cronometrada durante un momento en que Fedor está distraído con su teléfono, creando una ilusión de privacidad a pesar de la proximidad.

—Las medidas de seguridad protegerán físicamente a la señorita Lamb, pero no abordarán el problema mayor —su mirada se encuentra brevemente con la mía en el espejo—. Rechazó su oferta porque teme su mundo, no porque le tema a usted personalmente.

—La distinción tiene poca importancia si el resultado final es el mismo.

Fedor se mueve incómodo a mi lado, claramente descontento por el tono familiar de Leonid, pero lo suficientemente sensato como para contener su lengua. La jerarquía dentro de mi organización es clara, pero compleja. Los años de servicio leal de Leonid le han otorgado ciertos privilegios, incluido el hablarme ocasionalmente como un asesor de confianza en lugar de un subordinado. Fedor, a pesar de nuestra relación de sangre, aún no se ha ganado el mismo nivel de confianza implícita.

Leonid atraviesa un semáforo en ámbar. —Quizás, pero en mi experiencia, las personas temen más lo que no entienden. La señorita Lamb solo sabe lo que las películas y las noticias le cuentan sobre la *Bratva*. No conoce el código por el que vivimos, ni las protecciones que ofrecemos a quienes están bajo nuestro cuidado.

Considero sus palabras. Es cierto que Wil me miró hoy como si yo fuera algún villano de película, un monstruo unidimensional sin cualidades redentoras. No sabe que la familia Vorobev opera según normas tan estrictas como cualquier negocio legítimo. Que la violencia, cuando se emplea, es estratégica en lugar de aleatoria. He trabajado durante años para dirigir nuestras operaciones hacia empresas legítimas.

—¿Qué estás sugiriendo?

Comprueba los espejos antes de cambiar de carril. —Educación. Deje que aprenda sobre usted gradualmente. Muéstrele al hombre que hay detrás de la reputación.

—Me cerró la puerta en la cara, Leonid. Dudo que esté interesada en conocerme mejor.

—No directamente de usted, pero hay otras formas. ¿Quizás su hermana podría establecer contacto? La señorita Lamb podría ser más receptiva a otra mujer, especialmente una que entienda ambos mundos.

La sugerencia me hace reflexionar. Zina siempre ha sido mi arma secreta en muchos sentidos: la cara más amable de la familia Vorobev, sin mancha por la violencia que define mi reputación. Ella entiende nuestro mundo pero ha sido protegida de sus aspectos más desagradables por mi constante vigilancia.

Fedor levanta la mirada de su teléfono, instantáneamente alerta ante la mención de Zina. —Una idea interesante, pero quizás prematura. La mujer claramente necesita tiempo para adaptarse a la realidad de su situación antes de que compliquemos más las cosas.

El "compliquemos" no escapa a mi atención. Fedor ya se está posicionando como parte de esta situación profundamente personal. Tendré que vigilarlo cuidadosamente en los próximos meses.

—Valoro tu preocupación, primo —la formalidad en mi tono sirve como un sutil recordatorio de nuestras respectivas posiciones—. Pero Wil y los niños son únicamente mi responsabilidad.

Su sonrisa no llega completamente a sus ojos. —La familia nunca es responsabilidad de una sola persona. El apellido Vorobev nos pertenece a todos. Cinco nuevos portadores de ese apellido afectan a todos en nuestra organización.

Sus palabras son razonables en la superficie, lo que hace difícil rechazarlas abiertamente sin parecer irracional. Este es el talento particular de Fedor: enmarcar el interés propio como beneficio colectivo, y la ambición personal como lealtad familiar.

—Discutiremos esto más adelante cuando sea apropiado —me doy la vuelta, cerrando efectivamente la conversación mientras el coche gira hacia el aparcamiento subterráneo bajo nuestro edificio de oficinas.

Leonid maniobra el SUV en mi espacio reservado, la transición de la luz del día a la sombra sintiéndose simbólica de alguna manera. Abre mi puerta, manteniéndose en posición de firmes mientras salgo. Fedor me sigue, alisando su ya inmaculado traje.

Se arregla la corbata. —Tendré listos esos informes de Kazanov y, Mak —hace una pausa, usando mi nombre informal deliberadamente, un recordatorio de nuestra infancia compartida—, felicidades. Los niños son una bendición, independientemente de las circunstancias.

No puedo determinar si el sentimiento es genuino o una completa mentira. Con Fedor, a menudo es ambas cosas simultáneamente, emociones reales desplegadas para lograr el máximo efecto. Reconozco sus palabras con un asentimiento antes de dirigirme hacia el ascensor privado que me llevará a la planta ejecutiva.

Solo en el ascensor que asciende, finalmente me permito un momento de reflexión sin reservas. La improbabilidad estadística de los quintillizos parece la broma particular del destino para un hombre que nunca planeó tener una familia, regalándole de repente cinco a la vez. El absurdo de esto casi me hace sonreír.

Cuando las puertas del ascensor se abren en la planta ejecutiva, me he recompuesto, la máscara del *pakhan* firmemente en su lugar. Mi asistente se levanta inmediatamente, tableta en mano, lista para recitar el horario de la tarde, e intento volver a los negocios. Durante la tarde, extrañas oleadas de esperanza descienden y se elevan. No

es la confianza que viene de la planificación sólida y la fuerza abrumadora, sino algo más frágil y desconocido. Es una esperanza de que, de alguna manera, a pesar de todo, esta situación imposible pueda conducir a algo que nunca supe que quería hasta ahora.

Una familia.

Mi familia.

14

Wil

La tarde se alarga mientras me muevo por el apartamento en un estado de aturdimiento, alternando entre momentos de incredulidad y picos de puro pánico. Intento imaginar a cinco bebés en este pequeño apartamento de un dormitorio compartido con una compañera de piso, porque definitivamente no puedo permitirme nada más grande con cinco conjuntos de pañales que comprar. Trato de visualizarme criándolos sola mientras trabajo como enfermera de la UCI neonatal, imaginando un futuro en el que no se conviertan en objetivos debido a la identidad de su padre, pero todo parece imposible. Cada escenario parece más inviable que el anterior.

A medida que la luz de la tarde se desplaza por el suelo de mi apartamento, la duda se infiltra en los bordes de mi determinación. ¿Cómo se esconde una de un hombre como Makari Vorobev? ¿Cómo protege una a cinco bebés ella sola? ¿Hice lo correcto al echarlo? Sin embargo, ¿qué alternativa hay?

Por primera vez desde que me enteré de mi imposible embarazo, me pregunto si he tomado la decisión correcta al decidir quedarme con los cinco bebés. El pensamiento me trae una culpa inmediata y aplastante. Son mis hijos. Encontraré la manera.

Tengo que hacerlo.

El sonido de la llave de Gisele en la cerradura me saca de mis pensamientos. Entra con su energía habitual, dejando una bolsa de papel en la encimera. —Galletas saladas, jengibre para masticar y esas extrañas galletas de arroz que te gustan —anuncia, quitándose los zapatos—. Y té de menta, que según internet es bueno para las náuseas matutinas. Aunque por qué las llaman náuseas matutinas cuando duran todo el día está más allá de mi comprensión.

Se detiene, finalmente fijándose en mi aspecto. Seguro que tengo un aspecto horrible, con los ojos rojos, el pelo desordenado, un portátil sin tocar y un aire general de devastación que me rodea.

—¿Wil? ¿Qué ha pasado? —Su voz se suaviza instantáneamente, la preocupación reemplaza a su habitual despreocupación.

Abro la boca para explicar, pero ¿por dónde empiezo? ¿Cómo le digo que el padre de mis bebés es Makari Vorobev, jefe de la *Bratva* rusa en Nueva York? ¿Que me ha estado vigilando y recopilando información sobre mí? ¿Que quiere llevarme a su fortificada mansión para "protegerme"?

—Ha estado aquí —digo finalmente, con voz apenas audible.

—¿Quién ha estado aquí? —Se deja caer en el sofá a mi lado, con el ceño fruncido.

—Maxim. El chico del club. —Envuelvo mis manos más fuerte alrededor de mi taza—. Excepto que su nombre no es realmente Maxim. Es Makari Vorobev.

Gisele parpadea, el nombre claramente no significa nada para ella.

—Está en la mafia rusa. La *Bratva*. Es su líder, controla un gran territorio en Nueva York. —Las palabras suenan ridículas incluso mientras las digo.

Sus ojos se abren cómicamente. —Espera, ¿en serio? ¿El padre de tus bebés es un maldito jefe de la mafia?

Asiento miserablemente.

—Joder. —Se pasa una mano por el pelo—. Eso es... como la trama de una película. ¿Estás segura de que no te estaba tomando el pelo?

—Bastante segura. —Alcanzo mi portátil, abriéndolo para mostrarle algunos de los artículos que encontré—. Sabe lo de los bebés, Gisele. Sabe que estoy embarazada de quintillizos. Ha estado vigilándome y consiguiendo información sobre mí de alguna manera.

Su expresión cambia de incredulidad a alarma. —Eso es seriamente espeluznante. ¿Qué quiere?

—Dice que estoy en peligro. Que los bebés estarán en peligro una vez que se sepa de ellos. Quiere que me mude a su finca donde pueda "protegernos".

Los ojos de Gisele se entrecierran. —¿Y qué le has dicho?

—Le he dicho que se largue. No quiero tener nada que ver con él o su mundo.

Ella asiente aprobatoriamente. —Bien. —Luego, con más cautela, pregunta—: ¿Crees... crees que podría tener razón sobre la parte del peligro?

La pregunta invoca implicaciones que no quiero considerar. He estado tan centrada en rechazar a Makari y su mundo que no he procesado completamente la amenaza potencial para mis bebés. —No lo sé —digo finalmente—. Quizá. Probablemente, pero eso no significa que su solución sea la correcta. Cambiar un peligro por otro no es una solución.

Gisele asiente lentamente. —Entonces, ¿cuál es el plan?

La pregunta me pilla desprevenida. No tengo un plan. He estado reaccionando, no elaborando estrategias. —Eso tampoco lo sé —digo, con voz pequeña—. Ahora mismo, solo estoy tratando de asimilar todo.

Me aprieta la mano. —Lo resolveremos. Estoy contigo, sea cual sea tu decisión.

Su lealtad me trae lágrimas frescas a los ojos. —Gracias.

—Oye, ¿para qué están las mejores amigas si no es para ayudarte a lidiar con padres de bebés mafiosos? —Sonríe, tratando de aligerar el ambiente.

A pesar de todo, me encuentro sonriendo débilmente. Confía en Gisele para encontrar humor incluso en la situación más absurda.

—En serio, sin embargo —continúa, con su expresión volviéndose sobria—, deberíamos probablemente pensar en seguridad. Si este tipo realmente es quien dice ser, y si realmente hay personas que podrían querer utilizarte para llegar a él... Probablemente deberíamos al menos cambiar las cerraduras mañana y tal vez buscar algún tipo de sistema de seguridad.

—Buena idea. —Alcanzo su mano a través de la mesa y la aprieto—. Siento arrastrarte a este lío.

—Oye, ¿para qué están las mejores amigas, no? El drama del padre criminal del bebé está totalmente cubierto por el acuerdo de compañeras de piso. —Esboza una débil sonrisa—. Además, yo fui quien te arrastró a ese club en primer lugar.

Pedimos comida a domicilio que ninguna de las dos quiere realmente, picoteando nuestra comida mientras discutimos medidas prácticas. Necesitamos nuevas cerraduras, una cámara para el timbre y posiblemente incluso una consulta con un abogado sobre órdenes de alejamiento. La conversación parece surrealista, como si

fuéramos personajes de algún extraño drama criminal en lugar de dos mujeres normales en un apartamento de Brooklyn.

Más tarde, estoy acostada despierta en la cama, mirando al techo e intentando calmar mis pensamientos acelerados. Dormir parece imposible con las revelaciones del día todavía resonando en mi mente. Intento concentrarme en el momento presente para ralentizar mi cerebro. Debo quedarme dormida eventualmente, porque de repente, me despierta bruscamente un sonido que no encaja, madera astillándose y pasos pesados en nuestro salón.

Durante un momento desorientado, pienso que Makari ha regresado, cumpliendo su promesa de que nuestra conversación no había terminado. Entonces escucho voces masculinas desconocidas, susurros ásperos en un idioma que no entiendo y me doy cuenta con una certeza que me hiela la sangre de que estos no son los hombres de Makari.

Busco a tientas mi teléfono en la mesita de noche. Antes de que pueda marcar el 1-1-2, la puerta de mi dormitorio se abre violentamente, la cerradura astillándose por la fuerza de una patada con bota. Dos hombres enmascarados están en la entrada. Incluso con la luz tenue, puedo ver que llevan pistolas.

Me quedo paralizada, el terror inmoviliza mis extremidades mientras uno de ellos avanza hacia mi cama. Dice algo en lo que suena como ruso, gesticulando con su arma para que me levante.

—Por favor —logro susurrar, con una mano moviéndose instintivamente para proteger mi vientre—. Estoy embarazada.

Él responde agarrándome del brazo bruscamente, poniéndome de pie de un tirón. Van a llevarme a algún sitio. La comprensión atraviesa la niebla del miedo. Van a secuestrarme. —¡No! —lucho contra su agarre, el pánico me da una fuerza que no sabía que poseía—. ¡Suéltame!

Desde el pasillo, escucho la voz de Gisele. —¿Wil? ¿Qué está pasando?

El hombre que me sujeta se gira, arrastrándome con él mientras Gisele aparece en la puerta, sus ojos se abren con horror al comprender la escena.

—¡Fuera! —grita, abalanzándose hacia nosotros con un valor temerario—. ¡Aléjate de ella!

Todo ocurre en una terrible cámara lenta. El segundo hombre levanta su pistola mientras ella se lanza hacia delante. El estallido del disparo es ensordecedor en el espacio cerrado de mi dormitorio. El cuerpo de Gisele se sacude de forma antinatural y luego se desploma en el suelo. La sangre florece a través de su camiseta de dormir favorita, esa enorme camiseta de NYU que tiene desde su primer año universitario, extendiéndose con una velocidad aterradora.

Un grito desgarrador brota de mi garganta, crudo y primario. Me libero del agarre del hombre y caigo de rodillas junto a ella. La sangre está por todas partes, caliente y pegajosa contra mis manos mientras las presiono contra la herida en su pecho. —¿Gisele? No, no, no... Quédate conmigo. Por favor, quédate conmigo.

Me mira con confusión y dolor nublando sus ojos. —¿Wil? —su voz es apenas audible, burbujeando de forma extraña.

—Estoy aquí —sollozo, aplicando más presión a la herida aunque reconozco la futilidad con la parte clínica de mi cerebro. La bala ha alcanzado algo vital. Hay demasiada sangre. Incluso un quirófano y un cirujano a mano tendrían dificultades para salvarla—. La ayuda está en camino. Aguanta.

Los hombres están en silencio sobre nosotras, mirando hacia abajo con lo que parece ser fría indiferencia. Es difícil saberlo con ellos llevando máscaras, pero aunque obviamente no planearon un testigo y un tiroteo, el giro de los acontecimientos no les ha perturbado. Les

ignoro, centrándome completamente en el rostro de Gisele que palidece rápidamente.

—Te quiero, Wil —susurra, su mano apretando débilmente la mía.

Veo cómo la vida se escapa de sus ojos, transformándolos desde la mirada vibrante y traviesa que conozco tan bien a algo vacío y hueco. Su mano se afloja en la mía. —No —grito de nuevo, sacudiéndola como si pudiera forzar la vida de vuelta a su cuerpo—. ¡Gisele, por favor!

Los hombres se están moviendo de nuevo, uno agarra mi brazo para apartarme de ella. Lucho salvajemente, más allá de la razón o la autoconservación, queriendo solo quedarme con mi amiga. De repente, la ventana explota hacia dentro en una lluvia de cristales. Dos nuevas figuras entran con asombrosa velocidad y eficiencia. Estos hombres también visten de negro e inmediatamente se enfrentan a los intrusos.

El caos que sigue es un borrón de violencia, disparos, gruñidos de dolor y el sonido nauseabundo de huesos rompiéndose. Curvo mi cuerpo sobre el de Gisele, tratando de protegerla aunque sé que es demasiado tarde.

Cuando todo termina, los dos intrusos enmascarados yacen inmóviles en el suelo de mi dormitorio. Los recién llegados permanecen vigilantes sobre ellos, con sus armas apuntando a sus formas inmóviles. Uno habla con un ligero acento ruso en un dispositivo de comunicación sujeto a su muñeca, su voz tranquila a pesar de la carnicería que nos rodea: —Perímetro asegurado. Dos hostiles neutralizados. Daño colateral. El paquete está a salvo pero traumatizado.

Paquete. Se refiere a mí. Yo soy el paquete.

Las sirenas aúllan en la distancia, cada vez más fuertes con cada segundo que pasa. Apenas las registro, todavía acunando el cuerpo

de Gisele, meciéndome hacia adelante y hacia atrás mientras las lágrimas corren por mi cara.

La puerta del dormitorio se abre de nuevo, y otra figura entra. A través de mis lágrimas, reconozco la imponente forma de Makari. Observa la escena de un vistazo. La ventana rota, los intrusos caídos, y yo abrazando el cuerpo sin vida de Gisele.

—Wil. —Se acerca a mí, arrodillándose para encontrar mis ojos—. ¿Estás herida?

Le miro, la rabia cortando a través del dolor como una cuchilla. —Esto es *tu* culpa —escupo, mi voz ronca de tanto gritar—. Ella está muerta por ti. Por lo que eres.

No se inmuta ante la acusación. —Sí.

Su admisión solo alimenta mi ira. —Dijiste que había peligro. No dijiste que la matarían a *ella*.

—Lo siento. —Las palabras suenan extrañas en su boca, como si rara vez las pronunciara—. Esto no debería haber pasado. Mis hombres vigilaban el edificio, pero estos dos encontraron otra forma de entrar.

Miro su rostro, ahora pacífico a pesar de la violencia de su muerte. Mi mejor amiga. Lo más parecido a una familia que he tenido desde que murió mi madre. La única persona que ha estado a mi lado a través de todo, incluyendo la locura de los quintillizos. —Estaba tratando de protegerme —susurro, mi ira cediendo ante un dolor aplastante—. Ni siquiera sabía lo que estaba pasando, pero intentó salvarme de todas formas.

—Fue valiente —dice en voz baja—. Te prometo que los responsables de esto pagarán.

La fría certeza en su voz debería asustarme, pero estoy más allá del miedo ahora. Estoy más allá de cualquier cosa excepto la pérdida

abrumadora y el conocimiento de que mi vida tal como la conocía ha terminado esta noche.

—La policía está llegando. No pueden ayudarte, Wil. No con esto. Estos hombres fueron enviados por personas que no dejarán de intentarlo. La próxima vez podrías ser tú, lo que también significa que los bebés morirán.

Sé que tiene razón. Cualquier denuncia que presente, cualquier orden de protección que busque, no importará para personas que irrumpen en casas con armas. Personas que disparan sin dudar.

—Ven conmigo —dice, extendiéndome la mano—. Puedo mantenerte a salvo. Te juro que nunca volverá a ocurrirte algo así ni a ti ni a nadie que te importe.

Las sirenas están muy cerca ahora. Miro alrededor de mi dormitorio, transformado en una escena de horror. La sangre mancha el suelo, las sábanas y mi ropa. Los cristales brillan entre la destrucción. Este lugar nunca volverá a ser un hogar.

No tengo ningún otro sitio adonde ir. Ni familia a la que acudir. Ni amigos que pudieran protegerme de la clase de hombres que hicieron esto. Entumecida por el dolor y el shock, asiento una vez. —Necesito traer algo primero.

Me ayuda a ponerme en pie, sosteniéndome cuando me tambaleo peligrosamente. Me dirijo a la ventana, a mi colección de plantas iluminadas ahora por las luces rojas y azules que se aproximan fuera.

Levanto la maceta que contiene el rosal de mi madre, apretándola contra mi pecho como un escudo. Es la única pieza de mi antigua vida que quiero llevarme, esta conexión viva con mi madre, la única familia que tuve antes de Gisele, antes de estos bebés que crecen dentro de mí. Antes de volverme hacia él, dejo caer deliberadamente en la basura el rosal que él me envió, viéndole estremecerse por el rabillo del ojo.

Encarándole de nuevo, digo: —Estoy lista. En realidad, estoy cualquier cosa menos eso.

Me guía a través del apartamento, con sus hombres formando una barrera protectora a nuestro alrededor. No miro atrás hacia el cuerpo de Gisele. No puedo soportar verla así una vez más.

Mientras nos escabullimos en la noche, con las sirenas aullando detrás de nosotros, me doy cuenta de que he cruzado un umbral. La vida ordinaria que construí se ha ido para siempre, destrozada como la ventana a través de la cual la violencia entró en mi hogar. Por delante solo hay incertidumbre y la sombría protección ofrecida por un hombre cuyo mundo temo casi tanto como los peligros que acechan fuera de él.

15

Mak

Observo a Wil a través del retrovisor mientras nuestro convoy se mueve a toda velocidad por las oscuras calles de la ciudad. Permanece completamente inmóvil, aferrando el rosal en maceta contra su pecho como un escudo, con los ojos vacíos y enrojecidos. La manta que Leonid le proporcionó se desliza de sus hombros, pero ella parece no darse cuenta, concentrada completamente en algún paisaje interior de dolor al que no puedo acceder.

No es así como quería introducirla en mi mundo. No con la sangre de su compañera de piso aún secándose en su ropa, ni con esa mirada atormentada de alguien cuya vida ha sido destrozada más allá de todo reconocimiento. Quería convencerla y ganarme su confianza gradualmente. En cambio, la violencia ha forzado su mano, exactamente como temía que ocurriría.

—Llegaremos en veinte minutos —digo, rompiendo el pesado silencio—. ¿Necesita algo de inmediato?

No responde, ni siquiera parpadea. El shock la ha dejado casi catatónica. Reconozco los síntomas que he visto en hombres después de tiroteos particularmente brutales, esa mirada perdida en la distancia, la respiración superficial y la completa disociación de la realidad presente.

No insisto más. No hay nada que pueda decir que alivie lo que ha experimentado esta noche. En su lugar, envío un mensaje de texto a la señora Petrova, alertándola para que se prepare para nuestra llegada y enfatizando la necesidad de un trato delicado. Si hay alguien que puede proporcionar el consuelo maternal que Wil necesita ahora mismo, es la mujer que prácticamente me crió después de la muerte de mi propia madre.

Las luces de la ciudad se desvanecen mientras entramos en los suburbios más exclusivos, con propiedades cada vez más grandes y distantes entre sí, hasta que llegamos al enclave de lujo donde la finca Vorobev ha permanecido durante tres generaciones. El convoy reduce la velocidad al acercarnos al primer punto de control, una garita de aspecto discreto que oculta los sofisticados sistemas de vigilancia que monitorizan cada aproximación.

Hombres armados con equipo táctico se adelantan, revisando debajo de cada vehículo con postes con espejos a pesar de saber exactamente quién viaja dentro. El guardia principal asiente respetuosamente cuando me ve, pero mantiene el protocolo, escaneando retinas y comprobando identificaciones antes de permitirnos continuar. He creado estas capas de seguridad precisamente para evitar el tipo de ataque que ocurrió esta noche, y no se me escapa la ironía de que Wil esté ahora atrapada dentro de mis medidas de protección después de haberlas rechazado.

Nuestro convoy de SUVs negros pasa por el primer punto de control en el perímetro, luego por el segundo en el punto intermedio, y finalmente por el tercero justo antes de las puertas principales. En cada parada, hombres fuertemente armados verifican nuestras identidades con niveles crecientes de escrutinio. Lo que siempre ha

representado protección necesaria para mí, de repente aparece como una intimidante demostración de fuerza cuando se ve a través de la potencial perspectiva de Wil.

El camino sinuoso se abre en una aproximación circular frente a la entrada principal de mi finca. Los focos iluminan la fachada de piedra, destacando la imponente arquitectura con sus detalles góticos y su construcción similar a una fortaleza. Siempre he encontrado reconfortante la solidez del edificio. Es una manifestación física de la fuerza y permanencia que he luchado por establecer para el nombre Vorobev. Esta noche, sin embargo, la veo con nuevos ojos, y parece fría y prohibitiva, más prisión que santuario.

A pesar de ser casi las tres de la madrugada, el personal espera nuestra llegada, permaneciendo firmes mientras los coches se detienen. Leonid abre mi puerta primero, como exige el protocolo, pero rodeo rápidamente el vehículo para ayudar a Wil personalmente. Cuando abro su puerta, no se mueve de inmediato, como si la transición del coche a la casa requiriera más energía de la que posee actualmente.

—Hemos llegado —digo suavemente, ofreciéndole mi mano.

Mira mi mano con inexpresividad antes de extender finalmente la suya, permitiéndome ayudarla a salir del vehículo. Sus dedos están helados a pesar de la cálida noche primaveral, y se retira de mi contacto en cuanto está estable sobre sus pies.

La señora Petrova da un paso adelante desde el personal reunido, con su cabello plateado recogido en su habitual moño severo. A diferencia de los demás, que mantienen una distancia profesional, ella se acerca directamente, su inglés con acento ruso cálido de genuina preocupación.

—Ahora está a salvo, querida —dice, su experimentada mirada evaluando la ropa manchada de sangre de Wil y su expresión de shock—. Vamos a limpiarla y acomodarla.

Wil permite que la guíen hacia la entrada, aún aferrando su planta pero sin ofrecer resistencia. Las sigo hasta el gran vestíbulo, viendo mi hogar a través de mi nueva percepción. Los suelos de mármol brillan fríamente bajo las lámparas de cristal que proyectan patrones prismáticos sobre obras de arte invaluables. Una escalera masiva con barandillas ornamentadas se eleva hacia arriba, flanqueada por esculturas clásicas adquiridas por mi abuelo durante sus viajes europeos.

Todo está inmaculado, pulido a la perfección y totalmente desprovisto de calidez o personalidad. He gastado millones creando un ambiente que proyecta poder y gusto inexpugnable, sin considerar ni una sola vez si se siente como un hogar. No hay fotografías personales ni espacios cómodos en la primera planta diseñados para la relajación en lugar de para causar impresión. Incluso las flores dispuestas en enormes urnas son elegidas por su impacto visual más que por su aroma o sentimiento.

Wil se ve imposiblemente pequeña en medio de toda esta grandeza con su simple ropa de dormir manchada de sangre y sus pies descalzos contra el frío mármol. Cuando me adelanto para guiarla con una mano suave en su codo, se aparta bruscamente de mi contacto, la primera reacción real que ha mostrado desde que dejamos Brooklyn.

El rechazo duele más de lo que debería. Esta mujer acaba de perder a su amiga más cercana, ha visto cómo la violencia estallaba en lo que debería haber sido su espacio seguro, y se ha visto obligada a buscar protección de un hombre al que claramente teme. Su retroceso ante mi contacto es la respuesta más racional posible dadas las circunstancias. Aun así, la forma en que se encoge ante mí se siente como un fracaso.

—La señora Petrova le mostrará sus habitaciones —digo, manteniendo una distancia prudente—. Debería tener todo lo que necesita allí, pero si falta algo, solo tiene que pedirlo.

La señora Petrova toma el control con la tranquila competencia que ha definido su servicio a mi familia durante décadas. —Venga conmigo, señorita Lamb —dice suavemente, sin intentar el contacto físico después de presenciar la reacción de Wil al mío—. Tenemos una suite preparada en el ala este. Es privada y tranquila allí.

Mientras se dirigen hacia la gran escalera, noto el ligero temblor en las piernas de Wil y cómo se agarra a la barandilla con intensidad para mantenerse firme. El rosal nunca abandona su agarre, acunado en su brazo libre como un niño. Esa planta claramente significa algo importante para ella. Quizás sea su único anclaje a la vida que le fue violentamente arrebatada esta noche.

—Leonid —digo una vez que han desaparecido de vista, abandonando la fachada controlada que he mantenido desde el apartamento de Brooklyn—. Encuentra al mejor botánico de la ciudad. Lo quiero aquí mañana por la mañana.

Asiente sin cuestionar la inusual petición, ya tomando nota en su teléfono. Tal obediencia inmediata es por lo que Leonid ha sobrevivido tanto tiempo a mi servicio. Entiende cuándo cuestionar y cuándo simplemente ejecutar.

—¿Y los preparativos del funeral de la chica? —pregunta en voz baja.

—Encuentra a su familia, si tiene alguna. Si no tiene familia, encárgate personalmente, aunque consulta la opinión de Wil, pero solo si parece estar en condiciones. Independientemente de quién lo organice, nosotros cubriremos todos los gastos. Asegúrate de que el informe oficial no muestre ninguna conexión con nosotros. Debe parecer un allanamiento aleatorio que salió mal. —La mentira sabe amarga, pero necesaria. La verdad solo traería más peligro y atención no deseada—. Si tiene familia, asegúrate de que se les atienda anónimamente.

—¿Y los responsables? —Su tono sigue siendo profesional, pero capto la rabia subyacente. Se toma los ataques a mis intereses como

algo personal, y un ataque que resultó en muerte aún más.

—Averigua quién envió a esos hombres. Quiero cada detalle. Quién lo ordenó, quién lo financió y quién lo ejecutó. Cada. Maldito. Detalle. —Mi voz se convierte en un susurro amenazante—. Esto no era solo por llegar a Wil. Esto fue un mensaje para mí. Alguien piensa que puede tomar lo que es mío con impunidad.

—El momento sugiere la implicación de los Kazanov —dice Leonid—. Han estado sondeando nuestros territorios durante semanas. Probablemente también te hayan estado siguiendo. Hacer un viaje a su apartamento podría haberles llevado a investigar por qué lo harías, o tal vez, simplemente aprovecharon la oportunidad de que alguien importante para ti estaba allí.

—Quizás, pero esto se siente diferente. Parece más personal que estratégico. Los Kazanov habrían enviado más hombres, mejor equipados. Esto pareció... precipitado. Reactivo. —Sacudo la cabeza, frustrado por la falta de respuestas claras—. Cubre todas las posibilidades. Quiero información antes de decidir cómo responder.

—Sí, señor. —El gesto sombrío de su boca refleja mi propia furia.

Despido al resto del personal y me dirijo a mi estudio, sabiendo que dormir será imposible esta noche. La habitación es el único espacio en la casa que realmente se siente como mío, las paredes forradas de libros que he leído realmente, un escritorio que lleva las cicatrices de años de uso en lugar de una perfección decorativa prístina, y el sillón de cuero que todavía conserva el tenue aroma de la colonia de mi padre a pesar de los años desde su muerte.

El entorno familiar no hace nada para calmar la rabia que hierve justo debajo de mi exterior controlado. Alguien se dirigió a Wil para llegar a mí. Una mujer inocente murió debido a su conexión con mi mundo. El mismo escenario sobre el que advertí a Wil ocurrió a pesar de mis precauciones, a pesar de los hombres que tenía vigilando su edificio.

Me sirvo un vaso de vodka, bebiéndolo de un solo trago ardiente antes de rellenarlo. El alcohol no hace nada para amortiguar los bordes afilados de mi furia o el incómodo peso de la responsabilidad que me oprime.

Paso el resto de la noche en mi estudio, coordinando mejoras de seguridad y enviando equipos para investigar. Los informes llegan cada hora. La escena del crimen está asegurada y limpia de cualquier evidencia que nos vincule con la Bratva, la policía de Brooklyn está desconcertada por lo que parece ser un allanamiento aleatorio que terminó trágicamente mal, y mis hombres interrogan a contactos por toda la ciudad en busca de cualquier susurro sobre quién podría haber ordenado el golpe.

Al amanecer, ordeno aumentar el personal alrededor del perímetro, utilizando guardias de confianza específicamente asignados para la protección de Wil, y carta blanca para que ella realice cualquier modificación en su suite. Todo debe ser perfecto, no solo por seguridad sino por comodidad. Ha perdido todo lo familiar, así que lo mínimo que puedo hacer es asegurarme de que su nuevo entorno ofrezca todo el consuelo posible.

Cuando la mañana da paso a la tarde y la tarde a la noche sin que Wil aparezca, consulto con la señora Petrova. Informa que la joven apenas se ha movido del asiento junto a la ventana en su suite, mirando a los jardines de abajo con esa misma expresión vacía. Solo ha picoteado la comida cuando se le ha indicado explícitamente y solo ha hablado para preguntar por su rosal, que ahora está en una mesa cerca de su cama, recibiendo más atención de la que se da a sí misma.

—Está en estado de shock, Makari Nikolaievich —dice la señora Petrova, usando la forma patronímica con la que me ha llamado desde la infancia—. El duelo debe seguir su curso. Presionarla solo lo empeorará.

—¿Ha dormido algo? —pregunto, entendiendo que el trauma a menudo se manifiesta en insomnio.

—De forma agitada. El médico le dio algo suave para ayudar, pero lo resiste. Teme a los sueños, creo. —Frunce ligeramente el ceño—. Necesita tiempo, pero también propósito. El duelo sin dirección puede consumir a una persona.

Sus palabras me recuerdan mi propia experiencia después del asesinato de mi madre. La rabia consumidora que podría haberme destruido encontró cauce en el propósito de proteger a Zina, fortalecer la posición de nuestra familia y asegurar que tal vulnerabilidad nunca más nos afectara.

—Gracias por cuidar de ella —le digo a la señora Petrova, una de las pocas personas que recibe gratitud genuina de mi parte en lugar de servicio ordenado.

—Es lo que hago —dice simplemente—. Ve a descansar. No ayudas a nadie colapsando de agotamiento.

Sigo su consejo, robando unas pocas horas de sueño antes de volver tanto a las operaciones comerciales como a mi nuevo proyecto, el que espero que eventualmente pueda traer propósito al proceso de curación de Wil. Me reúno con el botánico para poner en marcha las cosas por ese lado antes de volver a centrar mi atención en encontrar a los hombres que hicieron esto.

Durante tres días, este patrón continúa. Wil existe en un estado de semi-presencia, comiendo mínimamente, hablando raramente y manteniendo la mirada distante de alguien que se ha retirado profundamente dentro de sí misma. Visito su suite una vez al día, nunca quedándome mucho tiempo, y nunca forzando una conversación que claramente no puede mantener. En su lugar, simplemente me siento cerca, a veces compartiendo comidas silenciosas, a veces observando cómo cuida su rosal con precisión distante.

Durante estos días, mantengo mis operaciones comerciales habituales desde mi despacho en casa, sin querer abandonar la finca mientras ella sigue tan vulnerable. Entre conferencias telefónicas y

reuniones estratégicas, superviso el proyecto que espero que finalmente devuelva un brillo a sus ojos.

Basándome en la información de Leonid sobre su pasión por la jardinería, una afición heredada de su madre y mantenida en su apartamento de Brooklyn, he encargado un gran invernadero en la zona este de la propiedad. La ubicación ofrece una perfecta combinación de privacidad y seguridad, visible desde su suite pero aislado de la casa principal y de los alojamientos del personal.

El dinero y la influencia hacen posible lo imposible. Arquitectos paisajistas trabajan sin descanso, trasplantando arbustos florales maduros, instalando sistemas de riego y creando senderos de piedra entre parterres de coloridas flores. El mejor botánico de Nueva York asesora sobre las condiciones óptimas para varias especies, prestando especial atención a rosas similares a la que Wil guarda con tanto cuidado.

Personalmente inspecciono cada elemento, incluyendo los sistemas de regulación de temperatura en el invernadero, la variedad de plantas seleccionadas y las cómodas zonas de estar posicionadas para capturar vistas perfectas de los jardines. Nada recibe mi aprobación a menos que cumpla con los más altos estándares tanto de funcionalidad como de belleza. Cuando un contratista sugiere ciertos atajos para cumplir con el plazo acelerado, lo despido en el acto, reemplazándolo por alguien que entiende que la perfección no puede comprometerse.

Debe ser impecable.

El proyecto toma forma con notable rapidez, transformando una sección previamente sin usar de los terrenos en un paraíso de jardín privado. El invernadero de estilo victoriano brilla bajo la luz del sol, rodeado de plantaciones cuidadosamente dispuestas que parecen haber existido durante años en lugar de días.

En la mañana del cuarto día, cuando el trabajo está completo, recibo otra información de la investigación de Leonid. La inteligencia

sugiere que el ataque fue ordenado por alguien dentro de mi propia organización en lugar de un rival externo. La traición enciende una nueva rabia, pero la compartimento, centrándome primero en la mujer herida bajo mi cuidado antes de dedicarme a la venganza.

Encuentro a Wil en su asiento habitual junto a la ventana, mirando nada en particular. Se ve marginalmente mejor. Se ha duchado y vestido con ropa que la señora Petrova debe haberle ayudado a seleccionar, con su cabello recogido pulcramente, pero la chispa vital que primero me atrajo hacia ella sigue ausente.

—Hay algo que me gustaría mostrarte —digo, manteniendo mi distancia junto a la puerta.

Ella se gira lentamente, sus ojos verdes finalmente enfocándose en mí. —¿Qué es?

La simple pregunta se siente como un progreso después de días de casi silencio. —Es más fácil mostrarlo que explicarlo. ¿Vendrás conmigo?

Por un momento, pienso que se negará. Luego se levanta con movimientos deliberados, como alguien mucho mayor que sus veintisiete años. —De acuerdo.

La guío por los corredores orientales de la mansión, ajustando mi paso a sus movimientos más lentos. Salimos por una puerta lateral que rara vez he usado antes, emergiendo a un sendero de piedra que serpentea a través de jardines recién diseñados. El sol de la mañana proyecta todo en una luz suave, brillando sobre el rocío que aún se aferra a flores desconocidas.

Wil me sigue en silencio, sin mostrar reacción hasta que rodeamos una curva final, y el invernadero aparece a la vista. La estructura es impresionante incluso según mis exigentes estándares. Los jardines que lo rodean rebosan de color, cuidadosamente diseñados para parecer naturales en lugar de formalmente dispuestos.

Ella se detiene abruptamente, su respiración audiblemente entrecortada. —¿Qué es esto?

—Es tuyo —digo simplemente—. Pensé que podrías querer un espacio para continuar con tu jardinería. Leonid mencionó que era importante para ti.

Abro la puerta del invernadero, retrocediendo para permitirle entrar primero. Dentro, equipos de última generación se sitúan discretamente entre una asombrosa variedad de plantas. Una estación de macetas ocupa una esquina, equipada con todas las herramientas y materiales que un jardinero podría necesitar. A lo largo de la pared más lejana, espacios vacíos esperan sus toques personales y sus decisiones sobre qué más pertenece aquí.

Wil se mueve lentamente por el espacio, deslizando sus dedos sobre hojas y pétalos, su expresión cambiando sutilmente con cada nuevo descubrimiento. La máscara en blanco que ha llevado desde el ataque comienza a agrietarse, revelando vislumbres de la mujer debajo.

Se detiene ante una sección de rosas similares a su preciada planta, inclinándose para inhalar su aroma. La simple acción sensorial parece centrarla en el momento presente de una manera que nada más ha logrado desde el ataque.

Permanezco cerca de la entrada, dándole espacio para explorar este regalo sin presión. Verla moverse con propósito por primera vez en días se siente como su propia recompensa, independientemente de si elige reconocer el gesto.

Cuando finalmente se vuelve hacia mí, algo ha cambiado en sus ojos. El vacío ha dado paso a una mezcla complicada de emociones. El dolor sigue siendo dominante pero ahora acompañado por confusión, asombro y el más tenue destello de aprecio. —¿Por qué hiciste esto? —Su voz está áspera por el desuso pero más fuerte que antes.

Considero y descarto varias respuestas potenciales antes de decidirme por la verdad más simple. —Porque era importante para ti.

Ella toca una perfecta flor de rosa, sus dedos suaves contra los pétalos aterciopelados. Durante un largo momento, no dice nada, y me preparo para el rechazo, para que desestime este gesto como un intento vacío de comprar su perdón o cooperación.

En cambio, continúa su exploración, moviéndose hacia la parte trasera del invernadero, donde las puertas de cristal se abren al jardín exterior. La sigo a una distancia respetuosa, observando mientras descubre los senderos de piedra que serpentean entre plantaciones cuidadosamente seleccionadas, el pequeño estanque con nenúfares que apenas comienzan a abrirse, y el banco cómodo colocado bajo un cerezo en flor.

—Esto habría llevado semanas crearlo —dice finalmente, volviéndose para mirarme, apareciendo ligeramente confundida, o quizás solo suspicaz.

—Normalmente sí, pero el dinero y la motivación pueden comprimir considerablemente los plazos.

Ella asiente lentamente, procesando esta evidencia del poder y los recursos a mi disposición. Un recordatorio, quizás, de por qué me temía en primer lugar. —Gracias —dice en voz baja, las palabras claramente difíciles para ella—. Es hermoso.

Este simple reconocimiento parece más significativo que cualquier gratitud efusiva de otra persona. Viniendo de Wil, en su estado actual, estas dos palabras representan una concesión monumental.

—Puedes venir aquí cuando quieras. De día o de noche. He dispuesto que esta área permanezca privada. Ningún personal de seguridad entrará a menos que se le llame específicamente —no le digo que cada centímetro del camino desde la casa hasta el invernadero está bajo constante vigilancia visual y auditiva, y que también hay cámaras en el invernadero.

No es para invadir su privacidad sino para garantizar su protección. También hay un botón de pánico en el panel que controla la temperatura y la luz, pero como está etiquetado de manera muy obvia, no lo menciono ahora. No hay razón para recordarle todos los motivos que tiene para no quererme en su vida o en la de los bebés.

El sol cambia de posición y sus rayos atraviesan el cristal, calentándonos a ambos mientras permanecemos en silencio. Por primera vez desde aquella terrible noche, no se aparta cuando me muevo para ponerme a su lado. En cambio, permanece quieta, con la mirada fija en el jardín que tenemos delante, su expresión pensativa en lugar de vacía.

No es perdón. Ni siquiera es aceptación de sus nuevas circunstancias, pero mientras observamos la luz del sol bailar sobre las flores creadas solo para ella, me permito esperar que esto pueda ser el comienzo de algo cercano a la paz entre nosotros.

La más pequeña victoria, quizás, pero ahora mismo, parece suficiente.

16

Wil

Me despierto desorientada de nuevo, momentáneamente confundida por el techo desconocido sobre mí. El enorme dormitorio con sus sábanas de seda y muebles antiguos parece más una suite de hotel que un lugar donde alguien realmente vive. Entonces la realidad regresa de golpe, los recuerdos irrumpiendo con brutal claridad. Gisele. Sangre. Disparos. La pesadilla que me trajo aquí.

Han pasado tres días desde que llegué a la mansión de Makari Vorobev, aunque de alguna manera parece que ha sido más tiempo y menos a la vez. El tiempo ha perdido significado en este espacio liminal entre mi antigua vida y en lo que se convertirá esta nueva existencia.

Aparto las sábanas de algodón egipcio y balanceo las piernas sobre el borde de la cama. La mullida alfombra se siente increíblemente suave bajo mis pies descalzos. Incluso los pequeños lujos aquí parecen excesivos, diseñados para impresionar más que para dar comodidad. El vestidor ha sido llenado con ropa de maternidad de

diseñador de mi talla, aún con las etiquetas puestas. El baño reluce con mármol y accesorios dorados. Todo es hermoso, y nada se siente real.

Mi rosal está ahora en el alféizar de la ventana en lugar de en mi mesita de noche, captando la luz de la mañana. Es la única cosa familiar en esta jaula dorada, el único objeto que siento verdaderamente mío. Me acerco a él, comprobando la humedad del suelo con la punta del dedo. Esta rutina familiar me permite concentrarme momentáneamente.

Un suave golpe interrumpe mis pensamientos. —Adelante —digo, alejándome de la ventana.

Entra una doncella uniformada, con la mirada baja mientras trae una bandeja con el desayuno. —Buenos días, señorita Lamb. Le he traído su desayuno.

Coloca la bandeja en una pequeña mesa junto a la ventana y se ocupa de abrir completamente las cortinas, evitando aún el contacto visual directo. Esta deferencia me incomoda profundamente. No estoy acostumbrada a que me sirvan o a que la gente ande de puntillas a mi alrededor como si pudiera romperme o explotar.

—Gracias. —Me acerco a la mesa, observando el elaborado despliegue de bacon, fruta fresca, pasteles y lo que parece ser un batido personalizado diseñado para la nutrición durante el embarazo —. Esto es demasiada comida para una persona.

La doncella finalmente alza la mirada, con un destello de sorpresa cruzando sus facciones antes de recuperar la compostura. —El chef puede preparar algo diferente si esto no es de su agrado.

—No, está bien. Es solo que... es mucho. —Me siento, cogiendo una fresa—. ¿Cómo te llamas?

Ella duda, claramente desconcertada por la pregunta personal. —Anna, señorita.

—Gracias, Anna. No tienes que ser tan formal conmigo. Soy enfermera, no de la realeza.

Una pequeña sonrisa aparece antes de que la suprima. —La señora Petrova dice que debemos darle todas las cortesías.

La señora Petrova, el ama de llaves matronal que se encargó de mí aquella primera noche, su inglés con acento ruso de alguna manera reconfortante a pesar de las circunstancias. Trata a Mak con una autoridad maternal que parece imposible dada su temible reputación, pero él la acepta sin cuestionar.

—Por favor, dile al chef que está delicioso pero es excesivo. —Pruebo el batido, que es sorprendentemente agradable a pesar de su apariencia cargada de nutrientes. Recuerdo que se supone que debo consumir al menos unas mil quinientas calorías adicionales diariamente, y este batido podría contenerlas todas.

Anna asiente y se retira, cerrando la puerta silenciosamente tras ella. La interacción me deja más agotada de lo que debería. Incluso las conversaciones simples requieren una energía que apenas tengo.

Después de forzarme a comer suficiente desayuno para satisfacer los requisitos nutricionales del embarazo, pero tristemente aún incapaz de siquiera mirar el bacon que envuelvo en la servilleta, me ducho y me visto con parte de la ropa nueva. Los vaqueros de diseñador tienen un panel expandible para mi vientre en crecimiento, aunque apenas se nota todavía a pesar de llevar quintillizos. El médico que Mak trajo para examinarme ayer dijo que eso cambiaría rápidamente en las próximas semanas.

Toco suavemente mi vientre, todavía luchando por comprender que cinco vidas se desarrollan dentro de mí. Cinco vidas inocentes ya marcadas por la violencia antes incluso de haber tomado su primer aliento.

El pensamiento de Gisele me golpea de nuevo, trayendo una nueva oleada de dolor que casi me hace doblar las rodillas. Me apoyo

contra el lavabo del baño, respirando a través del dolor. Murió protegiéndonos, y ni siquiera puedo asistir a su funeral para despedirme adecuadamente. Leonid, que me consultó para averiguar si Gisele tenía familia —no la tenía, aparte de mí— me aseguró que todos los arreglos han sido manejados respetuosamente e incluso obtuvo mi opinión sobre algunos aspectos, pero ¿qué significa eso realmente? Gisele merecía más que arreglos. Merecía vivir.

Cuando el dolor disminuye lo suficiente como para funcionar, salgo de mi suite. Dos hombres de seguridad permanecen posicionados discretamente en el pasillo, fingiendo no vigilar cada uno de mis movimientos. Creo que sus nombres son Yakov y Orlov, pero realmente no me he molestado en aprenderlos con seguridad. Hasta ahora solo he estado a la deriva. Su presencia es tanto intimidante como tranquilizadora, un recordatorio constante de que estoy protegida.

Pero también de que estoy siendo vigilada.

Me dirijo a través de la intrincada mansión hacia el invernadero que Mak creó para mí. Se ha convertido en mi refugio seguro, el único lugar donde casi puedo olvidar las circunstancias que me trajeron aquí. Al personal se le ha instruido no entrar sin permiso explícito, dándome un raro sabor de privacidad en esta vida estrechamente observada.

El aire del invernadero me envuelve en una cálida humedad al entrar, el aroma a tierra y plantas en crecimiento creando un bálsamo para mis nervios destrozados. Comienzo mi rutina diaria, comprobando cada planta metódicamente, podando, regando y ajustando posiciones para una luz óptima. Las tareas familiares requieren justo la concentración suficiente para calmar mis pensamientos acelerados sin exigir energía que no tengo.

—Deberías fertilizar las gardenias —dice una voz femenina desde la puerta—. Están mostrando signos de deficiencia de nitrógeno.

Me giro, sobresaltada por la intrusión. Una joven está de pie en la entrada, observándome con abierta curiosidad. Es sorprendentemente hermosa, con cabello oscuro cayendo en ondas sueltas más allá de sus hombros y ojos inteligentes que me resultan vagamente familiares. La he visto antes en una foto, con Makari, cuando busqué su nombre en Internet. —¿Quién eres? —pregunto, retrocediendo instintivamente.

Ella entra completamente, cerrando la puerta tras de sí. —Soy Zina Vorobev, la hermana de Mak.

Asiento automáticamente. Tiene los ojos y la mandíbula fuerte de Mak, aunque suavizada con elegancia femenina. Donde él irradia un peligro controlado, ella proyecta confianza cultivada. —No sabía que tenía una hermana —sigo cautelosa, insegura de sus intenciones—. Aunque te vi con él en un evento.

—La mayoría no lo sabe —dice mientras camina por el invernadero, examinando las plantas a su paso—. Me mantiene separada de sus asuntos de negocios. Por protección, según él —pone los ojos en blanco con cariño—. Aunque sospecho que es tanto por su tranquilidad como por mi seguridad.

La observo con cuidado. —¿Te ha enviado él para comprobar cómo estoy?

—No. No sabe que estoy aquí —toca suavemente un pétalo de rosa —. Quería conocerte personalmente. Después de todo, llevas a mis sobrinas y sobrinos.

La afirmación casual sobre mis hijos no nacidos me pone tensa. — No son...

—¿Familia todavía? —termina ella, con una mirada directa pero no cruel—. Quizás no por elección, pero la biología tiene sus propias reglas, ¿no es así?

No tengo una respuesta preparada para eso. La conexión entre estos bebés y la familia Vorobev es innegable, por mucho que desee lo

contrario.

—Siento lo de tu amiga —dice, suavizando el tono—. Gisele, ¿verdad? Lo que le pasó fue terrible.

La genuina simpatía en su voz rompe mi cautela. —Sí, lo fue.

—¿Te gustaría sentarte? —señala hacia un banco de hierro forjado situado cerca del centro del invernadero—. He pedido té, si quieres acompañarme.

Solo ahora noto la bandeja que un miembro del personal ha colocado discretamente en una pequeña mesa cerca del banco. Hay dos tazas, una tetera humeante y lo que parecen galletas dispuestas con cuidadosa precisión.

La curiosidad supera la precaución. La sigo hasta el área de asientos, tomando el lugar opuesto al suyo. Sus manos están firmes mientras sirve el té.

—No te pareces en nada a tu hermano —digo, aceptando la taza que me ofrece.

Zina ríe, un sonido sorprendentemente cálido y genuino. —Compartimos ADN e historia, pero ahí terminan las similitudes —remueve la miel en su té—. Supongo que somos más parecidos de lo que cualquiera de los dos quiere admitir.

—¿En qué sentido?

—Terquedad. Lealtad. Una cierta... ceguera selectiva cuando se trata de aquellos que nos importan —me estudia por encima del borde de su taza—. Le importas, ¿sabes?

Resoplo antes de poder contenerme. —Ni siquiera me conoce.

—Cierto, pero le importa lo que representas —deja su taza con cuidado—. Mak nunca se ha permitido vínculos fuera de la familia. Tú eres la primera.

—No soy un vínculo. Soy una complicación.

—Lo mismo, en nuestro mundo —Zina se recuesta, cruzando las piernas—. ¿Puedo ser franca contigo, Willemina?

—Wil —corrijo automáticamente—. Y sí, por favor. He tenido suficientes conversaciones cautelosas y verdades no expresadas.

—Mak no siempre fue quien es ahora —lo dice como un hecho, pero sus ojos contienen un dolor antiguo—. Nuestra madre fue asesinada cuando yo era apenas un bebé. Él tenía ocho años. Lo suficientemente mayor para entender lo que ocurrió, y lo suficientemente joven para ser fundamentalmente moldeado por ello.

La información me golpea con una fuerza inesperada. Sabía, intelectualmente, que hombres como Mak deben tener historias de origen y razones por las que se convirtieron en lo que son, pero escucharlo de su hermana lo hace de repente incómodamente real.

Continúa, con voz suave pero firme. —Nuestro padre respondió endureciéndose completamente, y se propuso convertir a Mak en un arma, un heredero digno del apellido Vorobev —golpea un dedo aparentemente sin darse cuenta contra su taza de té—. A mí me ahorraron lo peor. Mak se aseguró de ello.

—¿Cómo? —A pesar de mí misma, me siento atraída por su historia.

—Me envió a internados en Suiza tan pronto como tuve edad suficiente y sobornó a los profesores para que nunca mencionaran nuestro apellido. Él mismo me visitaba en lugar de enviar a sus hombres, sin importar lo peligroso que fuera el viaje —una sonrisa cariñosa toca sus labios—. Aparecía en estos ridículos colegios de señoritas con sus trajes de miles de dólares, este hombre de aspecto peligroso entre todas estas jóvenes tan correctas, solo para asegurarse de que yo estaba segura y feliz.

La imagen que pinta choca con el hombre frío y controlado que he conocido. —No parece el tipo de persona que se preocupa por la felicidad de nadie.

—Oh, no lo es. No generalmente —se aparta un mechón de pelo de la cara—. Yo soy la excepción. La única persona a la que se ha permitido amar verdaderamente —me mira directamente—. Hasta ahora, potencialmente.

Niego con la cabeza, rechazando la insinuación. —No me ama. Es posesivo conmigo. Hay una diferencia.

—Tal vez —no discute—. La posesión es el principio del amor para hombres como mi hermano. Tienen que poseer algo antes de permitirse preocuparse por ello.

—Eso es retorcido.

—Sí, lo es —admite sin dudarlo—. El modo Vorobev a menudo lo es, pero también es honesto, a su manera —coge una galleta, examinándola antes de dar un mordisco delicado—. Mak nunca pretende ser algo que no es. Eso vale algo, ¿no crees?

Lo considero. A su extraña manera, Mak ha sido directo conmigo desde el momento en que reveló su verdadera identidad. Aterrador y abrumador, pero no engañoso. No desde aquella mentira inicial sobre su nombre. Incluso entonces, no inventó una persona completamente diferente esa noche. Simplemente se mantuvo encantadoramente evasivo sobre lo que hacía, seguramente sabiendo que si yo hubiera conocido la verdad, habría huido de él antes de que fuéramos a ese apartamento encima del club.

—¿Por qué me cuentas todo esto? —pregunto finalmente.

—Porque llevas el futuro de mi familia dentro de ti —señala hacia mi estómago—. Y porque me caes bien. Tienes ojos amables.

—Me conoces desde hace diez minutos.

—Soy una excelente juez de carácter —sonríe—. Esa es una habilidad de supervivencia necesaria en mi mundo. Además, Mak no estaría tan fascinado por alguien sin sustancia.

La observación casual me incomoda. —No estoy aquí por elección.

—No —reconoce ella, adoptando una expresión más seria—. Y lo que le sucedió a tu amiga fue imperdonable, pero ahora que estás aquí... —Vacila, escogiendo sus palabras con cuidado—. Quizás entender quién es Mak realmente podría hacer tu situación más llevadera.

—¿Quién es él realmente, entonces? —No puedo evitar el tono amargo en mi voz—. ¿Más allá del hombre que ordenó vigilarme sin mi conocimiento? ¿Que me introdujo en un mundo donde asesinaron a mi mejor amiga?

Ella no se inmuta ante mi enfado. —Es un hombre moldeado por la violencia, que aún recuerda lo que era ser amable. Un líder que protege lo suyo con absoluta despiadez mientras en privado cuestiona el coste. Un hermano que me salvó de la brutalidad de nuestro padre absorbiéndola él mismo. —Se inclina hacia adelante, con intensidad en su mirada—. Construyó este invernadero para ti en tres días, Wil. No porque espere gratitud ni siquiera perdón, sino porque pensó que podría traerte un momento de paz en medio del caos.

Sus palabras despiertan algo inoportuno dentro de mí, un reconocimiento reticente de que el monstruo al que he temido podría ser más complejo de lo que me he permitido creer. Nos sentamos en silencio durante varios minutos, los únicos sonidos son el sutil movimiento de las hojas y el canto lejano de los pájaros a través de las ventilaciones del invernadero. Zina no insiste más, aparentemente satisfecha con dejar que sus palabras calen a su propio ritmo.

—¿Te quedarás aquí? —pregunto finalmente.

—Por un tiempo. —Asiente—. Después de la reciente... situación desagradable, Mak insistió en que volviera temporalmente a la finca.

—Me alegro. —La confesión me sorprende tanto a mí como parece sorprenderla a ella—. Sería agradable tener a alguien con quien hablar además del personal, que ni siquiera me mira a los ojos.

Una sonrisa genuina ilumina su rostro. —A mí también me gustaría. Se vuelve terriblemente aburrido ser la única mujer en este ambiente empapado de testosterona. Al personal se le enseña a no cotillear conmigo, y los hombres de seguridad tienen demasiado miedo a Mak como para mantener conversaciones reales.

Por primera vez desde que llegué a la finca, siento una conexión tentativa con algo más allá de mi dolor y miedo. Ella no se parece en nada a lo que esperaba de la hermana de Mak. Es abierta donde él es reservado, cálida donde él es frío, y expresiva donde él es controlado. Sin embargo, hay algo en su franqueza que me recuerda a él, una cualidad compartida de honestidad implacable.

Pasamos el resto de la mañana en el invernadero, Zina ayudándome con las plantas, haciéndome preguntas reflexivas sobre mi carrera de enfermería y compartiendo historias cuidadosamente editadas de su infancia. Nunca presiona para obtener información personal, aparentemente contenta con dejarme revelar solo lo que elijo.

Cuando finalmente se marcha para una conferencia telefónica relacionada con sus clases, me descubro esperando con interés su prometido regreso mañana.



Esa noche, cuando Mak hace su habitual breve aparición para preguntar por mi comodidad, sorprendo a ambos respondiendo directamente en lugar de con las respuestas monosilábicas que he dado desde mi llegada. —Hoy conocí a tu hermana —digo, estudiando su rostro en busca de una reacción.

Un atisbo de sorpresa cruza sus facciones antes de que su expresión vuelva a su habitual neutralidad cuidadosa. —Mencionó que podría visitarte. Espero que no te abrumara.

—No lo hizo. —Me abrazo a mí misma, un viejo gesto de autoprotección—. Me habló de tu madre. De lo que le sucedió.

Algo casi vulnerable destella en sus ojos antes de desaparecer. —Zina habla demasiado a veces.

—O quizás tú no hablas lo suficiente.

La observación queda suspendida entre nosotros, ni acusación ni perdón, sino simplemente el reconocimiento de una verdad que ambos reconocemos. Por primera vez desde que le conozco, parece momentáneamente quedarse sin palabras.

—Quizás —dice finalmente. Me mira directamente, sin el cálculo que he llegado a esperar—. ¿Ayuda? ¿Saberlo?

La pregunta me sorprende con su inesperada sinceridad. ¿Ayuda ver al niño roto bajo el monstruo? ¿Reconocer que incluso los hombres más temibles tienen historias de origen, razones por las que se convirtieron en lo que son? —Aún no lo sé —digo honestamente—, pero es un comienzo.

Asiente una vez, aceptando esta verdad parcial sin presionar por más. Mientras se gira para marcharse, me sorprende el extraño pensamiento de que quizás ambos estamos igualmente perdidos en esta conexión inesperada. Somos un jefe mafioso y una enfermera, vinculados por cinco vidas imposibles y circunstancias que ninguno de nosotros podría haber previsto.

—Buenas noches, Wil —dice en voz baja.

—Buenas noches, Mak.

Después de que se haya ido, vuelvo a la ventana, mirando hacia el invernadero que brilla suavemente en la distancia, y el jardín que creó solo para mí. ¿Una ofrenda de paz? ¿Una manipulación? ¿Quizás ambas cosas simultáneamente?

Coloco mi mano sobre mi vientre, pensando en lo que dijo Zina sobre que la posesión es el comienzo del amor para hombres como su hermano. La idea debería repugnarme, pero en la tranquila oscuridad de este extraño mundo nuevo, me pregunto si entender al

monstruo podría ser el primer paso para ver al hombre que hay debajo.

17

Mak

Me encuentro junto a la ventana de mi despacho, aparentemente revisando proyecciones financieras trimestrales, pero en realidad observando a Wil y Zina en los jardines de abajo. Caminan por el sendero de piedra entre parterres floridos, y las manos de Zina se mueven animadamente mientras habla. La distancia me impide escuchar su conversación, pero veo cómo la postura de Wil se va relajando gradualmente, bajando la guardia de manera incremental en presencia de mi hermana.

Cuando Wil sonríe ante algo que dice Zina —una expresión breve y genuina que transforma su rostro— yo también sonrío. Tales pequeñas victorias no deberían importar a un hombre que comanda un imperio construido sobre la intimidación y el miedo, pero esta simple curvatura de sus labios se siente más significativa que cualquier conquista empresarial.

Esta amistad inesperada entre ellas se ha convertido en una constante en la casa, anteriormente solemne, durante las últimas dos semanas. Cada mañana después del desayuno, Zina busca a

Wil, y pasan horas juntas en el invernadero, la biblioteca o paseando por los terrenos. La finca se siente diferente con su presencia femenina, menos como una fortaleza y más como el hogar que debía ser.

Resisto el impulso de unirme a ellas, sabiendo que mi presencia solo reintroduciría tensión. En cambio, observo desde la distancia, aprendiendo más sobre Wil a través de la forma en que interactúa con mi hermana de lo que podría mediante un interrogatorio directo. He descubierto que se ríe con todo el cuerpo cuando está genuinamente divertida. Toca las plantas con reverencia, como si se comunicara con seres vivos. Escucha atentamente, con la cabeza ligeramente inclinada cuando absorbe nueva información.

También está empezando a notársele. Anhelo poner mi mano en su vientre, pero ni me molesto en preguntarle, seguro de que me rechazaría.

Un golpe en la puerta interrumpe mis observaciones. Fedor entra sin esperar permiso, un hábito que cada vez me irrita más los nervios.

—Los italianos están esperando en la sala de conferencias —se acerca a mi escritorio, echando un breve vistazo por la ventana hacia donde Wil y Zina ahora examinan arbustos floridos—. Quince minutos ya. No es la mejor manera de comenzar las negociaciones.

Me aparto de la ventana con reluctancia. —Pueden esperar. La puntualidad no es una virtud en nuestro negocio.

—Cierto, pero hay diferencia entre un retraso estratégico y la distracción —ajusta sus gemelos de oro, un hábito nervioso que he notado que aumenta últimamente—. La familia Moretti no acepta bien lo que percibe como falta de respeto.

—Entonces quizás deberían reconsiderar su expansión en los muelles —recojo los archivos necesarios de mi escritorio—. Eso sí que es una falta de respeto con consecuencias reales.

La expresión de Fedor permanece cuidadosamente neutral, pero la desaprobación irradia de él, de todos modos. —Los hombres han notado tu... preocupación últimamente. Hay dudas sobre tu concentración.

—Que duden. En silencio —me acerco más, usando los siete centímetros de altura que le llevo a plena ventaja—. ¿O acaso estás sugiriendo que hay disidencia abierta en mi organización?

Él retrocede ligeramente. —Por supuesto que no. Simplemente transmito preocupaciones como tu segundo. Ese es mi trabajo.

—Tu trabajo es apoyar mis decisiones, no cuestionarlas —me dirijo hacia la puerta—. La reunión comienza cuando yo llego. No antes.

Me sigue, igualando mi paso por el corredor. —Esa mujer te está cambiando, Mak, y no para mejor.

Me detengo abruptamente, haciendo que casi choque con mi espalda. —Elige tus próximas palabras con mucho cuidado, primo.

—Hablo solo por preocupación por los intereses de nuestra familia —su tono sigue siendo templado y razonable—. Estás patrullando los terrenos personalmente por la noche. Microgestiones las rotaciones de seguridad. Pasas horas observándola desde las ventanas en lugar de centrarte en el negocio —señala hacia mi despacho—. El Mak que conozco delega estas tareas para centrarse en la estrategia.

No está completamente equivocado, lo que hace que su observación sea más irritante. He estado manejando personalmente asuntos menores de seguridad, reacio a confiar enteramente la seguridad de Wil a otros. Me he encontrado comprobando y recomprobando medidas que anteriormente habrían recibido solo una atención superficial.

—Quizás veo vulnerabilidades que mis hombres podrían pasar por alto —continúo caminando, obligándole a alcanzarme—. La seguridad de la finca fue diseñada para repeler amenazas externas, no para proteger a individuos específicos dentro.

—Y ese es precisamente mi punto —mantiene el paso a mi lado—. Siempre has priorizado la seguridad organizativa sobre las preocupaciones individuales. Es por eso que hemos prosperado mientras otras familias se fracturaban —su voz baja más—. El sentimentalismo es peligroso en nuestra posición.

Llegamos a las puertas de la sala de conferencias, donde escucho voces desde el interior. Hago una pausa antes de entrar, volviéndome para enfrentarlo directamente. —La familia siempre ha sido mi prioridad. Eso no ha cambiado.

—Familia, sí —sus ojos se estrechan ligeramente—. Pero ella no es familia, Mak. No realmente. Es una complicación... Una vulnerabilidad que nuestros enemigos ya están observando. Los Kazanov han incrementado la vigilancia sobre nuestros movimientos diez veces desde que se filtró la noticia sobre tu... situación.

Me acerco más, hablando en un susurro áspero. —Cuando quiera tus opiniones sobre mis asuntos personales, te las pediré. Hasta entonces, concéntrate en el negocio. Nada más.

Sin esperar su respuesta, abro las puertas dobles y entro en la sala de conferencias, donde seis italianos con trajes caros se levantan de sus asientos. La conversación cambia instantáneamente a negociaciones territoriales, rutas de importación y acuerdos de protección mutua. Participo plenamente, presentando la persona del *pakhan* que esperan, pero parte de mi mente permanece en el jardín con Wil y Zina. Ahí es donde me siento en paz.

Cuando concluye la reunión dos horas más tarde, hemos llegado a un acuerdo provisional que beneficia a ambas familias con mínimas concesiones. Siempre he destacado en la negociación al leer a mis oponentes y aprovechar sus debilidades. El subjefe Moretti se marcha visiblemente aliviado, habiendo esperado una interacción más conflictiva.

Fedor recoge sus notas metódicamente mientras la sala se vacía, su tono sugiere sorpresa. —Eficaz como siempre.

Ignoro el insulto implícito. —Que Leonid verifique su documentación de envío antes de comprometer recursos. Los números parecían demasiado convenientes.

—Ya lo he dispuesto —endereza su impecable chaqueta—. Los hombres te esperan esta noche en la inauguración del almacén de Brighton. Tu ausencia sería notada.

El almacén representa meses de planificación, un negocio legítimo de fachada que agilizará nuestras operaciones de importación mientras proporciona una fuente de ingresos legal. Mi presencia en la inauguración envía un mensaje sobre su importancia dentro de nuestra organización.

—Estaré allí —la idea de dejar la finca y a Wil me genera una inmediata inquietud, pero no puede evitarse—. Organiza seguridad adicional aquí mientras estoy fuera.

Su expresión se tensa momentáneamente antes de suavizarse en señal de conformidad. —Me encargaré personalmente.

Algo en su tono activa mis alarmas internas, pero antes de poder interrogarle más, Leonid aparece en la puerta. —Señor, ha llegado la médica de la señorita Lamb para su cita programada. Pidió que se le notificara.

—Gracias, Leonid. —Me vuelvo hacia Fedor—. Terminaremos esta conversación más tarde.

Su leve asentimiento contiene más resignación que acuerdo, pero me marcho sin más comentarios, con mis pensamientos ya centrados en la cita de Wil. La especialista en embarazos de alto riesgo que he contratado es la mejor de la ciudad, con experiencia en partos múltiples y una discreción bien recompensada con fondos de la Bratva.

Las encuentro en la suite médica que instalé en el ala este específicamente para el cuidado prenatal de Wil. La doctora Phillips, una mujer reservada de unos cincuenta años, realiza una ecografía

mientras Zina sostiene la mano de Wil. Me detengo en la puerta, sin querer interrumpir lo que parece un momento íntimo.

En el monitor, cinco formas distintas palpitan con vida, sus latidos creando una compleja sinfonía a través de los altavoces del aparato. La doctora Phillips señala cada uno por turno, identificando rasgos que a mis ojos inexpertos aparecen como manchas indistintas. —El desarrollo continúa según lo previsto —su voz mantiene una neutralidad profesional—. Como es habitual con los quintillizos, están midiendo un poco menos que los embarazos de un solo feto en esta etapa.

El rostro de Wil muestra preocupación. —¿Es algo por lo que debamos preocuparnos?

—Todavía no. Es típico en embarazos múltiples —la doctora Phillips ajusta algo en el aparato—. Sin embargo, su presión arterial está ligeramente elevada. Me gustaría que la monitorizara con más frecuencia.

Zina aprieta la mano de Wil. —Me aseguraré de que descanse.

Solo entonces Wil me nota en la puerta. Su expresión cambia sutilmente. No es exactamente acogedora, pero al menos ya no lleva la cautela que caracterizó nuestras primeras interacciones. —¿Quieres verlos?

La invitación me sorprende. Entro en la habitación, acercándome a la mesa de exploración con una vacilación inusual. El monitor muestra lo que para mí parece una compleja pintura abstracta, pero cuando la doctora Phillips señala sus diminutas manos, la curva de sus columnas y las cámaras de corazones minúsculos, la realidad se materializa con asombrosa claridad.

—¿Están sanos?

—Sorprendentemente sí, dadas las circunstancias —comienza a imprimir imágenes de la ecografía—. La señorita Lamb está haciendo un trabajo excelente desarrollando cinco humanos simultáneamente.

Wil parece exhausta pero decidida, su mano todavía colocada protectoramente cerca de su abdomen ligeramente redondeado. La visión despierta algo primitivo y protector dentro de mí. Estos son mis hijos. Mi familia. Mi legado. Su seguridad de repente parece más importante que los territorios o rutas de envío o estructuras de poder que he pasado mi vida construyendo.

—Gracias, doctora —retrocedo, permitiéndole completar el examen —. ¿Hay algo específico que necesite? ¿Algo que deba proporcionarle?

La doctora Phillips me lanza una mirada significativa, claramente consciente de quién soy a pesar de nuestra cuidadosa investigación previa. —Descanso, nutrición y mínimo estrés. Los embarazos múltiples suponen un enorme desgaste físico. Cuanto más apoyo tenga, mejor será el resultado para todos.

Después de que la doctora termina su examen y guarda su equipo, Leonid la acompaña fuera de la finca. Zina ayuda a Wil a sentarse, colocando almohadas detrás de su espalda con una familiaridad fraternal.

—Te traeré un té —aprieta suavemente el hombro de Wil antes de dejarnos solos.

Un silencio incómodo cae entre nosotros. A pesar de compartir comidas y ocasionalmente intercambiar breves cortesías, esta es la primera vez que estamos verdaderamente solos desde que llegó a la finca.

—El invernadero se ve bien.

—Así es —alisa la bata de exploración sobre sus rodillas—. Tu hermana tiene buena mano para las plantas.

—Lo heredó de nuestra madre. Antes de que muriera, había jardines por todas partes. Zina era demasiado pequeña para recordarlo, pero estoy seguro de que heredó el talento.

Wil me estudia con nuevo interés. —Nunca hablas de tu madre.

—No —me muevo hacia la ventana, mirando los terrenos donde mis equipos de seguridad patrullan en rotaciones cuidadosas—. Fue hace mucho tiempo.

—No para ti, según parece.

La tranquila observación me pilla desprevenido. Ve más de lo que le he reconocido. En el reflejo del cristal de la ventana, la observo deslizarse cuidadosamente de la mesa de exploración, envolviendo una bata alrededor de sí misma.

—Zina mencionó que la respuesta de vuestro padre a su muerte os marcó a ambos. Que se volvió más duro después.

—Zina habla demasiado —las palabras carecen de verdadera ira. Mi hermana siempre ha creído en la honestidad, incluso cuando resulta inconveniente.

—O quizás tú no hablas lo suficiente.

Me giro para mirarla, impresionado por lo pequeña que parece en la bata médica demasiado grande, pero a la vez por la fuerza de su mirada directa. —¿Qué quieres que te diga? ¿Que mi padre se convirtió en un monstruo después del asesinato de mi madre? ¿Que me entrenó para ser un monstruo aún más eficaz para asegurar que nunca volviera a ocurrir? ¿Que la violencia se convirtió en nuestro lenguaje de amor porque cualquier otra forma de cariño se consideraba debilidad?

Las palabras emergen más duras de lo que pretendía, años de emoción cuidadosamente controlada filtrándose. Espero que retroceda, que se encoja ante este atisbo de oscuridad. En lugar de eso, se acerca más.

—Sí. Eso es exactamente lo que me gustaría que dijeras. La verdad, sin cálculo ni estrategia.

La petición es tan simple, pero tan ajena a mi existencia. Verdad sin propósito, sin agenda. Solo honestidad cruda por sí misma. —No sé cómo hacer eso ya, si es que alguna vez lo supe.

Ella se sienta cuidadosamente en el borde de una silla, de repente pareciendo cansada. —Inténtalo. Empieza con algo pequeño.

Considero este desafío inusual. ¿Qué verdad podría ofrecerle que no la asustara más? ¿Qué cosa honesta existe en mí que no esté manchada por la vida que he llevado? —Te observo a ti y a Zina desde la ventana de mi despacho. Cuando paseáis por los jardines. Cuando trabajáis juntas en el invernadero. Me... complace veros haceros amigas.

Wil inclina ligeramente la cabeza, procesando esta confesión. —¿Por qué?

—Porque ambas sois importantes para mí de diferentes maneras, y porque Zina tiene pocas conexiones genuinas. La gente o bien la teme por mí o quiere usarla para llegar a mí. Necesita a alguien que la vea por sí misma.

—¿Y tú? ¿Qué necesitas tú?

La pregunta me desconcierta. Nadie pregunta qué necesito. Tomo lo que requiero y ordeno lo que deseo. Las necesidades son vulnerabilidades que he pasado toda una vida ocultando.

Antes de que pueda formular una respuesta, Zina regresa con el té, poniendo fin efectivamente a nuestra conversación inesperadamente íntima. Aprovecho la interrupción para disculparme, citando la inauguración del almacén que requiere mi presencia.

—¿Estarás fuera mucho tiempo? —la pregunta de Wil me sorprende de nuevo.

—Solo esta noche. Leonid permanecerá en las instalaciones si necesitáis algo.

Ella asiente, con algo indescifrable en su expresión. —Ten cuidado.

La simple frase, tan común en relaciones normales, me impacta con una fuerza inesperada. ¿Cuándo fue la última vez que alguien que no fuera Zina expresó preocupación por mi seguridad? No por lo que mi muerte significaría para la organización o el vacío de poder que crearía, sino por mí como persona. —Siempre.

Paso el resto de la tarde preparándome para el evento del almacén, revisando los protocolos de seguridad y ultimando los preparativos, pero la pregunta de Wil persiste en mis pensamientos. ¿Qué necesito? La respuesta honesta se siente peligrosa incluso de contemplar.

A medida que se acerca la noche, me siento atraído hacia mi dormitorio en lugar de partir inmediatamente hacia Brighton. La habitación representa el único espacio, incluso más que mi despacho, que realmente me refleja en lugar de la imagen que proyecto al mundo. A diferencia de la opulencia ostentosa de las áreas públicas, este espacio contiene toques personales. Hay libros que realmente he leído, recuerdos con significado genuino y fotografías que conservo por memoria, no para impresionar a la gente.

Abro la caja de madera tallada sobre mi cómoda y saco el objeto más preciado que contiene. Trago saliva cuando veo la fotografía descolorida de mi madre sosteniendo a Zina de bebé, conmigo de pie junto a ellas con expresión solemne. Mi padre tomó la foto pocas semanas antes de la muerte de mi madre, una de las pocas pruebas tangibles de que una vez fuimos algo parecido a una familia normal.

Me invade un impulso, inusual y arriesgado. Antes de poder reconsiderarlo, salgo de mi habitación y camino por el pasillo para llamar suavemente a la puerta de Wil, donde descansa después de su cita.

—Quiero mostrarte algo, si te sientes con ánimos.

La curiosidad supera cualquier duda que pueda sentir. —¿Qué es?

—Algo que pocas personas han visto. —Extiendo mi mano en señal de invitación—. ¿Vendrás conmigo?

Tras un momento de consideración, ella asiente, levantándose cuidadosamente de su posición de descanso. —De acuerdo.

18

Wil

Sigo a Mak a través de los sinuosos pasillos de la mansión, con mi curiosidad despertada por su inesperada invitación. Todavía existe una cuidadosa distancia entre nosotros, una frontera invisible que ninguno se ha atrevido a cruzar.

Hasta esta noche.

Camino en silencio junto a él, escoltada por Orlov y Yakov a una distancia respetuosa. Su presencia se ha convertido en una constante en mi nueva vida, aunque he aprendido a casi olvidar que están ahí. Casi.

Mak me guía hacia el ala oeste de la mansión, una zona que aún no he explorado. La decoración cambia sutilmente aquí. Hay menos ostentosas muestras de riqueza y más toques personales. Un cuadro colgado en el pasillo llama mi atención. Es un paisaje de lo que parece ser un campo ruso en invierno.

—Mi madre pintó ese —dice, al notar mi interés—. Tenía talento, aunque nunca lo ejerció profesionalmente.

—Es precioso —estudio las cuidadosas pinceladas y la atención al detalle en las ramas cargadas de nieve—. Nunca mencionaste que fuera artista.

—Hay muchas cosas que no he mencionado —continúa por el pasillo, deteniéndose finalmente ante una pesada puerta de madera —. Esta es mi residencia privada dentro de la finca. Nadie entra sin permiso explícito, ni siquiera el personal de limpieza.

La declaración tiene un peso más allá de su simple significado. Me está ofreciendo acceso a un espacio que mantiene ferozmente protegido, tal como Zina describió cómo él la protegía durante su infancia.

—¿Por qué mostrármelo? —la pregunta surge antes de que pueda considerar su brusquedad.

Desbloquea la puerta, con expresión indescifrable. —Porque pediste verdad sin cálculos. Esto es parte de esa verdad.

Empuja la puerta, apartándose para dejarme entrar primero. Entro en la habitación, y es diferente, se siente muy diferente al resto de la mansión. Es más personal. Más humano.

—No es lo que esperaba —digo, adentrándome más en el espacio mientras él cierra la puerta, dejando a Orlov y Yakov al otro lado.

—¿Qué esperabas?

Paso mis dedos por el lomo de un volumen encuadernado en piel de su estantería. —Más intimidación. Menos literatura.

Una ligera sonrisa toca sus labios. —Contrariamente a la creencia popular, los jefes criminales ocasionalmente leen.

Su humor me deleita casi tanto como la habitación misma. Continúo explorando, examinando títulos que van desde clásicos rusos hasta ficción americana moderna, filosofía antigua a teoría política contemporánea. Un tablero de ajedrez descansa junto a la ventana,

con una partida aparentemente en curso contra un oponente invisible.

—Zina —dice, siguiendo mi mirada—. Jugamos por mensaje cuando estoy de viaje. Está ganando esta ronda.

La habitación se abre a un dormitorio más allá, visible a través de puertas dobles parcialmente abiertas. Vislumbro una gran cama con ropa de cama sencilla, más estanterías y lo que parece ser una colección de armas antiguas expuestas en una pared. Todo en este espacio contradice la imagen fría e impersonal que Mak presenta al mundo.

Se mueve hacia una cómoda cerca de la ventana, abriendo una caja de madera tallada con movimientos cuidadosos. —Esto es lo que quería mostrarte.

De dentro, saca una fotografía, con los bordes desgastados de tanto manipularla. Me la pasa con un toque casi reverente. La imagen muestra a una hermosa mujer de cabello oscuro sosteniendo a un bebé, con un niño de rostro solemne de unos ocho años de pie junto a ellos. El parecido es inconfundible. Los ojos de Mak permanecen inalterados a pesar de las décadas entre esta imagen y ahora.

—Mi madre y Zina —dice suavemente—. Esto fue tomado unas semanas antes de que la mataran.

Estudio la fotografía cuidadosamente, reconociendo la sonrisa de Zina en el rostro de su madre, viendo la postura vigilante y protectora del joven Mak incluso entonces. —Ya las estabas protegiendo, incluso siendo un niño.

Su expresión cambia, la sorpresa parpadea brevemente. —Sí. Supongo que sí.

—¿Cómo era ella? —pregunto, todavía mirando a la mujer cuyo asesinato moldeó al hombre que está ante mí.

—Amable pero feroz cuando era necesario. Le encantaba la poesía, la jardinería y las tormentas matutinas. —Su voz se suaviza con el recuerdo—. Me enseñó ajedrez, me hizo memorizar a Pushkin y se negaba a permitir que los negocios de mi padre interfirieran en las cenas familiares.

La descripción pinta un cuadro de normalidad que no esperaba en la crianza de Mak. —Ella y Zina fueron las últimas cosas buenas en mi vida —dice en voz baja, con una vulnerabilidad en su voz que nunca había escuchado antes—. Hasta ahora.

Su mirada cae a mi vientre ligeramente redondeado, y la inferencia me deja sin aliento. Estos bebés se han convertido en algo precioso para él, algo más allá de luchas de poder y disputas territoriales. La realización cambia algo fundamental en cómo lo veo.

Devuelvo la fotografía a sus manos, nuestros dedos rozándose en el intercambio. El breve contacto envía una corriente inesperada a través de mí, una conciencia física contra la que he estado luchando desde nuestra noche juntos hace meses.

La tensión entre nosotros finalmente ha estallado mientras semanas de cuidadosa distancia e interacciones cautelosas se disuelven en el espacio íntimo de su dormitorio, donde su verdadero yo está expuesto. Ya no puedo negar la complicada atracción que siento hacia este hombre que contiene multitudes: el despiadado jefe de la *Bratva*, que mata sin vacilar; el hermano protector, que sacrificó su propia inocencia por la de Zina; y ahora, el incierto futuro padre, que me mira con una vulnerabilidad que hace que me duela el corazón.

Mis hormonas del embarazo han intensificado cada emoción y sensación, haciéndome hiperconsciente de su proximidad mientras está de pie ante mí, esperando a que yo haga el siguiente movimiento. Cuando doy un paso adelante y coloco mi palma contra su pecho, sintiendo cómo su corazón se acelera bajo la costosa tela, los últimos hilos de mi resistencia se rompen. No es solo lujuria sino una necesidad de intimidad que trasciende nuestras complicadas circunstancias.

Toca mi rostro con sorprendente suavidad y me atrae hacia un beso. Nuestros labios se encuentran tentativamente al principio, luego con creciente confianza a medida que las paredes entre nosotros se desmoronan. Su lengua recorre la línea de mis labios, buscando una entrada que le concedo fácilmente. El beso se profundiza gradualmente, sus movimientos deliberadamente contenidos como si me diera cada oportunidad para alejarme.

—¿Quieres esto? —susurra contra mis labios, su aliento cálido y teñido con whisky caro. Su consideración contradice todo lo que creía saber sobre él. Él manda a través de la fuerza pero ahora busca permiso explícito.

Las palabras parecen inadecuadas para lo que está sucediendo entre nosotros. Mi respuesta es guiar su mano hacia mi vientre ligeramente redondeado, donde nuestros hijos crecen bajo su palma. El gesto comunica lo que no puedo articular. Es un reconocimiento de la conexión ya forjada entre nosotros, independientemente de nuestros sentimientos contradictorios.

Sus ojos se oscurecen con deseo y algo más profundo, más intenso. Captura mi boca nuevamente, el beso más hambriento ahora. Desliza sus manos bajo mi blusa, trazando patrones en mi piel desnuda con exquisita paciencia. Forcejeo con los botones de su camisa, repentinamente torpe por la anticipación. Él me ayuda, sus hábiles dedos se deshacen rápidamente de los obstáculos entre nosotros.

Mak es crudo e intenso mientras la ropa cae. Su pecho es ancho y musculoso, pero lo que capta mi atención es el mapa de cicatrices que cruza su torso y cuenta historias de su pasado violento. Una línea dentada curva sus costillas, una marca en forma de estrella estropea su hombro izquierdo, y marcas más pequeñas están esparcidas por su piel como una constelación de violencia pasada. Ya había visto estas marcas durante nuestra primera noche, pero ahora, conociendo más al hombre, tienen un significado diferente.

—¿También fueron estas por desacuerdos de negocios? —trazo suavemente la cicatriz más grande, recordando su evasiva durante nuestra noche en el hotel hace meses.

Presiona mi palma contra el tejido elevado. —Algunas. Otras de las lecciones de mi padre —su honestidad es descarnada—. Él creía que el dolor era el maestro más eficaz.

La confesión crea un dolor en mi pecho por el niño de la fotografía, con ojos solemnes y ya cargando demasiada responsabilidad. Me levanto de puntillas para presionar mis labios contra la cicatriz, un gesto de consuelo para heridas infligidas hace décadas.

Mi tacto parece encender algo dentro de él. Me levanta con facilidad, llevándome a la enorme cama que domina la habitación. Las sábanas están frescas contra mi piel acalorada mientras me deposita con reverente cuidado. Se aparta momentáneamente, su mirada recorriendo mi cuerpo semidesnudo con un enfoque tan intenso que lo siento como un toque físico.

—Eres magnífica —dice, las palabras espesas con su acento ruso.

Debería sentirme cohibida mientras me ayuda a quitarme la ropa restante, pero el hambre desnuda en sus ojos transforma la potencial vergüenza en empoderamiento. Me mira como si fuera un milagro, no a pesar de los cambios que el embarazo ha causado, sino por ellos.

Cuando se quita la ropa restante, me recuerda nuevamente su poder, no solo el poder social de su posición, sino el poder físico evidente en cada plano duro y músculo definido. Su verga se yergue orgullosamente erecta, gruesa y enrojecida de deseo. La visión envía calor líquido acumulándose entre mis muslos, mi cuerpo recordando precisamente cómo se siente dentro de mi coño.

Se une a mí en la cama, con cuidado de no descansar su peso sobre mi vientre mientras se estira a mi lado. Cuando me toca, es apasionado pero deliberado, tratando mi cuerpo cambiante con

reverencia. Sus manos exploran con metódica paciencia, redescubriendo un terreno mapeado hace meses pero ahora transformado por el embarazo.

—Estás aún más hermosa ahora —murmura, su acento espesándose con el deseo mientras su palma acuna mi pecho—. Llena de vida. Radiante.

Mis pezones se han vuelto casi dolorosamente sensibles con el embarazo, y cuando su boca se cierra sobre uno de los capullos erectos, me arqueo fuera de la cama con un grito agudo. Sonríe contra mi piel, claramente complacido con mi respuesta. Su lengua circunda la sensible punta mientras su mano juguetea con su gemela, creando puntos idénticos de exquisita sensación.

—Tan receptiva —baja con besos hasta la curva de mi vientre—. Tan perfecta.

Venera mi cuerpo con atención meticulosa, su boca y manos aprendiendo cada nueva curva y sensibilidad. Cuando separa mis muslos y se coloca entre ellos, sus intenciones inconfundibles, tiemblo con anticipación. El primer trazo de su lengua contra mi clítoris arranca un gemido sobresaltado desde lo profundo de mi garganta. Ya estoy vergonzosamente húmeda, las hormonas del embarazo intensificando cada sensación.

Gime contra mí, la vibración añadiendo otra capa de placer. —Sabes aún más dulce de lo que recordaba.

Su lengua explora con precisa habilidad, alternando entre trazos amplios y atención concentrada a mi clítoris. Cuando desliza un dedo dentro de mí, luego dos, me aferro a su pelo, dividida entre acercarlo más y alejarlo de la abrumadora sensación.

—Mak, por favor —estoy jadeando mientras mis caderas se elevan instintivamente para encontrar su boca.

Continúa su dulce tortura, llevándome al borde repetidamente antes de retroceder, construyendo placer en olas incrementalmente más

altas. Cuando finalmente me permite llegar al orgasmo, se estrella sobre mí con una intensidad impresionante. Grito su nombre mientras mis paredes internas pulsan alrededor de sus dedos, mi cuerpo sacudido por espasmos que parecen interminables.

Antes de que me haya recuperado completamente, se mueve sobre mi cuerpo, posicionándose encima de mí con cuidadosa atención. Su verga presiona contra mi entrada, caliente e insistente pero aún contenida. Mis fluidos aún están en su barbilla.

—Dime si algo no es cómodo —dice, sus antebrazos apoyados a ambos lados de mi cabeza. Su control es evidente en la tensión de cada músculo.

—Estoy embarazada, no frágil —lo acerco más, envolviendo mis piernas alrededor de sus caderas, impaciente por la conexión que me he negado durante demasiado tiempo—. Necesito tu verga dentro de mí.

Cuando me penetra, la sensación de plenitud es a la vez familiar y completamente nueva. Mi cuerpo recuerda su verga, pero todo se siente más intenso con mis sentidos aumentados por las hormonas del embarazo y la vulnerabilidad emocional. Avanza con deliberada lentitud, dándome tiempo para adaptarme a su considerable tamaño, mientras observa mi rostro en busca de cualquier señal de incomodidad.

—Se siente increíble —gime una vez que está completamente dentro de mí, su control visiblemente tenue—. Tan estrecha. Tan húmeda para mí.

Me arqueo contra él, atrayéndolo más profundamente mientras clavo mis uñas en los músculos de su espalda. —Muévete, Mak. Por favor.

Comienza a embestir con movimientos lentos, estableciendo un ritmo que empieza con dolorosa lentitud. Cada movimiento me empuja más profundamente en el colchón, y el peso de él sobre mí es a la vez excitante y reconfortante. El cuidadoso espacio que

mantiene entre nuestros cuerpos para proteger mi vientre solo aumenta mi conciencia de las vidas que crecen allí, la manifestación física de nuestra conexión.

Su control se deshilacha visiblemente a medida que nuestro ritmo aumenta, la desesperación reemplazando la cuidadosa restricción. Envuelvo mis piernas más fuertemente a su alrededor, cambiando el ángulo para recibirlo más profundamente. Mueve su mano entre nosotros, encontrando mi clítoris con precisión infalible, para circular al ritmo de sus embestidas. La doble estimulación rápidamente reconstruye la presión en la parte baja de mi vientre, enrollándose más apretadamente con cada caricia.

Sus susurros en mi oído alternan entre inglés y ruso, palabras cariñosas y promesas que no puedo entender completamente pero que siento resonar por todo mi cuerpo.

—*Ya nikogda ne otpushchu tebya* —murmura contra mi cuello, las palabras desconocidas transmiten una emoción inconfundible. No sé lo que significan, pero suenan como una promesa.

—*Ty moya* —continúa, su ritmo vacilando mientras su propio placer aumenta—. Eres mía.

Normalmente, palabras tan posesivas levantarían mis defensas, pero en este momento, se sienten como el reconocimiento de una verdad ineludible. Ahora nos pertenecemos el uno al otro, unidos por las vidas que hemos creado y la conexión inesperada que ninguno de nosotros buscó.

Esta vez, nuestro encuentro no se trata de que ninguno de nosotros escape de nuestras vidas, sino de reconocer la conexión real entre nosotros, aunque no tengamos idea de lo que vendrá después. El placer se intensifica entre nosotros con una intensidad sorprendente, mi cuerpo respondiendo al suyo con una urgencia que nunca antes había experimentado.

—Vuelve a correrte para mí —me urge, su voz tensa por el esfuerzo de contener su propio clímax—. Déjame sentirte.

La combinación de sus palabras, su tacto y la presión implacable en mi interior desencadena otro orgasmo que me atraviesa con un poder impactante. Me contraigo a su alrededor, mis paredes interiores pulsando mientras el placer se irradia hacia afuera en oleadas que me dejan jadeando su verdadero nombre, no la ficción que presentó hace meses. —Makari —grito, las sílabas de su nombre completo son simultáneamente una rendición y un reclamo.

El sonido de su nombre en mis labios parece destrozar su control restante. Mak me sigue momentos después, su ritmo vacilando mientras empuja profundamente una última vez. Su poderoso cuerpo se tensa sobre mí cuando se corre dentro de mí, un gemido gutural arrancado de su garganta mientras entierra su rostro contra mi cuello. Es un raro momento de completa rendición para un hombre que vive en constante control.

Se derrumba cuidadosamente a mi lado, consciente de mi vientre incluso en las secuelas de la pasión. Envuelve su brazo posesivamente a mi alrededor, atrayéndome contra su costado, donde nuestra piel húmeda de sudor se enfría en el aire nocturno. Su latido cardíaco gradualmente se ralentiza bajo mi palma en un ritmo constante.

Yacemos en un silencio saciado, la enormidad de lo que acaba de ocurrir flota entre nosotros. Lo que se suponía que era un escape momentáneo aquella noche en Eclipse ha evolucionado en algo que ninguno de nosotros anticipó ni para lo que estábamos preparados, algo con consecuencias mucho más allá de los bebés que ahora crecen dentro de mí.

Permanecemos enredados en sus sábanas, mi cabeza sobre su pecho, y su mano cubriendo protectoramente mi vientre. Nuestra respiración gradualmente se sincroniza en la tranquila calma posterior, ninguno de nosotros dispuesto a romper el silencio pacífico con palabras que podrían complicar este frágil nuevo entendimiento.

—Nunca te esperé —susurra finalmente, la simple confesión revelando más que cualquier gran declaración.

En respuesta, entrelazo mis dedos con los suyos. Quiero que sepa que sin importar lo que suceda, algo importante ha cambiado entre nosotros. Las barreras que he mantenido desde que llegué a la finca se han desmoronado, dejándonos en territorio inexplorado. —¿Qué sucede ahora? —finalmente pregunto.

—Lo que tú quieras. —Su pulgar hace suaves círculos contra mi cadera—. No te presionaré.

La declaración me sorprende, aunque quizás no debería. A pesar de sus tendencias controladoras en los negocios, Mak ha tenido cuidado de darme espacio y autonomía desde que me trajo a la finca. Incluso esta noche, esperó a que yo diera el primer paso, asegurando mi comodidad en cada momento.

—No sé lo que quiero —admito—. Esta situación sigue siendo imposible en tantos aspectos.

—Sí. —No discute ni intenta convencerme de lo contrario—. Pero quizás menos imposible que antes.

El reconocimiento del progreso, por pequeño que sea, lleva una sonrisa cansada a mis labios. Mientras me deslizo hacia el sueño en sus brazos, me pregunto si podría haber un camino hacia adelante para nosotros que no termine en tragedia, un camino donde nuestros hijos puedan conocer a su padre sin ser consumidos por su mundo.

Por primera vez desde que descubrí mi embarazo, desde que supe quién es realmente Mak, desde que perdí a Gisele, me permito imaginar un futuro que podría contener algo más allá de la supervivencia. La posibilidad se siente delicada, tan frágil como una pompa de jabón que podría estallar con la más mínima presión, pero existe, sin embargo. En la seguridad del casi-sueño, con el latido

constante del corazón de Mak bajo mi oído, me permito el peligroso lujo de la esperanza.

19

Mak

Me despierto antes del amanecer, con el cálido cuerpo de Wil acurrucado contra el mío en un sueño tranquilo. El peso desconocido de su cabeza sobre mi pecho, su brazo extendido sobre mi torso, crea una sensación que me cuesta identificar. Quizás sea satisfacción. La constatación me sobresalta. La satisfacción nunca ha formado parte de mi vocabulario, no desde la infancia, y ciertamente no desde que asumí el liderazgo de la Bratva.

Sin embargo, aquí está, este momento tranquilo en la penumbra, observando a Wil respirar acompasadamente, su rostro relajado en el sueño, y su cabello oscuro extendido sobre mi almohada. La vulnerabilidad de su cuerpo desnudo contra el mío despierta tanto un instinto protector como deseo. Resisto el impulso de despertarla, de reclamar su cuerpo de nuevo como lo hice repetidamente durante la noche. En su lugar, simplemente la observo, grabando cada detalle en mi memoria.

Me separo con cuidado, sin querer molestar su descanso. El embarazo de quintillizos agota su energía, y las actividades de

anoche ciertamente no ayudaron. Me ducho rápidamente, vistiéndome en el baño contiguo antes de volver y encontrarla todavía dormida, ahora abrazando mi almohada en mi ausencia. Rozo sus sienes con mis labios y dejo instrucciones a los guardias de fuera para que no la molesten.

—Debe dormir todo lo que necesite —Orlov asiente con su habitual estoicismo—. Cuando despierte, preguntadle si quiere que le lleven el desayuno a mis aposentos, o si prefiere volver primero a su suite.

La expresión de Orlov permanece cuidadosamente neutral, aunque detecto el más leve atisbo de sorpresa en sus ojos ante este acuerdo doméstico. El personal hablará, por supuesto. La noticia de que el *pakhan* ha llevado a una mujer a sus aposentos privados —no cualquier mujer, sino la madre de sus hijos— circulará por la finca en cuestión de horas.

No me importa.

La conferencia telefónica matutina con nuestras operaciones de la Costa Oeste concluye de manera más eficiente de lo habitual. Navego por complejas negociaciones territoriales con una claridad que ha estado ausente durante meses, identificando rápidamente soluciones a disputas que antes parecían irresolubles. Los gerentes de operaciones responden a mi determinación con un renovado enfoque, avanzando toda la discusión a un ritmo que habría sido inimaginable hace semanas.

—Un trabajo impresionante —dice Leonid después de que termine la llamada, recogiendo los archivos esparcidos por la mesa de conferencias—. Resolviste la situación de San Francisco en veinte minutos. La discusión del mes pasado sobre el mismo tema llevó tres horas.

Me encojo de hombros, dirigiéndome hacia la ventana. —La solución era obvia. Estaban complicando excesivamente un simple límite territorial.

—Quizás —hace una pausa, sopesando cuidadosamente sus siguientes palabras—. O quizás, ahora ves las cosas con más claridad.

Me giro para mirarlo, arqueando una ceja ante la insinuación. Él sostiene mi mirada firmemente, los privilegios de su largo servicio le permiten hacer observaciones que otros no se atreverían a expresar.

—La señorita Lamb parece estar adaptándose bien —continúa, con un tono deliberadamente casual—. Zina mencionó que ha solicitado plántulas para tomates de variedades antiguas en el invernadero. Eso es una señal de que está haciendo planes a más largo plazo, creo.

La información me reconforta. —Asegúrate de que consiga todo lo que necesite para sus proyectos.

—Ya está hecho —organiza los archivos a su meticulosa manera—. La señora Petrova me pidió que mencionara que estás tomando comidas regulares por primera vez en años. Parece bastante complacida con este acontecimiento.

Reprimo una sonrisa ante la preocupación maternal del ama de llaves. La señora Petrova ha servido a la familia desde antes de mi nacimiento, pasando de niñera a ama de llaves a medida que crecíamos. Es una de las pocas personas que me recuerda antes de convertirme en *pakhan*, antes de que la brutalidad de mi padre me moldeara completamente a su imagen.

—¿Se unirá a la señorita Lamb para el almuerzo hoy? —Leonid mira su reloj—. Es casi mediodía.

—Sí. Haz que preparen algo y lo envíen al invernadero.

Asiente y se marcha, dejándome revisar los protocolos de seguridad para el próximo envío de nuestros proveedores de Europa del Este. La tarea, normalmente tediosa, pasa rápidamente mientras aplico un renovado enfoque para identificar posibles vulnerabilidades.

Cuando llego al invernadero una hora más tarde, llevando una cesta de especímenes de orquídeas raras que adquirí específicamente para la colección de Wil, la energía nerviosa que me ha impulsado durante toda la mañana se asienta en anticipación. Me detengo en la entrada, tomándome un momento para observarla antes de que note mi presencia.

Wil se arrodilla junto a un bancal elevado, trasplantando cuidadosamente plántulas como si fueran sus hijos. Lleva unos vaqueros sencillos y una blusa suelta que no logra ocultar del todo la creciente curva de su vientre. Su pelo está recogido en una práctica coleta, y una mancha de tierra marca su mejilla. Nunca me ha parecido más hermosa que en este momento, rodeada de la vida que cuida con tanto esmero.

Ella siente mi presencia y levanta la mirada, una sonrisa extendiéndose por su rostro antes de que pueda pensar en reprimirla. La bienvenida sin reservas en su expresión desencadena una cascada de emociones desconocidas en mi pecho.

—Te he traído algo —avanzo, ofreciéndole la cesta.

Sus ojos se abren al reconocer los raros especímenes del interior. —¿Paphiopedilum rothschildianum? ¿Cómo los has encontrado? Son casi imposibles de conseguir legalmente.

—Tengo contactos —coloco la cesta junto a su espacio de trabajo—. Son legales, te lo aseguro. El criador en Tailandia me debe un favor.

Examina las plantas con dedos cuidadosos, su experiencia evidente en su manipulación. —Son magníficas. Especímenes perfectos —me mira con gesto conocedor—. ¿Y exactamente qué te debe este criador?

—Ayudé a su hija a resolver un problema de inmigración —no es toda la verdad, pero lo suficientemente cercana. El favor real implicó eliminar a un funcionario corrupto que estaba extorsionando a la

familia del criador, pero tales detalles parecen inapropiados para el momento.

Llega el almuerzo, traído por un miembro del personal, quien discretamente lo coloca en la pequeña mesa de la esquina antes de desaparecer. Comemos en medio de una conversación cómoda, discutiendo el progreso del invernadero y sus planes para ampliar el jardín de hierbas. La domesticidad de la escena me resulta tanto extraña como profundamente satisfactoria.

—Te veo diferente hoy —dice, estudiándome por encima de su vaso de agua.

—¿Diferente en qué sentido?

—Más relajado. Menos... —busca la palabra adecuada—. Reservado.

Considero esta valoración. —Me siento diferente.

—¿Por lo de anoche? —Un rubor colorea sus mejillas, aunque su mirada permanece directa.

—Sí, pero no solo por el aspecto físico. —Extiendo la mano a través de la mesa, tomando la suya—. Tenerte en mi espacio, en mi cama... Despertar contigo allí... Hace mucho tiempo que no permitía que nadie estuviera tan cerca.

Sus dedos se entrelazan con los míos. —¿Cuánto tiempo?

—Nunca, en realidad. —La confesión surge con más facilidad de lo que esperaba—. No así. No con ese nivel de... intimidad.

Parece sorprendida, luego pensativa. —¿Nunca has pasado toda la noche con alguien?

—El poder y la vulnerabilidad no se mezclan bien en mi mundo. —Acaricio sus nudillos con mi pulgar—. Dormir junto a alguien requiere una confianza que nunca antes había concedido. Lo más cerca que había estado antes fueron solo unas horas, como las que compartimos aquella noche en el club.

La conversación cambia a temas más ligeros, pero mi confesión permanece entre nosotros. Cuando finalmente regreso a mi oficina para las reuniones de la tarde, llevo el recuerdo de su sonrisa como un talismán contra la oscuridad de los negocios de la *Bratva*.

El resto del día transcurre en una vorágine de productividad. Informes que normalmente permanecerían intactos en mi escritorio durante días reciben atención inmediata. Decisiones que he pospuesto durante semanas de repente parecen simples. Leonid lucha por mantener el ritmo de mi tempo acelerado, aunque se adapta rápidamente, reorganizando mi agenda para acomodar mi eficiencia recién recuperada.

Esa noche, Wil se une a mí para cenar en mis aposentos privados en lugar del comedor formal. Comemos en la pequeña mesa cerca de la ventana, con una conversación que fluye naturalmente entre nosotros. Después, nos retiramos a mi cama, donde la pasión física da paso a una tranquila conversación. Wil habla sobre su infancia, el jardín de su madre que inspiró su amor por las plantas, y sus sueños antes de que cinco vidas inesperadas lo complicaran todo. Comparto historias cuidadosamente editadas de mis primeros años y recuerdos de mi madre, dando vislumbres del niño que fui antes de que la violencia se convirtiera en mi lenguaje principal.

Cada noche sigue un patrón similar durante la siguiente semana. Wil se mueve entre su suite y la mía, manteniendo la apariencia de residencias separadas mientras pasa todas las noches en mi cama. Durante el día, la visito en el invernadero, llevándole especies raras o simplemente quedándome para observarla trabajar. El simple placer de observar sus manos nutricias extrayendo vida de la tierra se convierte en un respiro de las realidades más duras de mi posición.

La señora Petrova nota los cambios con silenciosa aprobación. —Estás comiendo adecuadamente otra vez —dice una mañana mientras supervisa al personal de cocina—. Y durmiendo toda la noche, según tengo entendido.

No pregunto cómo conoce mis patrones de sueño. La señora Petrova siempre ha poseído una conciencia extraordinaria de los ritmos del hogar.

—La señorita Lamb es buena para ti —continúa, con tono objetivo mientras inspecciona los preparativos del desayuno—. No te habías visto tan bien desde antes de que muriera tu padre.

Incluso Zina comenta la transformación. —Casi pareces humano otra vez —me bromea durante nuestra partida semanal de ajedrez, capturando mi caballo con un movimiento que debería haber anticipado—. No te había visto tan vivo desde que éramos niños.

Muevo mi alfil defensivamente. —Simplemente estoy durmiendo mejor.

—Estoy segura de que sí. —Su sonrisa conocedora sugiere que es muy consciente de exactamente por qué estoy durmiendo mejor—. Wil mencionó que le llevas plantas exóticas casi a diario. Es todo un gesto romántico del temible *pakhan*.

—Solo son plantas —murmuro, aunque ambos sabemos que es más que eso.

—Es buena para ti, Mak. —Su expresión se vuelve seria—. No lo arruines siendo... tú mismo.

El comentario me duele, aunque entiendo la preocupación detrás de él. —Lo estoy intentando.

—Lo sé. —Extiende la mano a través del tablero, apretando la mía brevemente—. Por eso tengo esperanzas.

Los cambios en mí pueden ser lo suficientemente sutiles para escapar a la atención general, pero son flagrantemente obvios para quienes me conocen mejor, y para aquellos que están atentos a cualquier signo de debilidad. La mirada calculadora de Fedor me sigue durante la reunión semanal de capitanes, sus ojos

entrecerrándose cuando entro en la sala con una ligera sonrisa que rápidamente reprimo cuando comienzan los asuntos.

La reunión en sí procede eficientemente. Informes de territorio, actualizaciones de distribución y preocupaciones de seguridad son abordados con una claridad decisiva que deja poco espacio para las habituales discusiones prolongadas. Los capitanes responden positivamente a mi renovado enfoque, concluyendo la reunión en la mitad del tiempo que estos encuentros normalmente requieren. Mientras los hombres salen, Fedor se queda atrás, moviéndose hacia el carrito de bar, donde decantadores de cristal contienen varios licores de primera calidad.

Levanta el whisky, examinándolo con un interés exagerado. —Reunión productiva —dice, sirviéndose una generosa medida sin pedir permiso—. Todos parecen complacidos con tu renovado... enfoque.

Ordeno papeles en mi escritorio, sin morder el anzuelo. —Las situaciones eran sencillas.

—En efecto. —Sorbe el whisky, apoyándose casualmente contra la estantería—. La finca tiene últimamente un ambiente bastante doméstico. Casi acogedor.

Continúo revisando los protocolos de seguridad para el próximo envío, negándome a involucrarme con sus transparentes intentos de provocación.

—La señora Petrova prácticamente resplandece de aprobación, y Zina parece bastante apegada a tu enfermera. —Hace girar el líquido ámbar en su vaso—. Una gran familia feliz.

—¿Necesitabas algo específico, Fedor? Tengo trabajo que completar.

Su expresión se endurece ligeramente ante mi rechazo. —La familia Kazanov está probando nuestras fronteras orientales de nuevo. Tres de nuestros distribuidores informaron intentos de contacto la semana pasada. —Rellena su vaso sin permiso—. Los colombianos

están cuestionando nuestros acuerdos de distribución para los envíos de verano. Están percibiendo debilidad.

—No encontrarán ninguna. —Firmo los protocolos de seguridad, dejándolos a un lado—. Ocúpate de los Kazanov con la advertencia habitual. Yo mismo hablaré con el representante colombiano.

—No es momento para picnics familiares, Mak. —Su voz adquiere un tono afilado—. Nuestros rivales están atentos a cualquier signo de distracción. Tu... situación doméstica proporciona un objetivo obvio.

—Mi vida personal no es asunto tuyo.

—Se convierte en mi asunto cuando afecta a la organización. —Se aparta de la estantería, acercándose a mi escritorio con una audacia que le habría valido una bala a otro hombre—. La mujer es una responsabilidad. Te hace más débil cuando necesitas proyectar fuerza.

Continúo trabajando, negándome a mostrar la ira que crece bajo mi calma exterior. —Te estás extralimitando, primo.

—¿Lo hago? —Coloca sus manos sobre mi escritorio, inclinándose hacia adelante—. Nuestros enemigos son más volátiles que nunca. El equilibrio de poder cambia semanalmente, y tú has puesto a tu mujer embarazada y a tus hijos no nacidos directamente en el punto de mira al mantenerlos aquí.

Esta observación da más en el clavo de lo que me gustaría admitir. He considerado el peligro y sopesado los riesgos de mantener a Wil en la finca frente a enviarla a un lugar más remoto, equilibrando la protección que puedo proporcionar personalmente frente a la seguridad de la distancia.

Fedor aprovecha su ventaja, sintiendo que ha tocado una fibra sensible. —Estás intentando un peligroso acto de equilibrio, Mak. El imperio Vorobev requiere toda tu atención, no lealtades divididas.

—Estoy manejando ambas cosas.

—Por ahora, quizás —Su voz baja, adoptando un tono de falsa preocupación—. ¿Qué pasará cuando lleguen los bebés? Con cinco recién nacidos reclamando atención y una nueva madre necesitando apoyo, ¿podrás liderar eficazmente mientras cambias pañales?

Mis dedos se tensan alrededor de mi bolígrafo, la única señal externa de mi paciencia que se deteriora rápidamente.

—Quizás —sugiere con cuidadosa precisión—, es hora de considerar si alguien más debería tomar el control mientras tú disfrutas de tu creciente familia.

La insinuación de que debería hacerme a un lado por alguien más fuerte, refiriéndose a Fedor mismo, cruza la línea final. En un movimiento borroso, agarro a mi primo por la garganta y lo estrello contra la estantería, mientras mi otra mano saca la pistola de mi funda de hombro y la presiona contra su sien.

—La próxima vez que sugieras que no soy apto para liderar —digo con mortal calma antes de golpearlo en la cara con la culata de la pistola—, será tu último día respirando.

Fedor tropieza hacia atrás, con sangre goteando de su mejilla cortada. Sus ojos se ensanchan con una mezcla de shock y miedo. Ha provocado antes y probado límites, pero nunca ha experimentado toda la fuerza de mi violencia dirigida hacia él personalmente.

Vuelvo a mi escritorio, guardando la pistola en su funda antes de reanudar mi papeleo como si nada hubiera ocurrido. —Puedes retirarte. Envía a Leonid cuando salgas.

Se va sin decir otra palabra, presionando un pañuelo contra su cara ensangrentada. Solo cuando la puerta se cierra tras él me permito reconocer el sudor en mis palmas. No es por miedo o arrepentimiento, sino por contención. El viejo Mak habría hecho algo peor que un culatazo por tal insubordinación descarada, especialmente viniendo de un familiar.

En privado, sé que Fedor no está completamente equivocado. Amar a Wil abiertamente es un riesgo. Tenerla a ella y a los niños en la finca crea vulnerabilidades que mis enemigos buscarán explotar, pero es un riesgo que estoy más que dispuesto a asumir, aunque ahora debo vigilar a mi primo más cuidadosamente que nunca.

Cuando Leonid entra minutos después, puedo notar por su cuidadosa neutralidad que ya está al tanto de lo ocurrido.

—Habrá que vigilar a Fedor —digo sin preámbulos—. Discretamente.

Leonid asiente, claramente no sorprendido por la orden. —Ya está organizado, señor.

—Y aumenta la seguridad alrededor de la señorita Lamb y Zina. Asigna hombres adicionales pero mantenlos a distancia. No quiero que se sientan prisioneras.

—Por supuesto —Duda brevemente—. Si me permite, señor... Fedor no olvidará esta humillación pública. Nunca ha sido de los que perdonan ofensas percibidas.

—Cuento con ello —Lo miro directamente—. Deja que haga su movimiento. Prefiero enfrentar la amenaza que puedo ver venir a preguntarme dónde entrará el cuchillo en mi espalda.



Esa noche, cuando Wil se acurruca contra mí en la oscuridad de mi dormitorio, la abrazo más cerca de lo habitual, extendiendo mi mano protectoramente sobre su vientre creciente. No menciono el enfrentamiento con Fedor ni los peligros potenciales que crea su ambición. En lugar de eso, escucho mientras ella habla sobre sus planes para la expansión del invernadero, asintiendo en todos los momentos adecuados mientras calculo evaluaciones de riesgos y protocolos de seguridad.

—Estás distraído esta noche —dice, apoyándose en un codo para estudiar mi rostro en la tenue luz—. ¿Problemas en el trabajo?

—Nada inusual —Acaricio su pelo, atrayéndola de nuevo contra mi pecho—. Solo preocupaciones rutinarias del negocio.

Odio mentirle, pero no puedo permitirme manchar esta frágil paz que hemos establecido con la violencia que siempre acecha justo bajo la superficie de mi mundo. Por ahora, al menos, mantendré estas realidades más oscuras separadas del espacio tranquilo que hemos creado en esta habitación.

Mientras Wil se queda dormida en mis brazos, permanezco despierto, planificando contingencias e identificando vulnerabilidades. Amarla abiertamente es un riesgo, pero perderla es impensable. Lo que venga después, estaré preparado.

20

Wil

Unos días después, miro por la ventana tintada del todoterreno mientras el perfil de Manhattan aparece ante mí, y mi pecho se contrae con anticipación y ansiedad. Este es mi primer viaje fuera de la finca desde que llegué hace casi dos meses. La ciudad parece a la vez familiar y extraña, un recordatorio de la vida normal que una vez llevé y que ahora parece pertenecer a otra persona completamente distinta.

Orlov me mira desde el asiento delantero del copiloto, cruzándose brevemente nuestras miradas en el espejo retrovisor. —Llegaremos en aproximadamente diez minutos —. Su atención vuelve inmediatamente a examinar nuestro entorno, con la mirada moviéndose constantemente entre los espejos y las ventanas.

Mis manos descansan protectoramente sobre mi vientre, ahora visiblemente abultado a las dieciséis semanas con quintillizos. El crecimiento parece haberse acelerado en la última semana, mi cuerpo cambiando y estirándose para acomodar a cinco fetos. La

doctora Phillips notó el desarrollo durante su última visita a la unidad médica de la finca, recomendando la cita especializada de hoy.

Mak había insistido mientras organizaba esta excursión. —La doctora Phillips cubre lo básico en la finca, pero para este nivel de detalle, con el desarrollo de microválvulas y la diferenciación del ritmo entre cinco fetos, necesitas un cardiólogo pediátrico con un escáner de un millón de dólares.

La profesional médica que hay en mí no podía discutir su lógica. La ecocardiografía fetal avanzada requiere equipamiento especializado y experiencia, particularmente para embarazos múltiples de orden elevado, donde los defectos cardíacos ocurren con mayor frecuencia. Mis años en la UCIN me han mostrado demasiados bebés diminutos luchando con problemas cardíacos que podrían haberse identificado prenatalmente.

Aun así, los arreglos de seguridad para esta simple cita médica rayan en lo absurdo. Tres todoterrenos negros idénticos forman nuestro convoy. Uno delante, otro detrás, y el nuestro en el medio. Seis hombres armados nos acompañan, sin contar a Orlov y Yakov. El propio Mak habría venido de no ser por una reunión inevitable con proveedores internacionales.

Orlov comprueba algo en su teléfono, sus hombros relajándose marginalmente. —La clínica ha sido asegurada. Las credenciales de la doctora Reisner han sido verificadas dos veces. Los protocolos de seguridad del edificio superan los estándares hospitalarios.

Asiento distraídamente, sabiendo que estas garantías están destinadas a reconfortarme. En su lugar, sirven como recordatorios del peligroso mundo que ahora habito, donde la atención prenatal rutinaria requiere operaciones de seguridad de nivel militar.

El centro médico privado ocupa la planta superior de un edificio de oficinas anodino en Midtown. Evitamos la entrada principal, conduciendo en su lugar hacia un aparcamiento subterráneo, donde dos agentes de seguridad más esperan nuestra llegada. Las

excesivas medidas de protección que una vez parecieron paranoides ahora se sienten casi normales, una inquietante constatación que intento apartar.

El ascensor se abre directamente a una zona de recepción decorada con la contenida elegancia que sugiere honorarios astronómicos. Ningún otro paciente espera en la lujosa zona de asientos. La recepcionista establece contacto visual en el momento en que salgo del ascensor, saludándome por mi nombre sin solicitar identificación, otra indicación de los minuciosos preparativos de Mak.

Se levanta de detrás de su escritorio con una sonrisa blanca. —La doctora Reisner está lista para usted, Srta. Lamb. Por aquí, por favor.

La doctora Reisner, una cardióloga pediátrica con credenciales impecables según la investigación de Mak, resulta ser una mujer pragmática de unos sesenta y pocos años, con pelo corto canoso y ojos penetrantes tras unas gafas elegantes. Revisa mi expediente mientras un técnico prepara el equipo de imagen avanzado.

Levanta la mirada de su tableta, evaluándome clínicamente por encima del borde de sus gafas. —Cinco fetos. Bastante extraordinario. ¿Concepción natural?

—Sí.

Hace una anotación, aparentemente no impresionada por la improbabilidad estadística. —¿Algún antecedente familiar de defectos cardíacos congénitos?

—No que yo sepa.

Su lápiz óptico se detiene sobre la pantalla. —¿Y el padre?

La pregunta me pilla desprevenida, aunque no debería. Por supuesto, necesita el historial médico completo de ambos progenitores. —No conozco su historial familiar. Su madre no murió de enfermedad cardíaca, y no creo que su padre tampoco. No sé nada sobre la familia extendida.

La expresión de la doctora Reisner permanece perfectamente neutral, libre del juicio que había temido. —No es infrecuente en mi práctica. Trabajaremos con lo que tenemos.

La sala de exploración contiene equipos mucho más sofisticados que cualquiera disponible en la finca. Solo la máquina de ultrasonido parece más algo salido de una película de ciencia ficción que un dispositivo médico, con múltiples monitores y transductores especializados diseñados específicamente para la visualización cardíaca.

La doctora Reisner señala hacia la mesa de exploración mientras el técnico finaliza los preparativos. —Esto llevará significativamente más tiempo que una ecografía estándar. Examinaremos cada feto individualmente, evaluando las cuatro cámaras, válvulas y vasos principales. Con quintillizos, estamos hablando de casi dos horas.

—Está bien —mi aprecio como enfermera por la minuciosidad anula cualquier preocupación por la incomodidad—. Quiero la información más completa posible.

Aplica el gel tibio sobre mi vientre expuesto, ahora prominentemente redondeado a pesar de estar solo de cuatro meses. La presión del transductor me resulta familiar, pero la imagen que aparece en la pantalla de alta definición me deja sin aliento. La claridad supera cualquier ecografía anterior, revelando un detalle extraordinario del primer bebé, etiquetado como "A" en el monitor.

—Esta tecnología es extraordinaria —digo, mientras mi interés profesional eclipsa momentáneamente mis emociones maternales.

La doctora Reisner ajusta la configuración de la máquina, con absoluta concentración. —Solo hay tres máquinas como esta en todo el Nordeste. Su pareja movió hilos importantes para conseguirle acceso inmediato.

No corrijo su suposición sobre mi relación con Mak, en su lugar observo maravillada cómo captura imágenes de diminutas cámaras

cardíacas, midiendo las aperturas de las válvulas y patrones de flujo sanguíneo con meticulosa precisión. Se mueve metódicamente por cada bebé, ocasionalmente solicitándome pequeños ajustes de posición para obtener mejores ángulos.

—¿Tres niños, dos niñas, según las exploraciones previas? —Mueve el transductor para enfocarse en el Bebé C.

—Eso es lo que indicó la doctora Phillips, sí.

—Coincido con esa evaluación —teclea instrucciones para el técnico, quien captura imágenes adicionales—. Todos los genitales parecen consistentes con esas determinaciones.

La cita se extiende hasta casi tres horas mientras la Dra. Reisner examina a cada bebé desde múltiples ángulos, midiendo y documentando con exhaustiva minuciosidad. A pesar de la incomodidad de permanecer inmóvil durante tanto tiempo, sigo fascinada por las imágenes detalladas y el análisis experto de la doctora. Mi formación en UCIN me ayuda a comprender la importancia de cada medición y cada evaluación del flujo sanguíneo y función valvular.

Cuando finalmente termina y me ayuda a limpiar el gel de mi piel, me preparo para posibles malas noticias. Los embarazos múltiples conllevan mayores riesgos de defectos congénitos, una realidad que he presenciado de primera mano en mi carrera de enfermería.

La Dra. Reisner revisa las imágenes en su tablet una vez más antes de encontrarse con mi mirada. —Los cinco fetos muestran un desarrollo cardíaco normal para esta edad gestacional. Formación de cámaras, estructura valvular, grandes vasos... todo parece estar dentro de los parámetros normales.

Un alivio me inunda, debilitando momentáneamente mis extremidades. —¿No hay señales de defectos en absoluto?

—Ninguno que sea detectable en esta etapa. —Se quita las gafas, frotándose brevemente el puente de la nariz—. Eso no garantiza la

perfección, Sra. Lamb. Algunos problemas estructurales pueden hacerse evidentes solo en etapas posteriores del desarrollo. Deberíamos repetir esta evaluación a las veinte semanas.

—Por supuesto. —Asiento, dejando que el realismo médico atempere mi alivio—. Pero son buenas noticias.

—Muy buenas noticias. —Una sonrisa suaviza brevemente su comportamiento profesional—. Particularmente para quintillizos, que típicamente enfrentan mayores incidencias de anomalías. Los cinco parecen notablemente sanos y bien desarrollados para dieciséis semanas.

Me proporciona imágenes impresas de cada bebé, junto con una unidad USB que contiene los datos completos de la ecografía. Las acepto con manos temblorosas, abrumada por ver los corazones de mis hijos latiendo en un ritmo asincrónico: cinco fuerzas vitales distintas que ya están formando sus propios patrones dentro de mí. La profesional médica en mí reconoce la importancia técnica del desarrollo cardíaco normal, pero la madre en mí ve algo mucho más profundo.

Orlov espera fuera de la sala de examen, su postura vigilante nunca se relaja a pesar del entorno seguro. Dos guardias de seguridad más flanquean el ascensor, su atención escaneando constantemente el área de recepción. Yakov está con el SUV, supongo, ya que no entró.

—¿Todo ha ido bien? —Se acerca, su rostro normalmente impasible mostrando un atisbo de genuina preocupación.

Asiento, todavía procesando el impacto emocional de ver a mis bebés con tanto detalle. —Los cinco se están desarrollando normalmente. Corazones sanos.

Sus hombros se relajan marginalmente. —Buenas noticias. El Sr. Vorobev estará complacido.

En los escalones de la clínica, me detengo para enviar un mensaje a Zina, que se había quedado en casa con un resfriado. El brillante día

de primavera se siente engañosamente normal después de semanas confinada en los terrenos de la finca. La gente pasa apresuradamente por la acera, absorta en sus propias vidas, sin percatarse de los hombres armados que forman un perímetro a mi alrededor o del vehículo blindado esperando junto a la acera.

Tomo una foto de la ecografía y aplico un marco digital a la foto que proporcionó la Dra. Reisner, con los cinco latidos del corazón capturados en una sola imagen notable, y escribo: *"¡Todos sanos! Tres niños, dos niñas confirmados. Te echo de menos hoy. x"*

Esta distracción momentánea, esta breve ilusión de ser un día normal, es todo lo que se necesita para que estalle el caos.

De camino al coche, una furgoneta discreta frena bruscamente junto a nuestro convoy. Levanto la vista de mi teléfono mientras la puerta lateral se abre violentamente. Hombres armados salen en tropel, sus rostros cubiertos con pasamontañas, sus armas ya disparando. Nuestro equipo de seguridad responde inmediatamente, pero los atacantes se mueven con precisión militar, superando el perímetro exterior de guardias en cuestión de segundos.

Todo sucede demasiado rápido para procesarlo. Orlov grita algo que no puedo entender por encima del tiroteo, empujándome hacia nuestro vehículo. Antes de que lo alcancemos, un hombre irrumpe a través del cordón de seguridad y agarra mi brazo bruscamente, arrastrándome hacia la furgoneta mientras lucho contra su agarre.

El pánico recorre mi cuerpo mientras pienso en mis bebés. Mis manos cubren instintivamente mi vientre incluso mientras pateo y grito. El agarre del atacante se aprieta dolorosamente en mi brazo mientras me arrastra hacia atrás. Lucho con fuerza desesperada, pero es demasiado poderoso, demasiado decidido.

Justo cuando me levanta del suelo, llega otro vehículo con un chirrido de neumáticos. Reconozco al instante el coche personal de Mak. Emerge como la venganza personificada, su expresión inquietantemente tranquila mientras camina directamente hacia el

tiroteo sin vacilación ni chaleco antibalas. En medio de una calle concurrida llena de transeúntes aterrorizados buscando refugio, levanta su pistola y dispara a mi atacante a quemarropa en la cabeza.

El sonido parece hacer eco en medio del caos. La sangre salpica mi cara y mi ropa mientras el hombre se desploma, soltándome tan repentinamente que tropiezo hacia atrás. Mak me atrapa antes de que caiga, examinando mi cuerpo en busca de heridas, pero sus ojos están salvajes con un miedo que nunca antes había visto en él.

—¿Estás herida? ¿Están bien los bebés? —Su voz suena áspera, tensa más allá del reconocimiento.

No puedo formar palabras mientras miro al hombre muerto cuya sangre ahora empapa mi vestido de maternidad. Mak me atrae contra su pecho, protegiéndome del fuego continuo mientras sus hombres eliminan a los atacantes restantes.

Cuando se aparta para mirarme, quizás esperando gratitud por la brutalidad que acaba de realizar en mi honor, su expresión vacila. Estoy temblando incontrolablemente, mis ojos abiertos de horror, mi respiración entrecortada en bocanadas superficiales que no parecen poder llevar suficiente oxígeno a mis pulmones.

A nuestro alrededor, los civiles gritan y corren mientras las sirenas de la policía suenan en la distancia. Una mujer yace herida en la acera, atrapada en el fuego cruzado. Un anciano se acobarda detrás de un quiosco de periódicos, su rostro pálido de terror. La calle se ha transformado en una zona de guerra en meros segundos.

Mak me lleva apresuradamente hacia su coche, su brazo como una banda de hierro alrededor de mi cintura. —Necesitamos irnos ahora. La policía estará aquí pronto.

—Esa gente... —Intento mirar hacia atrás a los transeúntes heridos, mis instintos de enfermera luchando a través del shock.

—Mis hombres se encargarán. —Me empuja hacia el asiento trasero, deslizándose a mi lado y señalando a su conductor—. Vamos. Ahora.

Mientras nos alejamos a toda velocidad de la escena, con la sangre secándose pegajosa en mi piel y ropa, la realidad se desploma con peso aplastante. Este es el mundo de Mak. Esto es lo que trae consigo a todas partes: violencia, muerte y daños colaterales. El hombre con quien he estado compartiendo cama, cuya gentileza conmigo parecía tan en desacuerdo con su reputación, acaba de ejecutar a alguien a plena luz del día sin vacilación.

Es como si leyera mis pensamientos. —No tuve elección —. Mak intenta alcanzar mi mano, que aparto instintivamente—. Te habría llevado y probablemente te habría matado eventualmente.

—Esa gente en la calle no tenía nada que ver con esto —. Mi voz suena extrañamente desconectada de mi cuerpo—. Esa mujer fue herida. Necesita atención médica.

—Mis hombres se asegurarán de que la reciba —. Intenta tocarme de nuevo, con expresión atormentada—. Wil, por favor. Hice lo que era necesario para protegerte a ti y a nuestros hijos.

Ese es precisamente el problema. La violencia siempre es la respuesta en el mundo de Mak, y la única solución que conoce. La sangre secándose en mi piel, la imagen de la cabeza del hombre explotando por la bala de Mak, y los civiles aterrorizados atrapados en el fuego cruzado... Esta es la realidad que él habita a diario.

Las lágrimas comienzan a fluir, trazando surcos calientes entre las salpicaduras de sangre en mis mejillas. —No puedo hacer esto.

—¿No puedes hacer qué? —Su voz se agudiza con aprensión.

—No puedo permitir que nuestros hijos crezcan rodeados de tanta muerte y depravación —. Las palabras brotan a través del pánico creciente—. Rodeados de hombres cuyo primer instinto es alcanzar una pistola. ¿Qué clase de vida es esa? ¿En qué tipo de personas se convertirán?

El rostro de Mak palidece, comprendiendo lo que se refleja en sus ojos. —Wil...

—No voy a criarlos para que piensen que esto es normal —. Sollozo, con mis manos aún protegiendo mi vientre—. No importa lo que sienta por ti, debo protegerlos a ellos primero.

Él retrocede ligeramente, su expresión transformándose en algo que nunca antes había visto: vulnerabilidad pura y miedo. —Podemos solucionar esto —. Su voz baja a un susurro urgente—. Puedo cambiar las cosas y adaptarme. Enviarte a algún lugar más seguro...

—¿A algún lugar donde tus enemigos no me encuentren? —Niego con la cabeza, con lágrimas fluyendo libremente ahora—. No existe tal lugar. Tú mismo lo dijiste. Mientras sean tus hijos, serán objetivos.

El coche avanza velozmente por las calles de la ciudad, poniendo distancia entre nosotros y el baño de sangre que dejamos atrás. Contemplo mis manos salpicadas de sangre, las preciosas imágenes de la ecografía ahora manchadas de carmesí en los bordes.

Mak me observa con creciente desesperación, probablemente sintiendo que me alejo. —Dime qué quieres. Lo que sea. Haré que suceda.

Lo que quiero es imposible. Quiero una vida normal para mis hijos, libre de coches blindados y guardaespaldas. Libre de la constante amenaza de secuestro o asesinato. Libre de la sombra del imperio de su padre construido sobre sangre y miedo.

Cierro los ojos, incapaz de mirarlo mientras tomo la decisión más difícil de mi vida. —Necesito irme. Llevar a nuestros hijos a un lugar donde puedan crecer seguros.

—No hay lugar más seguro que conmigo —. Su voz se quiebra en la última palabra.

—Lo que pasó hoy demuestra que eso no es cierto —. Finalmente encuentro su mirada, dejándole ver la confianza destrozada en mis ojos—. Esto es lo que eres, Mak. Este es el mundo que has construido, y no puedo permitir que nuestros hijos formen parte de él.

Regresamos a la mansión en un silencio agonizante, el abismo entre nosotros ensanchándose con cada kilómetro. Mi cuerpo aún tiembla por el impacto, por el horror de ver morir a un hombre a centímetros de mi cara, y por la comprensión de que el padre de mis hijos, el hombre por quien he empezado a sentir algo a pesar de todas las objeciones racionales, vive en una realidad que nunca podré aceptar para nuestros hijos.

Las imágenes de la ecografía en mi regazo muestran cinco corazones perfectos latiendo con ritmo saludable, dependiendo de mí para tomar la decisión correcta. Sin importar cuánto nos duela a Mak y a mí.

21

Mak

—No los criaré para que piensen que esto es normal. Por mucho que sienta por ti, tengo que protegerlos a ellos primero.

La declaración de Wil me destruye más a fondo de lo que cualquier rival empresarial podría haberlo hecho jamás. Las palabras resuenan en mi mente durante el silencioso trayecto de regreso a la finca, cada sílaba penetrando más profundamente que cualquier cuchilla. Mi imperio, mi poder y mi reputación de repente carecen de sentido ante la perspectiva de perderla a ella y a las cinco vidas que lleva dentro.

La observo por el rabillo del ojo, con el rostro vuelto hacia la ventana, las lágrimas todavía dejando surcos entre las salpicaduras de sangre en sus mejillas. Sus manos no han abandonado su vientre desde el ataque, como si protegiera físicamente a nuestros hijos de la violencia que ya han presenciado. La imagen me quema como ácido en el pecho.

De vuelta en la finca, insisto en que la doctora Phillips la examine de inmediato. Wil no protesta, su formación como enfermera anula su deseo de escapar de mí mientras reconoce la necesidad médica después de semejante trauma. Camino de un lado a otro fuera de la enfermería mientras se realiza el examen, ignorando los intentos de Leonid de informarme sobre las consecuencias del ataque.

La doctora Phillips emerge después de veinte minutos, con una expresión profesionalmente neutral.

—Físicamente, está ilesa. Los cinco fetos muestran latidos cardíacos y actividad normales, pero está experimentando una reacción de estrés agudo. El impacto psicológico no debe subestimarse.

Asiento, el alivio por su seguridad física se ve templado por la conciencia de que el daño es más profundo que la carne.

—Gracias, doctora.

Cuando entro en la sala de examen, Wil ya se ha cambiado el vestido empapado de sangre por un uniforme médico proporcionado por la doctora Phillips. Está sentada al borde de la mesa, mirando la imagen de la ecografía en sus manos, la del especialista en la ciudad, ahora manchada con la sangre de su atacante.

—¿Están todos bien? —Me acerco con cautela, como si fuera un animal herido que pudiera huir ante cualquier movimiento repentino.

Asiente sin mirarme.

—Físicamente.

La insinuación se interpone entre nosotros, cargada de acusación. Algo fundamental se ha roto entre nosotros, la confianza destrozada por las balas y la sangre. Sin decir una palabra más, se desliza de la mesa de exploración y pasa junto a mí, su lenguaje corporal comunicando claramente su deseo de distancia.

La sigo por los pasillos de la finca, manteniendo espacio entre nosotros hasta que llega a su suite, no a la mía, donde ha pasado

cada noche durante la última semana, sino a las habitaciones que se le asignaron originalmente a su llegada. Inmediatamente comienza a sacar ropa de los cajones con manos temblorosas, arrojándola desordenadamente en una maleta abierta sobre la cama.

Me quedo en la puerta, observando sus movimientos frenéticos con creciente desesperación, tratando de formular argumentos que puedan convencerla de quedarse.

—¿Qué estás haciendo?

—¿Qué parece? —No hace una pausa en su tarea y ni siquiera me mira—. No puedo quedarme aquí.

Entro en la habitación a pesar de su inconfundible ira radiando hacia mí.

—El mundo fuera de esta finca es más peligroso para ti ahora. Esos hombres no eran criminales aleatorios. Fueron enviados por enemigos que saben exactamente quién eres y lo que significas para mí.

Ella continúa recogiendo ropa, sus movimientos cada vez más agitados.

—Seguirán viniendo, ¿verdad? No importa adónde vaya, no importa lo que haga, seguirán intentándolo porque estoy conectada contigo.

Mi voz se eleva mientras el miedo alimenta mis palabras.

—¡Por eso precisamente yo soy el único que puede mantenerte a salvo!

Wil finalmente se detiene, volviéndose para enfrentarme con lágrimas corriendo por su rostro.

—¿A salvo? ¿Llamas a lo que pasó hoy estar a salvo? La gente recibió disparos en la calle, Mak. Transeúntes inocentes atrapados en el fuego cruzado. Una mujer estaba sangrando en la acera mientras tú me sacabas de allí apresuradamente.

—Porque ahora tú lo eres todo para mí —doy un paso más cerca, desesperado por hacerle entender—. Tú y esos bebés... no puedo perderos.

—Y ese es el problema —su voz baja casi a un susurro—. Tu amor es tan destructivo como tu odio. Solo conoces una manera de resolver problemas.

—Eso no es cierto —la acusación duele precisamente porque una parte de mí teme que pueda ser exacta.

—No quiero que crezcan insensibilizados ante la violencia como tú lo has hecho —gesticula hacia su vientre, las lágrimas fluyendo libremente mientras continúa empacando—. No quiero que piensen que es normal resolver problemas con balas, o tener guardaespaldas en lugar de amigos, o tener miedo de sus propias sombras.

Años de mi control cuidadosamente construido se desmoronan ante la perspectiva de perder todo lo que de repente se ha vuelto precioso para mí. Nuestra discusión se intensifica a medida que las emociones superan a la razón. Nos gritamos el uno al otro, pero más por amor y miedo que por ira, acercándonos con cada acalorado intercambio hasta que estamos cara a cara en el centro de la habitación.

—¿Crees que no sé lo que soy? —exijo, mi voz quebrándose con la tensión de contener emociones que he suprimido durante décadas —. ¿Crees que quiero esta vida para ellos? ¿Para ti? —agarro sus hombros con suave urgencia, revelando el tormento bajo mi exterior compuesto—. Lo quemaría todo si supiera cómo ser algo diferente.

La expresión de Wil cambia, la ira cediendo paso a algo más complejo.

—Te quiero —las palabras emergen a través de sus lágrimas, una confesión que claramente le cuesta—. Dios me ayude, lo hago, pero a veces, el amor no es suficiente cuando se enfrenta a una violencia que se ha vuelto tan natural como respirar para ti.

La confesión, tanto su amor como su insuficiencia, rompe la última barrera entre nosotros. El dolor y el deseo colisionan cuando la atraigo hacia un beso desesperado que ella devuelve con igual fervor. Sus labios se separan bajo los míos, permitiéndome probar la sal de sus lágrimas y algo exclusivamente de Wil debajo de todo ello.

Espero que me aparte, que vuelva a hacer su maleta y a sus planes de marcharse. En cambio, sus brazos rodean mi cuello, acercándome más mientras el beso se profundiza en algo primario y necesitado. Su cuerpo se presiona contra el mío con una urgencia inesperada, comunicando una desesperación que iguala la mía.

Deslizo mis manos bajo su camiseta, encontrando la cálida piel de su espalda y trazando la delicada curva de su columna. Ella gime en mi boca, el sonido vibrando a través de mí y encendiendo un fuego que amenaza con consumirnos a ambos. La acompaño hacia atrás hasta que sus piernas chocan con el borde de la cama, nuestros labios nunca separándose.

—Te necesito —susurra contra mi boca, sus dedos ya trabajando en los botones de mi camisa—. Una última vez.

Las palabras cortan como una hoja, pero aparto el dolor, concentrándome en cambio en el regalo que está ofreciendo, esta conexión final antes de la separación. Tiro de su camiseta por encima de su cabeza, revelando sus pechos, más llenos ahora con el embarazo, pezones más oscuros y más sensibles que cuando nos unimos por primera vez. La visión hace que mi miembro se endurezca dolorosamente contra mis pantalones a medida.

—Eres tan hermosa —acaricio sus pechos con reverencia, mis pulgares circulando alrededor de unos pezones que se endurecen instantáneamente bajo mi tacto—. Cada centímetro de ti.

Su cabeza cae hacia atrás cuando bajo mi boca hacia uno de esos sensibles picos, rozándolo ligeramente con los dientes antes de que mi lengua alivie el escozor. El sonido que hace, mitad jadeo y mitad

gemido, me lleva al borde del control. Succiono con más fuerza mientras amaso su otro pecho con cuidadosa presión, aprendiendo su cuerpo cambiante como si memorizara un territorio que pronto se perderá.

Wil tira con impaciencia de mi ropa restante, abandonando su habitual paciencia ante nuestra inminente separación. La ayudo, despojándome de la tela hasta que no queda nada entre nosotros. La ligera curva de su vientre donde crecen nuestros hijos hace que se me apriete la garganta con emociones que todavía me cuesta nombrar, pero mi atención es rápidamente reclamada por su mano envolviendo mi polla, ya gruesa y húmeda en la punta.

—Necesito saborearte —murmura, arrodillándose antes de que pueda responder.

La visión de ella así, desnuda y embarazada, me vuelve loco. Cuando sus labios se cierran alrededor de la cabeza de mi polla, gimo profundamente, enredando una mano en su pelo mientras la otra se apoya contra la pared en busca de soporte.

Su boca está caliente y húmeda mientras gira su lengua sobre el sensible borde bajo la cabeza antes de tragarme más profundamente. Observo, hipnotizado, cómo mi miembro desaparece entre sus labios, sus mejillas hundiéndose con una succión que envía chispas de placer por mi columna.

—Wil, joder... —lucho contra el impulso de embestir, de tomar el control, permitiéndole marcar el ritmo—. Se siente increíble.

Ella hace un sonido gutural a mi alrededor, la vibración añadiendo otra capa de sensación. Sus manos no están ociosas, una acariciando mis testículos con suave presión mientras la otra trabaja la base de mi miembro al ritmo de su boca. La doble estimulación acumula presión en la base de mi columna con alarmante rapidez.

Tiro suavemente de su pelo como advertencia. —Estoy cerca.

Me suelta con un último y prolongado lametón, mirándome con ojos oscurecidos por el deseo. —Quiero sentirte dentro de mí.

La levanto con facilidad, tumbándola en la cama entre ropa a medio empacar que se esparce por las sábanas, olvidada en nuestra necesidad. Me tomo un momento para quitarle la ropa restante, revelando el cuerpo que se ha vuelto más precioso para mí que cualquier posesión o territorio. Ella separa los muslos en una invitación, y me quedo sin aliento ante la visión de su sexo, brillante por la excitación que habla de su necesidad.

—Déjame saborearte también. —Me coloco entre sus piernas. La primera pasada amplia de mi lengua por sus pliegues arranca un grito agudo de sus labios, y mueve involuntariamente sus caderas. Mantengo sus muslos abiertos con manos suaves pero firmes, centrando mi atención en el sensible botón sobre su entrada.

—Mak, por favor... —Enreda sus dedos en mi pelo, alternativamente acercándome y alejándome mientras la sensación amenaza con abrumarla—. Oh, justo ahí...

Rodeo su clítoris con la punta de mi lengua, conociendo por sus reacciones anteriores la presión y el ritmo perfectos. Cuando introduzco un dedo en su interior, su canal se estrecha a mi alrededor, las paredes internas palpitando con la proximidad del clímax. Acaricio su interior, trabajando al ritmo de mi lengua hasta que se deshace, arrancando un grito de su garganta mientras su cuerpo se arquea sobre la cama.

Antes de que pueda recuperarse por completo, subo por su cuerpo, posicionándome en su entrada. Nuestras miradas se encuentran, y sus pupilas están dilatadas por el placer y algo más profundo: una conexión que trasciende lo físico que nunca esperé encontrar en esta vida. Empujo hacia delante lentamente, dándole tiempo para adaptarse a mi polla, observando su rostro en busca de cualquier señal de incomodidad.

La sensación de estar dentro de ella es incomparable. Su estrecho y húmedo sexo envuelve mi polla centímetro a centímetro hasta que estoy completamente dentro de ella. Permanezco quieto por un momento, con los antebrazos apoyados a ambos lados de su cabeza, nuestras respiraciones mezclándose en el pequeño espacio entre nosotros.

—Te quiero —Las palabras escapan antes de que pueda detenerlas, crudas y honestas de una manera en que nunca me he permitido ser —. Nunca pensé que le diría eso a nadie.

Las lágrimas llenan sus ojos de nuevo, pero me atrae hacia un beso que habla por sí solo. —Demuéstramelo.

Comienzo a moverme, estableciendo un ritmo que empieza lenta y deliberadamente. Cada embestida comunica lo que las palabras no pueden: mi desesperación, mi devoción y mi silenciosa súplica para que reconsidere su decisión. Sus caderas se elevan para encontrarse con las mías, recibiéndome más profundamente, sus músculos internos apretándose a mi alrededor de una manera que amenaza mi control, pero nunca tengo la sensación de que mi súplica no expresada la esté haciendo cambiar de opinión.

—Más fuerte —exige, clavando sus uñas en mis hombros—. Necesito sentirte.

Los últimos hilos de mi contención se rompen ante su orden. Me hundo en ella con fuerza creciente, todavía consciente de su estado pero incapaz de negar la necesidad primaria de poseerla por completo. El cabecero golpea contra la pared con nuestros movimientos, el sonido puntuando nuestras respiraciones compartidas y gemidos.

—Eres mía —prácticamente gruño las palabras contra su cuello, mordiendo suavemente en la sensible unión del hombro y la garganta—. No importa dónde vayas, no importa lo que pase después. Estos niños son nuestros. Esta conexión es nuestra.

Ella no me contradice. Su única respuesta es un gemido agudo cuando cambio el ángulo, golpeando el punto dentro de ella que hace que sus paredes se contraigan a mi alrededor. Alcanzo el espacio entre nosotros, encontrando su clítoris y rodeándolo al ritmo de mis embestidas cada vez más erráticas.

—Córrete para mí otra vez, Wil —Mi voz es irreconocible, áspera por la emoción y la excitación—. Déjame sentirte una vez más.

Su orgasmo llega con asombrosa intensidad, todo su cuerpo tensándose debajo de mí mientras grita mi nombre. La sensación de su sexo pulsando alrededor de mi polla y la visión de ella deshaciéndose por mí desencadena mi propio orgasmo. Me hundo en ella una última vez, vaciándome profundamente en su interior con un gemido gutural, temblando por la fuerza de ello.

Durante varios momentos después, permanecemos unidos, nuestras respiraciones ralentizándose gradualmente. Apoyo mi frente contra la suya, sin querer separarme todavía, sin reconocer lo que debe venir a continuación. Cuando finalmente me retiro y me acuesto a su lado, ella me sorprende girándose hacia mi abrazo en lugar de alejarse.

La sostengo cerca, extendiendo mi mano protectoramente sobre su vientre, donde crecen nuestros hijos. El silencio entre nosotros se siente a la vez pacífico y ominoso, la calma antes de una tormenta inevitable. Finalmente, lo rompo, incapaz de contener las emociones que amenazan con ahogarme.

Me deslizo por la cama hasta que mi cara está al nivel de su vientre ligeramente redondeado. Presionando mis labios suavemente contra la piel tensa, susurro disculpas a nuestros bebés no nacidos y promesas de arreglar todo, de quemarlo todo si es necesario para ser el padre que merecen en lugar del monstruo que me criaron para ser. Las palabras fluyen desde algún lugar dentro de mí que no sabía que existía, un manantial de emoción que a la vez me aterra y me exalta.

Wil no responde verbalmente, pero me acaricia el pelo en un gesto que podría ser de consuelo o de despedida. El agotamiento y la agitación emocional finalmente la reclaman, y su respiración se vuelve regular mientras duerme, con las lágrimas aún humedeciendo sus mejillas. Se las limpio con dedos suaves, permitiéndome un tierno gesto que ella no recordará.

Permanezco despierto durante toda la noche, velando su forma dormida. Mi mente da vueltas con posibilidades, descartando y reformulando planes que podrían salvar a mi recién descubierta familia. El camino a seguir sigue siendo confuso, oscurecido por años de violencia y poder que no pueden abandonarse simplemente de la noche a la mañana. Mis enemigos interpretarían cualquier señal de retirada como debilidad, atacando con renovado vigor a la primera oportunidad. El imperio Vorobev no se construyó para permitir la renuncia. La única salida siempre ha sido la muerte.

A menos que cree otra opción. Un tercer camino que ni mi padre ni ningún líder de la Bratva antes que yo haya considerado. Cuando se acerca el amanecer, me separo cuidadosamente del cuerpo dormido de Wil, moviéndome en silencio para evitar despertarla. Me visto rápidamente en la penumbra, mi decisión cristalizándose con cada momento que pasa. Lo que suceda a continuación salvará a mi nueva familia o destruirá todo lo que he construido. De cualquier manera, nada seguirá siendo igual.

22

Wil

La luz de la mañana se filtra por las cortinas mientras despierto en una cama vacía, el espacio a mi lado todavía cálido por la presencia de Mak. El recuerdo de anoche vuelve con dolorosa claridad: el ataque en la ciudad, mi declaración de que necesito irme y luego la intimidad desesperada que siguió. Mi cuerpo experimenta un agradable dolor por nuestra pasión, un completo contraste con el vacío en mi pecho.

Me incorporo lentamente, pasando los dedos por mi pelo enredado. Mi ropa dispersa sigue tirada en el suelo donde cayó en nuestra frenética necesidad de conectar una última vez. La maleta a medio hacer yace volcada junto a la cama, su contenido desperdigado por la alfombra. Es una representación visual adecuada de mi caótica vida.

Me levanto de la cama y recojo la maleta, colocándola de nuevo sobre la cama y comenzando el proceso de hacer el equipaje otra vez. Esta vez, trabajo rápidamente, con la mente decidida a pesar del tumulto emocional de la noche anterior. Selecciono solo artículos

esenciales y ropa práctica, dejando atrás la mayoría de la ropa premamá de diseño y las joyas que Mak me prodigó durante mi estancia. Cada objeto que coloco en la maleta se siente como otro paso hacia un futuro que no puedo visualizar claramente pero que sé que debo perseguir por el bien de mis hijos.

El vestido veraniego que llevé mi primer día en el invernadero descansa doblado cuidadosamente en un cajón. Toco la tela brevemente, recordando la expresión de Mak cuando me encontró allí entre las plantas que había creado solo para mí. Muchas cosas han cambiado desde entonces. Lo que comenzó como cautiverio se transformó lentamente en algo completamente distinto, algo que nunca esperé encontrar con un hombre como él. Con reluctancia, dejo el vestido atrás. Los recuerdos asociados a él pertenecen a una vida que ahora estoy abandonando. De todas formas, ya no puedo usarlo.

En el baño, me encuentro mirándome en el espejo. Mi pelo está despeinado, los labios ligeramente hinchados por los apasionados besos, y hay una pequeña marca oscureciéndose en mi clavícula, donde me mordió. La toco suavemente, un recordatorio físico de lo que estoy dejando atrás. La mujer que me devuelve la mirada parece tanto más fuerte como más vulnerable que la persona que llegó a esta finca hace ocho semanas.

La ducha caliente hace poco para aliviar la tensión en mis músculos, pero la rutina aporta consuelo por ser tan normal.

Me visto con capas prácticas, vaqueros con cintura elástica para acomodar mi vientre en crecimiento, un jersey holgado sobre una camiseta sin mangas y zapatos cómodos para caminar. Esta es la ropa de una mujer que planea desaparecer, no la glamurosa ropa premamá que cuelga en el armario.

Fuera de mi ventana, patrullas de seguridad reforzadas recorren la propiedad, con guardias ubicados de forma más prominente que de costumbre. Eso es otro recordatorio del peligro que ahora me acecha debido a mi conexión con el apellido Vorobev. La finca que una vez

se sintió como una jaula dorada ahora parece la única barrera entre mis hijos no nacidos y aquellos que les harían daño para herir a Mak.

Apoyo la mano en mi vientre creciente, sintiendo el ocasional aleteo de movimiento que se ha vuelto más pronunciado en las últimas semanas. Ya puedo distinguir diferentes patrones. El que patea más activamente por la mañana (Bebé C según la ecografía), el suave aleteo que parece responder cuando pongo música clásica (Bebé E), y los movimientos fuertes que a menudo se sincronizan con sus hermanos (Bebés A y B). El Bebé D está posicionado de manera que no puedo tener una lectura completa de sus acciones, así que sigue siendo mi querido misterio.

—Resolveremos esto —les susurro, aunque la incertidumbre tiñe mi voz. ¿Qué estoy planeando exactamente? ¿Adónde iremos? La enfermera práctica en mí cataloga los desafíos que se avecinan: encontrar atención médica especializada para un embarazo de quintillizos de alto riesgo, asegurar una vivienda segura y quizás establecer una nueva identidad. Los obstáculos parecen insuperables cuando se consideran todos a la vez.

Compruebo los fondos de emergencia que he estado guardando discretamente de la generosa "asignación" que Mak insistió en proporcionarme. No es ni de lejos suficiente para lo que me espera, pero es un comienzo. No se me escapa la ironía de usar el dinero del mismo hombre del que estoy huyendo para financiar mi escape, pero estos bebés merecen todas las ventajas, independientemente de su origen.

Un suave golpe en la puerta interrumpe mis pensamientos en espiral. Me tenso, preparándome para otra confrontación con Mak, sin saber si mi determinación resistirá verlo nuevamente a la clara luz del día. En cambio, abro la puerta y encuentro a Zina parada en el pasillo, con expresión decidida y un pequeño bolso de cuero colgado al hombro.

—¿Puedo entrar? —Mira más allá de mí hacia la maleta a medio hacer sobre la cama.

Me hago a un lado, permitiéndole la entrada. —Mak te lo contó.

—No hacía falta. —Se dirige a mi armario, sacando una chaqueta ligera impermeable, ropa de dormir cómoda y una manta térmica que conserva el calor, todavía en su empaque. —Me enteré de lo que ocurrió en la ciudad. Sabía que no te quedarías después de eso.

Para mi sorpresa, comienza a añadir los artículos a mi maleta, organizando cuidadosamente el contenido. Observo, confundida, mientras transfiere mis artículos de tocador a envases de tamaño de viaje que ha traído consigo.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto, deteniéndome a medio doblar un jersey.

Ella continúa su trabajo sin pausa. —Si te vas, yo también me voy.

La declaración me deja momentáneamente en silencio por la sorpresa. ¿La querida hermana de Mak, la única persona que ha protegido toda su vida, quiere irse conmigo?

—Zina, no puedes. A Mak no le gustaría eso.

—Esto no se trata de lo que mi hermano quiera. —Finalmente levanta la mirada, y sus ojos oscuros están llenos de determinación. —Se trata de lo que yo quiero. Lo que he querido durante años. —Se dirige al baño, recogiendo mis medicamentos y vitaminas prenatales, organizándolos con la precisión de alguien que ha planeado para contingencias, mientras continúa hablando—. Siempre he odiado este estilo de vida, Wil. Esta casa que siempre me ha atormentado. Es una prisión dorada, donde he estado protegida pero nunca verdaderamente libre.

La sigo, luchando por procesar esta revelación. —Pero siempre has parecido tan cómoda aquí. Tu investigación literaria, tus amigos de la universidad...

—Práctica. —Una risa sin humor se le escapa mientras cierra una bolsa de aseo—. He tenido planes de escape desde que tenía

catorce años, incluidas cuentas que Mak no conoce, conexiones fuera de la Bratva y una identidad completa que él nunca creó. La investigación es real, pero también es una excusa para viajar, para mantener contactos en el mundo académico, donde el apellido Vorobev no significa nada.

—Entonces, ¿por qué te quedaste? —pregunto, genuinamente curiosa—. Todos estos años, si lo odiabas tanto...

Sus movimientos se ralentizan, una sombra cruza su rostro. —Por él. Porque no podía abandonar al hermano que lo sacrificó todo para protegerme de la crueldad de nuestro padre y de la brutalidad de este mundo. Renunció a cualquier posibilidad de ser normal para mantenerme a salvo. Incluso ahora, me permite fingir independencia mientras mantiene una seguridad invisible que me sigue a todas partes.

Se gira para mirarme de frente, su expresión se suaviza mientras baja la mirada hacia mi vientre. —Pero ahora, tengo más familia que proteger. Estos bebés merecen la oportunidad de tener la vida normal que Mak y yo nunca tuvimos.

Esta simple declaración me provoca lágrimas inesperadas. Las hormonas del embarazo me han dejado emocionalmente vulnerable, pero esto es más profundo. Es la comprensión de que no me enfrento a esto sola. Estos bebés tendrán familia más allá de mí y de su complicado padre.

Juntas, terminamos de hacer el equipaje con una eficiencia nacida de un propósito compartido. Zina resulta sorprendentemente práctica, añadiendo más artículos que no había considerado: un teléfono desechable, dinero en varias divisas y un pequeño botiquín con elementos especializados para el embarazo, incluidos medicamentos para las náuseas.

—¿De dónde has sacado todo esto? —pregunto, viéndola añadir un teléfono satelital.

—Llevo años preparándome. —Comprueba cada artículo cuidadosamente—. Diferentes escenarios, diferentes necesidades. Una mujer embarazada de quintillizos no estaba exactamente en mi lista de contingencias, pero me adapto rápidamente.

El comentario me arranca una sonrisa reluctante. —Aparentemente, un rasgo familiar.

—Algunas cosas son genéticas. —Corresponde a mi sonrisa con una suya, el parecido con Mak momentáneamente sorprendente.

—¿Cómo vamos a salir? —pregunto finalmente, cerrando la maleta —. La finca está repleta de seguridad.

—Eso ya está arreglado. —Mira su reloj—. Necesitamos irnos ahora. Los pasillos de servicio nos llevarán al garaje sin pasar por los principales puntos de control de seguridad.

Vacilo, echando un último vistazo a la habitación. A pesar de mi determinación por irme, esta partida se siente apresurada e incompleta. —¿No deberíamos al menos dejar una nota?

—No es necesario. —Su expresión se vuelve enigmática—. Mak lo sabe.

Esta revelación me sorprende más que cualquier otra cosa. —¿Nos deja ir? ¿Así sin más?

—Es complicado. —Coge mi maleta, indicándome que la siga—. Te lo explicaré por el camino.

Los pasillos de servicio son estrechos y están tenuemente iluminados, claramente diseñados para que el personal doméstico se mueva discretamente por la mansión. Zina los recorre con facilidad, lo que sugiere que ha usado estos pasajes antes. Los aposentos del personal por los que pasamos están silenciosos a esta hora temprana, aunque la cocina ya muestra signos de actividad mientras se preparan las primeras comidas del día.

—Solía explorar estos pasajes cuando era niña —susurra mientras descendemos por una estrecha escalera—. Mak se enfadaba mucho cuando no podía encontrarme, hasta que se dio cuenta de que estaba trazando rutas de escape. Entonces me ayudó a identificar las que evitaban la seguridad.

El comentario revela otra capa más de la complicada relación entre los hermanos. Mak estaba simultáneamente protegiendo a su hermana mientras la preparaba para una independencia que probablemente nunca esperó que ella reclamara.

Emergemos en el garaje, donde espera un sedán sin distintivos. No es uno de los vehículos habituales de la flota Vorobev con sus cristales blindados y puertas reforzadas, sino algo discreto que no llamaría la atención en carreteras normales. Parece algo que los sirvientes podrían conducir para hacer recados.

Lo más sorprendente de todo es Leonid, el lugarteniente más leal de Mak, que se adelanta para tomar nuestras bolsas y cargarlas en el maletero. Su presencia me confunde aún más. Si alguien representa la autoridad de Mak dentro de la organización, es este hombre estoico y eficiente, que nunca se separa de su lado.

—Todo está preparado —le dice a Zina, su rostro típicamente impasible revelando una inusual preocupación—. La propiedad costera está asegurada y abastecida. No pudimos organizar la visita de la Dra. Philips, ya que podría ser demasiado llamativo, pero encontré un nuevo especialista. El Dr. Wilson llegará semanalmente para los controles médicos. Te he enviado los archivos sobre él, incluida su foto, para que no dejes entrar a la persona equivocada. El teléfono satelital está programado solo con contactos de emergencia.

—Gracias, Leonid. —Ella le aprieta el brazo con afecto familiar—. ¿Algún cambio en el cronograma?

Una sombra cruza su rostro. —Acelerado. La situación con Kazanov requirió una respuesta inmediata.

Zina asiente como si este intercambio críptico tuviera perfecto sentido. —Tened cuidado. Todos vosotros.

Miro entre ellos, tratando de entender esta alianza inesperada. —No lo entiendo. ¿Por qué nos ayudáis a irnos?

Leonid se gira hacia mí, su expresión suavizándose marginalmente. —Mi lealtad siempre ha sido personalmente hacia los hermanos Vorobev, no hacia la organización. He velado por ellos desde que eran niños. Su padre me confió su seguridad por encima de todo.

—Mak organizó esto —dice Zina, guiándome hacia el coche—. Después de lo que pasó ayer, se dio cuenta de que no podía mantenerte a salvo aquí mientras también se ocupaba de las amenazas contra ti.

Las piezas lentamente encajan en mi mente. —Cuando dijo que lo reduciría todo a cenizas...

—Lo decía en serio. —Leonid me abre la puerta del coche—. Lo que mi empleador está intentando nunca se ha hecho antes. Habrá resistencia. Resistencia violenta. La finca se convertirá en un objetivo.

—¿Qué está planeando exactamente? —La pregunta parece importante, aunque no estoy segura de por qué. He tomado mi decisión de irme, independientemente de las intenciones de Mak.

Leonid y Zina intercambian una mirada cargada de significado que no puedo interpretar.

—Es mejor que no conozcas los detalles —dice ella finalmente—. Por tu propia seguridad y la de los bebés. La negación plausible importa en el mundo que estamos dejando atrás.

Él mira su reloj. —Tenéis que iros ahora para llegar al punto de control antes del cambio de turno. La ruta estará despejada solo durante los próximos treinta minutos.

Cuatro hombres salen por una puerta lateral, tomando posiciones en dos vehículos adicionales: uno que irá delante y otro que nos seguirá. A diferencia del habitual equipo de seguridad de Mak, con sus evidentes auriculares y chaquetas abultadas que ocultan armas, estos hombres van vestidos de manera informal, su protección disfrazada como acompañantes ordinarios de viaje. No reconozco a ninguno de ellos y me doy cuenta de que estoy un poco triste por no poder despedirme de Orlov. Es el más hablador de mis dos guardias, lo que significa que dice aproximadamente veinte palabras al día en lugar de una o dos como Yakov.

—Estos hombres, Yuri, Anton, Boris y Gorba, te escoltarán hasta la casa segura —dice Leonid—. Solo responden ante mí y ante Mak directamente, y ante nadie más en la organización. Permanecerán con vosotras todo el tiempo que sea necesario.

Las implicaciones de este arreglo no pasan desapercibidas para mí. Mak no confía ni siquiera en su propia estructura de seguridad para protegernos. La idea debería aterrorizarme, pero en cambio, refuerza lo acertado de mi decisión de marcharme.

—¿Y Fedor? —pregunta Zina en voz baja.

—Bajo vigilancia —la expresión de Leonid se endurece—. Sigue siendo... problemático.

Recuerdo al primo que Mak mencionaba ocasionalmente, el ambicioso familiar cuya lealtad parecía cada vez más cuestionable. Todavía no lo he conocido, teniendo la sensación de que él no quería conocerme, o quizás era Mak quien me protegía todo este tiempo. Es otra pieza del complicado rompecabezas que dejo atrás.

Mientras nos acomodamos en el asiento trasero del sedán y Anton se instala tras el volante, Zina toma mi mano. —Todo va a salir bien, Wil. La propiedad costera es preciosa y completamente aislada. Nadie sabe de ella excepto Mak, Leonid y ahora nosotras.

El coche sale del garaje, siguiendo una carretera de servicio que bordea la entrada principal y su puesto de control. El amanecer apenas despunta en el horizonte, pintando el cielo con tonos suaves de rosa y púrpura. Observo cómo la finca se aleja en la distancia, la imponente mansión haciéndose más pequeña hasta que desaparece tras una curva del camino.

—¿Desde cuándo ha estado Mak planeando esto? —pregunto, todavía luchando por reconciliar la confrontación emocional de anoche con esta partida aparentemente bien orquestada.

Ella mira por la ventana, su perfil me recuerda al de su hermano bajo la suave luz de la mañana. —La casa segura siempre ha existido como plan de contingencia, pero ¿tu partida específicamente? Creo que ha estado preparándose para ello desde que llegaste.

—¿Qué quieres decir?

—Mi hermano es muchas cosas, pero no es un iluso —se vuelve hacia mí con una sonrisa triste—. Sabía desde el principio que quizás no podrías aceptar su mundo. Que eventualmente necesitarías una salida. Ha estado preparando contingencias desde el día que te trajo a la finca.

La idea me causa un nuevo dolor. Incluso mientras construía algo conmigo, mientras compartía su cama y hacía planes para nuestros hijos, Mak estaba simultáneamente preparándose para mi inevitable partida. Esta realización habla de toda una vida de pérdidas y traiciones que apenas puedo comprender. —¿Estás segura de que deberías venir conmigo? Es tu hermano, Zina. Eres todo lo que tiene —la idea de que él esté completamente solo me parte el corazón.

—Ya no —su mirada baja significativamente hacia mi vientre—. Y Mak me pidió que fuera contigo, para ayudarte y protegerte si fuera necesario. Sabía que necesitarías a alguien en quien confiaras, y si soy sincera, yo siempre me iba a marchar. Se suponía que iría a

Oxford el próximo mes, pero no lo sentía en el corazón. Solo quería salir. Ayudarte a ti y a ellos me da un propósito más allá de la huida.

Niego con la cabeza, sin entender todavía. —Pero te quiere más que a nadie.

—Por eso precisamente acepté —su expresión se vuelve feroz, recordándome poderosamente a Mak—. Porque yo también le quiero, y ahora mismo, la mejor manera de ayudarle es manteneros a ti y a los bebés a salvo mientras él hace lo que tiene que hacer.

El coche se incorpora a la autopista, uniéndose al tráfico de los que van temprano a trabajar y se alejan de la ciudad. Nuestro convoy mantiene un espaciado cuidadoso, no lo suficientemente cerca como para estar obviamente conectados, pero sin perderse de vista. Anton y Yuri, en el asiento del copiloto, permanecen en silencio, concentrados en sus tareas con profesional indiferencia.

A medida que la ciudad se aleja detrás de nosotros, miro por la ventana con la mano presionada contra el cristal. Siento como si me hubieran arrancado el corazón del pecho, primero con la pérdida de Gisele y ahora con Mak. Cualesquiera que fueran sus defectos, cualquiera que fuera el peligro que su mundo representa para nuestros hijos, la conexión entre nosotros era real. El recuerdo de él susurrando promesas contra mi vientre anoche, jurando convertirse en alguien digno de ser su padre, me trae nuevas lágrimas a los ojos.

Los bebés patean con más vigor que antes, un coro de pequeños movimientos bajo mi palma. Me seco las lágrimas, recordando que debo mantenerme fuerte por ellos y por Zina, que ha renunciado a todo para unirse a mí en este incierto nuevo comienzo. —¿A qué distancia está esa casa segura? —pregunto, tratando de centrarme en cuestiones prácticas en lugar del dolor en mi pecho.

—A unas tres horas hacia la costa —me pasa una botella de agua de una pequeña nevera a sus pies—. Está completamente aislada, con una cala privada y una casa con vistas al océano. Hermosa, pero

casi imposible de acercarse sin ser visto. El pueblo más cercano es lo suficientemente pequeño como para que los extraños sean notados, pero lo bastante grande como para que no destaquemos demasiado con historias de cobertura adecuadas.

—Otra fortaleza —susurro, incapaz de evitar la amargura en mi voz.

—Un asilo temporal —corrige con suavidad—. Hasta que decidas lo que viene después.

La formulación llama mi atención. —Quieres decir hasta que decidamos.

Niega con la cabeza. —Este es tu viaje, Wil. Tus hijos y tu futuro. Estoy aquí para ayudar, no para tomar decisiones por ti.

—¿Pero qué hay de lo que tú quieres? —me giro para mirarla de frente—. Dijiste que llevabas años planeando una escapada.

Una emoción complicada cruza su rostro. —Digamos que nuestros objetivos temporales coinciden. Más allá de eso... veremos qué pasa.

La críptica respuesta sugiere capas de planificación que desconozco, reforzando mi sospecha de que Mak, Zina y Leonid están involucrados en algo más complejo que simplemente ayudarme a irme.

—¿Mak se unirá a nosotras allí? —la pregunta surge antes de que pueda detenerla, traicionando un anhelo que he intentado reprimir.

—Allí o en algún lugar... —su expresión se vuelve cauta—. Eventualmente, si puede.

—¿Si puede?

Mira al frente, su perfil recordándome dolorosamente a su hermano. —Lo que Mak está intentando es peligroso, Wil. No hay garantías.

La afirmación me hace contener la respiración. A pesar de mi determinación de irme, a pesar de saber que nuestra relación es

imposible tal como están las cosas, la idea de Mak en peligro crea una oleada de pánico. —¿Qué está haciendo exactamente?

—Crear un futuro diferente —toma mi mano, apretándola suavemente—. Para todos nosotros, si lo consigue.

La luz de la mañana se derrama por la carretera mientras viajamos hacia el norte, el paisaje cambiando gradualmente desde densos suburbios a pueblos dispersos y finalmente al campo abierto. Apoyo la cabeza contra la ventana, el agotamiento provocado por la agitación emocional de las últimas veinticuatro horas finalmente me alcanza.

Mientras el sueño comienza a apoderarse de mí, me encuentro preguntándome si esta partida es verdaderamente un final o simplemente una pausa. ¿Es una separación necesaria mientras Mak intenta cualquier peligrosa transformación que él cree que podría hacer posible un futuro para nosotros, o será permanente? La incertidumbre debería asustarme, pero en cambio, me brinda un extraño consuelo. Por primera vez desde el ataque, considero que quizás aún podemos tener un futuro con Mak.

23

Mak

Permanezco de pie junto a la ventana de mi despacho, observando cómo el sedán sin distintivos desaparece por el camino de servicio, llevándose a Wil y a Zina lejos de la finca y lejos de mí. El sol naciente se refleja en la forma del coche que se aleja antes de desvanecerse en una curva, dejando solo un camino de entrada vacío y unos terrenos perfectamente cuidados. Su ausencia crea un vacío inmediato, un silencio que parece resonar por toda la mansión que de repente se siente demasiado grande, demasiado vacía y demasiado insignificante.

Durante un largo momento, permanezco inmóvil, memorizando el último vistazo del vehículo que se lleva todo lo que nunca supe que quería hasta que fue demasiado tarde. Luego me doy la vuelta y cruzo la finca con pasos rápidos y decididos que hacen que el personal se aparte de mi camino presuroso. Nadie se atreve a mirarme a los ojos o a ofrecer cortesías matutinas. Reconocen que la fría máscara del *pakhan* ha regresado, quizás más aterradora por su breve ausencia durante las semanas en que Wil compartió mi cama.

En mi dormitorio —nuestro dormitorio, durante ese breve y precioso tiempo— me permito exactamente una hora de duelo privado. Cierro la puerta con llave, un lujo de debilidad que raramente me permito, y catalogo los rastros de la presencia de Wil que permanecen burlándose de mí. Hay una goma para el pelo olvidada en la mesita de noche. El sutil aroma de su champú persiste en mis almohadas cuando las acerco a mi rostro, y un libro sobre embarazo con las páginas dobladas que había estado leyendo sigue abierto en un capítulo sobre el desarrollo fetal a las dieciséis semanas. Su ausencia se siente como una herida física, cruda y sangrante bajo mi exterior cuidadosamente controlado.

Durante cincuenta y nueve minutos, permito que el dolor me invada en oleadas. No solo la pérdida de Wil, aunque esa es la que más profundamente duele, sino las pérdidas acumuladas de toda una vida: el asesinato de mi madre, mi infancia sacrificada a la violencia y la humanidad que entregué pieza por pieza para convertirme en el líder que mi padre exigía. En la privacidad de estas paredes, reconozco el precio que he pagado y admito que el coste fue demasiado alto.

Cuando la hora termina, lo encierro todo. El dolor, el arrepentimiento y el anhelo quedan sellados tras los muros que he pasado toda una vida construyendo. Salgo de mis aposentos con fría determinación, mi expresión tan intimidante que una doncella realmente deja caer sus artículos de limpieza cuando aparezco inesperadamente al doblar una esquina.

No tengo tiempo para revolcarme en la autocompasión o el arrepentimiento. El ataque a Wil a plena luz del día ha confirmado mis peores sospechas, y el papel de mi primo en ello ya no puede ser ignorado. Lo que inicialmente tomé por simple ambición se ha transformado en algo mucho más peligroso. Fedor no solo ha estado cuestionando mi liderazgo. Creo que ha estado socavándome activamente y poniendo a Wil y a nuestros hijos no nacidos directamente en peligro para debilitarme como distracción para su toma de poder. Espero equivocarme, pero no creo que sea así.

—Leonid —entro en la oficina de seguridad sin llamar—. En mi despacho. Ahora.

Me sigue sin cuestionar, su expresión cuidadosamente neutral hasta que la puerta se cierra tras nosotros.

—Han llegado al primer punto de control con seguridad. Treinta minutos antes de lo previsto.

Asiento una vez, reconociendo pero sin discutir esta información. Los asuntos personales deben esperar.

—El ataque de ayer. Muéstrame todo lo que has recopilado.

Durante las siguientes tres horas, revisamos las grabaciones de vigilancia desde múltiples ángulos, rastreando los movimientos de los atacantes de Wil hacia atrás a través de la ciudad. Leonid ha sido minucioso, identificando matrículas, caras y conexiones que pintan un cuadro inquietante. Los hombres no eran matones al azar, ni siquiera soldados rasos estándar de los Kazanov. Eran contratistas especializados, del tipo utilizado para operaciones particularmente sensibles, donde la negación es esencial.

—Este —toco la pantalla, congelando un rostro parcialmente visible bajo una gorra de béisbol—. Lo he visto antes.

—Lev Sokolov —saca un expediente—. Antiguo Spetsnaz. Ahora trabaja principalmente para un gestor dentro de la red Petrov, pero los Petrov no tienen ningún conflicto con nosotros actualmente. Sigue trabajando como freelance.

—Alguien los contrató a través de intermediarios —estudio la imagen, memorizando cada detalle—. Este nivel de seguridad operativa sugiere recursos serios y planificación. No es un movimiento típico de los Kazanov.

—No. Sus métodos suelen ser más directos.

La implicación flota entre nosotros como una soga, ninguno dispuesto a expresar la sospecha en voz alta sin pruebas absolutas.

Si el ataque no se originó con nuestros enemigos conocidos, entonces la amenaza viene desde dentro. La única persona con motivo y recursos para orquestar tal traición es mi propio primo.

—Extrae los registros financieros de los últimos seis meses. Quiero datos de todas las cuentas, incluidas las participaciones en el extranjero —lo miro directamente—. Hazlo discretamente.

Asiente, comprendiendo la gravedad de lo que estoy pidiendo. Investigar a la familia es la violación más grave del protocolo de la *Bratva*, quizás solo superada por traicionar a la familia. Si me equivoco, las consecuencias para la estabilidad de nuestra organización serían graves si se filtrara la noticia. Si tengo razón, el daño ya está hecho.



DURANTE LOS SIGUIENTES TRES DÍAS, trabajo incansablemente, durmiendo solo en breves intervalos entre la revisión de las pruebas que Leonid recopila. Los registros financieros muestran transferencias extrañas a través de un conjunto deliberadamente confuso de empresas fantasma. Los registros de comunicaciones revelan mensajes encriptados enviados desde una dirección IP dentro de la finca durante períodos clave de planificación. Las imágenes de vigilancia capturan breves reuniones con conocidos intermediarios de los Kazanov que nunca aparecieron en los informes oficiales de Fedor.

El patrón se vuelve innegable. Pequeñas inconsistencias se alinean en un cuadro condenatorio de traición tan profunda que incluso yo, que nunca he confiado plenamente en nadie en nuestro mundo desde la muerte de mi madre, siento el aguijón de la traición. Fedor, que creció junto a mí, que compartió sangre, historia y secretos, ha estado socavando sistemáticamente mi posición durante meses.

La confirmación final llega la tercera noche. Leonid coloca un portátil ante mí, su expresión más sombría de lo que jamás he visto.

—El ataque al apartamento de Brooklyn. Recuperamos imágenes de seguridad eliminadas de una tienda de conveniencia frente al edificio.

El vídeo granulado muestra un SUV negro idéntico a los de nuestra flota aparcando cerca del antiguo edificio de Wil. Dos hombres emergen, con los rostros cuidadosamente apartados de las cámaras, pero uno habla brevemente por teléfono antes de entrar. La marca de tiempo coincide exactamente con la noche en que Gisele murió.

—La mejora de audio de otra cámara captó parte de la conversación —Leonid reproduce el clip, un sonido apenas audible pero inconfundible intercambio entre dos hombres.

—Objetivo confirmado...

—Proceder según lo ordenado para la ejecución...

—Sin testigos... —La voz con la que están hablando pertenece a Mikhail, el jefe de seguridad personal de Fedor.

Una rabia como nunca había experimentado recorre mi cuerpo, un infierno blanco y ardiente que amenaza con consumir cualquier pensamiento racional. Agarro el borde de mi escritorio hasta que la madera cruje bajo mis dedos, luchando por mantener el control. —No estaban allí para secuestrarla —digo, mientras la realización se cristaliza con terrible claridad—. Estaban allí para eliminarla antes de que el embarazo se conociera ampliamente. Siempre planearon matar a Gisele también, para eliminar testigos.

Leonid asiente, su habitual impasibilidad agrietándose ligeramente. —Según las comunicaciones que hemos interceptado, Fedor se enteró del embarazo el mismo día en que tú se lo contaste a regañadientes. Ordenó el ataque inmediatamente, viéndola como una amenaza para sus ambiciones.

La idea de que la muerte de Gisele fuera daño colateral en la jugada audaz de Fedor contra mí envía una nueva furia por mis venas. Más que eso, el conocimiento de que tenía como objetivo a Wil,

planeando asesinarla a ella y a nuestros hijos no nacidos, despierta algo primario e implacable dentro de mí.

Podría matarlo ahora. Una palabra a Leonid, y Fedor desaparecería antes del amanecer. La satisfacción sería inmediata, y la venganza apropiada para su traición, pero las consecuencias se propagarían hacia afuera, creando nuevos peligros para Wil y nuestros hijos. La *Bratva* no tolera el derramamiento de sangre interno sin repercusiones. Se formarían facciones, los aliados cuestionarían mi estabilidad y los enemigos aprovecharían la oportunidad para atacar.

No, la muerte de Fedor por sí sola no resuelve nada. Todo el sistema que permite que hombres como él existan, que ataquen a inocentes por el poder, debe ser desmantelado. El imperio que he pasado mi vida construyendo debe arder si Wil y nuestros hijos han de estar verdaderamente seguros. No puedo detener este tipo de corrupción en todas partes, pero puedo acabar con ella aquí en mi ciudad, al menos por ahora. En el proceso, me extraerá de ella permanentemente si todo sale según lo planeado.

—Necesitamos acelerar el plan de contingencia —digo, canalizando la rabia hacia la precisión calculadora en lugar de la venganza ciega —. Todas las fases. Simultáneamente.

Sus cejas se elevan ligeramente, la única indicación de sorpresa. —El factor de riesgo aumenta exponencialmente.

—También lo hace la recompensa. —Me muevo hacia la caja fuerte segura detrás de un panel falso, extrayendo documentos preparados hace años pero nunca implementados—. La gran reapertura del Eclipse este fin de semana es nuestra oportunidad.



El plan toma forma con una atención meticulosa al detalle. Durante las siguientes cuarenta y ocho horas, me reúno solo con mis tenientes más confiables, hombres que han demostrado su lealtad a

través de décadas de servicio, no a través de lazos familiares o ambición política.

Leonid extiende los planos del club nocturno Eclipse sobre mi escritorio, trazando pasillos de mantenimiento y rutas de salida marcadas en rojo mientras cuatro de mis hombres más confiables —Yakov, Orlov, Lev y Sasha— se inclinan, memorizando cada detalle. Estos son hombres que han demostrado su lealtad a través de años de servicio en lugar de lazos familiares o ambición política, y confío en ellos no solo con mi vida sino también con el futuro que espero construir con Wil y nuestros hijos.

—El acceso al túnel está aquí. —Leonid señala un punto debajo del salón VIP privado—. Es una construcción original de la Ley Seca que fue sellada durante la remodelación anterior pero reabierta por nuestro equipo disfrazado de inspectores de edificios durante nuestra ronda de renovaciones. Parecía una vía de escape útil en caso de que alguna vez se necesitara.

—Buen pensamiento anticipado, amigo mío —digo.

Orlov estudia los puntos de salida con los ojos entrecerrados. —¿Adónde conduce?

—Tres manzanas al este a través del cobertizo de mantenimiento de la antigua línea de metro. —Leonid desliza fotografías a través de la mesa.

El plan continúa tomando forma mientras deliberadamente proporciono a Fedor información falsa sobre una reunión de alto nivel con distribuidores colombianos en el Eclipse, invitándole a unirse a la discusión en mi oficina, donde puedo observarle absorber la noticia con satisfacción depredadora.

—Los colombianos están nerviosos después de la incursión de Kazanov en su territorio. —Deslizo una carpeta a través de mi escritorio—. Esta reunión finaliza nuestro acuerdo de protección.

Un tic apenas perceptible tira de la comisura de su boca, y sus ojos brillan con anticipación contenida mientras procesa la oportunidad que involuntariamente le he presentado, o eso cree él.

—Movimiento inteligente, primo. Esto solidifica nuestro corredor sur.

—Quiero que te encargues de la seguridad personalmente. —Noto cómo se endereza ligeramente al recibir el control que necesita para ejecutar cualquier plan que haya formulado—. No hay nadie más en quien confíe para algo tan delicado.

Fedor asiente, sin siquiera intentar ocultar su placer al recibir los arreglos de seguridad. —Lo supervisaré todo yo mismo.

Esa noche, me siento frente a él en mi oficina con el juego de ajedrez entre nosotros, pero aún no estamos jugando.

Fedor gesticula hacia la licorera de cristal con hospitalidad exagerada. —¿Una copa?

—Por favor.

Sirve dos copas de líquido ámbar, entregándome una con un gesto de camaradería fraternal, pero cuando se gira para volver a colocar el tapón, capto la ligera inestabilidad en su mano, la única traición de su anticipación que no puede controlar completamente a pesar de años de práctica en el engaño.

Levanto la copa a mis labios sin dejar que el líquido los toque mientras su mirada sigue el movimiento con una intensidad que sería imperceptible para cualquiera que no hubiera pasado toda una vida leyendo las microexpresiones de hombres peligrosos, y cuando mira su teléfono, vacío la copa en la tierra del gran helecho junto a mi silla, razonablemente seguro de lo que contiene la bebida.

Fedor levanta su propia copa en un brindis, su voz cargada de capas de significado que solo él cree que entiende. —Mañana lo cambiará todo.

—Sí —sostengo su mirada directamente, dejando que un toque de emoción genuina se filtre a través de mi máscara cuidadosamente mantenida—. Sin duda lo será.

Un destello de incertidumbre cruza sus facciones antes de que regrese su confianza imperturbable, y claramente cree que sus planes siguen sin ser detectados mientras no tiene ni idea de que mis hombres ya han registrado el club en busca de sus dispositivos y han colocado nuestros propios explosivos por toda la estructura, posicionados con precisión para lograr el máximo impacto estructural pero cuidadosamente dispuestos para evitar la planta principal. Me aseguré de ello. El personal leal a mí hará un barrido del edificio con el pretexto de un problema de fontanería en el nivel inferior cuando llegue el momento oportuno.

Después de que se marcha, hago los preparativos finales, transfiriendo activos significativos a cuentas seguras establecidas hace años bajo identidades que ni siquiera mis abogados conocen. La documentación para Wil y nuestros hijos descansa en cámaras acorazadas en el extranjero aseguradas con cerraduras biométricas que solo yo puedo acceder, y los cimientos para nuestra nueva vida están establecidos como rieles invisibles dispuestos para un viaje que ahora depende de una ejecución perfecta.

En las horas previas al amanecer, grabo un mensaje para Wil en un dispositivo encriptado, permitiendo que la cámara capture una versión de mí que pocos han visto jamás: solo un hombre expresando verdades enterradas durante años bajo capas de violencia y control.

—Tenía once años cuando vi morir a alguien por primera vez —mi voz suena extraña a mis propios oídos, despojada de la autoridad que normalmente proyecto—. Dieciséis cuando maté por primera vez. Ninguna de las dos cosas te abandona, pero por diferentes motivos.

Hablo del chico que fui antes de que la violencia me reclamara, de sueños abandonados hace tiempo y remordimientos que me

persiguen en mis momentos más silenciosos, contándole cómo ella despertó partes de mí que creía muertas y cómo nuestros hijos representan un futuro que nunca me atreví a imaginar. —Este es el único regalo digno de lo que me has dado... —termino la grabación, con un nudo inesperado en la garganta—. Libertad del legado Vorobev.



El Eclipse pulsa con luces azules y moradas que danzan entre los arcos góticos de la catedral restaurada, proyectando sombras inquietantes a través de las vidrieras que una vez representaron santos pero que ahora fragmentan la luz en patrones caleidoscópicos sobre la pista de baile. Llego exactamente a las 9:30, flanqueado por seguridad como de costumbre, aunque esta noche mi equipo habitual ha sido reemplazado por los cuatro hombres que conocen la verdad, y nos recibe a la entrada Fedor, que me agarra el hombro con un calor impostado que no llega a sus calculadores ojos.

—Los colombianos han llamado. Llegarán con veinte minutos de retraso —me guía hacia la sección VIP con un aire propietario que sugiere que ya considera suyo el club—. He reservado todo el nivel superior.

Examino el club, observando las posiciones de los hombres de Fedor. Hay demasiados, desplegados en patrones que sugieren una estrategia ofensiva más que defensiva, mientras que cerca de la barra, detecto dos rostros desconocidos que intentan mezclarse demasiado, su postura y estado de alerta delatándolos como soldados de Kazanov traídos para garantizar aún más mi muerte.

—¿Una copa mientras esperamos? —señala una botella de coñac raro ya abierta en la mesa VIP, el líquido ámbar captando la pulsante luz azul de una manera que parecería tentadora si yo no supiera mejor.

—Más tarde. Necesito revisar los términos finales —miro mi reloj con una despreocupación deliberada, observando la breve decepción que cruza su rostro antes de que la enmascare. Quiere que esté incapacitado antes de que lleguen los colombianos, o mejor dicho, antes de que llegue quien realmente viene, y el coñac casi seguro está drogado como respaldo a lo que deslizó en mi whisky anoche, lo que me hace preguntarme brevemente si sospecha que evité beberlo.

El temporizador en mi teléfono marca una cuenta regresiva de treinta minutos y todo procede según lo planeado hasta que ocurre lo inesperado en forma de un rostro que reconozco inmediatamente al otro lado de la abarrotada pista de baile.

Iván Petrov —hijo del patriarca de la familia Petrov y una carta salvaje notoriamente impredecible en la política de la *Bratva*— se abre paso entre la multitud con su equipo de seguridad despejando el camino, y su presencia amenaza con desbaratarlo todo si me reconoce después de la explosión.

—Invitado inesperado a las tres en punto —murmuro a Orlov, quien asiente imperceptiblemente antes de escabullirse para alertar a los demás.

Fedor sigue mi mirada, entrecerrando ligeramente los ojos. —¿Algún problema?

—Nada que merezca discutirse —descarto con un gesto, redirigiendo la conversación—. Cuéntame sobre las medidas de seguridad adicionales que has implementado.

Mientras se lanza a una explicación detallada, vuelvo a comprobar la hora: quedan veintitrés minutos para la detonación, e Iván se acerca cada vez más, abriéndose paso entre la multitud hacia la sección VIP, probablemente buscando presentar sus respetos como es costumbre entre familias, lo que aumenta las probabilidades de que luego diga a otros que me vio. Bien. Solo necesito sacarlo de aquí

antes de la explosión. No quiero que muera cuando no tengo ningún conflicto actual con los Petrov.

—Disculpadme —me levanto abruptamente, interrumpiendo el monólogo de Fedor sobre los guardias del perímetro—. Necesito ir al baño antes de que lleguen los colombianos.

Los ojos de Fedor se entrecierran ligeramente con sospecha. —Haré que Mijaíl te acompañe.

—No es necesario. Sé dónde está y llevo meando solo más tiempo del que tú llevas vivo —me río como si fuera una broma, y él suelta una risa insegura antes de que me dirija hacia el baño privado adyacente a la zona VIP, forzando la naturalidad en mi paso incluso mientras siento su mirada clavada en mi espalda.

Dentro, cierro la puerta con llave e inmediatamente toco mi auricular. —Iván Petrov está aquí. Ajustad el cronograma.

La voz de Leonid crepita con estática a través del canal seguro. —Entendido. Nueva detonación en dieciocho minutos. El acceso al túnel sigue despejado.

Me echo agua en la cara, preparándome para lo que viene a continuación antes de salir del baño para encontrar a Fedor esperando, su postura casual desmentida por la tensión en sus hombros y la rigidez alrededor de sus ojos.

—Los colombianos acaban de llamar otra vez. Retraso por el tráfico, así que tardarán otros quince minutos —su mirada es demasiado intensa, demasiado depredadora, y la mentira es tan transparente que sé que ha cambiado su plan, lo que significa que necesito acelerar el mío.

—Entonces tengo tiempo para esa copa —me muevo hacia la mesa VIP, observando el alivio que atraviesa sus facciones cuando alcanzo el coñac que me aseguraría estar indefenso cuando su verdadero plan se desarrolle.

Detrás de él, Iván Petrov sube las escaleras hasta nuestra sección, sus guardaespaldas abriéndole paso entre la multitud. Levanto la copa deliberadamente antes de dejarla resbalar de mis dedos. Se hace añicos en el suelo, salpicando coñac caro por mis pantalones y la manga de mi chaqueta, atrayendo la atención de la seguridad cercana. —Torpe esta noche —murmuro, sacudiéndome la mancha que se extiende con fingida molestia—. Nervios, quizás.

La sonrisa de Fedor se tensa con frustración apenas controlada. —Traeré otra.

En cuanto se gira, tecleo una secuencia rápida en mi teléfono. El temporizador salta de quince minutos a dos. No es lo ideal pero es necesario. Iván Petrov está a punto de llegar, y aunque quiero que me vea aquí, necesito que se vaya inmediatamente después. Su testimonio posterior de haberme visto vivo y hablando conmigo en el Eclipse hará más por vender la mentira de mi muerte que cualquier grabación preparada.

—Mijaíl —llama Fedor a su jefe de seguridad, Mijaíl, el bruto cuya mano nunca se aleja demasiado de la pistola bajo su abrigo—. Otro coñac para mi primo.

Me aparto de la mesa, mirando la marca húmeda que se extiende. —Me limpiaré. No quiero oler a brandy derramado cuando lleguen los colombianos. —Me levanto de mi asiento con suave determinación, dirigiéndome de nuevo hacia el baño privado, donde me espera mi salida, con el acceso al túnel oculto detrás de un panel de mantenimiento. Dos minutos es ajustado, pero si me muevo ahora, puedo conseguirlo.

Excepto que Mijaíl se coloca directamente en mi camino.

—Déjeme comprobarlo primero, *pakhan*. —Bloquea el pasillo, con el pecho ancho y la mirada entrecerrada desafiándome a insistir en lo contrario. Su mano descansa sobre la funda de su pistola. No hay forma de malinterpretar el mensaje. Sospechan algo. O lo saben todo. En cualquier caso, la farsa ha terminado.

Miro hacia Fedor, que observa sin intervenir, su expresión ilegible pero con ojos agudos y calculadores. Fuerzo una sonrisa. —Por supuesto. La seguridad primero.

Mijaíl desaparece en el baño, y justo así, mi salida queda comprometida. Giro, con la mente acelerada. La escotilla detrás del panel está descartada. Tengo otra forma de alcanzar el túnel: a través de la cocina y por el corredor de servicio trasero. Es menos discreto y más expuesto, pero es todo lo que me queda.

A menos que...

Iván.

Escaneo el suelo justo cuando Iván Petrov pisa el descansillo, flanqueado por dos guardaespaldas y transmitiendo derecho como si fuera colonia. Saluda a Fedor con los tradicionales besos de la *Bratva*, luego se gira hacia mí con alegre ignorancia. —Makari Vorobev. ¿Divirtiéndose en una discoteca? El infierno debe estar congelándose.

—Iván —estrecho su mano, lo acerco—. Hay un equipo de sicarios de los Kazanov aquí. Salga ahora.

Su rostro cambia inmediatamente. La sorpresa desaparece tras un cálculo frío. —¿Dónde?

—Cerca de la barra. Dos hombres. Más fuera, lo más probable. Están usando esta noche como cobertura.

No es mentira. Fedor trajo músculo externo para este golpe, y el nombre Kazanov es el cebo perfecto. Desencadenará represalias, sospechas y semanas de distracción.

Iván asiente una vez y hace señas a sus hombres. Se forman a su alrededor como un mecanismo de relojería y comienzan a sacarlo del edificio, atrayendo la atención mientras se mueven.

Perfecto.

Los hombres de Fedor miran hacia el disturbio, y algunos recurren a sus comunicadores. Otros cambian de posición, distraídos.

Me deslizo detrás de una de las columnas talladas que bordean el corredor. El temporizador en mi teléfono marca 0:47.

El camino a través del club está abierto. Cocina. Corredor. Escotilla.

Hora de desaparecer.

Capto la atención de Orlov al otro lado de la sala, dándole la señal predeterminada con un gesto sutil que no significaría nada para cualquier otra persona, y él toca su auricular, alertando a los demás de que la extracción está ocurriendo ahora, listos o no.

Miro hacia el piso principal, donde veo al personal discretamente dirigiendo a los invitados de la primera planta/no VIP hacia la salida. En momentos, los invitados inocentes estarán fuera del club, y solo quedarán los de este piso.

Fedor se gira, dándose cuenta de que ya no estoy a su lado, y escanea la sección VIP con creciente urgencia hasta que me ve al otro lado de la sala. Por un breve momento, pasa un reconocimiento entre nosotros —él sabe que yo sé, y yo sé que él sabe— mientras la farsa se disuelve como azúcar bajo la lluvia.

—Encontrad a mi primo —espeta a sus hombres con una pérdida de compostura poco característica, lo bastante alto como para que pueda oírlo e interpretarlo desde aquí por la forma de sus labios mientras suelta la orden—. ¡Ahora!

El temporizador marca 0:32, cada segundo que pasa acerca más la destrucción.

Me muevo rápidamente por los corredores de servicio, usando la confusión como cobertura mientras gritos distantes sugieren que la confrontación de Iván con los soldados de Kazanov está escalando exactamente como esperaba. Dos de los hombres de Fedor me ven doblar una esquina y se apresuran a sacar sus armas, pero Lev y

Sasha los interceptan por detrás, neutralizándolos tan rápidamente que no hay tiempo para que nadie responda.

—Por aquí —dice Lev, guiándome por un estrecho pasaje que apesta a cerveza derramada y productos químicos de limpieza tras años de operaciones de discoteca.

Atravesamos las puertas batientes hacia la cocina, pero en lugar de caos y ruido, encontramos una inquietante quietud. El espacio, normalmente ruidoso con órdenes, sartenes traqueteantes e instrucciones a gritos, está completamente desierto, según lo planeado. Las sartenes se enfrían en fogones aún calientes, ingredientes preparados a medias descansan en tablas de cortar, abandonados a medias, y un temporizador digital pita desde un horno que nadie queda para atender. Incluso hay una crème brûlée terminada esperando en el pase, su parte superior caramelizada empezando a sudar con el calor.

Lev inspecciona la habitación. —Despejado —dice, confirmando lo que ya esperábamos.

Ni personal ni testigos. Cada alma que debería haber estado aquí ya se ha ido, evacuada según las órdenes de evacuación silenciosa transmitidas esta noche. Tenemos el tiempo y la cobertura que necesitamos.

Cruzamos rápidamente hacia la puerta de «Solo Empleados» que conduce al pasillo trasero, pero el picaporte no cede. Sasha le da un empujón y luego retrocede con una mueca.

—Cerrada. ¿Quizás un candado externo? Eso no estaba en los planos.

—Obra de Fedor —murmuro, ya buscando alternativas—. Pasamos al Plan B.

Sasha señala con la cabeza el montacargas en la pared, una reliquia anterior a todas las renovaciones realizadas en los últimos treinta años.

—¿Esa cosa nos aguantará?

—No a todos a la vez, pero nos llevará adonde necesitamos ir —hablo con más confianza de la que siento, pero parece tranquilizarles.

Sin dudar, Sasha abre de un tirón la pequeña puerta metálica, revelando el estrecho hueco apenas lo suficientemente amplio para acomodar a un adulto agachado. El polvo flota en el aire interior, sin perturbaciones durante décadas, hasta ahora.

—Lev, tú primero —digo.

Él se mete sin decir palabra, encogiéndose en el espacio antes de deslizarse hacia la oscuridad. Sasha le sigue, metiendo a presión su cuerpo mucho más grande.

—Un día más de entrenamiento de piernas y jamás habría cabido —murmura.

La cuenta atrás en mi cabeza avanza implacablemente. El temporizador en mi móvil marca nueve segundos. Me deslizo en el montacargas el último, con las rodillas apretadas contra el pecho. La madera cruje bajo mi peso, pero aguanta. Alargo la mano y cierro la puerta tras de mí justo cuando las puertas de la cocina vuelven a abrirse de golpe.

Mikhail irrumpe, sus botas golpeando las baldosas con fuerza en la cadencia afilada de un hombre que espera resistencia o confrontación. Sostiene su arma preparada, su cuerpo tenso, la mirada recorriendo el espacio mientras asimila la extraña quietud. Claramente esto no es lo que anticipaba.

Se detiene justo dentro del umbral y examina la cocina vacía con una creciente sensación de confusión. El lugar parece abandonado a mitad de turno. Esperaba encontrar a alguien —a cualquiera— a quien pudiera acorralar, interrogar o intimidar para obtener información, pero no hay nadie.

Avanza más dentro de la habitación, el cañón de su arma cortando metódicamente el aire. Comprueba detrás de los mostradores, abre la cámara frigorífica y aparta una mesa de preparación con fuerza innecesaria, pero sigue sin encontrar nada.

El motor del montacargas se pone en marcha con un chirrido. El hueco tiembla mientras comienza su descenso, la plataforma estremeciéndose debajo de mí con cada centímetro que desciende. Me aprieto más contra la esquina en sombras del compartimento y contengo la respiración.

Mikhail se tensa.

Lo oye.

Su cabeza gira bruscamente hacia el hueco justo cuando me deslizo por debajo del nivel de la cocina.

Capto el borrón de su movimiento a través de las tablas de madera —una sombra girando bruscamente, botas pivotando mientras cruza el suelo.

Se dirige directamente hacia el montacargas, pero es demasiado tarde. Para cuando alcanza la apertura, ya he desaparecido, tragado por la oscuridad del túnel. Puede que note el polvo alterado a lo largo del riel o escuche el gemido de la polea desvaneciéndose en las profundidades, pero nunca me vio con suficiente claridad. No importará, porque algunos de los explosivos están en la cocina, y será despedazado en los próximos segundos. También preparamos esta zona para que explotara, queriendo ocultar cualquier evidencia del túnel de escape. Espero que Fedor se escabulla, pero tendrá que arreglárselas sin su corpulento compinche de ahora en adelante.

El montacargas se detiene bruscamente en el sótano. Abro de una patada la estrecha puerta y caigo rodando sobre el suelo de hormigón. Lev y Sasha ya están esperando con las armas desenfundadas, tensos y alerta ante cualquier persecución.

—Moveos —digo, y juntos, corremos hacia la entrada del túnel, justo cuando el mundo sobre nosotros comienza a explotar con una fuerza que parece comprimir el aire en mis pulmones, la primera explosión sacudiendo los cimientos y haciéndonos tambalearnos contra las ásperas paredes de piedra. Las baldosas del techo se desploman a nuestro alrededor y las tuberías revientan con urgencia sibilante, rociando agua y vapor en nubes cegadoras que llenan el estrecho pasillo con energía caótica.

La segunda y tercera explosiones llegan en rápida sucesión, precisamente como estaba planeado, las cargas cuidadosamente colocadas desmantelando sistemáticamente el edificio desde dentro hacia fuera con una destrucción controlada que cascada a través de la estructura mientras minimiza las bajas en los pisos superiores.

Alcanzamos la entrada del túnel cuando la explosión final, la más grande, desgarra el piso principal directamente sobre nosotros, la onda expansiva lanzándonos hacia adelante en el oscuro pasaje mientras el techo detrás de nosotros se derrumba en una atronadora avalancha de hormigón y acero, sellando nuestra ruta de escape y cualquier posibilidad de que los perseguidores sigan nuestro rastro.

Durante varios minutos, yacemos en la oscuridad, respirando aire lleno de polvo mientras las réplicas retumban a través del suelo sobre nosotros, y los escombros continúan asentándose con ominosos crujidos y gemidos. Finalmente, Lev enciende una linterna, el haz cortando a través del espeso polvo para iluminar nuestras pálidas caras cubiertas de suciedad.

—¿Todos intactos? —pregunto, haciendo inventario de mi propio cuerpo y sin encontrar nada roto, aunque mis oídos zumban dolorosamente por la fuerza concusiva de la explosión.

Asienten, levantándose temblorosamente, y nos movemos rápidamente a través del estrecho túnel, navegando por el haz de la linterna de Lev a través de un pasaje que huele a tierra húmeda y moho, intacto durante décadas hasta que Leonid tuvo la previsión de hacer estos preparativos en caso de que alguna vez necesitáramos

una escapada rápida y oculta del club. Me recuerdo a mí mismo transferirle una gran bonificación por pensar con anticipación una vez que salgamos de aquí.

Después de veinte minutos de progreso silencioso, llegamos a una escalera metálica que conduce hacia arriba a una escotilla oxidada, y juntos, empujamos la tapa de la alcantarilla fuera de nuestro camino. Emergemos a tres manzanas del Eclipse, dentro de un cobertizo de mantenimiento para la vieja línea de metro, exactamente como estaba planeado en nuestras meticulosas preparaciones.

Leonid espera con una furgoneta anodina, motor en marcha, su expresión sin revelar nada de la tensión que la situación justifica.

—Está hecho. El edificio colapsó exactamente como se diseñó. Los servicios de emergencia ya lo están declarando un evento con víctimas masivas, que habría sido mucho peor si no hubiera habido una fuga en las tuberías que evacuó a la mayoría de los invitados —me da una breve sonrisa satisfecha—. El club fue destruido, pero las víctimas se limitaron al nivel VIP... y escuché a alguien decir que el nivel del sótano también fue destruido.

Asiento. —Mikhail habría estado justo allí cuando sucedió —. No tengo que preocuparme de que le diga a Fedor que podría haber escapado. El alivio me invade. —¿Y Fedor? —acepto una botella de agua y una toalla para limpiarme el polvo de la cara, la arenilla entre mis dientes un recordatorio de lo cerca que estuve de unirme a las víctimas reales.

—Escapó por una salida de servicio. Ya está haciendo llamadas, asumiendo el control de las operaciones.

Perfecto. Deja que crea que orquestó mi muerte, sin darse cuenta de que es simplemente un títere bailando al ritmo de los hilos que he dispuesto cuidadosamente para su inevitable caída. No tiene ni idea de que nuestros explosivos reemplazaron los suyos en este momento. Probablemente asumirá que los mercenarios que contrató

para instalarlos estropearon el temporizador, haciendo que estallaran demasiado pronto. Para cuando se dé cuenta, si es que lo hace, la siguiente fase estará en marcha.

Conducimos en silencio hasta una casa franca en las afueras de la ciudad, un modesto apartamento en un edificio propiedad de una sociedad fantasma separada por cinco capas de cualquier conexión con los Vorobev. La televisión ya está encendida cuando llegamos, todos los canales mostrando imágenes de helicóptero del Eclipse, que ahora es un cráter humeante de metal retorcido y cristal hecho añicos, donde una vez estuvo una catedral reconvertida en discoteca.

—Última hora desde Manhattan —anuncia la reportera, su voz tensa por una excitación controlada que apenas disimula la fascinación morbosa que crean los desastres—. Una explosión masiva ha destruido la recién reabierta discoteca Eclipse. Fuentes confirman que el magnate empresarial ruso Makari Vorobev se estaba reuniendo con sus asociados cuando ocurrió la explosión. Las autoridades presumen que todos los que estaban dentro han perecido, aunque los esfuerzos de recuperación continúan. Los informes preliminares sugieren una posible fuga de gas, pero los investigadores no han descartado un acto criminal.

Las imágenes cambian a un reportero entrevistando a un testigo en estado de shock, una mujer joven con el rímel corrido por las mejillas. —Fue como si hubiera estallado una bomba. Todo el edificio simplemente... se derrumbó.

Otro canal muestra a Fedor llegando a la escena, su actuación impecable, el rostro pálido, movimientos frenéticos mientras exige información a los servicios de emergencia, su dolor aparentemente genuino para cualquiera que no lo conozca como yo.

—Están informando de al menos quince víctimas mortales —dice Leonid, pasándome una tableta segura que muestra las comunicaciones policiales—. Los restos humanos dificultan el recuento exacto.

Las partes y los cuerpos provienen de cadáveres no reclamados desviados discretamente de las morgues de la ciudad. Sus registros dentales fueron alterados o reemplazados por los nuestros con antelación, asegurando que cuando las autoridades realizaran la identificación forense, los resultados serían indiscutibles. Muestras de ADN, cuidadosamente plantadas, completarán la ilusión. Sus familias, cuando corresponda, aunque la mayoría eran John Does no reclamados destinados a un entierro de indigentes, recibirán una generosa compensación imposible de rastrear.

—Fase uno completa —digo, aceptando una muda de ropa de Sasha, los sencillos vaqueros y sudadera con capucha muy diferentes del traje de diseñador ahora cubierto de polvo y escombros de mi antigua vida—. Empezamos a desmantelar operaciones mañana.

Esa noche, en un alojamiento mucho menos lujoso que los que he conocido durante la mayor parte de mi vida, saco de mi bolsillo la ecografía de mis cinco hijos. El papel está ahora arrugado, manchado con el polvo de la explosión, pero sus pequeñas formas permanecen claras en la nítida imagen de la máquina del cardiólogo que captura el milagro que Wil y yo creamos juntos.

Trazo cada uno con la punta del dedo, maravillándome de las diminutas manos y pies visibles incluso en esta etapa temprana, y por primera vez en mi vida, la destrucción no solo trae satisfacción sino esperanza. Cada pieza del imperio Vorobev que cae crea espacio para que algo nuevo crezca en su lugar, algo no contaminado por sangre y miedo.

El hombre que fui está verdaderamente muerto ahora, el monstruo que mi padre creó finalmente descansa junto a la organización que exigió su existencia, y de estas cenizas, quizás pueda surgir un padre digno de Wil y nuestros hijos.

24

Wil

Estoy de pie junto a la ventana de la cocina, acunando una taza de té de jengibre entre mis palmas mientras contemplo el sol sobre el océano. Los bebés se mueven dentro de mí, sus movimientos cada vez más fuertes cada semana a medida que se desarrollan, pasando de ser esas diminutas imágenes con forma de frijol en la primera ecografía a pequeñas personas distintas con sus propios patrones y personalidades, incluso en el vientre.

Mis dedos trazan círculos distraídos sobre la piel estirada de mi vientre, respondiendo a una patada particularmente vigorosa del Bebé A, el más activo de los cinco, a menos que haya intercambiado posiciones con un hermano. —Buenos días a ti también —susurro, permitiéndome una pequeña sonrisa a pesar de la pesadez que se ha instalado sobre mí desde que llegamos a esta aislada propiedad costera hace tres semanas.

El sonido de neumáticos sobre la grava atrae mi atención hacia la entrada, donde un familiar sedán negro se detiene junto a la casa. Mi corazón se acelera con la irracional esperanza que acompaña

cada llegada, aunque la lógica me dice que Mak no va a salir de ese coche. La decepción cuando Leonid emerge solo no es menos aguda por ser esperada, y me aparto de la ventana, sin querer verlo acercarse a la casa con cualquier noticia que lo haya traído aquí sin previo aviso.

Zina aparece en el umbral momentos después, su cabello oscuro recogido en una práctica coleta, y su expresión cuidadosamente neutral mientras me observa. —Leonid está aquí. Dice que necesita hablar con nosotras dos.

Algo en su tono me hace mirarla bruscamente, un frío temor instalándose en mi estómago que no tiene nada que ver con las náuseas matutinas. —¿Qué ha pasado?

Ella niega ligeramente con la cabeza, un gesto tan reminiscente de su hermano que mi pecho se contrae dolorosamente. —No quiso decirlo hasta que estuviéramos ambas presentes.

Cuando aparece en la puerta de la cocina, su rostro me dice todo antes de pronunciar una sola palabra. Sus facciones normalmente impasibles están marcadas por una gravedad que nunca había visto antes, y por primera vez desde que conozco a este hombre estoico, parece inseguro sobre cómo proceder.

—¿Qué ocurre? —La voz de Zina se quiebra ligeramente, traicionando el miedo que intenta ocultar—. ¿Son los Kazanov? ¿Nos han encontrado?

Él niega con la cabeza, moviendo su mirada entre nosotras antes de posarla en mí con una gentileza poco característica. —Hubo una explosión en el club nocturno Eclipse en Manhattan anoche. El edificio se derrumbó por completo.

La taza se desliza de mis dedos repentinamente entumecidos, haciéndose añicos en el suelo de baldosas y salpicando té sobre mis pies descalzos, pero apenas registro el calor o la cerámica rota. Mi mente lucha por procesar sus palabras, negándose a hacer la

conexión que ya está haciendo que Zina se agarre a la encimera de la cocina para sostenerse.

—¿Mak? —Su pregunta es difícil de oír.

—Makari estaba dentro, reunido con distribuidores colombianos. —La voz de Leonid mantiene su desapego profesional, pero sus ojos delatan la emoción que normalmente oculta—. La explosión ocurrió en el sótano y afectó a los soportes estructurales. El edificio... No hubo supervivientes en la sección VIP.

Las palabras resuenan sin sentido a mi alrededor mientras la habitación comienza a inclinarse y girar. Un extraño pitido agudo llena mis oídos mientras mis rodillas ceden bajo mi peso. Me derrumbo no gradualmente sino de golpe, como si alguien hubiera cortado las cuerdas que me mantenían erguida. El sonido que se desgarra de mi garganta es primario y desconocido incluso para mis propios oídos. No es un grito ni un sollozo, sino algo más elemental, la vocalización cruda de un dolor demasiado profundo para las palabras.

Zina me alcanza primero, rodeándome con sus brazos mientras ambas nos hundimos en el suelo entre la cerámica rota y el té derramado. Su cuerpo tiembla contra el mío, su dolor tan potente como el mío, y a través de la bruma del shock, siento un alivio distante de que esté aquí, que ninguna de las dos deba soportar este momento sola.

—No puede ser verdad —logro decir entre respiraciones entrecortadas que se niegan a llenar mis pulmones adecuadamente —. Él no puede estar...

La palabra "muerto" se atasca en mi garganta, negándose a ser pronunciada en voz alta, como si mi negación de alguna manera pudiera alterar la realidad. Mak, con su presencia imponente y su poder cuidadosamente controlado, parece demasiado sustancial para simplemente dejar de existir. El hombre que dominaba habitaciones con una mirada, que construyó un imperio a través de voluntad y

cálculo, que sobrevivió a innumerables intentos contra su vida antes de que yo siquiera lo conociera... ¿cómo podría haberse ido?

—Recibimos confirmación de múltiples fuentes. —Leonid se arrodilla junto a nosotras, su estoicismo habitual quebrándose para revelar un dolor genuino—. Las autoridades todavía están recuperando... restos. Las pruebas de ADN llevarán tiempo, pero testigos oculares confirmaron su presencia dentro justo antes de la explosión.

—¿Quién hizo esto? —La pregunta de Zina corta a través de sus lágrimas, una repentina dureza entrando en su voz que me recuerda poderosamente a su hermano—. ¿Fueron los Kazanov?

Leonid duda, suavizando su expresión hacia una cuidadosa neutralidad. —Los informes iniciales de Ivan Petrov sugieren la participación de los Kazanov, pero nada está confirmado. Fedor sobrevivió. Había salido momentos antes de la explosión. Ya está trabajando para estabilizar la organización y prometiendo represalias.

La mención de Fedor me envía un escalofrío a pesar del calor de la cocina. Algo sobre el momento parece incorrecto, con Mak enviándonos lejos a un lugar seguro, y luego muriendo menos de una semana después en lo que seguramente no fue un ataque aleatorio. La coincidencia es demasiado conveniente, demasiado perfectamente cronometrada para arrojar todo al caos.

El pensamiento se desvanece cuando el dolor supera la sospecha al comenzar a asimilar la realidad. Mak realmente se ha ido, independientemente de quién lo orquestara o por qué. El padre de mis hijos, el hombre complejo que apenas había comenzado a entender, ha sido arrancado antes de que pudiéramos resolver lo que había entre nosotros. Nuestra última noche juntos, con la discusión, el acto desesperado de amor y las promesas susurradas contra mi piel, lleva ahora la insoportable marca de la finalidad.

—Necesito ver —susurro, aunque no estoy completamente segura de qué quiero decir. ¿Ver los reportajes de noticias? ¿El lugar de la

explosión? ¿Su cuerpo? Todo parece igualmente imposible y necesario.

Leonid asiente como si hubiera anticipado esto, alcanzando una tableta en su chaqueta. —La cobertura de las noticias es extensa. Pensé que podrías querer...

Se interrumpe, sin saber cómo terminar la frase, pero tomo la tableta con manos temblorosas. La pantalla muestra un sitio web de noticias con imágenes de lo que queda del Eclipse: un cráter humeante de metal retorcido y hormigón, con vehículos de emergencia rodeando el perímetro. El titular dice: "EXPLOSIÓN EN DISCOTECA COBRA LA VIDA DE MAGNATE EMPRESARIAL RUSO Y UNA DOCENA MÁS".

Zina aparta la mirada, incapaz de soportar las imágenes, pero yo me obligo a absorber cada detalle, buscando... ¿qué? ¿Evidencia de que es un error? ¿Prueba de que Mak escapó de alguna manera? La desesperación de mi esperanza me avergüenza incluso mientras me aferro a ella.

Las siguientes horas pasan en una nebulosa de entumecimiento y emoción abrumadora. Oscilo entre sollozos histéricos que dejan mi garganta en carne viva y mi cuerpo embarazado dolorido por la tensión, y una calma distante que asusta a Zina más que mis lágrimas. Cuando el Dr. Wilson llega para una cita no programada, probablemente llamado por Zina, me administra un sedante suave después de notar mi presión arterial elevada y el estrés evidente en mi estado físico.

—Los bebés necesitan que estés tranquila —dice con suavidad mientras me ayuda a llegar al dormitorio, hablando con el mismo tono tranquilizador que yo usaba con las madres ansiosas en la UCIN —. El duelo es natural, pero tu cuerpo ya está sometido a una tensión tremenda al llevar quintillizos. Debes descansar.

La medicación me arrastra a un sueño inquieto lleno de sueños fragmentados de Mak extendiéndose hacia mí a través de las llamas,

su voz llamándome mientras las paredes se derrumban a su alrededor. Cada vez que me despierto sobresaltada, desorientada y jadeando, la realidad regresa con renovada brutalidad. Se ha ido.



Los días empiezan a mezclarse, marcados solo por los controles prenatales y los movimientos cada vez más intensos de los bebés dentro de mí. Me muevo por la casa de seguridad como un fantasma, realizando tareas necesarias con precisión mecánica mientras mi mente permanece atrapada en un bucle de recuerdos y arrepentimientos. Debería haberme quedado. Debería haber encontrado otra manera de que funcionara. Pensé que el amor no era suficiente, pero me equivoqué. La letanía de "debería haber" me persigue durante noches sin dormir y días vacíos.

La plena complejidad de mis sentimientos por Mak me confunde con su intensidad. Él era un monstruo en muchos aspectos, la encarnación de todo lo que yo temía y rechazaba. Era la violencia personificada, un hombre que mataba sin dudar y dirigía un imperio construido sobre sangre y sufrimiento. Su mundo representaba todo lo que nunca quise para mis hijos.

Sin embargo, también era el hombre que me abrazaba por la noche con sorprendente ternura, que me construyó un hermoso jardín cuando las palabras le fallaron, que besaba mi vientre y susurraba a nuestros hijos no nacidos en ruso, llamándolos su legado con reverencia en su voz. La contradicción de su persona —la violencia y la vulnerabilidad, la crueldad y el cuidado— me atormenta más profundamente que cualquier fantasma.

—No has vuelto a comer —Zina está en la puerta de mi dormitorio una tarde, con un plato de comida sin tocar en sus manos. Su rostro muestra el agotamiento de las últimas semanas, con círculos oscuros bajo unos ojos enrojecidos por su propio duelo privado. A diferencia de mí, ella canaliza su dolor en acción: encargando suministros para

bebés por internet, convirtiendo el dormitorio más grande en una habitación infantil e investigando sobre el cuidado de quintillizos con la misma minuciosidad que antes aplicaba a los estudios académicos.

Aparto la mirada de su preocupación, sin querer ver la inquietud grabada en unos rasgos que me recuerdan dolorosamente a su hermano—. No tengo hambre.

—Los bebés sí —cruza la habitación con tranquila determinación, dejando el plato en mi mesita de noche antes de sentarse a mi lado en la cama—. Necesitan que comas aunque no quieras.

Su franqueza atraviesa la niebla de dolor. Los bebés siguen creciendo independientemente de mi estado emocional, exigiendo nutrición y cuidados que solo yo puedo proporcionar. Alargo la mano con reluctancia hacia el plato, obligándome a dar un pequeño mordisco a la tostada insípida que ha preparado, sabiendo que los alimentos más sencillos son más fáciles de tolerar con mis náuseas matutinas que aún persisten. Empiezo a pensar que nunca terminarán.

—Eso está mejor —observa cómo como con la atención de una enfermera, relajándose ligeramente mientras continúo dando pequeños bocados—. El Dr. Wilson dice que sigues en buen camino para el aumento de peso, pero está preocupado por tu ingesta de proteínas.

—Sí —mi formación médica me hace muy consciente de las necesidades nutricionales de un embarazo múltiple de alto riesgo—. Lo intentaré con más ganas. Es solo que...

—Lo sé —toma mi mano, sus dedos frescos contra mi piel—. Yo también le echo de menos. Más de lo que creía posible.

El simple reconocimiento rompe algo dentro de mí, y nuevas lágrimas caen por mis mejillas—. ¿Por qué duele tanto? Apenas nos conocíamos. Pasamos más tiempo peleando que cualquier otra cosa.

La sonrisa de Zina es triste pero conocedora—. El tiempo no determina la profundidad, Wil. Algunas conexiones se forman en un instante y duran para siempre.

—Iba a cambiarlo todo por nosotros —apoyo mi mano en mi vientre creciente, sintiendo las ondulaciones de movimiento debajo—. Prometió encontrar una salida, crear una vida diferente. Y ahora...

—Ahora, continuamos sin él —su voz lleva la misma determinación resuelta que escuché en Mak cuando tomaba decisiones difíciles—. Criamos a estos niños para que sepan quién era realmente su padre, no solo lo que hizo.

Sus palabras permanecen conmigo durante la noche mientras yazgo despierta, escuchando el lejano romper de las olas contra la orilla. En raros momentos de paz, generalmente al amanecer cuando la casa está tranquila y el océano es visible desde la ventana de mi dormitorio, hablo a los bebés sobre él.

—Vuestro padre tenía la mirada más penetrante —les digo suavemente, pasando mis manos por la piel estirada, donde presionan contra los límites de mi cuerpo—. Podía mirar a alguien y ver a través de cualquier pretensión. Eso le hacía peligroso, pero también le hacía perceptivo de maneras que pocas personas llegan a desarrollar. Sabía cuándo tenía miedo incluso cuando intentaba ocultarlo.

Comparto historias sobre su complicado padre: cómo su sonrisa transformaba todo su rostro en las pocas ocasiones en que permitía que se mostrara la felicidad genuina, cómo sus manos podían ser increíblemente gentiles a pesar de su fuerza, y cómo los amaba lo suficiente como para enviarnos lejos cuando no podía garantizar nuestra seguridad.

No sé qué más decir o cómo explicar que su existencia es tanto un milagro como una carga, el producto de un amor que nunca tuvo la oportunidad de formarse completamente antes de que la violencia lo reclamara como todo lo demás en el legado Vorobev. ¿Cómo les digo

que fueron creados en un momento de conexión entre dos personas de mundos completamente diferentes que nunca podrían coexistir pacíficamente?

A medida que pasan los días, Zina y yo establecemos una rutina que aporta estructura a la extensión informe del duelo. Por las mañanas, caminamos por la playa privada, ya que el ejercicio es bueno para mi circulación, y el aire salado de alguna manera hace que sea más fácil respirar. Por las tardes, trabajamos en el cuarto de los bebés, pintando paredes en suaves tonos amarillos y verdes, o montando muebles entregados bajo nombres falsos. Entre todo eso, descanso mucho e intento no llorar tanto.

—Cinco cunas dispuestas en semicírculo —reflexiona Zina mientras desembalamos la quinta cuna blanca idéntica—. Podrán verse entre ellos de esta manera.

Paso la mano por el suave barandal de madera, imaginando pequeños dedos agarrándolo algún día. —Necesitarán aprender que son individuos desde el principio. Sería fácil tratarlos como un colectivo en lugar de como personas separadas.

—¿Podríamos pintar cada cuna de un color ligeramente diferente? Lo suficientemente sutil para que no desentone, pero lo bastante distintivo para su identificación.

—A Mak le habría gustado eso. —Las palabras se me escapan antes de que pueda detenerlas, y por una vez, decir su nombre no me destroza—. También deberíamos añadir placas con sus nombres. —Me duele que mis bebés llevarán un apellido diferente al de Mak, o incluso al mío. Zina y yo somos personas diferentes ahora, al menos oficialmente.

Ella sonríe, y es una expresión genuina que ilumina sus rasgos. —Estaba obsesionado contigo desde la primera noche, ¿sabes? Nunca le había visto tan fijado en alguien. Me llamó para hablar de ti más de una vez, incluso antes de enterarse del embarazo.

—¿De verdad? —Me detengo mientras desempaqueto bodies, hambrienta de cualquier detalle sobre Mak que no conociera ya.

—Oh, sí. Cuando descubrió que estabas embarazada, estaba aterrorizado pero también... transformado. Como si de repente tuviera un propósito más allá de la siguiente disputa territorial o negocio. —Recorre con cuidados dedos el diseño de una manta de bebé—. Cuando te trajo a la finca, me llamó de inmediato. 'No la asustes, Zina. No es como nosotros'. Como si yo fuera una especie de monstruo que pudiera ahuyentarte.

El recuerdo me dibuja una sonrisa reticente en el rostro. —Eras la persona menos atemorizante de toda esa mansión.

—Excepto la señora Petrova —dice, refiriéndose al ama de llaves de aspecto abuelita que se había preocupado por mi nutrición y descanso con una eficiencia de la era soviética.

—Excepto la señora Petrova —coincido, y por primera vez desde que recibí la noticia de la muerte de Mak, me río; un sonido pequeño y oxidado, pero genuino.

El momento pasa rápidamente, la pérdida se vuelve a asentar sobre nosotras, pero algo ha cambiado. El dolor permanece, pero junto a él crece una aceptación tentativa. Mak se ha ido, pero partes de él continúan en Zina, en mí y, lo más importante, en los bebés que se desarrollan dentro de mí.

Por las noches, a menudo me siento atraída hacia las ventanas del salón que dan al océano. La interminable extensión de agua proporciona un extraño consuelo; su constante movimiento e inmensidad de alguna manera ponen mi dolor en perspectiva. No soy la primera en amar y perder, ni seré la última. Innumerables personas han estado ante ventanas como esta, observando olas que existían mucho antes de su dolor y continuarán mucho después.



CUATRO SEMANAS después de la devastadora noticia de Leonid, me siento en este mismo lugar, observando una tormenta que se forma en el horizonte. El cielo se oscurece con nubes pesadas, y las olas se vuelven más salvajes, rompiendo contra la orilla con creciente violencia. La escena coincide con mi estado de ánimo: inquieto y turbulento, con la presión acumulándose hacia algún punto de ruptura inevitable.

Las pesadillas se han vuelto más vívidas con cada semana que pasa. A veces, veo a Mak extendiéndose hacia mí a través de las llamas, su voz llamando mi nombre mientras las paredes se derrumban a su alrededor. Otras veces, sueño con nuestros hijos haciendo preguntas sobre un padre que nunca conocerán, mientras yo lucho por explicar a un hombre que era tanto monstruo como protector, criminal y amante. Me despierto de estos sueños empapada en sudor, con el corazón acelerado mientras mis manos instintivamente lo buscan en el espacio vacío a mi lado.

Esta noche, después de otro sueño turbulento, deambulo por el cuarto infantil que Zina ha preparado meticulosamente. La habitación está tranquila en la oscuridad previa al amanecer, con las cinco cunas idénticas dispuestas en semicírculo frente a la ventana que da al océano. Todavía no hay placas con nombres porque no he decidido cómo llamarlos. Es una decisión que debería estar tomando con Mak, así que sigo posponiéndola, aunque él nunca podrá ofrecer su opinión. Diminutas prendas clasificadas por tamaño esperan en cajones etiquetados, y un mural pintado a mano de un jardín se extiende por una pared: el tributo de Zina al invernadero que Mak construyó para mí, y un recordatorio de la belleza en medio del caos.

El rosal de mi madre descansa en el alféizar, traído por Leonid durante una de sus infrecuentes visitas. Me hace pensar en el rosal rojo que Mak me envió después de nuestra noche juntos y que tiré delante de él en mi ira y dolor tras la muerte de Gisele. De alguna manera parece un presagio que dejara esa planta atrás para que muriera, igual que finalmente dejé atrás a Mak, y él murió. Fue para

proteger a nuestros bebés, pero causa culpa y dolor cuando estos pensamientos me asaltan.

Paso mis dedos por el borde de la cuna más cercana, imaginando la pequeña vida que pronto la ocupará. —Vuestro padre habría estado tan orgulloso —susurro a la habitación vacía, con las palabras atascándose dolorosamente en mi garganta—. Era muchas cosas, no todas buenas, pero os quería a los cinco.

La confesión trae un consuelo inesperado. Independientemente de lo que Mak fuera, por muy complicada que fuera nuestra breve relación, su amor por nuestros hijos no nacidos era genuino. Lo vi en sus ojos cuando se enteró por primera vez del embarazo, lo sentí en su tacto cuando puso su mano sobre mi vientre creciente, y lo escuché en su voz cuando les susurraba en ruso, creyendo que yo estaba dormida y no podía entender sus tiernas promesas.

—Os llamaba su legado —les digo a las cunas vacías, sonriendo ligeramente ante el recuerdo—. No su imperio o su riqueza o su poder, sino vosotros cinco. Su verdadero legado.

Zina me encuentra allí cuando la luz de la mañana comienza a filtrarse a través de las cortinas, sentada en la mecedora junto a la ventana con mis manos descansando sobre mi vientre.

—¿Pesadillas otra vez? —pregunta suavemente, apoyándose contra el marco de la puerta con sombras de insomnio bajo sus propios ojos.

Asiento, sin molestarme en ocultar las evidencias de lágrimas en mis mejillas. —Sigo pensando que hubo algo que pasé por alto, alguna señal o advertencia que podría haber evitado... —Mi voz se desvanece, incapaz de completar el pensamiento.

Cruza la habitación y se arrodilla junto a la silla, cubriendo mi mano con la suya. —No había nada que pudieras haber hecho, Wil. Las decisiones de mi hermano fueron tomadas mucho antes de conocerte. La violencia de su mundo... Siempre iba a terminar así.

—¿Se supone que eso debe consolarme? —La pregunta no lleva enfado, solo una cansada aceptación de una verdad que he estado evitando.

—No. —Su honestidad es refrescante en un mundo que se ha envuelto en medias verdades y mentiras reconfortantes—. Pero entenderlo podría ayudarte a perdonarte a ti misma por sobrevivir cuando él no lo hizo.

La suave acusación da más cerca de casa de lo que quiero admitir. Parte de mi dolor ha estado enredado con la culpa de haberlo dejado atrás, de que nuestra discusión pudiera haberlo distraído, o de que de alguna manera contribuí al error de cálculo que llevó a su muerte. Pensamientos irracionales, pero el dolor no sigue ningún camino racional.

—No sé cómo hacer esto sin él —digo, expresando mi miedo más profundo por primera vez—. Un bebé ya sería un desafío suficiente, ¿pero cinco? ¿Cuando ni siquiera tienen padre?

—Me tienen a mí. —La voz de Zina lleva la misma certeza que una vez escuché en Mak—. Tienen a Leonid. Tienen un pequeño ejército de leales a los Vorobev, que morirían por los hijos de Mak sin dudarlo.

—Eso es lo que me aterroriza. —Encuentro su mirada directamente —. No quiero que crezcan en un mundo donde morir por alguien se considere normal. No quiero escoltas de seguridad, cristales blindados y el constante miedo que ensombreció tu infancia.

No se inmuta ante la verdad de mis palabras. —Su nacimiento solo ya los hace Vorobev, Wil. Podemos cambiar nombres y ubicaciones, pero la sangre es sangre. Algunas realidades no se pueden escapar, solo gestionar.

La practicidad en su valoración me recuerda tan intensamente a Mak que mi corazón se contrae dolorosamente. Comparten más que el parecido físico, incluyendo la misma evaluación clara de situaciones

difíciles, y la misma aceptación sin vacilaciones de las duras realidades.

—Entonces las gestionaremos —digo finalmente, extrayendo fuerza de la determinación en sus hombros.

Más tarde ese día, el Dr. Wilson llega para mi revisión semanal, su rostro curtido arrugándose con preocupación mientras mide mi presión arterial. —Todavía elevada —anota, haciendo una anotación en mi historial—. Y no estás durmiendo. —No es una pregunta, así que no me molesto en negarlo.

La evidencia está escrita en los círculos oscuros bajo mis ojos y el temblor de mis manos. —Los bebés están activos por la noche.

—Los bebés están activos porque estás estresada. —Se recuesta, mirándome con la mirada directa de un hombre que ha traído miles de bebés al mundo y no tolera tonterías de madres ansiosas—. El dolor es comprensible, Wil, pero estás llevando cinco bebés que dependen de tu bienestar físico. Necesito que te esfuerces más.

La suave reprimenda corta mi autocompasión, recordándome mis responsabilidades. No soy solo una mujer en duelo sino un recipiente para cinco humanos en desarrollo, que no pidieron ser creados en medio de una guerra mafiosa. —¿Qué sugiere? —pregunto, enderezándome ligeramente en la silla de examen.

—Sedantes suaves serían mi recomendación en un embarazo normal, pero con quintillizos... —Niega ligeramente con la cabeza—. Necesitamos alternativas. Meditación, quizás. Ejercicio suave... Y necesitas hablar de él.

Parpadeo sorprendida ante la sugerencia inesperada. —¿Hablar de... Mak?

—El dolor embotellado se infecta. —Comienza a guardar su bolsa médica con movimientos eficientes—. Pronuncia su nombre. Cuenta historias sobre él. Reconoce lo que has perdido en lugar de tratar de contenerlo.

El consejo permanece conmigo mucho después de que el Dr. Wilson se marcha, resonando a través de mis pensamientos mientras camino por la playa privada esa tarde. El viento agita mi cabello alrededor de mi cara, y la arena se mueve bajo mis pies descalzos, proporcionando una resistencia natural que el Dr. Wilson me asegura es un excelente ejercicio.

Las palabras vienen dudosamente al principio, luego con creciente fluidez mientras describo al Mak que conocí. —Él también tenía pesadillas —digo, recordando cómo a veces me despertaba para encontrarlo de pie junto a la ventana, con los hombros rígidos por la tensión de cualquier demonio que lo persiguiera en sueños—. Nunca hablaba de ellas, pero creo que eran sobre su infancia. Vuestro abuelo no era un hombre amable.

Hablar ayuda, tal como sugirió el Dr. Wilson. Pronunciar el nombre de Mak en voz alta y describirlo a los niños que nunca lo conocerán directamente, de alguna manera hace la pérdida más soportable. No lo estoy borrando ni fingiendo que nunca existió, sino preservando su memoria de la única manera que puedo.

Esa noche, mientras Zina y yo preparamos la cena juntas en la cocina de la casa segura, comparto historias sobre Mak que la hacen reír a pesar de su dolor.

—¿Realmente dijo eso? —Casi deja caer el cuchillo que está usando para cortar verduras cuando describo la confusa reacción de Mak ante mi explicación de las hormonas del embarazo.

—Palabra por palabra. —Sonrío ante el recuerdo de su expresión desconcertada—. «¿Estás llorando porque el anuncio mostraba un cachorro? ¿Está herido el cachorro? ¿Le pasó algo al cachorro?» Parecía tan alarmado.

—Eso suena a él. —Sacude la cabeza con cariño—. Completamente intrépido frente a enemigos armados pero totalmente perdido cuando se enfrentaba a emociones humanas normales.

—Pero estaba aprendiendo. —La observación viene con una punzada de lo que podría haber sido—. Estaba tratando de entender cosas fuera de su experiencia. Eso es más de lo que la mayoría de la gente intenta jamás.

Caemos en un cómodo silencio, los recuerdos compartidos de Mak creando un puente entre nosotras que se eleva por encima de nuestro dolor. Por un momento, puedo ver más allá del sufrimiento inmediato hacia el futuro que nos espera: un futuro donde estos niños conocerán a su padre a través de nuestras historias, donde su legado continúa no mediante la violencia y el miedo sino a través de las vidas que llevan su sangre y, quizás, las mejores partes de su naturaleza.

A medida que mi cuerpo se vuelve más pesado con su desarrollo, comienzo a encontrar pequeños momentos de esperanza en medio del dolor. Planifico cómo distinguiré a cada niño, imagino primeros pasos y palabras, y visualizo a Zina como la tía que les enseñará idiomas e historia. El futuro sigue siendo incierto, pero las pequeñas vidas que dependen de mí proporcionan razón suficiente para seguir avanzando, un difícil día tras otro.

Una noche, mientras me preparo para acostarme, saco del cajón de mi mesita de noche la primera imagen de la ecografía de los cinco bebés juntos, sus diminutas formas apenas distinguibles como humanas en esa etapa temprana. Recorro cada contorno con la punta del dedo, maravillándome de cuánto deben haber crecido desde entonces, desarrollando rasgos y personalidades distintos incluso dentro del vientre.

—Ojalá vuestro padre pudiera veros ahora —susurro, mientras un dolor familiar se extiende por mi pecho al pensar en todo lo que Mak se perderá: su nacimiento, primeras sonrisas, primeras palabras y todos los hitos que los padres atesoran—. Se habría quedado asombrado con vosotros.

El dolor persiste, un compañero constante que sospecho nunca se irá completamente, pero junto a él crece la determinación. Estos

niños merecen más que una madre consumida por la pena. Merecen alegría y seguridad y saber que fueron deseados, que su creación fue producto de una conexión que, aunque breve, contenía amor genuino.

25

Mak

La fábrica textil abandonada en las afueras de Queens no se parece en nada al lujo que me ha rodeado durante décadas. Las manchas de humedad marcan el techo de hormigón, y el goteo persistente de tuberías oxidadas crea un fondo metrónomico para nuestra operación. Este decrépito caparazón industrial, invisible para el mundo que me cree muerto, se ha convertido en el centro de mando desde el que desmantelo sistemáticamente todo lo que pasé quince años construyendo.

Me rasco la barba que he dejado crecer como parte de mi disfraz, la comezón constante es una irritación menor comparada con el dolor hueco de la separación de Wil y Zina. Al otro lado de la improvisada sala de guerra, Leonid y los cuatro lugartenientes comienzan a moverse. Las pantallas de los ordenadores iluminan sus rostros en la tenue luz, cada monitor muestra un aspecto diferente del imperio Vorobev que ahora se desmorona bajo mi deliberado asalto.

—Las propiedades de Brighton Beach han sido liquidadas —dice Leonid, colocando otra carpeta en la pila de completados—. Los

fondos se transfirieron a través de las sociedades fantasma en las Caimán y se reinvirtieron en los activos legítimos, según lo indicado.

Asiento con la cabeza, examinando los extractos de las cuentas offshore con desapego clínico. El imperio que una vez me definió ahora no representa más que columnas de números para ser redistribuidas y activos para ser convertidos en un futuro no manchado por sangre. —¿La naviera?

—Venta finalizada ayer. La firma alemana mordió el anzuelo. Creen que están adquiriendo un simple negocio de importación-exportación con excelentes conexiones mediterráneas —Leonid sonríe—. No tienen ni idea de que las rutas se utilizaban principalmente para armas.

—¿Y esas armas?

—Desaparecidas. Algunas vendidas a terceros, y otras entregadas anónimamente a las autoridades federales a través de canales imposibles de rastrear. —Duda antes de añadir—: Su primo lleva tres días intentando localizar el alijo de Atlantic City.

Reprimo una sonrisa al pensar en la creciente frustración de Fedor. —No lo encontrará. El almacén fue vaciado la noche anterior a Eclipse.

Por un momento, cae el silencio mientras ambos consideramos la masiva explosión que oficialmente puso fin a la existencia de Makari Vorobev hace varias semanas. La cobertura informativa finalmente ha comenzado a desvanecerse, aunque la fascinación por mi "muerte" continúa en ciertos círculos. Abundan las teorías conspirativas. Algunos afirman la implicación de los Kazanov, mientras otros sugieren una traición interna. Todas son distracciones convenientes de la verdad.

—Tenemos una actualización de la casa segura. —La voz de Leonid me saca de mis pensamientos, su tono cuidadosamente neutral mientras me entrega una tableta que muestra el último informe

médico del Dr. Wilson—. Los cinco fetos se desarrollan normalmente. El parto previsto es a las treinta y dos semanas, aunque con quintillizos, un parto anterior es posible.

Estudio las imágenes de ultrasonido con hambre, buscando cambios desde el último informe. Los bebés están más definidos ahora, pequeños dedos y rasgos faciales visibles en las imágenes. Lucho contra el impulso de trazar sus contornos en la pantalla, consciente de la presencia vigilante de Leonid. —¿Y Wil?

—Físicamente sana, aunque su presión arterial sigue elevada. El Dr. Wilson señala alteraciones continuas del sueño y síntomas de depresión. —Leonid hace una pausa, sopesando sus siguientes palabras—. Le aflige profundamente su muerte.

Este conocimiento duele más que cualquier herida física que haya sufrido. Cada informe que confirma el dolor de Wil me sostiene y me atormenta a la vez: evidencia de que sus sentimientos son más profundos de lo que me atreví a esperar, pero también un recordatorio del sufrimiento que causa mi engaño. Conozco la necesidad de esta separación, pero entenderlo no hace nada para aliviar la culpa.

—Zina ha completado el cuarto de los niños —dice Leonid, ofreciendo este detalle como un pequeño consuelo—. Cinco cunas dispuestas en semicírculo mirando al océano. Ha pintado un mural de jardín en una pared.

Cierro los ojos brevemente, imaginando el talento artístico de mi hermana creando belleza para los hijos que aún no he conocido, en un hogar que nunca he visto. —Lo del jardín fue una buena idea.

—Sí. —Su rostro normalmente impasible se suaviza momentáneamente—. Wil pasa horas en la playa ya que no hay un jardín real en la casa segura.

Le devuelvo la tableta, obligándome a reenfocarme en la tarea que tengo entre manos. El anhelo personal debe esperar. Primero, tengo

que completar este desmantelamiento para asegurarme de que no queden enemigos que puedan amenazar el futuro de mi familia. Cuanto antes termine, antes podré volver a ellas, si Wil me acepta después de todo lo que le he hecho pasar.

Mi plan se desarrolla con perfecta precisión, cada pieza cayendo exactamente donde anticipé. El vacío de poder creado por mi "muerte" ha sumido todo el ecosistema del submundo de Nueva York en el caos, con familias rivales luchando por territorio mientras estallan luchas internas de poder entre los que quedan. Fedor, en su desesperado intento por controlar lo que nunca entendió completamente, toma decisiones cada vez más imprudentes que alienan a antiguos aliados.

Para la mañana, tres operaciones más de blanqueo han sido silenciosamente cerradas, sus activos liquidados y sus registros destruidos. Utilizando a Leonid como intermediario, ya que oficialmente estoy muerto, cobro deudas de figuras influyentes de toda la costa Este —jueces, políticos y líderes empresariales— que se han beneficiado de la protección o financiación de los Vorobev a lo largo de los años. Estas conexiones, que una vez fueron la columna vertebral de mi poder, ahora sirven a un propósito diferente mientras las aprovecho para cortar lazos permanentemente en lugar de transferir lealtad a un nuevo liderazgo.

—Las cuentas en Chipre y Liechtenstein han sido vaciadas —dice Sasha, nuestra especialista financiera—. Los fondos ahora se han redirigido a través de los canales establecidos hacia los fideicomisos para Wil y los niños.

Asiento con aprobación. Estas inversiones legítimas, establecidas hace años durante momentos de anhelo por un futuro diferente, mantendrán a mi familia durante generaciones sin conexiones criminales. No se me escapa la ironía del dinero manchado de sangre transformado en fondos universitarios y fideicomisos sanitarios para niños que nunca conocerán el verdadero negocio de

su padre, pero sería ridículo regalarlo todo y condenar a mi familia a las dificultades.

Los días se funden en nuestra operación clandestina, mi existencia reducida a la destrucción sistemática de todo lo que una vez valoré. Cada cuenta y operación que Fedor ha tocado es metódicamente desarraigada, sus nuevas alianzas socavadas a través de soplos anónimos a autoridades federales u organizaciones rivales. Los alijos de armas se disuelven, las redes de distribución se desmantelan y los acuerdos de protección se terminan silenciosamente mientras borro la presencia Vorobev del submundo de Nueva York como un cáncer que está siendo extirpado.

El coste personal de este trabajo se manifiesta de pequeñas formas, como la creciente tensión en mis hombros, las jaquecas provocadas por dormir muy poco y la manera en que a veces me sorprendo mirando a la nada, perdido en los recuerdos de la sonrisa de Wil o la risa de Zina. Me permito estos momentos de debilidad solo brevemente antes de obligarme a volver a la tarea que tengo entre manos.

Pronto, surgen los primeros rumores. Un camarero de un establecimiento en Brighton Beach frecuentado por soldados de la *Bratva* informa que un cliente afirma haberme visto vivo. La historia se extiende por las redes clandestinas como la pólvora, descartada por la mayoría como un pensamiento ilusorio o una alucinación inducida por el alcohol.

La reacción de Fedor resulta más interesante. Nuestra vigilancia capta su creciente paranoia mientras interroga personalmente al camarero, exigiendo descripciones y detalles con un miedo apenas controlado disfrazado de escepticismo. Comienza a ejecutar a sospechosos de traición sin pruebas, alienando a aliados de toda la vida con decisiones precipitadas que no se parecen en nada al liderazgo que cultivé durante años.

El antaño temido apellido Vorobev empieza a asociarse con imprevisibilidad y desesperación brutal, exactamente como anticipé

al elaborar este plan. Fedor destruye desde dentro lo que yo no pude desmantelar completamente desde fuera, su liderazgo impulsado por el miedo acelera el colapso de la organización.

—Una serie de avistamientos, pero ninguno verificable. Un camarero jura que vio a alguien con tu complexión salir por la puerta lateral del Eclipse antes de la explosión. Dos capitanes dicen que han escuchado tu voz en teléfonos desechables. Fedor ya no cree en las coincidencias.

Esa es la belleza de un rumor bien alimentado. No crea nada concreto. Solo el humo suficiente para enviar a un hombre como Fedor a perseguir fantasmas.

—Está exigiendo juramentos de lealtad a todos los capitanes —continúa Leonid—. Cualquiera que se niegue es ejecutado. Ha perdido a seis lugartenientes esta semana: tres por balas y tres por deserción.

—Está implosionando más rápido de lo previsto —no puedo evitar que la satisfacción coloree mi tono.



Tres días después, comunicaciones interceptadas revelan los frenéticos intentos de Fedor por verificar los rumores sobre mi supervivencia, sus indagaciones volviéndose cada vez más desesperadas a medida que se informan más avistamientos por toda la ciudad. Cada informe es falso —desinformación estratégica difundida por mis leales restantes—, pero juntos forman un patrón que lleva a Fedor exactamente a donde quiero.

El club nocturno Eclipse, o lo que queda de él después de la explosión, se convierte en el punto focal de estos rumores. Testigos afirman ver una figura parecida a mí moviéndose entre las ruinas por la noche, mientras otros informan de luces extrañas en la

estructura condenada. Se forman leyendas urbanas en torno a mi fantasma acechando el lugar de mi supuesta muerte.

Fedor muerde el anzuelo exactamente como anticipé.

—Va esta noche —dice Leonid tras monitorizar las comunicaciones de Fedor—. Solo, excepto por dos guardaespaldas. Quiere verlo con sus propios ojos.

Me levanto de la silla, comprobando el peso de la pistola enfundada bajo mi chaqueta. —Entonces no deberíamos hacerle esperar.

Las ruinas del Eclipse se alzan como un monumento a la destrucción, el otrora opulento club nocturno ahora un esqueleto ennegrecido de metal retorcido y cristal hecho añicos. La cinta policial amarilla acordona la zona, ignorada por los indigentes, que ocasionalmente se refugian en su perímetro, y los curiosos, que vienen a fotografiar el famoso lugar del desastre. En la oscuridad, se convierte en un lugar completamente diferente: inquietante y surrealista, iluminado solo por la luz de la luna que se filtra a través de los restos esqueléticos del techo.

Entro por lo que una vez fue la entrada de servicio pero que ahora es un agujero irregular en el hormigón desmoronado y me abro paso por pasillos llenos de escombros que no se parecen en nada a su antigua elegancia. El cristal cruje bajo mis botas a pesar de mis intentos de silencio. La explosión perdonó el piso principal, pero el daño por humo y la inestabilidad estructural dejaron todo cubierto de hollín y silencio. El escenario se mantiene torcido, con una esquina doblada, y el yeso se desprende del techo en rizos quebradizos.

Me sitúo detrás de lo que queda de la pared trasera de la sección VIP, lo que solía ser un entresuelo exclusivo antes de que se derrumbara parcialmente en la explosión. Los restos carbonizados de lujosos reservados aún se aferran al perímetro. Desde aquí, puedo ver la entrada principal sin ser detectado inmediatamente. Leonid

hace una señal desde su posición al otro lado de la sala, confirmando la llegada de Fedor.

Mi primo entra con cautela, sus guardaespaldas flanqueándole mientras examinan las ruinas con profesional minuciosidad. Fedor parece demacrado, su apariencia normalmente impecable disminuida por semanas de paranoia y estrés. Círculos oscuros sombrean sus ojos, y su mano se mueve ocasionalmente hacia la pistola oculta bajo su chaqueta. —Dispersaos —instruye a sus hombres—. Comprobad cada rincón.

Permanezco inmóvil mientras los guardias comienzan a barrer el perímetro, sus haces de luz cortando a través de la oscuridad y el polvo. Esperar el momento perfecto requiere paciencia, una cualidad que he perfeccionado a través de años de calcular riesgos y oportunidades.

Cuando los guardias se separan para revisar alas opuestas del edificio en ruinas, hago mi movimiento. Saliendo de la sombra hacia la luz de la luna, me posiciono directamente delante del escenario derrumbado, donde Fedor está examinando algo en el suelo.

—¿Buscando fantasmas, primo?

Fedor se gira bruscamente, con el arma desenfundada antes de que el reconocimiento se registre en sus ojos que se ensanchan. La pistola sigue apuntando a mi pecho, pero su mano tiembla visiblemente ahora. —¿Mak?

—Pareces sorprendido —doy un paso más cerca, notando cómo él retrocede instintivamente—. Seguramente no creíste que moriría tan convenientemente para tus ambiciones.

—Estás muerto —su voz oscila entre la conmoción y la acusación—. Los resultados del ADN...

—Pueden manipularse, como bien sabes —extiendo las manos en un gesto de falsa humildad—. Sin embargo, aquí estoy.

La conmoción inicial en su expresión se transforma rápidamente en cálculo mientras procesa esta nueva realidad. Siempre el oportunista, la mente de Fedor visiblemente recorre las posibilidades, buscando ventaja incluso en este momento de revelación. —Fingiste tu muerte... La explosión, el edificio derrumbado... Orquestaste todo.

—Aprendí del mejor —me muevo en un círculo lento, obligándolo a girar para mantenerme a la vista—. Nuestro padre siempre dijo que el ataque más efectivo es aquel que tu enemigo no ve venir. Reemplacé tus explosivos con los míos.

La risa de Fedor no contiene humor, solo un reconocimiento frágil. —Y caí directamente en la trampa, ¿verdad? Mientras yo gobernaba sobre cenizas, tú has estado... ¿qué? ¿Desmantelándolo todo desde las sombras? —La verdad se refleja en su rostro mientras conecta los acontecimientos de las últimas semanas—. Los envíos desaparecidos, las células perdidas, las redadas federales y nuestras cuentas vaciadas de la noche a la mañana... todo obra tuya.

—Todo yo —dejo de dar vueltas, quedándome en medio de arañas caídas y restos carbonizados de lujo que simbolizan el imperio que él codiciaba y ayudó a destruir—. Aunque has hecho un trabajo admirable destruyendo lo que quedaba. Tu liderazgo ha sido... instructivo para nuestros aliados.

La rabia destella en sus facciones, pero rápidamente la suprime. —Podrías haberme matado en cualquier momento. ¿Por qué este juego tan elaborado?

—La muerte sería demasiado simple para lo que has hecho.

—¿Lo que yo he hecho? —La indignación tiñe su tono mientras gesticula ampliamente con su mano libre, manteniendo la pistola apuntándome con la otra—. Protegí la organización mientras tú estabas distraído con una enfermera embarazada y fantasías domésticas. Todo lo que hice fue por la *Bratva*.

—¿Incluido enviar hombres para matar a Wil en su apartamento? —Mi voz permanece mortalmente calmada a pesar de la furia que crece bajo mi piel—. ¿Orquestar el ataque que mató a su amiga?

Su expresión cambia, abandonando la pretensión al reconocer la futilidad de seguir negándolo. —La chica fue un daño colateral. Lamentable, pero necesario.

—Necesario —la palabra sabe amarga en mi lengua.

—Sí, necesario —su postura se endereza, recuperando la confianza mientras se compromete plenamente con su justificación—. Tu mujer y esos bastardos te estaban haciendo débil y vulnerable de maneras que nuestros enemigos podrían aprovechar. Hice lo que era necesario para preservar nuestra fuerza y nuestro legado.

—Nuestro legado —repito las palabras, dejándolas flotar en el aire lleno de polvo entre nosotros.

—Sí, nuestro legado. El imperio que nuestros padres construyeron, que estábamos destinados a expandir juntos —su voz gana intensidad, sus ojos brillando con convicción—. Te he visto ablandarte, distraído por delirios domésticos cuando deberías haberte centrado en el negocio. Esos niños y esa mujer te estaban haciendo olvidar quién eres.

—No —doy un paso más cerca, ignorando la pistola que aún apunta a mi pecho—. Me ayudaron a recordar quién era antes de todo esto. Antes de convertirme en lo que nuestro padre quería.

Fedor me estudia con algo parecido a la lástima. —¿Y qué crees que eres exactamente sin la *Bratva*? ¿Sin el poder, el respeto y el imperio? No eres nada.

—Quizás —permito una pequeña sonrisa genuina—. Estoy dispuesto a averiguarlo.

La confusión reemplaza la condescendencia en su expresión. —¿Qué estás diciendo?

—Estoy diciendo adiós, Fedor —extiendo mis manos, abarcando las ruinas que nos rodean—. A todo esto. La *Bratva*, el negocio y la sangre. He terminado.

Por primera vez, un auténtico miedo parpadea en sus facciones mientras procesa la implicación. —No puedes simplemente marcharte. La gente no abandona esta vida.

—Ya lo he hecho —mantengo su mirada con firmeza—. Makari Vorobev murió en este club. El hombre que está ante ti no quiere nada de su vida anterior, excepto justicia por la muerte de Gisele y el intento contra la vida de Wil.

La desesperación se infiltra en su expresión al darse cuenta del alcance completo de lo que está sucediendo. Con repentina claridad, comprende que no solo he estado desmantelando la organización, sino borrándola por completo, reduciéndola a cenizas sin intención de reconstruirla.

—Espera —baja ligeramente su arma, sus ojos calculadores incluso ahora—. Podemos salvar esto y reestructurar juntos, como socios en lugar de rivales. Tú te encargas de las operaciones legítimas, y yo mantendré el negocio tradicional. Siempre fuimos más fuertes como equipo, Mak.

La súplica transparente de autopreservación podría ser lastimosa si no fuera tan predecible. Incluso ahora, enfrentando las consecuencias de su traición, busca ventaja en lugar de redención. —Socios —digo la palabra como si hubiera probado algo echado a perder—. ¿Después de que intentaste matar a la madre de mis hijos?

—Negocios —insiste, con desesperación bordeando su tono—. Nada personal. Hice lo que creí necesario para nuestro futuro, pero ahora veo que fui... precipitado. Equivocado.

Un hombre menos digno podría derivar satisfacción de este momento de Fedor Vorobev, orgulloso y ambicioso, reducido a

negociar por su vida entre las ruinas de sus maquinaciones. Yo solo siento una certeza hueca de que este último acto de violencia es necesario para garantizar la seguridad de mi familia. —Algunos errores no pueden perdonarse —saco mi arma—. Algunas traiciones exigen pago.

Su expresión se endurece al reconocer la futilidad de seguir negociando. Con sorprendente dignidad, endereza los hombros y me mira directamente. —Sabes que vendrán a por ti. Nadie abandona esta vida.

—Que vengan. No encontrarán más que fantasmas.

El disparo resuena a través del edificio en ruinas, seguido casi inmediatamente por un segundo. El cuerpo de Fedor se desploma entre los escombros, la expresión de resignación congelada en sus facciones. La sangre se acumula bajo él, indistinguible de las manchas oscuras que ya marcan el suelo carbonizado.

Miro fijamente mi mano, aún empuñando la pistola caliente, y me doy cuenta de que esta es la última vida que quitaré al servicio de un imperio que ya no deseo. El legado de sangre de los Vorobev termina aquí, entre el metal retorcido y el cristal roto que una vez representó todo lo que valoraba.

Leonid emerge de la neblina cerca de los escombros del entresuelo, con el rostro marcado por una finalidad sombría. Sasha se mueve silenciosamente detrás de él, limpiando con cuidado metódico una pistola con silenciador.

—¿Sus hombres? —pregunto, aunque ya conozco la respuesta.

Leonid asiente. —Limpio. Rápido. Vieron demasiado.

No aparto la mirada del cuerpo de Fedor. —Siempre lo hacen.

No discute. No hay nada que decir. La decisión se tomó en el momento en que Fedor entró en esta trampa flanqueado por ojos leales.

—Está hecho, entonces —dice Sasha.

—Casi.

Fuera, el aire nocturno se siente purificador después del polvo y los recuerdos del club en ruinas. Respiro profundamente, sintiéndome más ligero a pesar de la violencia recién cometida. Los últimos puentes están quemados y las últimas conexiones, cortadas. He destruido mi reino metódica y completamente, y he cortado los últimos lazos cancerosos con el mundo que reclamó mi humanidad pedazo a pedazo.

Ahora estoy listo para volver a lo que importa, lo que siempre ha importado más que el poder, la riqueza o el miedo. Mi verdadero hogar, con la esperanza de que Wil me acepte de nuevo. La idea de enfrentarme a ella, de explicarle mi engaño y la agonía que le causé, me llena de más temor que cualquier enemigo al que me haya enfrentado, pero le debo la verdad, y a mí mismo la oportunidad de convertirme en el hombre que ella creía que podía ser: el padre que mis hijos merecen en lugar del monstruo en el que fui educado para convertirme.

Me deslizo en el coche que espera, dejando el cuerpo metafórico de Makari Verebov enfriándose entre las ruinas de su antigua gloria. El jefe de la *Bratva* está verdaderamente muerto ahora, su legado terminado no con gloria sino con tranquila resignación. En su lugar solo queda un hombre, imperfecto pero esperanzado, que lleva el peso de los pecados pasados pero finalmente libre para crear algo no manchado por sangre.

—Llévame a casa —le digo a Leonid, pensando no en mansiones ni áticos, sino en un refugio costero, donde me esperan los únicos tesoros que importan.

26

Wil

El tiempo se arrastra en la casa segura junto a la costa, cada día marcado principalmente por la curva en expansión de mi abdomen y los movimientos cada vez más dramáticos de cinco bebés activos bajo mi piel. Mi cuerpo se ha transformado más allá de cualquier cosa que pudiera haber imaginado, estirado y tensado de maneras que desafían las expectativas médicas. El simple acto de levantarme de la cama ahora requiere planificación estratégica y un esfuerzo considerable, mi centro de gravedad tan dramáticamente alterado que tareas que antes realizaba sin pensar se han convertido en desafíos complejos.

—El hecho de que sigas moviéndote es notable —me dice el Dr. Wilson durante su visita semanal, midiendo mi presión arterial con el ceño fruncido—. La mayoría de las mujeres con embarazos múltiples habrían sido confinadas a reposo en cama hace semanas.

—Era enfermera —le recuerdo, haciendo una mueca cuando el Bebé C me da una patada particularmente agresiva en las costillas—. He visto lo que el reposo prolongado en cama hace al tono muscular y

la circulación. Descansaré cuando sea absolutamente necesario, pero no antes.

Él niega con la cabeza con la resignación cansada de un médico cuya paciente rechaza consejos médicos sensatos. —Lo cual será ahora. Tu presión arterial está subiendo de nuevo, y los cambios cervicales que estamos monitorizando sugieren que necesitas minimizar el estrés físico. —Garabatea notas en mi historial—. Reposo completo en cama durante el resto de tu embarazo, con privilegios para ir al baño y breves períodos sentada para las comidas.

Suspiro profundamente pero asiento, pensando en las horas y días de confinamiento que tengo por delante. La ausencia de Mak se siente más pesada de repente.

Después de que el Dr. Wilson se marcha con promesas de regresar en tres días en lugar de su horario semanal habitual, Zina me ayuda a acomodarme en el sofá del salón con almohadas que sostienen mi espalda baja y mis tobillos hinchados.

—El reposo en cama no tiene que significar el dormitorio —dice pragmáticamente, organizando suministros a mi alcance: libros, agua, mi teléfono y el mando a distancia para el televisor que rara vez veo—. Al menos desde aquí puedes ver el océano.

Estoy agradecida por su presencia y por conocerme tan bien ahora. El choque rítmico de las olas contra la orilla se ha convertido en mi principal consuelo, una constancia a la que me aferro cuando el dolor amenaza con abrumarme. Al océano no le importan la política de la *Bratva*, ni las muertes, ni las mujeres embarazadas que llevan quintillizos. Simplemente continúa su eterna danza con la costa, indiferente al drama humano.

—Todavía necesitamos terminar la habitación de los bebés —digo, frustrada por esta nueva limitación—. Los móviles no están completos, y todavía no tengo idea para las placas.

—Me ocuparé de ello —dice, su confianza templada con suave comprensión—. Ya has hecho la mayor parte de la planificación. Solo dime dónde quieres todo para los toques finales, y siempre podemos hacer las placas una vez que volvamos a casa y sepamos sus nombres.

Asiento, sabiendo que ella ya ha ideado una solución alternativa dado que parezco paralizada en la elección de nombres. Usando su talento artístico, Zina ha pintado delicadas enredaderas con flores alrededor de cada cuna, y cada una es de un suave tono pastel como habíamos discutido. Las ha personalizado con variaciones sutiles en las flores: rosas para la Cuna A, lirios para la Cuna B, violetas para la Cuna C, margaritas para la Cuna D y flores silvestres para la Cuna E. Estas distinciones nos ayudarán a diferenciar entre las cinco camas idénticas, igual que necesitaremos encontrar formas de reconocer las personalidades individuales de cinco bebés que pueden parecer sorprendentemente similares.

La escena pacífica que hemos creado tiene una corriente subyacente de melancolía que ninguna de las dos reconoce directamente. Estos preparativos deberían haber incluido a Mak, y su ausencia persigue los cuidadosos arreglos que hacemos, pero también he encontrado momentos de alegría en el proceso.

Dormito inquieta durante la tarde, despertándome con el sonido de neumáticos sobre grava. Leonid, que llegó antes durante el día y se quedará unas horas si sigue su patrón habitual, se mueve hacia la ventana con alerta profesional, la tensión visible en sus hombros hasta que reconoce el vehículo.

—Entrega de correo —dice, relajándose ligeramente—. Iré a recogerlo.

Estas entregas son raras en nuestra propiedad aislada. Leonid ha organizado que los artículos esenciales nos lleguen sin comprometer nuestra ubicación, pero la correspondencia está estrictamente limitada, e incluso los pedidos de comestibles llegan en un horario irregular para evitar establecer patrones que puedan ser rastreados.

Cada entrega se somete a una inspección minuciosa antes de llegar a nosotros, lo que es evidencia de que los peligros no han desaparecido por completo a pesar de la muerte de Mak.

Zina me trae té mientras él regresa con una pequeña pila de sobres, que examina con cuidado metódico, verificando manipulaciones u otras preocupaciones de seguridad. El proceso parecería paranoico si no hubiera experimentado ya de primera mano la violencia que sigue al apellido Vorobev.

—Facturas —dice, dejando a un lado varios sobres—. Confirmación de entrega de comestibles. —Otro sobre se une a la pila. Se detiene en el último elemento, su expresión cambiando sutilmente—. Y esto. —Sostiene un sobre blanco simple dirigido simplemente a "W" en una caligrafía que no reconozco. No hay nada que indique su origen. Algo sobre la inicial simple hace que mi estómago se contraiga.

—¿Lo has comprobado? —pregunta Zina, repentinamente alerta a mi lado.

Leonid asiente. —No hay rastros químicos, ni materiales sospechosos. —Me lo entrega con una vacilación poco característica —. Fue entregado a mano en nuestro punto de recogida de correo.

Mis dedos tiemblan ligeramente mientras abro el sobre, incierta sobre qué dolor adicional podría posiblemente esperarme dentro. Dos elementos se deslizan sobre mi regazo: una copia de mi primera ecografía cuando descubrí los quintillizos y una hoja de papel simple con un breve mensaje escrito en una caligrafía elegante y precisa.

La imagen de la ecografía es inconfundible, pero es la caligrafía en la nota lo que detiene por completo mi respiración. He visto esta letra antes, en documentos en el estudio de Mak, en notas que dejaba para el personal y en los márgenes de libros de su colección privada.

El mensaje es simple pero devastador: "Espérame".

El papel se desliza de mis dedos repentinamente sin fuerza, flotando hasta el suelo mientras el reconocimiento me recorre como una

corriente eléctrica. Zina nota mi reacción instantáneamente, cruzando la habitación para recoger la nota caída. La lee por encima de mi hombro, y su brusca inhalación confirma que no estoy alucinando.

—Es su letra —susurra, con la voz tensa por la emoción—. Es la de Mak.

Nos miramos fijamente, absorbiendo lo que significa. Mak está vivo. Su muerte fue elaboradamente escenificada por razones que solo podemos adivinar. He estado llorando a un hombre que nunca murió, llorando hasta dormirme noche tras noche, solo para descubrir que todo era parte de alguna gran estrategia que no había confiado lo suficiente en mí como para compartir.

El alivio lucha contra la furia en mi corazón, el latigazo emocional me deja mareada y con náuseas. Los bebés responden a mis hormonas en aumento con mayor actividad, desatando un coro de patadas y movimientos que manifiestan físicamente mi caos interno.

—Está vivo —consigo susurrar, todavía luchando por procesar este cambio sísmico en la realidad—. Ha estado vivo todo este tiempo.

La expresión de Zina recorre las mismas emociones que se agitan dentro de mí: conmoción, alivio, enfado y confusión, antes de establecerse en algo más calculado. Intercambia una mirada significativa con Leonid, cuya expresión cuidadosamente neutral de repente parece sospechosa.

—Lo sabías —le acuso, estudiando su rostro en busca de confirmación—. Transmitiste la noticia de su muerte sabiendo que no era cierta.

No se inmuta bajo mi mirada, pero algo cambia en su comportamiento estoico, no es exactamente culpa, sino reconocimiento. —Seguí mis órdenes, como siempre he hecho.

—¿Órdenes de mentirme? ¿De dejarme creer que el padre de mis hijos estaba muerto mientras lo lloraba durante semanas? —mi voz

se eleva con cada pregunta, la ira me proporciona una fuerza temporal—. ¿De verme llorar hasta quedarme dormida mientras conocías la verdad?

—Para protegeros —corrige, manteniendo un tono plano a pesar de mi ira burbujeante—. A los dos. Lo que no sabíais no podía ser arrancado de vosotros.

—¿Arrancado? —La palabra queda suspendida ominosamente entre nosotros.

—Si Fedor sospechara que Mak sobrevivió, os convertiríais en objetivos de nuevo, esta vez para obtener información en lugar de eliminaros —su franqueza resulta más aterradora que la evasión—. Vuestro dolor tenía que ser genuino.

Esta evaluación clínica de mi sufrimiento emocional como una necesidad táctica me provoca un escalofrío. Este es el mundo que habita Mak, donde incluso el amor y el dolor se convierten en consideraciones estratégicas, donde las emociones humanas se utilizan como armas o se neutralizan según los requisitos operativos.

—¿Tú también lo sabías? —me dirijo a Zina, cuya expresión refleja un conflicto genuino.

Ella niega con la cabeza, con lágrimas acumulándose en sus ojos. —No. Lo lloré de verdad —examina la nota de nuevo, trazando la letra de su hermano con dedos temblorosos—. Pero sospechaba que algo no encajaba cuando Leonid aceptaba demasiado fácilmente ciertos informes y estaba demasiado tranquilo con la toma de poder de Fedor.

Durante varios momentos, no puedo respirar adecuadamente mientras mi mente lucha por reorganizar todo lo que he creído durante los últimos meses. Los bebés responden a mi tumulto emocional con un aumento de movimiento, como si también ellos sintieran el cambio sísmico en nuestra realidad. Aprieto la ecografía

contra mi pecho y vuelvo a llorar, pero estas lágrimas son diferentes: confusas, esperanzadas y enfadadas a la vez.

—¿Por qué ahora? —finalmente pregunto, dirigiéndome directamente a Leonid—. ¿Por qué decirme ahora que está vivo?

—Porque el peligro casi ha pasado —su típica economía de palabras revela poco, pero la implicación es clara: lo que sea que Mak ha estado haciendo durante su supuesta muerte está llegando a su fin.

—¿Qué ha estado haciendo todo este tiempo? —Zina formula la pregunta antes de que yo pueda hacerlo.

La expresión de Leonid se cierra aún más. —Eso le corresponde a él explicarlo cuando regrese.

Cuando, no si. Esta simple elección de palabras confirma lo que la nota ya sugería. Mak tiene la intención de volver con nosotros. La comprensión trae consigo una compleja oleada de emociones que estoy demasiado agotada para desenredar. El padre de mis hijos está vivo, pero deliberadamente me hizo pasar por semanas de dolor. Va a volver, pero no confió lo suficiente en mí como para incluirme en sus planes. Quiere que lo espere, pero no me dio ninguna opción sobre si participar en su engaño.

—¿Cómo ha podido hacernos esto? —susurro, sin esperar realmente una respuesta—. ¿Cómo ha podido dejarnos creer que estaba muerto?

—Porque mi hermano solo ha conocido una manera de resolver problemas —dice Zina, con voz suave pero sin vacilar en su honestidad—. De forma completa y en solitario.

La evaluación me parece dolorosamente acertada. Con toda su complejidad, con todos los atisbos de ternura y vulnerabilidad que presencié en nuestro breve tiempo juntos, Mak sigue siendo fundamentalmente un hombre moldeado por la violencia y el aislamiento. Su solución a las amenazas contra su familia no fue colaborar o comunicarse, sino fabricar su propia muerte, cortando

todas las conexiones para protegernos mediante el engaño en lugar de la asociación.

El agotamiento me golpea repentinamente, el trastorno emocional drenando la poca energía que mi cuerpo, ya castigado por el embarazo, contiene. Leonid se retira con tacto mientras Zina me ayuda a acostarme, colocando almohadas para sostener mi forma desproporcionada. Las revelaciones del día me presionan tan pesadamente como los propios bebés.

—¿Debería estar feliz o furiosa? —le pregunto mientras cierra las cortinas contra el sol poniente—. Ya ni siquiera sé lo que estoy sintiendo.

—Sé ambas cosas —sugiere con el pragmatismo que nos ha sostenido durante estos difíciles meses—. Está vivo, lo que merece alegría. Nos engañó, y eso merece enfado. Puedes sostener ambas verdades a la vez.

Me deja descansar, entendiendo mi necesidad de soledad para procesar esta revelación, pero el sueño sigue siendo esquivo mientras mi mente recorre rápidamente consecuencias y posibilidades. Si Mak está vivo, ¿qué ha estado haciendo exactamente estos últimos meses? ¿Qué peligro necesitó un engaño tan elaborado? Y lo más importante, ¿qué ocurrirá cuando regrese?

Al caer la noche, me veo atraída una vez más hacia la ventana que da al océano. A pesar de las instrucciones del Dr. Wilson de guardar reposo, me acomodo con cuidado en el asiento de la ventana, necesitando el consuelo de la vista familiar. Las olas rompen contra la orilla en un ritmo hipnótico, inalteradas por el drama humano que se desarrolla cerca. Apoyo la mano en mi vientre, sintiendo los patrones familiares de movimiento de las vidas que me conectan irrevocablemente a Mak, ya sea que esté muerto o vivo.

Por primera vez en meses, hablo a nuestros hijos sobre su padre en tiempo presente. —Vuestro padre está vivo —les digo suavemente,

todavía adaptándome a esta nueva realidad—. Es el hombre más desconcertante, complicado e irritante que he conocido jamás.

Una patada particularmente fuerte presiona contra mi palma, como si estuviera de acuerdo con mi evaluación. Sonrío a pesar de mí misma.

—Piensa que tiene que proteger a todos por sí mismo. Toma decisiones unilaterales y espera que todos las acatemos —otra patada, esta vez más suave—. Pero ama intensamente, y está luchando por nosotros de la única manera que conoce.

La admisión trae una claridad inesperada. Los métodos de Mak son cuestionables, pero su motivación parece genuina, crear seguridad para su familia por cualquier medio necesario. El engaño duele profundamente, pero entiendo sus raíces en el mundo violento que lo formó. —Y de alguna manera, a pesar de todo —susurro a mis hijos por nacer—, todavía lo amo.

Las palabras se asientan sobre mí con una ligereza sorprendente. Pase lo que pase después, cualquiera que sea el juego que Mak esté jugando con su aparente muerte y mensajes crípticos, estos niños conocerán al hombre real detrás del mito, tanto su oscuridad como su capacidad para amar.

Tanto si regresa mañana como si lo hace dentro de meses, tanto si le perdono al instante como si le hago trabajar para conseguir la redención, sigue siendo el padre de mis hijos y el complicado hombre que conquistó mi corazón a pesar de todas las objeciones racionales. No es un perdón ciego. Es una elección, y una difícil, además. Elijo tenerlo en mi vida cuando regrese, aunque puede que lo mate de verdad después de terminar de abrazarlo.

27

Mak

El amanecer se despliega sobre las ruinas de mi antigua vida mientras permanezco por última vez en la fábrica abandonada que sirvió como sede para mi operación fantasma. Los suelos de hormigón están completamente limpios, el equipo informático ha sido desmantelado y los componentes sensibles destruidos. Cada rastro de nuestra presencia ha sido metódicamente borrado. Nada queda que pueda vincular este espacio con el hombre conocido como Makari Vorobev, *pakhan* de la *Bratva* rusa de mi territorio en la ciudad de Nueva York.

—Los preparativos finales están completos —dice Orlov, entregándome un sobre manila que contiene nuevos documentos de identificación. Leonid se ha adelantado a la casa segura, y Sasha partió hace horas para tomar su vuelo a Indonesia, con su nueva identidad lista para ser vivida—. La propiedad ha sido transferida a la sociedad fantasma según lo indicado. Todas las cuentas están cerradas o redirigidas.

Asiento, examinando el pasaporte que lleva mi cara pero un nombre diferente, uno poco notable y fácil de olvidar, perfecto para desaparecer en una vida ordinaria. La fotografía muestra a un desconocido con el pelo más corto, sin barba y con ojos menos atormentados de los que recuerdo haber visto en los espejos. —¿Y Fedor?

—El cuerpo fue descubierto ayer por la mañana. La policía lo está tratando como violencia relacionada con bandas —comparte Yakov, y su expresión permanece neutral, aunque la satisfacción colorea su tono.

—Es hora de irnos —les digo, observando el espacio vacío por última vez—. Todo ha quedado reducido a cenizas.

Yakov asiente, entendiendo mi directriz metafórica. Todos los registros digitales están destruidos, todas las conexiones cortadas y todos los rastros oscurecidos más allá de cualquier recuperación. El hombre que fui deja de existir a partir de este momento. La vida que construí a través de sangre y cálculo queda abandonada tan completamente como este esqueleto industrial.

En el aparcamiento, tomamos vehículos separados. Yakov no comparte su destino, pero Orlov ha hablado muchas veces con anhelo sobre Nueva Orleans, así que no me sorprendería si su nueva vida comienza allí. No lo sabré, sin embargo. No mantendremos contacto. Es la forma más segura para que todos permanezcamos muertos y renazcan, por lo que cuanto menos sepamos sobre los planes de los demás, mejor.

Mi transformación continúa metódicamente en un motel anodino a cincuenta kilómetros de la costa. Me afeito la barba con trazos cuidadosos, viendo cómo la oscura barba incipiente desaparece por el desagüe junto con los últimos vestigios de Makari Vorobev. El rostro que emerge parece más joven y vulnerable, y de alguna manera casi irreconocible después de meses ocultándome tras el vello facial. Me corto el pelo más corto de lo que lo he llevado desde

la infancia, el estilo decididamente común: ni a la moda ni anticuado, y diseñado para no llamar la atención en absoluto.

Los trajes de diseñador y los zapatos de cuero italiano han sido reemplazados por ropa sencilla comprada en grandes almacenes: vaqueros, camisas de algodón y una chaqueta desgastada que sugiere trabajo honesto en lugar de empresa criminal. Estudio al extraño en el espejo, este hombre ordinario que podría ser cualquiera de cualquier lugar, y me pregunto si Wil verá a través de la nueva cara al hombre en que finalmente me he convertido.

De mi chaqueta descartada, recupero el único objeto que conservo de mi vida anterior: una pequeña caja de terciopelo que contiene un anillo encargado hace meses pero nunca ofrecido. El rubí solitario atrapa la luz de las lámparas fluorescentes del baño. Cinco pequeños diamantes lo rodean en un delicado engaste, representando a nuestros hijos. No podré dárselo durante un tiempo, no hasta que me haya ganado el perdón, pero no podía soportar dejarlo atrás. Algún día, espero que esté en su dedo para siempre.

Llueve mientras conduzco hacia la costa, el movimiento rítmico de los limpiaparabrisas marcando el tiempo como un metrónomo. Las carreteras se vuelven más estrechas y menos mantenidas a medida que me acerco a mi destino, la civilización cediendo paso a la costa salvaje y casas dispersas construidas para resistir tormentas atlánticas. Nunca he visitado personalmente la casa segura, conociendo su ubicación solo a través de coordenadas y fotos de vigilancia, sin embargo, se siente más como un hogar que cualquier propiedad que haya poseído.

Abandono el coche a un kilómetro y medio de mi destino, continuando a pie a través del denso bosque costero en lugar de acercarme por la carretera principal vigilada. La noche ha caído por completo, la capa de nubes oculta la luz de la luna y las estrellas, lo que crea condiciones perfectas para moverse sin ser detectado. El camino es traicionero en la oscuridad, con raíces que amenazan con hacerme tropezar y ramas que azotan mi cara, pero navego por

instinto y el recuerdo de mapas topográficos estudiados en la preparación.

La casa aparece entre los árboles, posada en un pequeño acantilado con vistas al océano. Las luces brillan detrás de cortinas cerradas. Me acerco desde el acceso a la playa, manteniéndome en la oscuridad. En esta etapa temprana de mi nueva vida, los viejos hábitos resultan imposibles de romper incluso cuando son innecesarios. El sistema de seguridad reconoce mis datos biométricos a pesar de mi apariencia alterada, desactivando los sensores y la alarma automáticamente cuando llego a la puerta y presiono mi palma contra el panel.

No llamo, pero unos pasos se acercan inmediatamente desde dentro. Reconozco la pisada distintiva de Leonid, larga y alerta. La puerta se abre para revelar a mi lugarteniente más confiable, su expresión no revela nada mientras observa mi nueva apariencia. Por un momento, nos miramos en silencio. Luego se hace a un lado con un asentimiento que reconoce todo lo que las palabras solo disminuirían.

—Han recibido tu mensaje —dice simplemente, la única confirmación que necesito de que Wil sabe que estoy vivo.

Antes de que pueda responder, un movimiento en el pasillo tenuemente iluminado capta mi atención. Zina aparece como una aparición, momentáneamente inmóvil como si viera un fantasma. El reconocimiento amanece en sus ojos, seguido por una compleja ola de emociones antes de lanzarse hacia adelante, sus brazos rodeándome con fuerza contundente. Su sollozo silencioso rompe el tenso silencio, el primer sonido más allá del omnipresente golpeteo de las olas distantes.

—Realmente estás aquí —susurra contra mi hombro, su voz ahogada y espesa por la emoción—. Estás vivo.

La abrazo fuertemente, permitiéndome reconocer lo profundamente que he echado de menos a mi hermana. Cuando da un paso atrás,

examina mi rostro con cuidadoso escrutinio. Sin palabras, toma mi mano y me guía a través de la casa oscurecida, pasando por una sala de estar que contiene evidencia de domesticidad confortable. El pasillo se profundiza, derramando luz desde una puerta parcialmente abierta en su extremo. Aprieta mi mano una vez antes de soltarla, apartándose para dejarme continuar solo.

Wil está de pie en la puerta de lo que debe ser el cuarto infantil, recortada contra una suave luz azul que sumerge la habitación en delicadas sombras. Su pequeña figura se ha transformado por completo, dominada ahora por la magnífica redondez que acuna a nuestros cinco hijos. Una mano descansa protectoramente sobre su vientre mientras la otra se apoya contra el marco de la puerta buscando soporte. Incluso de perfil, puedo ver los cambios que el embarazo ha provocado. Su rostro está más lleno, y su postura se ha ajustado para acomodar su alterado centro de gravedad. Todo su ser irradia tanto fortaleza como vulnerabilidad.

Se gira al oír mis pasos acercándose y, por un momento, simplemente nos miramos el uno al otro a través de una distancia que de repente parece demasiado vasta y demasiado íntima a la vez. Su rostro resplandece a pesar de los rastros de lágrimas aún visibles en sus mejillas, su expresión transita por múltiples emociones mientras asimila mi presencia: sorpresa, alivio, enfado, incertidumbre y algo más profundo que no me atrevo a nombrar por miedo a presuponer.

Al principio, ninguno habla. Las palabras parecen inadecuadas para todo lo que ha ocurrido.

Entonces Wil camina hacia mí con pasos deliberados, sus movimientos cuidadosos pero determinados a pesar de su forma poco manejable. Su mano permanece protectoramente sobre su vientre mientras se acerca, acunando a nuestros hijos entre nosotros como el precioso milagro que son. Cuando llega hasta mí, estudia mi rostro con un escrutinio inquebrantable, como si buscara evidencias

de que soy realmente el hombre que recuerda y no algún impostor que lleva sus rasgos.

Sin previo aviso, golpea mi pecho una vez con el puño cerrado. No es lo suficientemente fuerte como para doler, pero tiene la fuerza necesaria para comunicar meses de dolor y enfado. Acepto el golpe sin inmutarme, entendiéndolo como la mínima penitencia por lo que le he hecho pasar. Luego su expresión se desmorona, su compostura se disuelve mientras se derrumba hacia delante en mis brazos.

Sostengo su peso fácilmente, envolviéndola en un abrazo que debe acomodar la redondez de su vientre entre nosotros. Su aroma familiar me rodea, ese que he llevado en la memoria durante meses de separación. Entierro mi cara en su pelo, inhalando profundamente mientras las lágrimas que me he negado durante demasiado tiempo finalmente caen libremente.

—Puede que llegue tarde —susurro contra su sien, las palabras lamentablemente inadecuadas para todo lo que hemos soportado—. Pero por fin estoy en casa.

Ella tiembla con sollozos silenciosos contra los míos, sus dedos agarrando la tela de mi camisa como para verificar mi solidez.

—Estabas muerto —logra decir entre respiraciones entrecortadas—. Pensé que estabas muerto.

—Lo sé —las palabras se atascan en mi garganta, espesas por el arrepentimiento por el dolor que causé, creyendo que era necesario —. Lo siento.

—Me dejaste llorarte —se aparta ligeramente, sus ojos brillando con renovado enfado a través de sus lágrimas—. Durante meses, me dormí llorando pensando que te habías ido para siempre.

—Era la única forma de mantenerte a salvo mientras terminaba lo que necesitaba hacer —la explicación suena hueca incluso para mis oídos, más una justificación que una verdadera disculpa—. No podía

arriesgarme a que Fedor descubriera que sabías que estaba vivo. Él habría...

—No me importa Fedor —su voz se eleva con emoción mientras presiona sus manos contra mi pecho para crear separación entre nosotros—. Me importa que me hayan mentido. Me importa que me hayan tratado como si no pudiera manejar la verdad o tomar mis propias decisiones. Me importa que *tú* decidieras lo que era mejor para *mí* sin darme ninguna opción en el asunto.

Cada acusación aterriza con precisión quirúrgica, exponiendo la arrogancia subyacente a mi protección. Quería protegerla del peligro pero, al hacerlo, le negué su autonomía. Al intentar protegerla, repetí los patrones de control que definían el mundo que supuestamente estaba dejando atrás.

Todavía creo que era más seguro si ella no sabía que estaba vivo, pero debería haberlo hablado con ella, incluso conociendo el riesgo. Ahora me doy cuenta de que si Fedor la hubiera encontrado a ella o a Zina, las habría torturado de todos modos. En su lugar, infligí un tipo diferente de dolor —lento, consumidor y deliberado— a las dos mujeres que más amo.

—Tienes razón —no ofrezco excusas—. Me equivoqué.

Mi simple reconocimiento parece pillarla por sorpresa. Parpadea, quizás esperando la respuesta defensiva de un hombre no acostumbrado a admitir errores. En cambio, le doy la verdad sin adornos.

—He pasado toda mi vida creyendo que protección significa control —alcanzo con cautela para limpiar las lágrimas de su mejilla—. Pensé que mantener a la gente a salvo requería tomar decisiones por ellos. Estaba equivocado, y lo siento por el dolor que te causé.

Su expresión se suaviza ligeramente, aunque la cautela permanece en la posición de sus hombros.

—Eso no lo arregla, Mak. No puedes simplemente disculparte y esperar que todo esté bien.

—Lo sé —retiro mi mano, respetando el límite que ella establece—. No espero perdón instantáneo, solo la oportunidad de ganármelo eventualmente, y mostrarte a través de acciones en lugar de palabras que estoy intentando cambiar.

Algo cambia en su mirada, la ira cediendo paso a una evaluación cautelosa. Antes de que pueda responder, una brusca inhalación interrumpe sus pensamientos, y se sujeta el costado.

—¿Qué pasa? —la alarma corre a través de mí mientras me acerco a ella sin pensar.

—Nada —descarta mi preocupación con un gesto, haciendo una ligera mueca—. Solo acrobacias entusiastas de tu descendencia. Están particularmente activos esta noche.

Mi descendencia. La simple frase envía una oleada de emoción a través de mí tan poderosa que casi me tambaleo bajo su fuerza. A pesar de saber intelectualmente que Wil lleva a nuestros cinco hijos, la realidad me golpea de nuevo. Mis hijos son mi legado en el sentido más verdadero de la palabra. No un imperio construido sobre sangre y miedo, sino nuevas vidas creadas en un momento de conexión con la extraordinaria mujer frente a mí.

—¿Puedo? —señalo tentativamente hacia su vientre, inseguro de mi bienvenida.

Ella duda momentáneamente antes de asentir, guiando mi mano hacia el lado izquierdo de su abdomen. Durante varios segundos, no ocurre nada. Entonces siento una presión distinta contra mi palma, como un empujón deliberado desde dentro que solo puede ser una diminuta mano o pie probando los límites de su mundo.

—Ese es el Bebé A —dice Wil, la designación clínica suavizada por un inequívoco afecto en su voz—. El más activo del grupo. Siempre el primero en responder al ruido o al tacto.

Otro movimiento ondula a través de su vientre, visible incluso bajo la tela suelta de su camisón. Observo maravillado cómo la perfecta cúpula de su abdomen cambia y se distorsiona con movimiento autónomo desde dentro.

—Les he estado hablando de ti... de quién eres realmente, no solo de lo que has hecho.

El conocimiento casi me abruma. Mientras yo he estado desmantelando mi imperio, destruyendo el legado de violencia que me definió durante décadas, Wil ha estado construyendo una narrativa diferente para nuestros hijos que reconoce mi oscuridad pero no me reduce a ella. Les ha dado el padre que merecen en lugar del monstruo que el mundo conoció.

—Gracias —. Las palabras parecen completamente insuficientes para el regalo que me ha ofrecido—. Por no dejarles pensar que yo era solo...

—¿Un asesino? ¿Un criminal? —completa mi pensamiento con su característica franqueza—. Necesitan conocerte por completo, Mak. El hombre que mata sin vacilar y el hombre que me construyó un invernadero porque vio cuánto necesitaba tener cosas creciendo a mi alrededor. El jefe de la *Bratva* y el hermano que protegió a Zina de la crueldad de tu padre. Necesitan toda la verdad para tomar sus propias decisiones sobre quién eres para ellos.

Su sabiduría me humilla. Mientras yo he estado operando en absolutos —destrucción completa de mi antiguo yo y reconstrucción total de una nueva identidad—, ella ha estado navegando por el complejo terreno intermedio, donde ocurre la mayor parte de la vida. No ofrece absolución, sino comprensión.

—Quiero ser digno de ellos —digo, la confesión resulta más fácil en la oscuridad—. De ti. No sé si puedo serlo, pero quiero intentarlo.

Su expresión se suaviza aún más, parte de la cautela desapareciendo. —Lo único que cualquiera de nosotros puede hacer

es intentar ser mejor mañana de lo que fuimos ayer.

Un sonido desde la puerta nos recuerda que no estamos solos. Zina ha regresado y nos observa, con lágrimas corriendo sin control por su rostro. Cuando nuestras miradas se encuentran, cruza la habitación para unirse a nosotros, completando el círculo de nuestra extraña y frágil familia. Su brazo rodea los hombros de Wil mientras su otra mano aprieta la mía con fuerza.

—Deberíamos quitarte de los pies —le dice a Wil con suave autoridad—. El Dr. Wilson me cortaría la cabeza si supiera que estabas de pie tanto tiempo.

—El Dr. Wilson es innecesariamente cauteloso —murmura, aunque se deja guiar hacia la sala de estar—. Soy perfectamente capaz de mantenerme en pie durante una conversación.

—Estás llevando quintillizos —replica Zina con cariñosa exasperación —. Estar de pie durante períodos prolongados no es aconsejable, independientemente de lo testaruda que seas.

Las familiares discusiones entre ellas revelan el vínculo que han formado en mi ausencia, una amistad forjada a través del dolor compartido y los desafíos diarios. Las sigo hasta la sala, asimilando la cómoda domesticidad que han creado juntas, con las revistas médicas de Wil apiladas junto a los textos de literatura de Zina, y la disposición práctica de los muebles para adaptarse a las necesidades de una mujer en avanzado estado de embarazo.

Mientras Wil se acomoda en el sofá con la ayuda de Zina, permanezco de pie, repentinamente inseguro de mi lugar en este hogar que han construido sin mí. La caja de terciopelo pesa mucho en mi bolsillo, su presencia un recordatorio de intenciones que no tengo derecho a suponer que siguen siendo bienvenidas. Ciertamente no ofreceré el anillo de inmediato, así que necesitaré encontrar un lugar seguro para guardarlo.

—Siéntate —dice Wil, dando palmaditas al espacio a su lado—. Estás merodeando y me pone nerviosa.

Obedezco, manteniendo una distancia cuidadosa hasta que ella suspira con impaciencia y se acerca, su hombro tocando el mío en una reconexión tentativa. El simple contacto hace que todo sea real mucho más efectivamente que cualquier otra cosa. Estoy aquí, ella está aquí, nuestros hijos crecen entre nosotros, y el futuro inmediato contiene posibilidades en lugar de amenazas.

—Mañana —dice en voz baja—, hablaremos de todo. Dónde has estado, qué has hecho y hacia dónde vamos a partir de ahora —. Toma mi mano con cautela—. Esta noche, simplemente quédate.

Le aprieto la mano suavemente. —No voy a ir a ninguna parte — prometo, las palabras un juramento más vinculante que cualquier otro que haya pronunciado—. No otra vez.

Su cabeza se apoya contra mi hombro, el peso un consuelo con el que he soñado durante largas noches de propósito solitario. Frente a nosotros, Zina se acurruca en un sillón, su expresión pacífica por primera vez desde que llegué. Afuera, las olas continúan su eterna conversación con la orilla, indiferentes a los dramas humanos resueltos o que continúan dentro de estas paredes.

Por primera vez en meses —quizás por primera vez en mi vida— me permito habitar completamente el momento presente. Sin planear, sin calcular, sin anticipar amenazas u oportunidades, simplemente existiendo en la tranquila compañía de las únicas personas que importan.

Estoy en casa.

28

Wil

La tranquila intimidad del reencuentro no dura mucho. Mientras estamos sentados en silencio en la sala de estar, una familiar sensación de opresión envuelve mi abdomen. He sentido estas contracciones de práctica con frecuencia creciente durante las últimas semanas, pero algo en esta se siente diferente. Es más aguda y parece tener un propósito más definido.

Me muevo incómoda, ajustando mi posición para aliviar la presión. Mak lo nota inmediatamente, captando el sutil cambio en mi expresión. —¿Qué ocurre?

—Nada. Solo son Braxton Hicks —ofrezco una sonrisa tranquilizadora que incluso a mí me parece poco convincente—. Es la forma que tiene el cuerpo de practicar para lo real.

Zina me observa con ojos entrecerrados, mucho más conocedora de lo que me gustaría. Ha presenciado suficientes de estos episodios durante las últimas semanas como para reconocer cuando estoy

restando importancia a mi malestar. —Es la tercera en veinte minutos.

Antes de que pueda responder, otra oleada se intensifica, más fuerte esta vez e imposible de disimular o descartar. Respiro a través de ella, aplicando las técnicas que he enseñado a innumerables futuras madres durante mi carrera de enfermería. Cuando pasa, tres pares de ojos me estudian con diferentes grados de preocupación, ya que Leonid se ha unido a nosotros desde su posición vigilante junto a la puerta.

—Vamos a la cocina —necesito ponerme de pie y moverme—. Me vendría bien un té.

Mak me ayuda a levantarme con manos cuidadosas, su contacto tentativo como si pudiera romperme o rechazar su ayuda. El contacto físico es un recordatorio de que realmente está aquí después de meses de ausencia. Nos dirigimos lentamente hacia la cocina, mi paso necesariamente deliberado con mi centro de gravedad alterado.

Zina llena la tetera mientras me siento en un taburete junto a la encimera, ya que la superficie dura proporciona mejor apoyo que los cojines blandos de la sala de estar. Hablamos de asuntos prácticos: la nueva identidad de Mak, la documentación legal preparada para los niños y otra propiedad costera comprada bajo una sociedad pantalla que se convertirá en nuestro hogar permanente una vez que los bebés estén lo suficientemente estables para viajar.

A mitad de la explicación sobre las complejidades de los fondos fiduciarios que ha establecido para cada niño, otra contracción me atrapa, más fuerte que antes, y también dura más, casi un minuto, exigiendo toda mi atención.

La voz de Zina corta a través de la niebla de malestar cuando la contracción finalmente disminuye. —Eso no son Braxton Hicks.

—No —ya no puedo negarlo más, el instinto de enfermera supera al pensamiento ilusorio—. Creo que es lo real.

El rostro de Mak pierde el color. Su compostura, mantenida a través de tiroteos y traiciones, flaquea completamente cuando se enfrenta a la perspectiva de un parto inminente. —Pero es demasiado pronto. Aún no tienes treinta y dos semanas completas.

—Los quintillizos raramente llegan a término —hago una mueca mientras otra contracción comienza a formarse, el tiempo confirma lo que ya sé—. Vienen ahora, estén listos o no.

La enfermera tranquila y profesional en mí hace un inventario mental: contracciones aproximadamente cada siete minutos, que duran de cincuenta a sesenta segundos, y aumentan en intensidad. Aún no he roto aguas, pero el patrón es inequívoco. El parto activo ha comenzado, semanas antes que un embarazo de un solo bebé, pero no catastróficamente prematuro, especialmente para quintillizos.

La voz pragmática de Leonid rompe el momento de silencio atónito. —Necesitamos irnos. El centro está a cuarenta minutos con buen tráfico.

—Llamaré al Dr. Wilson —Zina ya tiene su teléfono en la mano, alejándose para hacer los arreglos necesarios.

La siguiente contracción golpea con una fuerza asombrosa, arrancándome un jadeo de los labios a pesar de mi determinación de mantener la compostura. Mak se mueve con delicadeza, sosteniéndome mientras mis rodillas amenazan con doblarse.

—Respira a través de ella —imita el patrón de respiración profunda que he adoptado inconscientemente—. Eso es. No estás sola.

La ternura en su voz casi me deshace más completamente que el dolor. Después de meses de dolor y rabia, después de la conmoción de su regreso, este momento de crisis elimina las pretensiones entre

nosotros. Su miedo está desnudo en sus ojos, pero también su determinación de mantenerse firme por mí.

Todo se acelera después de eso. Zina regresa con la confirmación de que el centro se está preparando para nuestra llegada. Leonid trae la bolsa del hospital que preparé hace semanas desde su lugar junto a la puerta. Mak me ayuda a ponerme un abrigo a pesar del calor de la noche de mayo, su sobreprotección manifestándose en preocupaciones prácticas sobre la regulación de la temperatura y el shock.

El trayecto es simultáneamente interminable y demasiado breve, pasando en una nebulosa de dolor y miedo puntuada por momentos de claridad cristalina. Mak conduce con la precisión constante que una vez dirigió un imperio criminal, aunque sus nudillos se blanquean en el volante cada vez que jadeo con una nueva contracción. Zina se sienta a mi lado en el asiento trasero, cronometrando las contracciones en su teléfono mientras ofrece contrapresión contra mi espalda baja cuando el dolor alcanza su punto máximo.

—Cinco minutos entre cada una ahora —el temblor en su voz revela la ansiedad que intenta ocultar—. Duran unos setenta segundos.

—La transición está ocurriendo más rápido de lo normal —fuerzo las palabras entre respiraciones controladas, el conocimiento médico es tanto una bendición como una maldición en este momento—. Los partos múltiples a menudo progresan rápidamente una vez que comienzan.

Llegamos a la clínica privada que Mak organizó hace meses cuando me dejó ir a la casa segura. Es un centro discreto especializado en partos de alto riesgo y con personal de especialistas, que han estado monitorizando mi embarazo desde nuestra llegada a la casa segura. A pesar de ser de madrugada, el equipo médico se moviliza rápidamente.

El Dr. Wilson nos recibe en la entrada, su habitual comportamiento tranquilo es una fuerza estabilizadora en medio de la creciente tensión. —Treinta y una semanas y cuatro días es excelente para quintillizos. El desarrollo pulmonar parecía bueno en las ecografías de la semana pasada, y has recibido las inyecciones de esteroides para desarrollar sus pulmones, ya que tu cesárea programada es la próxima semana.

Asiento durante su explicación, comprendiendo intelectualmente que casi treinta y dos semanas nos da excelentes probabilidades para resultados saludables, mientras todavía albergo el miedo maternal instintivo a las complicaciones. La enfermera racional y la madre aterrorizada libran una batalla dentro de mí mientras otra contracción alcanza su punto máximo, más fuerte que cualquiera anterior.

—Ya hemos preparado el quirófano —el Dr. Wilson dirige sus comentarios a Mak sin presentación formal, moviéndose eficientemente junto a la silla de ruedas que una enfermera ha traído para mí—. Necesitaremos actuar rápidamente, pero estamos bien preparados para este escenario.

La expresión de Mak revela tanto alivio como renovada ansiedad: consuelo por la presencia de profesionales médicos listos para actuar, y terror ante la realidad de lo que está ocurriendo. Sostiene mi mano mientras me llevan en camilla hacia el quirófano, su agarre firme a pesar del ligero temblor que siento en sus dedos.

—Quédate conmigo —consigo decir entre respiraciones mientras otra contracción comienza a formarse.

—No voy a ir a ninguna parte —La promesa lleva un peso que va más allá de esta crisis inmediata, como una respuesta a la separación que la precedió y un compromiso con lo que vendrá después.

La siguiente media hora transcurre en un caos controlado. Las enfermeras me preparan eficientemente para la cirugía,

conectándome a monitores que muestran cinco latidos distintos, cada uno ligeramente desincronizado con los demás. Una vía intravenosa me administra líquidos para combatir la ligera deshidratación causada por horas de parto prematuro. El anestesista me explica el procedimiento de la anestesia espinal, aunque podría recitar el proceso de mis días como enfermera.

Mak permanece a mi lado durante todo el proceso, siguiendo instrucciones para ponerse la bata y mascarilla quirúrgicas sin cuestionar ni quejarse. Bajo la dura luz fluorescente de la zona preoperatoria, noto detalles que pasé por alto en el tumulto emocional de su regreso: nuevas líneas marcadas alrededor de sus ojos, hilos plateados en sus sienes que antes no estaban, y un cansancio bajo su vigilancia que habla de meses de propósito solitario.

—No estás sola —promete mientras el anestesista administra el bloqueo espinal que adormecerá la parte inferior de mi cuerpo. La medicación actúa rápidamente, el calor se extiende por mis piernas seguido de un bendito alivio del dolor y un entumecimiento creciente —. Estoy aquí mismo, y no me voy a marchar otra vez.

Se coloca un paño quirúrgico azul sobre mi pecho, creando una barrera entre la parte superior de mi cuerpo y el campo quirúrgico debajo. El anestesista ajusta mi posición, asegurando mi comodidad mientras mantiene la exposición adecuada para el equipo quirúrgico. Mak se sienta en un taburete junto a mi cabeza, sus ojos por encima de su mascarilla quirúrgica revelan tanto terror como asombro.

—Háblame —le pido mientras el entumecimiento se extiende hacia arriba, trayendo consigo la extraña sensación flotante de la anestesia regional—. De cualquier cosa. Solo mantenme aquí.

Mak se acerca más, su voz baja e íntima en medio del profesional alboroto que nos rodea. —Cuando tenía diez años, Zina se contagió de varicela. Estaba miserable, cubierta de manchas y con fiebre. Mi padre estaba de viaje de negocios. —Su mano aparta el pelo de mi cara, el suave contacto me ancla mientras los médicos se preparan

para la primera incisión—. Le leí durante tres días seguidos. Principalmente cuentos de hadas, de esos con finales felices que nuestra familia nunca parecía tener. Me quedé completamente sin voz, pero finalmente ella se durmió.

La inesperada historia me aleja de mi ansiedad, ofreciéndome un vistazo del hermano detrás del exterior endurecido. —Siempre la has protegido.

—Es lo único que he hecho bien constantemente. —Su sonrisa solo es visible en las arrugas alrededor de sus ojos sobre su mascarilla—. Hasta ahora, espero.

La cirugía procede con limpieza, el equipo trabaja eficientemente para traer cinco nuevas vidas al mundo con seguridad. Siento presión y movimiento pero no dolor, las sensaciones distantes y oníricas a través de la medicación y el agotamiento. Mak continúa hablando, y su voz se convierte en mi punto focal mientras la habitación se difumina a nuestro alrededor.

—Primer bebé en camino —dice el Dr. Wilson, su tono profesional incapaz de enmascarar completamente la emoción—. Bebé A. Es un niño.

La presión aumenta brevemente, seguida por una extraña sensación de liberación. Los segundos se estiran hasta la eternidad antes de que un fino llanto indignado atraviese el quirófano, nuestro primer hijo anunciando su llegada con una fuerza sorprendente para su tamaño. Las lágrimas brotan de mis ojos al oír el sonido, el instinto maternal primario abrumador incluso a través de la medicación.

—¿Está bien? —La voz de Mak se quiebra con emoción, su compostura finalmente rompiéndose.

—Mil trescientos cincuenta gramos —anuncia una enfermera desde la estación de evaluación, donde han llevado a nuestro hijo—. Excelente tamaño para un quintillizo, y pulmones fuertes.

Antes de que podamos procesar este milagro, el Dr. Wilson ya está trayendo a nuestro segundo hijo. —Bebé B, otro niño.

Otro llanto se une al primero, este ligeramente más agudo en tono pero igualmente decidido. El equipo quirúrgico trabaja ahora con mayor urgencia, sabiendo que una vez que se han entregado los primeros bebés, los tres restantes deben seguir rápidamente para prevenir complicaciones.

—Bebé C, una niña.

—Bebé D, otra niña.

—Y finalmente, Bebé E, vuestro tercer hijo varón.

Cada anuncio trae otro llanto distinto, cinco voces creando un coro imposible que llena el quirófano con nueva vida. Entro y salgo de la consciencia mientras el equipo quirúrgico completa su trabajo, cerrando la incisión mientras el equipo neonatal evalúa a cada bebé.

La medicación y el agotamiento se combinan para crear un estado onírico, donde solo fragmentos permanecen claros: la presión cuando cada bebé es sacado de mi cuerpo, el rostro de Mak por encima de su mascarilla quirúrgica mientras observa con asombro, y más vívidamente, el bendito sonido de cinco pequeños llantos que de alguna manera permanecen distintos incluso a través de la bruma de la medicación.

—Todos están extraordinariamente bien —nos asegura el Dr. Wilson mientras concluye el procedimiento—. La mayoría pesa alrededor de novecientos gramos, con el Bebé A pesando mil trescientos cincuenta gramos, lo cual es excelente para quintillizos de treinta y dos semanas. Necesitarán algo de tiempo en la UCIN, pero sus evaluaciones iniciales son excelentes.

Lucho por mantenerme consciente, desesperada por ver a mis hijos antes de que los lleven a cuidados intensivos. La enfermera debe entenderlo porque, de repente, un pequeño bulto envuelto en azul es acercado a mi cara: nuestro primogénito, sus facciones arrugadas

en indignación de recién nacido, pelo oscuro pegado a su cabeza. Uno por uno, cada bebé es brevemente presentado antes de ser llevado rápidamente para una evaluación y cuidado más minuciosos.

Mak observa la procesión con reverencia aturdida, lágrimas corriendo sin vergüenza por su rostro. Cuando el último bebé es llevado a la UCIN, se vuelve hacia mí, presionando su frente contra la mía en un gesto más íntimo que cualquier beso.

—Gracias —susurra, las simples palabras llevando el peso de todo lo no dicho entre nosotros—. Son perfectos. Los cinco.

Quiero responder, compartir este momento trascendental adecuadamente, pero el agotamiento finalmente me reclama. Mientras la consciencia se desvanece, soy consciente de la mano de Mak aún sosteniendo la mía, su presencia el último ancla a la realidad mientras me deslizo hacia un sueño reparador.

Mi último pensamiento coherente antes de que la oscuridad me reclame es asombrarme de cómo cinco diminutos seres, que aún no tienen ni una hora de vida, ya han remodelado nuestro mundo más completamente que toda la violencia y el poder que Mak jamás comandó. En sus primeras respiraciones, han logrado lo que parecía imposible, transformando a un antiguo jefe de la Bratva y a una enfermera obstinada en una familia unida por el amor en lugar del miedo o la obligación.

29

Mak

La UCI neonatal está en silencio, salvo por el pitido rítmico de los monitores y el suave zumbido del equipo médico. Me encuentro ante cinco incubadoras cerradas con cristal dispuestas en una ordenada fila, cada una contiene un milagro que no tenía derecho a esperar en esta vida. Mis hijos. La palabra en sí se siente extraña en mi mente, desconocida pero instantáneamente preciada.

Son increíblemente pequeños pero perfectos. Cada diminuta cabeza luce un mechón de pelo oscuro que los marca indudablemente como míos. A pesar de los tubos y equipos de monitorización que conectan sus frágiles cuerpos a máquinas que controlan cada respiración y latido, todos están vivos, a salvo y prosperando.

Tres niños idénticos y dos niñas idénticas, distinguidos por ahora solo por bandas de colores en sus muñecas y tobillos: azul, verde y amarillo para los niños, y rosa y morado para las niñas. El peso de mi pasado desaparece en un instante mientras los observo, abrumado por la pureza que tengo ante mí.

—Puedes tocarlos —una enfermera se acerca silenciosamente, sus movimientos sugieren años guiando a padres en estado de shock a través de esta experiencia—. Solo a través de las aberturas de la incubadora, aquí.

Lo demuestra con suavidad, mostrándome cómo deslizar mis manos a través de las aberturas circulares en el lateral de la primera incubadora. Dudo, de repente consciente del contraste entre estas vidas inocentes y las manos que han acabado con tantas otras. La enfermera malinterpreta mi vacilación como miedo a lastimarlos.

—No te preocupes. No dañarás nada. Los bebés son más resistentes de lo que parecen —sonríe alentadoramente—. Este es el Bebé A, tu primogénito. Es el más grande, pesa exactamente tres libras.

Con cuidado, deslizo mi mano por la abertura, mis movimientos son lentos y deliberados como si estuviera desactivando un explosivo en lugar de tocar a mi propio hijo. La punta de mi dedo conecta con su brazo. Su piel es más suave que cualquier cosa que haya sentido jamás, y su diminuta mano se abre reflexivamente, luego se cierra alrededor de mi dedo con una fuerza sorprendente.

Algo se rompe dentro de mí con este simple contacto. Este niño no sabe nada de violencia o traición, nada de la sangre que ha manchado estas manos ni del imperio que he reducido a cenizas por su bien. Simplemente existe, puro e impoluto.

—Se están desenvolviendo notablemente bien para ser quintillizos —continúa la enfermera, pasando a la siguiente incubadora—. Son pequeños pero fuertes, como nos gusta decir. A las treinta y dos semanas, el desarrollo de sus pulmones es excelente debido a la atención prenatal óptima y las inyecciones de esteroides que recibió su esposa recientemente, aunque los mantendremos con oxígeno suplementario durante unos días como precaución.

Sin molestarme en corregir su suposición de que Wil es mi esposa porque me gusta demasiado la idea, la sigo de incubadora en

incubadora, aprendiendo las sutiles diferencias que distinguen a mis hijos a pesar de sus apariencias idénticas.

El Bebé A tiene un agarre firme y un llanto fuerte. El Bebé B es tranquilo y constante, su latido cardíaco es el más regular de los cinco. La Bebé C, nuestra primera hija, es la más pequeña con dos libras y una onza, pero extraordinariamente activa y constantemente cambiando de posición. La Bebé D, nuestra segunda hija, y la segunda más grande con dos libras y catorce onzas, ya tiene ojos oscuros y vigilantes. El Bebé E, nuestro hijo más joven por ocho minutos, tiene una marca de nacimiento como una pequeña luna creciente detrás de su oreja derecha.

—¿Te gustaría pasar un tiempo a solas con ellos? —la pregunta de la enfermera me sobresalta, sacándome de mis observaciones—. Estaré justo afuera si necesitas algo.

Cuando se va, de repente me siento inseguro. ¿Qué se le dice a los recién nacidos que no pueden entender pero que de alguna manera absorberán la emoción detrás de las palabras? He dirigido a hombres con autoridad absoluta y negociado acuerdos millonarios sin vacilación, pero hablar con mis propios hijos me deja sin palabras.

Finalmente, me acerco a la primera incubadora y comienzo a hablar suavemente en ruso, el idioma de mi infancia antes de que la violencia y el poder colorearan cada interacción.

—*Ya tvoy otets* —susurro, diciéndoles que soy su padre. La simple verdad se siente monumental, una declaración más vinculante que cualquier juramento que haya hecho. Continúo en el idioma que una vez me conectó con cosas mejores, ofreciendo antiguas bendiciones que mi madre me enseñó hace mucho tiempo y promesas de que solo conocerán el amor y la seguridad, nunca la violencia que formó mi propia infancia.

Me muevo de una incubadora a la siguiente, hablando con cada niño individualmente. Cuando llego al Bebé E, el más pequeño de mis hijos, me encuentro haciendo una promesa explícita—. Nunca

conocerás al hombre que fui —digo en ruso, observando cómo su pequeño pecho sube y baja con un ritmo perfecto—. Ese hombre murió para que tu padre pudiera vivir.

Un suave sonido desde atrás me alerta de otra presencia. Me giro para encontrar a Zina observando desde la puerta, envuelta en una bata estéril, con el pelo en una redecilla azul. Combina con el equipo que tuve que ponerme cuando me lavé para entrar en la UCI neonatal. Sus ojos están bordeados de lágrimas ya que entiende cada palabra que he hablado en nuestra lengua materna.

—Son preciosos, Mak —se acerca con cautela, como si los bebés pudieran desaparecer si se mueve demasiado rápido—. Nunca pensé que tendríamos esto... un futuro no definido por el pasado.

—Yo tampoco —le hago sitio a mi lado, observando cómo examina a cada niño con asombro—. Todavía no parece real.

—Es real —alcanza a través de una abertura de la incubadora para tocar la mano del Bebé C, sonriendo cuando los diminutos dedos se curvan reflexivamente alrededor de los suyos—. Wil está despierta. La traerán aquí pronto.

La mención de Wil me impulsa desde la UCI neonatal hacia la sala de recuperación ahora que Zina está allí para vigilar a los niños. Necesito verla antes de que ella vea a nuestros hijos por primera vez. Los pasillos del hospital se difuminan mientras recorro el camino que he andado una docena de veces desde el nacimiento hace horas.

La encuentro recostada en la cama, todavía pálida pero alerta, sus ojos se iluminan cuando entro. Se ve simultáneamente exhausta y radiante, el trauma físico de la cirugía de emergencia suavizado por el conocimiento de cinco bebés sanos—. ¿Los has visto? —su voz está ronca, probablemente por el tubo de respiración durante la cirugía.

Asiento, incapaz de formular palabras adecuadas para describir la experiencia. En su lugar, tomo su mano, llevándola a mis labios en un gesto más reverente que apasionado—. Son perfectos. Los cinco.

Los ojos de Wil se llenan de lágrimas que está demasiado exhausta para contener. —Necesito verlos.

En cuestión de minutos, llegan enfermeras para trasladarla a una silla de ruedas, colocando mantas alrededor de sus piernas aún adormecidas con eficiente cuidado. Las sigo mientras la llevan hacia la UCIN, donde el personal ha reorganizado las cinco incubadoras en semicírculo para facilitar su visita. Hacen que Wil se lave bien y se cubra el pelo, pero no le ponen la bata estéril. Yo tengo que quitarme la mía y repetir el proceso ya que salí de la UCIN, pero pronto me reúno con ella y los bebés.

A pesar de su formación médica y meses de preparación, el rostro de Wil revela la misma emoción abrumadora que sentí yo al verlos por primera vez. Extiende la mano a través de la primera portezuela de la incubadora, acariciando la mejilla de nuestro primogénito con la punta del dedo con delicadeza.

—Hola, pequeño —susurra, sin rastro de su habitual distanciamiento profesional de enfermera mientras las lágrimas caen libremente por su rostro—. He estado esperando para conocerte.

Pasa tiempo con cada bebé, hablando suavemente y examinando los monitores con la comprensión de una profesional mientras los toca con la ternura de una madre. La neonatóloga que asistió al parto llega para hablar de su progreso, explicando que aunque tendrán que permanecer en la UCIN durante varias semanas, todos los signos vitales son prometedores, sin preocupaciones inmediatas más allá de los desafíos típicos de la prematuridad.

—Tiene usted un grupo fuerte aquí —concluye con evidente satisfacción—. Quintillizos de casi treinta y dos semanas sin complicaciones importantes es algo así como un milagro médico.

Una enfermera se acerca con un portapapeles y cinco formularios idénticos. —Necesitaremos nombres para los certificados de nacimiento.

La pregunta nos pilla a ambos desprevenidos. Durante todo el embarazo, nos hemos referido a ellos por sus designaciones médicas: Bebé A hasta E. Con nuestra separación, no tuvimos la oportunidad de hablar sobre nombres, y a juzgar por la expresión preocupada de Wil, ella tampoco ha decidido ninguno en mi ausencia. Ahora, frente a cinco niños sanos que necesitan identidades, nos miramos con mutua incertidumbre.

—Deberíamos llamar a una hija Gisele —dice finalmente, con voz firme a pesar de la emoción visible en sus ojos—. Para honrar a mi amiga.

La sugerencia me parece perfectamente acertada: honrar a la mujer cuyo sacrificio retrasó la ejecución de Wil hasta que mis hombres pudieron llegar a ella aquella terrible noche, asegurando que estos niños sobrevivieran y tuvieran una madre que los amara. —Bebé C —sugiero—. Es la luchadora del grupo.

Wil asiente, su mano encontrando la mía en silenciosa conexión. —Y un hijo debería llamarse Leonid.

Miro hacia la puerta donde Leonid permanece en respetuosa atención, vestido de manera similar al resto de nosotros pero aún haciendo de centinela silencioso. Su rostro normalmente impasible muestra una rara emoción ante este reconocimiento inesperado. Su tranquila lealtad protegió tanto a Zina como a Wil cuando yo no pude, haciendo que este honor sea profundamente merecido. —Bebé B —decido—. El constante.

Para los tres niños restantes, elegimos nombres que son significativos sin estar cargados por el pasado; nombres que pueden pertenecer a cualquiera, que no conllevan expectativas ni legados. Alexander para el Bebé A, nuestro primogénito, Natalia para la Bebé

D, nuestra segunda hija, y Michael para el Bebé E, nuestro hijo menor.

Mientras firmo los certificados de nacimiento con mi nueva identidad legal, Max Smith, los últimos vestigios de Makari Vorobev, jefe de la *Bratva*, desaparecen por completo. En su lugar solo queda un padre, una pareja y un hermano; roles definidos por el amor en lugar del miedo o el poder.



Horas después, tras haber llevado a Wil de vuelta a su habitación para un merecido descanso, me siento atraído de nuevo hacia la UCIN. Las enfermeras han atenuado las luces, creando una atmósfera tranquila para sus pequeños pacientes. Me sitúo entre las incubadoras, observando cómo cinco pechos perfectos suben y bajan en un ritmo asincrónico, cada respiración un pequeño milagro.

—Puede sentarse si lo desea. —La enfermera de noche señala hacia una mecedora colocada cerca—. Muchos padres encuentran reconfortante permanecer cerca, especialmente la primera noche.

La palabra "padre" todavía provoca una extraña opresión en mi pecho, mezcla de terror y alegría a partes iguales. Me acomodo en la silla, que es sorprendentemente cómoda dado su entorno institucional. Desde esta posición, puedo ver las cinco incubadoras a la vez, una posición de guardia que satisface algún instinto primario de protección.

—Háblele —dice la enfermera antes de retirarse a su puesto—. Ya conocen su voz.

No discuto con eso ni le digo que he estado ausente durante meses, así que dudo que conozcan mi voz, pero quiero que la aprendan, así que hablo, alternando entre inglés y ruso según me vienen los pensamientos.

Debo haberme quedado dormido en la silla porque despierto y encuentro a Zina a mi lado, con su mano suavemente sobre mi hombro. —Ve con Wil —dice en voz baja—. Yo los vigilaré un rato.

En la habitación del hospital de Wil, el equipo de monitorización crea una sinfonía diferente de suaves pitidos y zumbidos electrónicos. Ella duerme profundamente, su cuerpo recuperándose tanto de la cirugía mayor como de los meses llevando cinco vidas dentro de su pequeño cuerpo. Acerco una silla a su cama, con cuidado de no perturbar su descanso.

En la tenue luz, estudio a la mujer que ha cambiado irrevocablemente el curso de mi existencia. Vio a través de mi fachada cuidadosamente construida desde nuestro primer encuentro, reconociendo al hombre que podía ser en lugar del monstruo en que me había convertido.

Tomo su mano suavemente entre las mías, maravillándome de cómo alguien tan físicamente poco imponente podría poseer una capacidad tan enorme para sanar. Estas manos que cuidarán tiernamente de nuestros hijos en su día cuidaron plantas en un apartamento de Brooklyn, creando belleza de la nada, igual que ella ha creado una familia a partir de los pedazos rotos de mi existencia.

Mientras Wil duerme, me permito creer por primera vez que la redención podría ser posible, que la sangre en mis manos no manchará las vidas que hemos creado juntos. Quizás el hombre que fui realmente murió en aquella explosión de la discoteca, dejando atrás a alguien digno de esta extraordinaria mujer y los cinco seres perfectos que hemos traído al mundo.

Por esta noche, al menos, me permito albergar la esperanza de que el amor pueda ser más fuerte que la violencia, que la creación pueda equilibrar la destrucción y que pueda existir un futuro no manchado por el pasado. Mientras velo el sueño de Wil, simplemente me siento agradecido por las segundas oportunidades, los nuevos comienzos y la milagrosa posibilidad de que incluso alguien como yo pueda encontrar el camino a casa.

EPÍLOGO

Wil

Cuatro años pasan como un sueño, a veces dolorosamente lentos, y a veces tan rápidos que apenas puedo recuperar el aliento. Nuestra dulce finca campestre con un viñedo que se recupera lentamente y que cuidamos tras años de abandono, anidada entre colinas onduladas, se siente a mundos de distancia tanto del ruido de Manhattan como del aislamiento del refugio costero.

El sol de la mañana temprana hace que el anillo de rubí en mi mano izquierda brille. Lo he llevado desde que los quintillizos tenían seis meses, y Mak me propuso matrimonio. La boda fue rápida, pero de todos modos las bodas nunca fueron lo mío.

El rosal que he cuidado a partir de los esquejes de mi madre durante años ocupa un lugar de honor cerca. Finalmente lo trasladé a la tierra desde una maceta cuando asumí el conocimiento de que no tendríamos que mudarnos otra vez.

A través de la puerta abierta, observo a Mak tumbado en la hierba, con los ojos cerrados fingiendo agotamiento mientras cinco

enérgicos preescolares trepan sobre él como si fuera un gimnasio. Él gime dramáticamente cuando el pequeño Alexander le tira del pelo, el sonido puntuado por las risitas encantadas de Michael cuando intenta comerse un diente de león arrancado del césped. Las protestas de Mak son completamente fingidas. Reconozco la satisfacción en su postura relajada, y la alegría apenas oculta bajo su sufrimiento simulado.

—Papá, despierta. —Gisele le pica la mejilla con precisión determinada, sus rizos oscuros rebotando con cada movimiento. A los cuatro años, ya es la líder natural del grupo, organizando a sus hermanos en juegos cada vez más complejos con el mismo aire autoritario que su padre una vez usó para comandar un imperio.

A su lado, Natalia copia las acciones de su hermana con idéntica determinación, sus expresiones gemelas revelando el ADN compartido que las hace físicamente indistinguibles para los extraños. Solo aquellos que las conocemos íntimamente podemos ver las diferencias: el perpetuo movimiento de Gisele frente a las pausas reflexivas de Natalia, la leve cicatriz en el mentón de Natalia por una caída el verano pasado, y la forma en que Gisele siempre lidera mientras Natalia considera opciones.

Los niños son igualmente idénticos en apariencia pero distintos en personalidad. Alexander, nuestro primogénito por ocho minutos, atraviesa la vida con entusiasmo intrépido, siempre el primero en trepar, saltar o desafiar límites. Michael, nuestro pequeño, se acerca al mundo con asombro, coleccionando tesoros —rocas interesantes, plumas caídas, y hojas inusuales— que llenan sus bolsillos y nuestros alféizares. Entre ellos, Leonid—llamado Leo para no confundirlo con Leonid, que vive en la casa de invitados y sigue velando por nuestra familia— es nuestro tranquilo observador, que se fija en todo. Él actualmente se sienta con las piernas cruzadas junto a su padre postrado, estudiando una mariquita con intensa concentración mientras el caos se desarrolla a su alrededor.

—Papá está fingiendo —dice Leo sin levantar la vista de su examen del insecto—. Su respiración es diferente a cuando está realmente dormido.

Esa observación —tan precisa y reflexiva— me hace sonreír. Aunque todos se están desarrollando a ritmos extraordinarios, la percepción de Leo a veces nos sorprende con su agudeza. Me recuerda la habilidad de Mak para leer a las personas, pero sin el filo peligroso que esa habilidad alguna vez tuvo.

Como si escuchara mis pensamientos, Mak abre un ojo para mirar a Leo con ofensa fingida. —Traidor. Has arruinado mi plan de escape.

La acusación envía a los cinco niños a nuevos ataques, trepando y pinchando con renovada determinación. Con un rugido exagerado que de alguna manera logra sonar simultáneamente feroz y gentil, Mak "despierta" completamente, atrapando a los niños con gruñidos juguetones que los hacen chillar de alegría en todas direcciones.

Desde el columpio del porche cercano, Zina baja su libro para observar el caos, el té helado olvidado en su mano mientras sacude la cabeza ante el espectáculo. —Habéis creado monstruos —le grita a Mak, aunque el afecto en su voz desmiente cualquier crítica.

A diferencia de Mak, cuya transición a la vida civil requirió un esfuerzo consciente y luchas ocasionales, Zina ha florecido en nuestra nueva existencia. Enseña idiomas en una universidad cercana, sus credenciales académicas establecidas a través de una elaborada historia de fondo que Leonid creó durante nuestra transición. Recientemente, ha estado pasando tiempo con un profesor de literatura que no sabe nada de su pasado. Es una relación floreciente que aborda con optimismo cauteloso.

—¡Tío Leonid! —Alexander ve a Leonid saliendo del granero con herramientas de jardinería y abandona el juego para correr hacia él, los otros siguiéndole en una entusiasta oleada.

Leonid deja su equipo en el suelo para prepararse para el impacto, su rostro curtido se ilumina con una sonrisa que le sale con facilidad estos días mientras cinco pequeños cuerpos chocan contra sus piernas. Aunque oficialmente sirve como nuestro jardinero, su papel abarca mucho más: tío no oficial de los niños, guardián vigilante de la nueva identidad de nuestra familia y el último vínculo que nos queda con un pasado que, por lo demás, hemos abandonado.

No hay guardaespaldas patrullando nuestra propiedad, ni armas escondidas en lugares estratégicos, ni ventanas a prueba de balas o habitaciones de pánico. Somos simplemente una familia viviendo la vida tranquila que una vez pareció un sueño imposible. El sistema de seguridad más sofisticado que mantenemos es una alarma estándar conectada a la comisaría local, estando más preocupados por los ladrones comunes que por venganzas de enemigos de la *Bratva*. La familia Smith no tiene motivos para temer todo eso.

Termino de rociar mi preciada orquídea Phalaenopsis y dejo el pulverizador, contemplando mi dominio botánico con satisfacción. Mi jardín se ha expandido más allá de lo que jamás imaginé posible en mi apartamento de Brooklyn, o incluso en aquel exótico invernadero a las afueras de Nueva York, abarcando ahora desde verduras para nuestra mesa hasta árboles florales que marcan los límites de la propiedad. Cada planta recibe la misma atención cuidadosa que una vez di a los bebés prematuros en la UCIN, aunque ahora lo que está en juego es el placer y no la supervivencia.

Sonrío mientras veo a Mak reunir a los niños para un juego del pilla-pilla, su risa uniéndose a la de ellos en el aire veraniego. El hombre que se mueve con tal delicadeza juguetona entre nuestros hijos apenas se parece al jefe de la *Bratva* de mirada fría que conocí en Eclipse. La transformación no fue inmediata, por supuesto. Hubo pesadillas en los primeros días, o momentos en que el petardeo de un coche le hacía adoptar posturas defensivas, y ocasiones en las que comprobaba y volvía a comprobar las cerraduras con minuciosidad compulsiva.

Por suerte, el tiempo y el amor son poderosos sanadores. Cada día centrado en pañales y primeros pasos en lugar de territorios y alianzas ayudó a aliviar la hipervigilancia. Cada noche pasada a mi lado en vez de planificando operaciones o neutralizando amenazas suavizó gradualmente los bordes duros de su personalidad. Los niños, especialmente, han sido su salvación: su amor incondicional y su completa aceptación le han permitido verse a través de sus ojos inocentes en lugar de a través del lente teñido de sangre de su pasado.

Esta no es la vida que originalmente imaginé para mí cuando era una dedicada enfermera de la UCIN con un pequeño jardín en el apartamento y una rutina cuidadosamente estructurada. El camino que me trajo hasta aquí contiene más oscuridad de la que me gusta recordar. La muerte de Gisele, meses de duelo creyendo que Mak se había ido para siempre, y el miedo de traer cinco niños a un mundo que parecía decidido a hacerles daño.

Sin embargo, estando aquí ahora, viendo a mi familia prosperar en la luz en lugar de esconderse en la oscuridad, soy más feliz de lo que jamás hubiera imaginado con lo que floreció de aquella noche impulsiva en Eclipse.

—Mamá, ven a jugar. —Natalia agita frenéticamente la mano desde su posición sobre los hombros de Mak, su pequeño rostro iluminado de emoción.

Mak me pilla observando y esboza una sonrisa auténtica que no contiene ningún rastro de la frialdad que una vez le definió. El hombre que antes infundía miedo con una mirada ahora se involucra en guerras de cosquillas y cuentos para dormir, su fuerza canalizada para proteger en lugar de amenazar, para construir en lugar de destruir.

Dejo la regadera y me dispongo a unirme a ellos bajo el sol, dejando la sombra para abrazar el futuro brillante que hemos creado juntos. Mientras cruzo el césped, Mak transfiere a Natalia de sus hombros a los cuidados de Leonid y sale a mi encuentro, sus brazos rodeando

mi cintura con una intimidad casual que a veces todavía me sorprende después de nuestro complicado comienzo.

—Las orquídeas parecen felices —dice, mirando hacia el invernadero que sirve como mi refugio personal.— El rosal de tu madre se está haciendo enorme.

—Todas están prosperando —Apoyo mi mano contra su pecho, sintiendo el latido constante bajo mi palma—. Como todo lo demás por aquí.

Su expresión se suaviza mientras mira más allá de mí hacia nuestros hijos, ahora inmersos en un elaborado juego que involucra piñas y defensas imaginarias de castillos bajo la atenta mirada de Zina. —Nunca pensé que tendría esto —dice en voz baja, la vulnerabilidad en su voz todavía lo suficientemente rara como para resultar significativa—. A veces, me despierto convencido de que es un sueño.

—No es un sueño —Me pongo de puntillas para presionar un beso en la parte inferior de su mandíbula, áspera por la barba del fin de semana—. Solo una realidad muy diferente a la que cualquiera de nosotros esperaba.

A lo lejos, un coche se acerca por nuestro camino privado, el sonido de los neumáticos sobre la grava apenas audible por encima de las risas de los niños. El cuerpo de Mak se tensa ligeramente —los viejos instintos nunca se olvidan por completo—, pero se relaja casi inmediatamente al reconocer el vehículo.

—Ah, el Dr. Wilson llega temprano —consulta su reloj con una expresión divertida—. Sigue manteniendo el horario de médico incluso en su jubilación.

El familiar sedán aparca cerca de la casa, y nuestro antiguo obstetra emerge con la postura ligeramente encorvada de la edad avanzada. Aunque oficialmente jubilado, realiza visitas mensuales para comprobar el desarrollo de los quintillizos, su interés profesional en

su extraordinario caso ha evolucionado hacia un afecto genuino con el paso de los años.

—Han vuelto a crecer —sacude la cabeza con fingido desaliento mientras se acerca, maletín médico en mano a pesar de que esta es más una visita social que oficial—. A este ritmo, superarán por completo mis tablas de medición.

Los niños abandonan su juego para rodearlo con saludos entusiastas. A diferencia de las visitas médicas que los niños suelen temer, las apariciones del Dr. Wilson son motivo de celebración: sus bolsillos siempre contienen piruletas, sus exámenes incorporan suficientes juegos como para parecer entretenimiento en lugar de atención médica, y su genuino deleite en el progreso de ellos irradia de su persona.

—¿Se han estado portando bien? —me pregunta con ojos chispeantes mientras seguimos a los niños hacia la casa.

—Perfectamente terribles —respondo con nuestro intercambio habitual—. Perfectamente maravillosos.

Dentro, nuestro hogar está vivo con el caos de la vida con quintillizos. Juguetes por todo el espacio abierto de la sala, adorables fotografías por todas las paredes, y muebles de tamaño infantil dispuestos para acomodar cinco actividades simultáneas. No se parece en nada al lujo estéril de la antigua mansión de Mak o a la funcionalidad austera del piso franco, sino algo únicamente nuestro.

Mientras el Dr. Wilson realiza sus exámenes, observo a Mak ayudándole, entregando estetoscopios y martillos de reflejos.

Más tarde, después de que nuestro visitante se marcha, y los niños se acomodan para las siestas de la tarde que se vuelven cada vez más escasas a medida que crecen, Mak y yo nos robamos un momento de tranquilidad en el porche trasero.

—¿Algún arrepentimiento? —pregunta en voz baja, una pregunta que revisamos periódicamente como una comprobación más que por

preocupación genuina.

Considero la pregunta seriamente, como siempre hago. —Echo de menos a Gisele, y a veces echo de menos la enfermería." Aparte de Zina, no tenemos trabajos oficiales. Cuidar de quintillizos requiere un pueblo, como dicen, y trabajamos en el viñedo mientras los criamos. "A veces echo de menos la simplicidad de ser responsable solo de mí misma.

Su brazo se aprieta ligeramente a mi alrededor, reconociendo estas verdades sin ponerse a la defensiva.

Me giro para encontrarme con su mirada directamente. —No tengo arrepentimientos sobre nosotros o esta vida que hemos construido.

El alivio en sus ojos, aunque sutil, me recuerda que debajo de su confianza sigue estando el hombre que una vez se creyó indigno de la felicidad. Incluso ahora, con años de evidencia que demuestra lo contrario, una parte de él todavía espera que todo se desintegre, y que el pasado lo reclame.

—No vamos a ir a ninguna parte —le recuerdo, las palabras una seguridad familiar—. Los siete nos quedaremos justo aquí.

Él asiente, besando mi frente con gentil reverencia antes de que su expresión cambie a algo más travieso. —¿Incluso cuando Alexander inevitablemente se convierta en adolescente e intente robar el coche?

—Incluso entonces, pero probablemente no esperará hasta ser adolescente. —Me río al pensar en nuestro intrépido primogénito detrás de un volante—. Quizás necesitemos invertir en un mejor seguro.

La risa de Mak se une a la mía, el sonido recorre el jardín, donde nueva vida continúa floreciendo bajo un cuidadoso cuidado. Como mis plantas, nuestra familia ha requerido paciencia, atención a las condiciones cambiantes y fe en que lo que parece dormido simplemente está reuniendo fuerzas para el crecimiento futuro. La

oscuridad de nuestros comienzos se ha transformado en algo hermoso, no borrado ni olvidado sino incorporado en la rica tierra de la que brota nuestra felicidad actual.

Este es el verdadero milagro de nuestra historia. No la improbabilidad estadística de los quintillizos o la improbable unión de una enfermera de UCIN y un jefe de la *Bratva*, sino la verdad simple y profunda de que el amor, dadas las condiciones adecuadas, puede florecer incluso en los lugares más insospechados.

Otros libros de Bella King:

Los Cuatrillizos del Mafioso

Matrimonio Despiadado